Alberto Valle

TODOS HABÍAN DEJADO DE BAILAR

PREMI L'H CONFIDENCIAL 2022
PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA NEGRA

Un asesinato brutal. A Francesc Reinosa lo ha masacrado, en su almacén de la calle Aragón, un desertor americano puesto hasta las cejas de centraminas llamado Jimmy.

Detrás de esta escabechina se hallan Pilar, que sólo quiere vivir su vida sin permiso de nadie, y Stephen, consumado experto en huidas hacia delante. Y los hermanos Hall, también yanquis, con buenas ideas para el jazz, y otras, pésimas, para convertirse en grandes traficantes de caballo. Y Nancy, que está enganchadísima a la aguja. Y Joan, que venía a divertirse y se quedó aquí por amor. Y el Cambados y su pandilla, que creen tener un buen plan para levantarse una buena guita. Y el Patata, el último hijo de perra con el que nadie querría endeudarse. Y el Titi, su feroz lugarteniente.

Y, de fondo, la plaza Real, y la calle Escudellers, y la calle Parlamento y el Pueblo Seco, en cuyos antros y sótanos restallan notas de jazz, de blues, de primigenio
rock & roll,
poniéndole ritmo y compás a esta Barcelona de 1962. Jamboree, Jack's, Jazz Colón, Kit Kat, El Tobogán, Zodiac.

Los sonidos de una urbe maltrecha cuyos meandros callejeros huelen a sanfaina y peligro, y por cuyas tascas, timbas y esquinas salen al paso buscavidas, pandilleros, pintxos, marinos, rumberos, putas, pijos y policías con muy mala hostia.

Todos viviendo al día. Todos viviendo en este lugar que limita con su propio tiempo.

Todos bailándole a la vida, hasta que esta te dice basta.

Alberto Valle

Todos habían dejado de bailar

ePub r1.0
Titivillus 26.02.2023

Título original: *Todos habían dejado de bailar*
Alberto Valle, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

Agradecimientos

Sobre el autor

Novela ganadora del Premio Internacional de Novela Negra L'H Confidencial en su decimosexta edición. Premio coorganizado por el Ayuntamiento de L'Hospitalet.

Todos nosotros tenemos pocos años y, sin embargo, somos viejos. Somos una generación de viejos. Somos unos mierdas que antes de pensar en la vida sabíamos lo que era la muerte.

TOMÁS SALVADOR

Les nits de Barcelona poden servir de sofregit per cuinar-hi la literatura més canalla, el lirisme més pur i les gasetilles més mecàniques.

JOSEP MARIA DE SAGARRA

I hate Barcelona, 'cause it's cold and it's damp.
That's why the lady is a tramp.

RODGERS-HART, *The lady is a tramp*
versión de GLORIA STEWART

1

Sábado 17 de noviembre de 1962

El americano tiembla, y cada paso sobre la acera de la calle Aragón le sienta como si se asomara a un precipicio. Treinta centraminas se bambolean en su riego sanguíneo y cada músculo de su cuerpo se ha vuelto duro como el granito. Sus entrañas vibran y una náusea se filtra sobre su piel en forma de cascada de sudor gélido. La tarde es fría y, aunque no son ni las cinco, el cielo ha empezado ya a oscurecer.

Jimmy, que ese es su nombre, agarra con la fuerza de cien hombres, o de treinta anfetaminas, las tenazas y la maza de duraluminio envueltas en el papel de un periódico francés y escondidas por el penúltimo número doblado del *Time*. Debajo de los guantes, los dedos se ahogan en océanos de sudor. Un conato de vómito se le ha paralizado en la tráquea y lo hace carraspear. Vuelve a hundir la mano izquierda en el bolsillo del abrigo y trata de relajarse acariciando el mango de la navaja de corte fino. Los ojos, incapaces de parpadear, lloran por el frío y los nervios. El occipital arde como una hoguera inquisitorial y la mandíbula une el este con el oeste en un movimiento frenético.

Entra en el almacén con la verja de hierro ondulado a medio echar y la puerta de madera y cristal a medio abrir. Su espalda cruje al doblarse para pasar por el hueco. Se incorpora y un ejército inmóvil de lámparas le da una bienvenida muda. Jimmy las observa y aprieta los dientes antes de que el maxilar inferior reemprenda su vaivén. Sus labios están secos. Puede que se le estén escapando gotas de orina. O puede que se lo esté imaginando. Pero bah. Todo irá bien. Recuerda que fuera le espera el tal Jack, al que ha conocido hace un rato en una cervecería, pero que le inspira

confianza. Se nota que es de los que saben. Y sí, Jack está sentado en un bar de la esquina de esta calle, que se llama Aragón y que hace esquina con no sé qué otra calle, porque yo no conozco esta ciudad a la que acabo de llegar esta misma mañana. No obstante, procura centrarse en el hecho de que ese hombre está ahí. Jack. El amigo de Stephen, sólo que con más agallas que ese gallina de Stephen, que me ha dejado solo ante este percal y se ha quedado en Ibiza.

Pero no te distraigas. No pienses. Sólo recuerda que Jack está en un bar cercano. Y si está él, todo irá bien. Porque está él. Y entonces irá todo muy bien, joder. Irá a pedir de boca.

Y no olvides lo que te dijo Jack, el amigo de Stephen y de su novia, la que ha pensado este golpe. No olvides lo que te ha dicho cuando veníais en el taxi: «Jimmy, lo primero, lo más importante, es el cable del teléfono». ¿Verdad que te dijo eso?

Saca la hoja de papel con el plano, está todo perfectamente indicado. Mira el plano, mira el sitio. Puede oír el tump-tump-tump de su corazón bombeando hectolitros de sangre. Ahí está el cable. Desenrolla el papel de periódico, saca la tenaza y lo corta. Nadie puede llamar a la Policía ahora. Ja. Ahora a por la caja fuerte. Dicho y hecho. Ja. Todo irá bien, maldita sea. Todo bien. Ja. Lo vas a conseguir, Jimmy. Vas a desplumar a este imbécil. Este plan es genial. Y luego está Jack, que tiene un par de cojones, no como Stephen. Jack, que está en un bar ahí cerca, para que todo salga bien. Un plan genial. Y un socio con un par de cojones. No serán dólares, pero serán muchas pesetas para poder vivir bien, hacerme un pasaporte nuevo, desaparecer. Dinero, mucho dinero. Desaparecer. La vida. Ja.

—¡Eh, usted! ¡Quieto ahí!

Ahí está. El infeliz al que hay que desplumar. Con su bigotito y su aspecto de galán de película de hace demasiado tiempo, pero es que este país lleva veinte años de retraso. Es tal y como se lo habían descrito Stephen y su novia, ja y ja. Paso a la juventud, Clark Gable de pacotilla.

El hombre, situado frente a Jimmy, tenso, la frente perlada de sudor, pregunta:

—¿Le envía el señor Romero?

Jimmy no comprende. *Who the hell is* sinyor *Romero*?

—¡¡Todo dinero!! —exige por toda respuesta, blandiendo con la derecha la maza y pronunciando las dos únicas palabras en español que conoce o, al menos, que ahora mismo conoce.

Su interlocutor retrocede. Está claro, piensa, que este chaval rubio de la edad de sus hijos es un extranjero que no tiene nada que ver con el maldito Romero, con cuyos machacas ha quedado en verse esta tarde para liquidar la deuda contraída, que maldita la hora.

—¡¡Fuera de aquí o llamaré al 091!! —amenaza al intruso.

—¡¡¡Dinero!!! —repite este, con su marcado acento sonando *dineurou*.

—Un momento… —titubea entonces el otro—, tú…, ¿tú no serás amigo de Pilar y de los americanos esos que van con ella?

Esta vez Jimmy tampoco entiende qué le ha dicho, pero sí ha reconocido el nombre de Pilar, la novia de Stephen, la española con ese nombre tan extraño que no sabe qué querrá decir, pero sí sabe que todo este plan es más bien suyo, que lo ha pensado más ella que ese miedica de Stephen. Y que él está aquí y ahora porque ella lo pensó. *Pee-lawr*. Como no ha entendido la pregunta, tampoco sabe qué responder, así que reitera esos únicos dos vocablos castellanos que es capaz de pronunciar:

—*I said* ¡¡todo dinero!!

Pero las cosas no salen como estaba previsto. Al grito de *Ja n'hi ha prou*!, el imbécil —que, ahora lo recuerda, se llama Francesc, *Fruan-sesk*—, lejos de acobardarse se abalanza sobre él y le calza dos sopapos que le hacen crujir la barbilla. Jimmy cae, incrédulo, al suelo. ¿Qué está pasando? ¿Por qué me pega en vez de tenerme miedo? ¿No se supone que era un cobarde? Como activado por un resorte, el americano se incorpora y golpea el rostro de su víctima con la maza, pero el galán de pacotilla se debe creer una estrella del celuloide, porque ofrece resistencia, así que al americano no le queda más remedio que hundir la mano izquierda en el bolsillo para sacar la navaja. Larga, de hoja fina y muy afilada, comprada el día anterior en Ibiza.

—¡¡Todo dinero, *goddamit*!! —insiste lamentando la blasfemia recién proferida y confiando en disuadir al dueño del almacén.

Ni por esas. Francesc vuelve a atacar gritando palabras incomprensibles, tal vez carentes de significado. Pero ahora Jimmy

lo embiste con la navaja en el estómago, en el esternón, entre las manos de su víctima, en los brazos, en los pulmones, hasta tocar hueso, y entonces es su propia mano la que recorre el filo del arma, que atraviesa la piel del guante y le provoca un corte en los dedos de la mano izquierda, que sangran y arden.

El tendero cae al suelo. Un estertor escapa de su boca. Jimmy termina de arremeter, se guarda la navaja en el bolsillo del abrigo y recupera la maza. Se coloca sobre el hombre, todo huele a sangre, su mirada se nubla, y lo odia, porque tenías que haberte estado quieto y abrir la caja, joder, y no resistirte y obligarme a sacar la navaja. Porque te lo dije, te dije «Todo dinero», joder, y eso tenía que haber sido suficiente, joder. La maza en mi mano y yo diciéndote «Todo dinero», y ahora estarías vivo y yo no estaría hundiéndote el cráneo con esta misma maza, y saldría al encuentro de Jack y le diría «Jack, tío, hemos triunfado», joder, y sonreiríamos y nos largaríamos esta misma noche a Ibiza darnos a la buena vida con Stephen y Pilar, pero no. No podías habérmelo puesto fácil, no, tenías que hacerte el héroe.

El héroe de mierda. Joder.

Siente el peso de una losa sobre su caja torácica y le cuesta respirar. Se tiene que dar prisa, pronto serán las cinco y, aunque sea un almacén mayorista, si empiezan a entrar clientes buscando género, se encontrarán al muerto y a mí aquí, con él, cubierto con su sangre. Jimmy se incorpora. Rápido, la caja fuerte. Despliega el plano que le han dibujado Pilar y Stephen. Vale, aquí es. Hay una cerradura. Registra el cadáver, pero en sus bolsillos no hay ninguna llave. Empieza entonces a darle a la puerta con la maza. Ábrete, maldita sea. Usa toda su fuerza. Para cada golpe convoca la potencia de las treinta centraminas que ha engullido antes de venir. Dadme vigor. Un golpe tras otro, tras otro, que sólo logran dejar unas muescas sobre el metal de la caja. Otro golpe. Y otro. Y otro más, maldita sea. Pero el tiempo pasa. Tic-toc,

tic-toc.

Te tienes que largar, Jimmy, o te pillarán con todo el percal. Jack está fuera, en un bar. Todo esto *no* irá bien.

Espera. Tal vez tenga dinero en la mesa de esta oficina. Busca, mira, abre cajones. Papeles, más papeles, y un pisapapeles. Hay dos juegos de llaves, ni los ve. No se da cuenta de que uno de esos

juegos son las llaves con las que podría abrir la caja fuerte. Serían dos vueltas, clic y otro clic, y ya está, nada lo separaría del parné. Pero su cerebro va demasiado deprisa para pensar. ¡Un momento! ¡La cartera! El americano registra de nuevo la chaqueta y el pantalón del muerto. No recuerda que acaba de hacerlo buscando las llaves de la caja fuerte. Vuelve a encontrarse con un pañuelo, calderilla y, aquí sí, la billetera. La abre. Dos mil pesetas. Se marea. Se guarda la cartera y regurgita. Antes de largarse repara en una pequeña manta de cuadros sobre una silla, la agarra y tapa la cabeza del muerto. Lo siento, lo siento de veras, no tenía que acabar así. Después sale a la calle, donde el aire fresco le abofetea la cara y un hilo de saliva y vómito latiguea su mejilla derecha. Atrás, en el almacén, quedan las tenazas, y la revista *Time*, y la hoja de periódico francés, y las huellas de goma de sus zapatos baratos, y el guante que se quitó para comprobar el corte que se ha hecho en la palma de la mano. Su estómago es como un saco de boxeo recién usado. Lleva la sirla. Y la maza. Y la billetera. Dos mil pesetas. Joder.

Pasa un taxi. Hace una señal y se sube.

—¿Adónde querrá ir el señor?

Eso, ¿adónde quiero ir yo? Jimmy intenta pensar, pero antes su cerebro debe aminorar la marcha.

—Monumento Colón —acierta a pronunciar James Dell Walker. Jimmy.

De ahí caminará hasta la plaza Real e irá a la pensión Pros.

—Pues vamos allá —replica el taxista pensando que mejor le hubiera salido al pasajero esperar un taxi al otro lado de la calle, pero estos americanos siempre van cargados de dólares y les da igual dar más vuelta.

Desde la cristalera de una cafetería cercana al almacén de lámparas Reinosa S. A., situado en la misma calle de Aragón tocando a Casanova, John Jayden Hall, más conocido como Jack, divisa a Jimmy saliendo con el sobretodo manchado de sangre, temblando, la piel cetrina y el pelo desordenado, metiéndose en el primer taxi que pasa.

Al verlo, sabe que todo ha salido mal y se pregunta cómo han podido, Pilar y Stephen, confiar en ese gilipollas para llevar a cabo ese golpe.

Apura su copa de coñac, paga y sale a la calle, él también en busca de un taxi que lo haga desaparecer de este lugar antes de que la cosa se ponga fea.

2

Ya no recordaba si habían sido dos o tres días de tránsito. El traqueteo repetitivo del tren sobre las vías maltratadas por el tiempo y una guerra. Ronquidos y olores íntimos. Hogazas de pan duro, botas de vino y quesos y embutidos como último adiós a los sabores de una tierra a la que se dice adiós, en el viaje sin retorno hacia la gran ciudad. Y luego esa sensación, deslizándose como un denso engrudo sobre la piel de todos los pasajeros, de no saber si aquel tren marcha hacia una nueva prosperidad de trabajo, estómagos llenos y, acaso, quién sabe, estudios para los hijos, o si la meta es el hambre y la miseria en algún recoveco de una urbe sólo imaginada y magnificada.

«Al menos, tiene mar», recordaba que había dicho una señora abanicándose en aquel compartimento atestado de paisanos.

Al menos, tiene mar. Si me tengo que arrastrar, si tengo que llorar, si me tengo que morir de hambre, asco y pena, al menos que haya mar. Que se oigan gaviotas y las sirenas de los barcos que vuelven de faenar al atardecer. Lo pensó poniéndose en lugar de la mujer, y le pareció un razonamiento ridículo.

«*Filho meu, aquí ninguén ten nada que rascar*».

Iván Regueira tenía once años cuando, en 1951, Amaro, *o seu pai*, pronunció aquellas palabras para que *o rapaz* se hiciese a la idea de que él y sus hermanos debían marchar para buscarse la vida y huir de aquella miseria acuciante que venía ciñéndose sobre los suyos en un Cambados cubierto de salitre y miseria.

Recordaba la voz paterna, acompasada con la perfecta sinfonía de un mar embravecido y el aullido de un viento capaz de arrancar almas de sus cuerpos. Tal vez fuera una idealización, pero le gustaba recordarlo así. Las olas, el follaje de árboles y arbustos, la proximidad de la arena arremolinándose. El cielo que oscila entre

tenues rayos de luz y el peso plomizo de las nubes. Y, ahí también, ahí muchas más, bandadas de gaviotas a las que nunca hay que mirar a los ojos porque te maldicen. O eso decía Ramona, su madre.

—¡¡Esas te echan *o mal de ollo*!!

Un par de años antes, el padre había dejado de contrabandear para subsistir y había empezado a mercadear con otros bienes que le dejaban algunas pesetas en el bolsillo. Cobre, aceite, estaño, bacalao y tabaco iban y venían por la frontera lusa, y a los *freteiros* como Amaro la vida no es que les sonriera, pero insinuaba una mueca algo más amable que los escupitajos que les venía propinando desde tiempos inmemoriales. Como si, en un momento dado, consciente de haber estado jodiendo la marrana durante demasiado tiempo, el destino hubiese decidido darles un respiro a los navegantes de aquella costa cuyas aguas engullían, cada año, a unos cuantos de ellos.

Amaro era uno de aquellos que se podían mirar al espejo y pronunciar la palabra «afortunado» con la boca medio abierta. Poseía el Carminha, una vieja embarcación de fondo parcheado y alma milenaria que carraspeaba combustible como un viejo tísico y había visitado todos los recovecos de aquel extenso y laberíntico litoral.

Todo fue bien, pues, durante un par de años, hasta el día en que el Carminha no pudo dar más de sí y se hundió. Y además lo hizo llevándose en su barriga un *frete* de muchas, pero que muchas pesetas.

—*Foi o cabrito do Pereira*! —protestaba Amaro refiriéndose a otro *freteiro* con el que lo unía un odio que se remontaba, por lo menos, a un par de generaciones.

Probablemente Pereira no tuviera nada que ver con el hundimiento del Carminha, ni falta que hacía para que, a aquella embarcación reumática, le llegara su hora. Pero a Amaro no le quedó otro remedio que trabajar descargando para otros. Ya no sería patrón, ni marinero ni nada. Un simple estibador de mercancía que cruza la frontera sin que las autoridades hagan nada para impedirlo, porque ellas también comen de eso, y comen bien. De hecho, son las que comen mejor que nadie.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Ramona con toda la angustia del acervo galaico condensándose en sus cuerdas vocales.

—Ahora *os rapaces* tendrán que marchar, que aquí no hay nada que rascar.

Antón, el hermano mayor, el más dotado para los estudios, marcharía a Madrid. Allí trabajaría en la empresa del primo Constantino, del que sólo se oía hablar, pero al que nunca nadie menor de treinta años había visto en persona.

—Ya verás que el tío Constantino es severo, pero *boa xente*.

Y Antón, claro, encantado, porque lo suyo sería llegar a la capital y besar el santo. Trabajaría desde el primer día, con su salario y todo y, si le iban bien las cosas con el tío, tal vez podría apuntarse a un curso nocturno y sacarse un título. Antón realmente era bueno con los números y, como decían en el pueblo, *o rapaz vale*, así que salió para Madrid, de donde volvería, ya sólo de visita, cerca de dos décadas después.

Santiago, el mediano, era el exacto opuesto del mayor. Todos en Cambados lo tenían por alguien a quien le falta una patata o dos para llegar al kilo, y él no dejaba de corroborarlo cada vez que abría la boca o, peor todavía, cuando decidía actuar.

Eso sí, lo que cojeaba de sesera lo compensaba con un físico portentoso, así que la elección no fue difícil: la Escuela Naval Militar de Marín, que se había inaugurado siete años antes. Y de allí, si no la fastidias o mueres antes, a navegar y ver mundo.

También había una hermana, Manuela, pero era muy joven aún, ocho años, y seguía contando como boca que alimentar. Más adelante se vería si casarla o si esa vocación que parecía tener tan arraigada en las visitas dominicales a la iglesia la llevaría a un convento, donde se reza mucho y se goza poco, aunque, al menos —y aquí lo más importante—, se come caliente varias veces al día.

Quedaba, pues, Iván.

Tras largas deliberaciones, en las que oía a sus padres discutir al otro lado de la puerta, con los ocasionales manotazos sobre la mesa de Amaro, «Aquí se hace lo que yo digo, *caralho*», se alcanzó una decisión:

—*O rapaz* marchará para Barcelona con la Avelina. *E non se fale más*.

A Avelina tampoco la conocía nadie de la familia con menos de treinta años, pero, a diferencia del primo Constantino, de ella nadie decía que era buena persona —tampoco mala—, y no pocas eran las

Navidades en que la familia recordaba felicitarle las fiestas sólo cuando recibían su escueta nota. Ay, la Avelina, que se nos olvidó.

Viuda de un cabo, cuyo cráneo un trozo de metralla se había empeñado en atravesar durante la guerra, allá por Teruel, su único hijo había muerto de una de esas enfermedades que matan a los niños pobres. Vivía sola, sin demasiadas amistades, sin nadie que la echara de menos, en un modesto quinto piso de la calle Beato Oriol, con una pensión de viudedad que le permitía llenar una pequeña y longeva olla con berzas y patatas hirviendo. Acaso, alguna vez, huevos o algo de tocino para aportar un sabor que, en el fondo, a aquella mujer criada en Pola de Siero le era indiferente.

En el minúsculo salón de mortecinos tonos pastel y aire espeso, acomodada en una mecedora que crujía por el tiempo y el uso, Avelina se encharcaba cada atardecer en sus recuerdos y manías y, a veces, hablaba con las dos butacas vacías sobre las que nadie se había sentado desde hacía años. Como hablaba bajo, los vecinos podían pensar que estaría escuchando la radio, que alguna vez encendía, sobre todo para escuchar la radionovela *Taxi Key*, único estímulo colorido de aquella existencia inane.

Avelina recordaba cada día a Marcelo, su marido, y a Marcelino, su hijo, y pensaba que, si Dios se los había llevado, sería por el Bien. Por algún tipo de bien. El de España, en el caso del consorte, pues al final de la Cruzada la nación ya no estaba en manos de las hordas rojas. Ahí, la jugada estaba más o menos clara. Marcelo había sido un mártir de la liberación. Su sacrificio, y el de otros muchos como él, había traído la paz. Pero, en el caso de Marcelino, arrebatado por una pulmonía a los ocho años, le costaba vislumbrar a qué indescifrable bien pudiera responder su muerte.

Y, aunque acudía varios días a la semana a rezar a la iglesia parroquial de San Pablo del Campo, humilde y arrodillada ante aquel tímpano donde san Pedro y san Pablo rodean y arropan a Jesucristo, nunca se atrevió a preguntarle a Dios por qué lo de su hijo. Le dedicaba siempre varios padrenuestros y avemarías y rezaba mucho por la familia, allá dispersa, entre Galicia y Asturias, y por monseñor Valls, el rector de aquella iglesia que siempre la confesaba y le daba buenos consejos. Pero nunca se le ocurrió plantearle la pregunta: «¿Por qué mi hijo, Señor? ¿Para qué te servía mi hijo de ocho años? Al menos, Dios mío, en tu infinita

misericordia, explícame y ayúdame a entender los designios que te llevaron a arrebatármelo. A mi niño. De ocho años. Señor».

El miedo de Avelina se debía a la posible ira de Dios, en el supuesto de que no le gustara que ella se atreviera a preguntarle por sus planes y, a la vez, a que este respondiera y esgrimiera razones que no le parecieran satisfactorias. De modo que seguía rezando mucho, pero sin preguntar. Ni lo haría jamás.

Lo que se tomó como una especie de señal fue el aviso de la familia de Cambados anunciando que Iván iba para allá. Que el Carminha se había hundido, que la nena nada más tenía ocho años y con ella ya eran tres bocas que alimentar. Que los hermanos tenían que irse y que, dicho con otras palabras, o te encargas tú de Iván o este no va a tener dónde caerse muerto.

Y la anciana pensó que, tal vez, el Señor estaba recompensándola. Me llevé a tu hijo, pero ahí va un muchacho joven que podrás tratar como al niño que te arrebaté. O como a un nieto, eso ya es cosa tuya.

«Gracias, Señor. Gracias. No te defraudaré», prometió la anciana.

Iván no recordaba si habían sido dos o tres días en aquel tren. Entre conversaciones llenas de esperanzas y temores, soportando ronquidos, respirando alientos de bocas que eructaban vino agriado y flatulencias de quesos y embutidos, vividos como despedidas gustativas del lugar de origen. Lo que sí recordaba era la pequeñez asfixiante de aquel apartamento de Beato Oriol, donde parecía que la vida se hubiese detenido hacía décadas.

—Dormirás aquí.

—Gracias, tía Avelina.

—Llámame Avelina, a secas.

—Como quieras, t… Avelina.

Recordaba la bofetada del olor de berzas y patatas hirviendo que se haría omnipresente en aquel hogar, aunque para recibirlo, la mujer le había comprado huevos, una pieza de tocino y pan del día. Y hasta le había puesto un par de vasos de vino.

—Habrá sido un viaje muy largo y muy cansado.

Y mientras le decía esto, le acariciaba afectuosamente la cabeza con sus manos secas y frías. Algo que Iván enseguida odió, aunque en ese momento no dijo nada y devoró la comida con la fruición de quien se ha pasado tantas horas acartonado entre desconocidos en

el compartimento de tercera de un tren, tras haber sido arrancado de su lugar en el mundo que, además, era el único que conocía. La única realidad a la que, en su corta vida, le tenía ya tomadas algunas medidas.

Era a finales de invierno de 1951, tenía once años, la ciudad estaba loca porque los tranvías se habían parado y acababa de descubrir una nueva palabra, «huelga». Las calles se sucedían, una tras otra, y parecían no terminar y, a cada momento, le salían al paso personas y más personas que no se saludaban entre sí. Nadie parecía conocerse, todos tenían prisa y hacía frío. Un frío distinto al de Cambados, pero también húmedo, plomizo y acompasado con los quejidos de unas gaviotas tan famélicas como la gente.

Tuvo que pasar un tiempo para que Iván decidiera si le gustaba o no Barcelona, pero desde el primer instante supo que, aunque no hubiera motivos, iba a detestar a aquella Avelina con todas sus fuerzas.

Aquel odio tardó en cuajar, en adquirir formas y rutinas definidas. En enrocarse en matices como aquel aliento a naturaleza muerta, en aquella mirada pequeña y estúpida que se posaba fijamente sobre él y trataba de sonreírle, en aquel cabello mal peinado y pobre; en aquellas manos ineptas de tacto rugoso. En su voz, irritante, llamándole por su nombre a todas horas y preguntándole:

—¿Qué tal te fue el día, Iván? Anda, cuéntame cosas, que nunca me cuentas nada. Anda, Iván.

Como si los días pudieran ser mucho mejores o peores con respecto a los anteriores.

Al principio también abominó de aquella ciudad inhóspita, todavía destripada por la guerra durante la que él había nacido. Detestó a aquellos chavales que, nada más verlo volviendo de comprar patatas para Avelina, lo rodearon, le robaron la escasa comida y el raquítico cambio y, como agradecimiento, le metieron una tunda durante la que, por primera vez, probó el sabor que deja una patada que te centra la boca del estómago.

No era su primera pelea, por supuesto, pero le pareció distinta. Más sucia. Pelea de ciudad para poco más de un niño acostumbrado a liarse a pedradas y tortazos con otros chavales de la aldea porque *o teu pai traficou con carneiros*, inmigrantes portugueses, lo que

significaba que acababa de cobrar ciento veinte duros y tienes que compartirlos con nosotros, y si no los compartes vas a recibir. Y un día eran unos, otro día otros, y las mercancías y las personas seguían cruzando *a raia mollada*; al menos ahí, en la costa, les iba mejor que a los de *a raia seca*, en el interior, donde el hambre era más profunda e irreparable. Puede que, vistas desde fuera, aquellas contiendas aldeanas no tuviesen mucha razón de ser, pero ellos ya se entendían.

Ahora bien, aquella tunda urbana desencadenada porque sí no tenía sentido para él. De hecho, nada tenía mucho sentido en aquel escenario de colmenas de cemento apelotonadas de espaldas al mar. Porque si Barcelona tiene mar, pensaba, ¿por qué vive de espaldas a él? ¿Es que son tontos aquí?

—¡Es absurdo, *caralho*!

Al principio, con los centimillos que lograba rascar de Avelina, de vez en cuando se iba al puerto y se subía a una golondrina, simplemente para volver a sentir la ondulación del agua meciéndose bajo sus pies. Aunque aquel mar tranquilo hasta aburrir y manchado de brea y queroseno era muy distinto al de su niñez, que por entonces era todo lo que llevaba de vida. No tardó en dejar de lado esta costumbre y, puestos a gastar, hacerlo en algo más provechoso.

Poco a poco, su animadversión hacia la ciudad se fue disipando. Trabó amistad con algunos chicos del barrio, en concreto con la pandilla del feroz Pedro Cantó, alias el Titi, solamente un poco mayor que él, pero ya temido por los serenos por su imponente tamaño y su decisión a la hora de repartir puñetazos, codazos, cabezazos, rodillazos, palmazos. Todo lo que duele y acaba en «-azos». Fue el Titi quien le apodó Cambados, porque en la pandilla ya había otro *galleguinho* que, como él, exclamaba «*caralho*» por casi cualquier motivo, y ya se había adjudicado ese mote. El Caralho. Pues bien, tú serás el Cambados, que de ahí vienes, y se acabó.

A Iván le gustó y se fue sintiendo cada vez más del lugar que habitaba.

Supo que a su hermano mayor le iba bien en Madrid, que el mediano estaba en el Ejército y que su hermana pequeña apuntaba maneras de beata octogenaria y cuidaba de la madre, que había

tenido un accidente tras una caída tonta pero grave en un camino de piedra. *O pai* seguía descargando fardos por cuenta ajena y soñando con ese día en que volvería a tener su propia embarcación, otra Carminha con la que todo volvería a ir viento en popa e incluso podría enviar algo de dinero a sus hijos. Una prosperidad que jamás llegaría.

Empezaron los rateos a base de robar propinas recién depositadas, escarbar bolsos desatendidos y birlar todo lo posible en los comercios del barrio y colindantes, con las ocasionales broncas, gritos, persecuciones y hasta lanzamientos de objetos contundentes por parte de los damnificados, de serenos o, en alguna ocasión muy concreta, de ciudadanos indignados por tales atropellos.

El Cambados, óseo y ágil, enseguida destacó por su rapidez en la sustracción de lo ajeno, su velocidad en la huida y sus reflejos en esquivar ataques y agarres.

—Tú para esto vales, Cambados —sentenció un día el Titi.

—¿Tú crees?

—Que te lo dice el Titi, y lo que yo digo va a misa, nene.

—¡Pues claro que sí, *caralho*!

Otro punto de inflexión fue la primera paliza que él propinó a otro. Fue a un bolichero de Atarazanas que, junto a un par de tangas, tomó a Iván por julay y le levantó un duro a los tres naipes. Cuando este intentó protestar, los colegas del trilero lo sacaron a empellones.

—¡Largo de aquí, *retrasao*, y a ver si aprendes a perder!

Pero para Iván Regueira aquello no era, simplemente, perder, sino que le hubieran tomado por primo. Y no iba a quedar así.

Aguardó. Una, dos, casi tres horas. Vigilando sin ser visto y masticando el odio que se le condensaba en el paladar. Cuando, por fin, aquel trilero acabó de desplumar a un número indeterminado de pardillos y enfiló solo la calle de Santa Mónica, tras repartir la guita con sus compinches, el Cambados echó a correr y alcanzó a su objetivo con un trozo de madera sacado de una obra que se partió en la cabeza del tunante, abriéndole de paso una ceja.

Cuando este cayó al suelo, el atacante se tomó su tiempo para patearlo y, tras acuclillarse, comerle la cara a hostias ante las risas, comentarios o indiferencia de transeúntes que asistían a sobas como aquella con regularidad.

En reventar sus nudillos contra la piel del bolichero, que alternaba insultos con ruegos de clemencia, Iván Regueira sintió un placer profundo y liberador que no se podía comparar con esos latigazos de euforia cuando, liándose a pedradas con otros rapaces en su Cambados natal, le acertaba a uno en el coco.

—Buena, chavalín, que ya me han contado que le diste a uno para el pelo —le felicitó al día siguiente el Titi congratulándose ante la visión de los nudillos morados y heridos.

—¡Es que el cabrón me había robado un duro, *caralho*!

Para no tener que escuchar a Avelina, se acostumbró a poner la radio siempre que paraba por casa, lo que se producía según las más estrictas necesidades, como comer, dormir o tratar de rascar alguna peseta cuando el botín del día había escaseado.

Así fue como, una medianoche de domingo de noviembre de 1954, algo en su vida cambió.

Primero fue aquel extraño sonido, que luego descubriría que corresponde a un instrumento llamado vibráfono, trotando con soltura felina sobre una base rítmica que marca un tempo sincopado al que es imposible sustraerse. Después, un coro de vientos que se alza ocupando todo el espacio sonoro y anticipa lo que está por venir. Toda la orquesta arranca, entonces, antes de volver a seguir los pasos del vibráfono, el contrabajo y la batería con intervenciones de trompetas y saxos que se suceden hasta que el liderazgo del saxofonista se vuelve a alternar con el del instrumento de percusión, y la atmósfera crece, se carga, y los músicos exultan, y se les oye gritar de puro placer, de esa libertad que es vivir instalado en ese tema, en una música que no tiene cantante, no tiene letra, porque cada instrumento es, en sí mismo, una voz que dice muchas cosas intensas y grandes para quien las sepa escuchar.

Aquella noche, sintonizada la EAJ 1 Radio Barcelona, haciendo caso omiso de las protestas de su tía Avelina, que ya es tarde y no se puede tener la radio puesta a estas horas y a este volumen, al casi quinceañero Iván Regueira se le abrió un mundo escuchando a Lionel Hampton junto con sus gigantes del jazz, de quienes los locutores destacaban la labor del saxo tenor, Illinois Jacquet, «que en cada espectáculo repite el solo que acabamos de escuchar, nota por nota, siendo esta revisitación de su clásico *Flying home* el caballo de batalla de la formación, toda vez que esta se sube a un

escenario».

En esos momentos Iván no tenía ni idea de quién era Lionel Hampton, ni de ese tal Illinois Jacquet, ni sabía muy bien qué era un solo o una revisitación. Ignoraba qué podría significar *flaing joum*, que parecía ser el título de aquella extraña canción sin letra. Pero tuvo esa sensación de que la música quisiera ir más rápido que el oyente y, a su vez, que él necesitara ir más deprisa que la música, y supo que aquello se le había metido dentro y que sólo quería escuchar aquel tema, una y otra vez. Y, por supuesto, otros que se le pareciesen.

Alberto Llorach y Jorge Martínez, los locutores, siguieron hablando y haciendo sonar aquella fascinante música negro-americana, y Avelina siguió quejándose sin que Iván le prestara la menor atención, absorto como estaba en su nuevo descubrimiento y firmando, desde ya, para seguir a aquel par cada domingo en su programa, *El jazz y sus intérpretes*.

—¡Esto es serio, *caralho*! —parece ser que exclamó.

Además de su primer encuentro con el jazz, el Cambados recordaba con nítida precisión cuándo conoció a Julio Romero, el Patata. Fue una mañana en el Carabela de la calle de la Maquinista, con varias maletas de ropa robada y el sueño de ver aquella noche a Ingrid Bergman en carne y hueso, rebotando en cada esquina de su cabeza.

Resulta que al Pinzas le habían traído a la tienda unos trajes de mucha calidad, claramente robados y a los que no podía decir que no, que eran mercancía golosa, pero tampoco podía exponerlos de venta al público porque, sólo con verlos los pasmarotes, que a menudo acudían a su comercio en busca de información, no iban a tardar en sumar dos más dos. Así que el Pinzas había aceptado comprar aquel botín, que de aquí saco yo buen parné, y se había conchabado con el Titi para que este se lo moviera de forma discreta. Que pille lejos de aquí y no salpique.

—O sea que vamos a pachas, ¿no, Pinzas?

—¡¡Que no me llames así, copón!!

—¡Que yo te llamo como me sale de los cojones! ¿Estamos?

—Bueno, bueno, Titi, no te enfades. ¡Qué temperamental eres, hijo! Vamos al setenta-treinta, ¿te parece? —propuso con su voz de pito.

—Endósale los trajecitos a algún *atontao*, que yo por el treinta

no te echo ni el humo de los trujas a la cara.

—¡¡Vale, vale!! ¡Cómo eres, Titi! Sesenta-cuarenta. ¿Te parece más justo?

—A pachas es a pachas, Pinzas. No marees.

—¡Pero si los trajes son míos, los he conseguido yo!

—Y yo soy el que se la juega, que si me pillan los espetas me vuelven a dar *pa'l* pelo. Así que misma astilla para los dos, o nada.

—Bueno, cincuenta y cinco-cuarenta y cinco, Titi, y porque eres tú, que sabes que te aprecio desde siempre.

—¡¡He dicho que a pachas, joder, Pinzas, que ya me estás tocando los huevos!!

Y el Titi tensó los nudillos y lanzó aquella mirada pequeña, dura y entornada que le helaba la sangre al receptor, el cual sólo era capaz de obedecer y balbucear

q-que
s-sí,
q-que
lo
q-que
tú d-digas,
T-Titi.
Faltaría más.

Así fue como Pedro Cantó, el Titi, metió en el ajo a Iván, el Cambados, y a otro de la pandilla, Eduardo Ramis, un chaval corpulento y rubio, apodado el Mexicano porque aseguraba que, de pequeño, había sido el rico hijo de un matrimonio español en México y que luego, avatares de la vida, había terminado huérfano por culpa de la Policía, que le había dado matarile a su madre.

—Vivíamos con mi madre en la zona finolis —aseguraba a menudo.

Los demás se intercambiaban miradas y medias sonrisas cómplices, alguno susurraba que estaba *nililo*, loco, pero como le echaba bemoles cuando había que echárselos y pillaba de cara lo que hubiera que pillar, pues ahí estaba, con el Titi y compañía. El Mexicano, con su fabulación sobre el niño de familia bien que aseguraba haber sido, y de la que nunca se había desdicho, con un odio de entraña desgarrada hacia la Policía porque le habían quitado a su mamá y con una valentía que algunos —sin mucho

margen de error— podrían llamar inconsciencia.

Los tres, maletas en mano, como si fueran a tomar un tren, se dirigieron a la Barceloneta, que le gustaba mucho a Iván porque en sus calles sentía la humedad y el rumor del mar y las gaviotas y aquello conseguía retrotraerlo, metiendo algo de imaginación y mucha voluntad, al Cambados de su niñez. Extrañaba aquel mar malhumorado y hermoso, aquel cielo infinito, aquel viento que silbaba por entre los acantilados rocosos, aquella arena ligera y cenicienta. Aquí la arena era sucia, la brea se te metía hasta el alma, no había hayas de espeso follaje sino angostos edificios llenos de sábanas colgando de sus balcones y mecidas por un aire pesado. En vez de *freteiros*, había viejos marinos catalanes, murcianos y andaluces compartiendo peleas, trapicheos y cazalla junto con avispados gitanos, buscadores de algo de fortuna para darle lustre al día.

Criado en la barriada de Collblanc, en el límite ente Barcelona y L'Hospitalet, el Patata tenía la nariz propia de alguien con ese mote, regalo del Kid Ñato en una velada en el Iris Park en 1935, cuando un joven Romero encajaba *jabs* y *crochets*, con la buena y con la zurda, y sus días olían a sudor, saliva y sangre derramándose sobre lonas rodeadas de griterío. Por entonces trabajaba como operario en la cadena de montaje de una fábrica de cafeteras industriales y, aunque ya era un pieza, reservaba toda su fuerza, mala uva y capacidad de detectar dónde le duele al otro para el boxeo.

Luego había estallado la guerra y, empujado por el hambre, se había pasado al bando nacional donde tampoco destacó como patriota o audaz soldado, pero sí por su capacidad de bandearse buenos negocios que hicieron más llevadera la vida de la soldadesca, hasta que los altos mandos lo pillaron y se le acabó la bicoca de trinchera.

Regresó a Barcelona dos años después, en 1939, la guerra recién terminada y él pobre, degradado, con un tiro que le había atravesado limpiamente el hombro en la campaña del Ebro, lo que quería decir que tampoco iba a volver a ver el ring desde dentro.

«Tal vez ya no esté en condiciones de competir, aunque pueda entrenar a los más jóvenes», pensó entonces.

Buscó ayuda en su antiguo colega, Teodoro González, pero este iba directo a convertirse en campeón catalán, título que consiguió

derrotando a Batalino en el décimo *round*, ante un Price que aullaba. Aquella tarde de mayo de 1940, el Patata estaba allí, sentado entre el público. González lo había invitado. Vente, hombre, y hablamos después del combate. Y Batalino se retiró porque ya está bien, no puedo encajar ni una hostia más. Y entre el atronar de los aplausos, en medio de aquel tumulto, Julio Romero se dio cuenta de que aquel ya no era su mundo. De que no había sitio para él.

Y abandonó el Price y erró sobre el maltrecho adoquinado de la calle Floridablanca y supo que se tenía que buscar la vida como lo había hecho en el frente, sólo que ya no habría altos mandos que lo fueran a degradar, sino policías que le iban a buscar las cosquillas porque aquí el que pierde es el enemigo, y él estaba allí, entre los que han perdido y no tienen otro remedio que guarecerse a la sombra del callejero del Distrito Quinto, en compañía de otros perdedores que proliferan como las moscas alrededor de la mierda, las cucarachas alrededor de la mugre y los gatos eviscerados alrededor del hambre.

Justo entonces un primo suyo que había sido paracaidista y luego se había alistado en la Legión lo invitó a Melilla, no por gentileza, sino por la conveniencia de ampliar la red que aquel familiar y algunos compinches tenían para llevar más lejos, y a emplazamientos más lucrativos, una serie de artículos de contrabando. Y para ello necesitaban gente con huevos, supervivientes natos, hombres de confianza, tipos duros. El Patata cumplía con aquellos requisitos.

—A ver qué tenemos aquí.

—Te traigo unos trajes, Patata, que si te los pones te van a confundir con el alcalde.

—Qué zoquete eres, Titi —terció uno.

—¡Tú no te metas!

—¡¡A callar los dos!! ¿Quiénes son tus amigos, Titi?

—Este es el Cambados y a este otro ya lo conoces, el Mexicano.

—Vale, muy bien, ¿y cuánto dices que quieres por estos trajes?

Y así se conocieron el Patata e Iván. Una mirada rápida, un vale-muy-bien y a seguir con el negocio, que no tenemos todo el día y aquí, cuando no hay polizontes olfateando, hay algún cobón que a la que ve u oye algo les va con el cuento.

La cuestión es que, pese a la aparente intrascendencia de aquel primer encuentro, algo le dijo a Iván que aquel hombre no muy alto, grueso, de nariz aplastada, frente prominente, mentón cuadrado, ojos de escualo y boca ancha que únicamente se abría para dar órdenes o perdonar vidas, iba a terminar estando muy presente en su porvenir.

El crepúsculo también se abalanzó sobre el cielo de aquel día de diciembre de 1954. El frío se intensificó hasta provocar la parálisis del viandante, y los muchachos fueron a acabar la noche en las proximidades del Liceo para ver si salía Ingrid Bergman, que aquella velada actuaba allí interpretando a Juana de Arco.

No la vieron, claro, pero al día siguiente contaron por todo el barrio, a los cuatro vientos, inventando hasta los detalles más nimios, que la habían visto y que menuda gachí más imponente era, y que nos miró y nos sonrió y la saludamos y nos devolvió el saludo. ¡La Bergman, nada menos!

Todos repitieron aquella misma trola menos Eduardo el Mexicano. El único que admitió que se habían estado pelando el culo de frío, durante horas, para nada.

Por entonces, Iván era poco más que un niño aprendiendo a sobrevivir en el lado menos amable de una ciudad que se le iba metiendo dentro, como un veneno que se inocula poco a poco para que el cuerpo acabe acostumbrándose al mismo.

Todavía quedaban años para que, algo más mayor, algo más resabiado, algo más curtido, Iván Regueira, el Cambados, cruzara su camino con Pilar Alférez y se acabara viendo envuelto en el *fregao*.
Pilar Alférez no estaba hecha para vivir aquí, fuera de Europa, fuera del presente, casi fuera del mundo. Toda su vida se había limitado a cumplir con lo que sus padres esperaban de ella y, después de casada, con lo que se esperaba de ella como esposa y madre.

Ahora no podía evitar echar atrás la mirada y sonreír con pena ante aquella niña que había sido, y ante aquella mujer que había existido sólo con permiso de los demás, y cuidado, no te nos vayas a descarrilar. Y no podía evitar sentir lástima y culpa por Joaquín, por haberle roto el corazón a su marido, y culpa por haber sacado lo peor de aquel hombre tan previsible, tan aburrido, tan muerto en vida. Aquel chico que soñaba con prosperar en su negocio de fotografía en Sant Boi y fundar una familia.

Y luego, una vez tienes la tienda funcionando y la familia en casa, ¿qué? ¿Cómo no podía habérselo preguntado nunca? O tal vez sí lo hizo, pero sin hallar ninguna respuesta. ¿Y luego qué, Joaquín? Nada. Luego nada.

A sus padres él les había gustado.

—Así que eres fotógrafo.

—Así es, señor Alférez.

—Llámame Félix. ¿Y cómo esperas ganarte la vida? ¿Haciendo fotografías?

—Estoy abriendo una tienda donde, además de retratos, sobre todo para documentación, bodas y bautizos, voy a revelar fotografías y a vender material fotográfico.

—Es decir, que más que uno que hace fotitos, vas a ser todo un empresario.

—Exactamente, señor Alf…, don Félix.

—Eso me gusta, Joaquín, que un hombre joven tenga ambición.

Joaquín tenía dos sueños, casarse con Pilar y tener su negocio. Y, para ella, era el salvoconducto que la llevaría lejos de la estrechez de un entorno paterno donde, más que una persona con deseos y anhelos propios, era un plan cuyas fases había que ir cumpliendo en cada etapa: educación, buenas maneras, noviazgo, matrimonio, dote, hijos. Un plan sin fisuras y sin ninguna ventana abierta a la improvisación.

—Y dime, ¿dónde tienes planeado abrir la tienda?

—El local está en la calle Queipo de Llano de San Baudilio.

—¡Ah, Queipo de Llano, qué gran orador!

—S-sin duda, don Félix.

—¡Cómo temblaban los rojos cuando escuchaban sus discursos radiofónicos!

Y así se terminó por celebrar el matrimonio entre Joaquín Rodríguez Piqué y María del Pilar Alférez Vendrell. Y la dulzura de aquella noche de bodas donde el dolor imaginado se limitó a un breve instante antes de que un efímero placer cobrara protagonismo. Así que era esto, pensó ella. Le gustaba y la hacía sentir bien, aunque sospechaba que aquel gusto podía ir a más, podía conducirla mucho más arriba de donde la llevaban las caricias, besos y acometidas de él.

Los padres de ambos juntaron dinero para el piso en el

Ensanche, y ahí es donde Pilar iba a conocer a Francesc Reinosa, dueño de un almacén cercano que vendía lámparas al por mayor, aunque también, ocasionalmente, abastecía a algún particular.

Reinosa, casado, con hijos, veinte años mayor, enseguida se prendó de Pilar. Y a ella enseguida le gustó aquel hombre bien parecido y seguro de sí mismo. Fue así como ella rompió por primera vez con lo establecido. Estaba recién casada y tenía la sensación de que había algo más que el placer de las ocasionales coyundas matrimoniales, así que se aventuró, en el coche de aquel empresario, en una escapada a la Carretera de las Aguas. Bajo un cielo de manto multicolor, Pilar hizo y se dejó hacer. Y le gustó, se sintió viva, deseada, dueña del momento, pero el miedo era más fuerte y aquella había acabado por ser la única salida de la norma que regía su existencia: ser la que los demás esperaban que fuera.

Dejando, pues, de lado aquel escarceo, para Pilar los primeros años de matrimonio fueron bonitos porque, sustraída del yugo familiar, estuvo al lado de Joaquín, trabajando los dos en aquel pequeño y próspero negocio. Todo era trabajo y más trabajo, eso sí, y pocos momentos de un asueto que se fue tornando cada vez menos humilde, pues el dinero iba entrando hasta que llegó el día en que ya no hizo falta que Pilar estuviera allí.

Entretanto le había dado a su marido las niñas, dos. Cuando nacieron, trató de convencerse de que aquellas criaturas formaban parte de ella, de sus entrañas, de su alma. Que esas dos niñas eran lo que quedaría de ella algún día. No obstante, había algo irrecuperable en aquella rutina en la que se había instalado: ayudar a Joaquín a hacer cuentas, cuidar de las hijas, tener la casa limpia y la cena lista. Así un día tras otro, y algún domingo nos vamos a la playa a Sitges o al Montseny.

Y, como el choque entre la inmovilidad y el reflujo de la inercia de un tren que llega a su destino, aquella rutina se detuvo. Y Pilar Alférez se apeó en el andén que, desde una tarde en que había fumado un solitario cigarrillo en el balcón de aquel piso del Ensanche, bajo la complicidad ocre y rosada del atardecer barcelonés, sabía que la estaba esperando.

Recordaba la casa prístina, nada que hacer sino esperar. Joaquín, en la tienda de fotografía. Las pequeñas, que han salido del colegio y están con los abuelos. Y tú, Pilar, quieta ahí y limítate

a esperar. A la vista, desde donde estaba situada, varias esquinas iluminadas por la luz del principio de la primavera. Ruido de vehículos y de voces que van y vienen, y esa sensación de que la vida, la de verdad, la que cuenta, está ocurriendo ahí abajo, pero ¿y aquí qué?

Un grupo de muchachos cruzaba la calle riendo, bromeando, despreocupados. Dueños absolutos de ese instante y de todos los que tenían por delante. Eso, ¿y aquí qué?

—Dios —farfulló. Todavía quedaba tiempo para que acabara pronunciando *shit* cada vez que quisiera protestar por algo. Eso ya sería cuando Stephen Jameson se le metiera muy dentro.

Entró en el apartamento y sacó un cigarrillo de la pitillera cilíndrica que tenían para las visitas. Buscó una caja de cerillas en la cocina y volvió al balcón. Encendió la cerilla e inhaló el humo. Y tosió sonoramente. Tosió hasta lagrimear. Tosió hasta que le dolió el pecho. Y, cuando terminó de toser, para Pilar Alférez ya nada era lo mismo.

Recordó aquella remota tarde en la Carretera de las Aguas, aquel paseo en coche, un sifón y una toalla en el maletero para limpiarse después del asunto, las incomodidades y estrecheces de aquel vehículo que olía a colonia Royale Ambrée y al cuero recalentado de los asientos. Ella muy joven y, aquel, un hombre con años de matrimonio a cuestas. Tras el episodio, el hombre había insistido, había querido más. Primero con algunos requiebros, luego flores y chocolatinas. Más tarde, ropa y complementos. Pero para ella aquella aventura había sido lo que los americanos llaman un *one off*, algo que únicamente se hace una vez y no se va a repetir.

Sólo que sí se repitió, porque aquella tarde en que fumó su primer cigarrillo en el balcón de un piso en el que la vida no quería entrar, Pilar pensó de nuevo en Reinosa y vio en él el pasaporte para evadirse de la vida que se le acababa de encoger como una lana de mala calidad. Así, forzó un reencuentro nada casual. ¿Cómo estás? ¿Cuánto tiempo? Y, como era de prever, Frankie volvió al ataque. Nuevamente requiebros, flores, chocolatinas, ropa, complementos y, ahora que sí surtía efecto, ahora que ya no era ese *one off*, desde hacía unas semanas, joyas. Tal vez no las más caras, pero escogidas con buen gusto.

Empezaron las infidelidades, como algo más que aquella

anecdótica primera escapada, años antes.

Él seguía igual de insatisfecho con su matrimonio, deseoso —como ella— de escaparse, aunque en su caso sólo fuera unos momentos, de una rutina de negocio, mis dos hijos que pronto irán a la mili y la mujer, que siempre se me queja por todo. Atlético, bien plantado, ya con cuarenta y muchos y aspecto de galán de cine del Régimen, había sido el primero en amarla sin permiso de nadie, y ahí volvía, esta vez para hacerla suya en hoteles y *meublés*. Y, ya que los negocios iban bien, para acabar convirtiéndose en su principal fuente de ingresos.

Así empezó la vida que, se decía Pilar, es para mí, mi plan y no el de otros: el alterne, la diversión porque sí, porque a eso venía yo, y el distanciamiento. El disimulo menguante, y a quien no le guste, que no mire. Y Joaquín, cariacontecido, incapaz de pronunciar una palabra ante la evidencia de todo ese amor ajeno pegado a la piel y a la mirada de ella.

—Este domingo llévate tú a las niñas a Sitges, que yo tengo un tre-men-do dolor de cabeza.

Y él obedecía, la mirada clavada en el pavimento y el corazón haciéndosele añicos como una cristalera arrasada por el ruido de una explosión ensordecedora. Mudo de dolor y con sensación de fracaso. Perdedor de su propio partido, indigente en una riqueza material labrada con esfuerzo y a la que se asoma vacío, sin una sola gota de sangre corriendo por unas arterias que es como si se le hubiesen secado. Hombre inútil que no sabe si avanza cada vez más lejos de donde está o cada vez más cerca de donde tiene que llegar.

Y si Joaquín y las niñas marchaban al Montseny, ella se iba a Sitges, donde había trabado amistad con aquella graciosa chica de color, la única que había en todo el pueblo, que la llamaban la Negra de Sitges, tan simpática con aquellos dos hijos tan majos, y que, al parecer, cantaba.

Gloria se llamaba. Y era cantante de jazz.

Y a ella le sonaba de algo, eso que llamaban jazz. De haberlo escuchado en la radio, tal vez.

—Pues es música que yo canto. Tú tienes que venir a verme una noche —le dijo aquella mujer con acento extranjero.

Ella alucinaba. Estoy hablando con una cantante negra de verdadero jazz americano, pensaba, sintiéndose de pronto la mujer

cosmopolita y moderna que —ahora ya sabía— era lo que realmente quería ser.

A Reinosa no le gustaba aquella música:

—Conmigo no cuentes, Byby, que a mí esos sonidos me dan dolor de cabeza.

Pero yo no te necesito para ir a ver a mi nueva amiga Gloria Stewart, razonaba Pilar, que canta verdadero jazz americano como los negros del Harlem de Nueva York. Porque a esas alturas lo tenía claro: ella no necesitaba a un hombre para hacer lo que le viniera en gana. Estáis aquí para divertirme, no para que os tenga que pedir permiso para vivir.

Reinosa no era el único, por supuesto. Pilar Alférez no era infiel al marido para entregarse en exclusiva a otro, por mucho que ya hubieran tenido intimidad en un pasado más bien remoto. Ella no era una pieza de recambio, así que, si bien siguió alternando con el empresario, no dejó de descubrir otras pieles, otras caricias, otros besos e intimidades; el sabor y sonido de otras lenguas.

Por su parte, el amante era un tipo como los de antes, enamorado porque ella era la libertad, la diversión, la dulzura, la despreocupación, el buen humor que aquel hombre, recto y trabajador, no hallaba en la intimidad de su hogar.

Quien acabó por derrumbarse y no soportar más la situación y el dolor que esta conllevaba fue Joaquín.

—Ya ni te molestas en disimular —soltó una tarde.

Había estado esperándola, fumando un cigarrillo tras otro, sentado tenso en su butaca, las ojeras subrayando una mirada desesperada, rota por las circunstancias.

Y ella, con el olor del goce de otro hombre pegado a su piel, indiferente, harta. Qué me estás contando, qué quieres de mí, déjame en paz.

—¿Por qué me haces esto?

—¿Por qué te hago qué?

—Sabes muy bien a qué me refiero, Pilar.

—No empieces otra vez, Joaquín.

Sólo que aquella vez Joaquín no empezaba, sino que había decidido terminar.

—Voy a pedir la separación, Pilar. Ya no puedo más. Ya no podemos más.

Al pluralizar se refería a las niñas, obviamente. Que no son tontas y ya tienen edad para olerse que algo no anda bien. Y preguntan por su madre, pero su madre está con el vecino del almacén de lámparas, bebiendo champán y dándole lo que su esposa no le da en la selecta intimidad de algún *meublé* de categoría. Y, cuando no está con ese, está con otros, amigos de la Gloria esa, la cantante, o nuevos amigos cosechados en sitios como el Colón, mientras el Latin Quartet se emplea a fondo con algún twist o algún madison. O en el vecino Panam's, aprovechando las mesas del fondo, tan estratégicamente reservadas, entregándose a los placeres con algún hombre joven mientras, sobre el escenario, cobra vida un cabaré de calidad dudosa, pero qué importan las veleidades artísticas. A veces, con la compañía masculina, Pilar se quedaba en el local excitándose en observar a las parejas que acudían en grupos y jugaban al intercambio, tanteándose ante el frenesí cómplice de sus *partenaires*. Jadeando con el placer ajeno.

Si Joaquín fuera así, a mí no me importaría, había pensado tantas veces. Aunque, evidentemente, ni por asomo.

—¿Me estás escuchando? Te estoy diciendo que no podemos más.

Quebrado por dentro, tratando de mantener en pie los últimos añicos de su espíritu, Joaquín todavía conservaba la esperanza de que todo aquel dolor hiciera recapacitar a su mujer. Sentía, incluso, que podía llegar a perdonarla. A no preguntarle nunca por el otro, o los otros, que no sabía si eran uno o varios, aunque intuía lo segundo. Pasar página, cicatrizar y, transcurrido el tiempo, cuando mirara atrás, como cuando se relee un libro, pasar rápido las páginas de esos días, como un capítulo que sabemos que está ahí, que estuvo ahí, pero no hace falta revisar.

—¿Vas a dejar a las niñas sin su madre? —contratacó ella sin demasiada convicción.

Su marido dejó pasar unos segundos de silencio, acaso dándose cuenta de que todo estaba perdido y que la carta del patetismo, como palanca para la redención moral, no iba a servir sino para convertir aquel momento en algo todavía más vergonzante.

Tras la pausa, habló:

—¿Por qué no dices sus nombres?

Ella se quedó esptupefacta.

—¿Q-qué? ¿Cómo?

—Sí, Pilar —repuso él—, sus nombres. Los nombres de tus hijas, que ya no pronuncias nunca. Las llamas «las niñas», o «niña» cuando te diriges a una u otra. ¿Es que ya no recuerdas ni sus nombres?

—¡Claro que recuerdo los nombres de mis hijas! ¿Por quién me tomas? —protestó ella.

—Bien. ¿Y por qué no los dices?

—Los diré cuando me dé a mí la real gan…

—¡Adelante, dilos ahora! Pronuncia el nombre de tus hijas, de nuestras hijas. ¡Ahora! ¡Ya!

—Te he dicho que…

Joaquín había hecho diana y ya había cogido carrerilla:

—¡Venga, Pilar, que no es tan difícil! Pronuncia el nombre de nuestras hijas. A ver, ¿cómo se llaman?

Pero a ella, que lógicamente sabía cómo se llamaban, no le salía. Su boca se trababa. Sus nombres se le quedaban en la garganta, aire articulado por las cuerdas vocales que sólo espera ser liberado en forma de un sonido que no se produce. Porque no puedo. Porque no. Las niñas, no. Se me quedan dentro.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? ¿O es que ese otro hombre con el que acabas de estar te ha borrado la memoria?

No sigas por ahí, Joaquín, pensó. Te lo advierto. No te estoy diciendo nada, pero deberías podérmelo leer en el rostro.

—¿No te acuerdas de que tienes dos hijas?

En serio, Joaquín, vamos a salir los dos heridos de esta. Mírame bien, obsérvame, todo en mí te insinúa que lo dejes. Para ya.

—¿Tienes boca para decir el nombre de tus hijas o ya sólo la usas para dar gusto a otros?

Maldita sea, tú lo has querido.

Pilar no recordaba con exactitud lo que replicó. Sabía que lo hizo con un hilo de voz, más parecido a un carámbano afilado clavándose en la boca del estómago del oponente que a una tormenta o a una erupción desatándose sobre su persona. Ninguna palabra había sonado más alta o más fuerte que la otra. Pero todas habían buscado la herida precisa, quirúrgica, el corte más pequeño, la incisión más exacta. La que más duele y más sangra. Zas, zas y zas. Finamente. Pequeñas explosiones controladas que derrumban

catedrales. Un leve eco cuya vibración provoca avalanchas.

Cuando por fin calló, el aire de la habitación se había paralizado de puro gélido.

Y, lógicamente, después de aquello nada impidió la separación. Las niñas preguntando por qué, y ella dando largas. ¿Cómo os explico yo que mi vida es mía y tengo derecho a ella? ¿Cómo os hago entender que, seguramente, algún día vosotras también reclamaréis el derecho a tener una existencia que no dependa del visto bueno de los hombres de vuestras vidas? Quizás, para entonces, los tiempos habrán cambiado y vuestra libertad se dará por sentada, pero mi tiempo es este y no quiero perderlo. No puedo perder *mi* tiempo ocupándome del vuestro.

Joaquín encerrándose en el retrete para llorar sin ser visto, sin ser oído. Pilar lo sabía, pero obraba con absoluta indiferencia. Se le pasará, es un hombre, ¿no nos dicen a nosotras que somos el sexo débil, y ellos el fuerte? Pues que sea fuerte. Eso pensaba y no dejó de pensarlo nunca.

Transcurrió menos de un mes y Pilar se marchó. La separación se había consumado. Ahí os quedáis, tú y… las niñas.

Había encontrado un apartamento en la calle Regomir. Pequeño, modesto, suficiente. Pagaba Francesc Reinosa, con el que la relación —por sus implicaciones pecuniarias— iba cada vez más en serio, así que, en lo que respecta a romances ocasionales, Pilar se conducía con discreción para evitar escándalos. Ella era su Byby y, al menos, vamos a guardar las formas más básicas.

Además, el vendedor de lámparas no la visitaba en el apartamento que casi sufragaba por completo. Prefería estar a salvo de indiscreciones y se decantaba por el anonimato de *meublés* o de salidas fuera de la ciudad, a hotelitos costeros donde tenía la certeza de que jamás volvería con nadie de su familia, y donde él y Pilar pasaban por marido y mujer, pese a los casi veinte años que se llevaban.

No sería hasta el invierno de 1961 cuando, en el rodaje de una película, presentados por Gloria Stewart, que actuaba en alguna escena, Pilar conocería a Iván Regueira, el Cambados. Uno más. Joven, con vigor, con ganas de aprender y dar y hacer, pero no te me vayas a encoñar, chiquitín.

Lo que ocurre es que Iván sí se encoñó.

Y, curiosamente, pese a las señales más o menos evidentes, nadie supo o quiso ver el percal, convirtiendo así la tragedia en inevitable.

3

Sábado 17 de noviembre de 1962

El taxista toma a Jimmy Walker por el típico borracho americano que se ha pegado con vaya usted a saber quién. Está acostumbrado a llevar a militares y marinos que la han liado, por ejemplo, metiéndose en las sábanas de alguna mujer casada cuyo marido los sorprende y, como premio, se llevan una merecida estiba de hostias. ¿Así que se me sube al taxi un rubito yanqui con sangre en el abrigo y en la cara? Demasiado pocas se habrá llevado.

El pasajero se apea en la Puerta de la Paz, pasada la Comandancia de la Marina, frente al monumento a Cristóbal Colón. Paga con un billete de los que le ha quitado al cadáver de Reinosa. Sus manos tiemblan y, bajo el abrigo, todo es oleaje de sudor frío. Entrega veinte duros que se manchan con la sangre que todavía mana de la herida en la mano y que ya veremos cómo curar.

—Oiga, ¿no tiene más pequeño? Me va a dejar sin cambio —protesta el chófer.

Pero el americano lo mira con esos ojos de un azul celeste y de no entender absolutamente nada, y el taxista le devuelve setenta pesetas, atribuyéndose una buena propina, que igual este hijo de perra me ha manchado el asiento de sangre, que estos están todos sin romanizar.

Jimmy se embolsa los catorce duros sin tan siquiera contarlos y reconoce el quiosco de bebidas y el Cosmos, se dirige hacia allí para luego doblar por Escudellers. Es sábado y empieza el bullicio, sobre todo desde La Cazalla, donde se concentran gritos y risotadas que retumban en las concavidades del Arco del Teatro. El taxista se cruza al americano en su trayecto Rambla arriba, en dirección a la parada de la plaza de Catalunya, delante de la Compañía de

Electricidad. A ver si hay suerte y se le sube otro turista al que distraer algunas pelas, que la vida está muy dura y estos vienen aquí *forraos*.

La calle Escudellers le da la bienvenida con un vaho de sardina frita mezclada con los pollos *a l'ast* de Los Caracoles, el tufo de orín, peleas y cervezas derramadas de la noche anterior, y una brisa opaca de colonias y perfumes baratos sobre las pieles de putas, chulos y marineros.

Mientras avanza hacia la calle del Vidrio, pisa y casi resbala con la caca recién depuesta por el chihuahua de una prostituta gorda, que se ríe de su torpeza enseñando una dentadura salpicada con restos de comida y carmín.

—*Fuck*!

—¡A ver si te vas a pensar que mi pichurri no puede cagar porque tú no miras por dónde vas, tontainas!

El chihuahua ladra histérico, la mujer ríe y algunos curiosos se unen a la escena. Jimmy hunde sus manos en el abrigo y se marea, sudando todavía más frío, notando la maza de duraluminio y la navaja, los dedos que sangran en su bolsillo y el corazón desbocado.

Ahora la gorda lo increpa y los ladridos del chucho, agudos, punzantes, se le hacen insoportables. Los transeúntes se carcajean de buena gana.

Pasan dos marineros de la Sexta Flota que también curiosean, entre divertidos y preocupados, pues reconocen en aquel chico rubio a un compatriota. Y mucha sangre se ve sobre ese abrigo.

—*Man! Are you ok*?

Jimmy se estremece. Él, que ha desertado semanas antes. Si lo reconocen, si lo llevan a Capitanía y descubren quién es, será juicio militar, porque los States no muestran demasiada comprensión con quienes abandonan las filas de sus ejércitos. Corte marcial, prisión militar y expulsión con deshonor.

Si acabo con estos, piensa, voy a estar jodido del todo, porque además del juicio y el encierro, van a conectarme con ese idiota que sólo tenía que abrir su caja y darme el dinero. No voy a tener escapatoria.

—*Hey, man, I asked if you're ok* —insiste uno de los marines.

Jimmy les devuelve una mirada de lubina recién pescada y dice que sí, que gracias, que está bien, que ha sido un día complicado.

Los marines se encojen de hombros y lo contemplan un par de segundos. Pues vale, lleva cuidado por estas calles, que aquí son unos salvajes, que esto es peor que México, le advierten. Y él agradece y dice que sí, que se va a dormir la mona. Y la loba y su chihuahua ya han desaparecido tras una esquina, engullidos por el pasaje de Escudellers, y los de la Sexta Flota ya ni lo escuchan porque han retomado su camino hacia la cogorza comatosa con polvo de saldo, inmejorable plan para una tarde de sábado aquí, en el tercer mundo.

Jimmy respira hondo. Por poco, piensa. Hace sólo tres semanas abandonaba su puesto en una unidad de proyectiles antiaéreos B26 destacada en Ludwisburg y se largaba con viento fresco, sin pasaporte, pero con un salvoconducto de la Marina estadounidense que le permitía cruzar Suiza y Francia y recalar en Mallorca, donde las anfetaminas se venden en farmacias, nadie hace demasiadas preguntas y donde, además, se hizo amigo de Vidal. Un chico extraño, incomprendido, que, como Jimmy, es de los que no acaba nunca de encajar en su entorno. A Vidal le gustaba explicar que en la finca familiar, en el pueblo de Consell, tuvieron un camello importado del Magreb. Un animal sobre cuyos lomos había querido dar la vuelta a la isla, pero se le había muerto antes de que eso fuera posible, maldita sea.

Ambos trabaron una amistad adictiva y se fueron a Ibiza, donde había más vida de la que ellos podían considerar como tal, sin las estrecheces de la finca familiar de Vidal.

En esa isla tan maravillosamente blanca, tranquila y llena de ingleses y americanos con los que se podía entender, Jimmy y su amigo dormían en la playa o en casas de otros y disfrutaban de una existencia sin complicaciones. Allí conoció a un tal Dieter, un alemán que tenía un club muy acogedor llamado Talamanca. Y, en el Talamanca, bebiendo un bourbon y escuchando un disco de Kai Winding, el alemán le había presentado a Stephen Jameson y a Pilar Alférez, que estaban allí porque Barcelona es muy cara y para volver necesitamos mucho dinero. Mucho. Y él también está sin blanca, porque desertar no suele ser una actividad remunerada.

—El caso es que nosotros tenemos un plan para meter mano a mucho dinero.

—¿Un plan?

—Sí, prácticamente infalible y para el que justo necesitamos a alguien.

—¿Y dices que hay mucho dinero?

—Para comprarte un pasaporte falso y vivir bien durante una temporada, Jimmy.

La cuestión, le planteó la pareja al cabo de una botella y media de bourbon más, es si tú eres ese alguien o si tenemos que seguir buscando. Mientras, de fondo, Victorino Planells hacía lo posible, al frente de la agrupación Ibiza Jazz, para tratar de cumplir con el *Main stem* de Duke Ellington.

Así se empezó a fraguar ese golpe tan fácil, en palabras de Stephen, que luego se había convertido en la estúpida carnicería de la que Jimmy ahora huye subiendo por la calle del Vidrio y desembocando en la plaza Real en busca de la pensión Pros.

Vidal, agobiado por aquella pareja con la que no congeniaba y reclamado por su padre, había vuelto a Mallorca y Jimmy se había quedado a solas con Stephen, Pilar y su plan maestro.

Ve sin miedo, muchacho, ve a la gran ciudad. Allí te presentarán a Jack Hall y, a partir de ahí, tú solito te vas a merendar a ese carcamal de Reinosa. Y el premio, ya lo sabes, un buen fajo de billetes y un flamante pasaporte nuevo para que puedas viajar por donde se te antoje.

Stephen y Pilar sabían que hoy Reinosa tendría mucho dinero en su almacén porque tenía que pagar una deuda muy importante. Cuando Jimmy preguntó a quién, pensando que tal vez el acreedor fuera alguien peligroso, a la pareja se le ensombreció la expresión.

—Preferimos no hablar de eso —respondió Stephen—, pero tranquilo, que para ti es totalmente seguro. Ya lo verás, pan comido.

Sí, claro. Pan comido. Y ahora el que está metido en un buen lío es Jimmy, y solamente Jimmy, mientras Stephen posiblemente esté en el Talamanca, en primera línea de mar, atizándose un whisky y viendo, junto a su atractiva novia española con ese nombre tan raro, a esa orquesta llena de buenas intenciones y discutible pericia tratando de salir airosa en lo de medirse con Duke Ellington, Basie o algún otro.

Los pobres.

La cuestión es que Jimmy terminó por aceptar. Y maldita la

hora, porque yo di el paso y Stephen, al final, ayer por la mañana, se acojonó y ni siquiera se subió conmigo al barco. Pero tuvo el cuajo de decirme tú tranquilo, Jimmy, que en Barcelona vas a conocer a Jack Hall, que él te ayudará. Tú sólo dale este papel con los pormenores del plan, lo estudiáis un rato y, con lo que tú ya sabes, más los planos del almacén de Francesc Reinosa, desplumar a ese imbécil será pan comido. Ya lo verás.

—Sigo sin entender por qué no vienes tú también.

—Por la coartada, ¿sabes? Pilar y yo es mejor que estemos lejos, cuando el atraco se produzca, de modo que, aunque la Policía nos investigue, no podrá probar que ella y yo tuviéramos nada que ver. ¿Me sigues?

Una excusa plausible, no se puede negar, pero que no salva a Stephen de la condición de cobarde. Este le dio los papeles antes de que embarcara y se guardó otros —un plano del almacén peor dibujado que el que le acababa de dar a Jimmy— en el pasaporte, documento que llevaba encima, pero que ya no iba a usar para embarcarse hacia Barcelona.

Guarden bien en su memoria este detalle: el de Jameson guardándose el plano en el pasaporte, porque más adelante, según proceda este cuento, se van a reír. O llorar.

También se puede reír o llorar con este otro detalle: además de las instrucciones pertinentes, Stephen le hizo entrega de nada más y nada menos que una bombona de butano vacía. Tal cual. El desertor tendría que llevársela a una amiga suya, una tal Gloria, cantante negra de cierto éxito en Barcelona, y que esta le diese quinientas pesetas.

Así que James Dell Walker embarcaba anoche con los enseres para un atraco, el plano del almacén, una carta escrita por Stephen Jameson y una bombona vacía de butano, y de esta guisa llegaba a Barcelona esta mañana y se dirigía a la pensión Pros. Como le habían anticipado, le abría Gloria Stewart que, sin mucha alegría, le daba los cien duros por la bombona vacía y le indicaba que preguntara en la habitación de al lado, donde le darían las señas de Jack Hall. Tras esa otra puerta una chica gordita, de piel muy pálida, ojeras y un fuerte acento escocés le informaba de que, a estas horas, a Jack todavía lo puedes pillar en la pensión Toledo, donde vive, y que está aquí al lado, o en algún bar tomándose algo.

—*Thank you*!

Tras dar varias vueltas y preguntas, le localizaba, casi de milagro, sobre las dos de la tarde, mientras daba cuenta de un pincho de tortilla en la cervecería Colón. Establecían contacto. Hall ni se inmutaba cuando el otro le hablaba de un atraco, peores cosas he visto, y a él, mal dadas como se le estaban presentando en los últimos tiempos, le parecía bien un pellizco de aquel golpe.

—Tengo estos alicates, del Ejército, y una navaja.

—Bastará.

—¿No me podrías conseguir una pistola?

—¿Una pistola? ¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? ¡¡Para el atraco!!

—No digas tonterías, aquí es dificilísimo conseguir armas de fuego y casi nadie tiene, a menos que seas militar, policía o sereno.

—¿Sereno? ¿Qué es eso?

—Olvídalo. Vamos a quedar aquí dentro de una hora exacta, a ver qué te puedo conseguir.

A las tres y pico volvían a converger en el Colón. Jack le entregaba un número atrasado de la revista *Time* con el retrato de Nikita Kruschev en la portada y, dentro, una maza de duraluminio.

—¿Una maza? ¿Qué hago yo con esto?

—La blandes para amenazar al hombre.

—No sé si bastará…

—Créeme, vivo aquí hace casi cuatro años y conozco muy bien a la gente. Si le enseñas la maza y la navaja, ese tipo hará lo que le pidas. Confía en mí.

Santiguándose como no lo hacía desde su niñez, cuando el padre Dustines impartía catecismo en la parroquia de su Newark natal, Jimmy sube ahora por las angostas escaleras de la pensión, dejando sobre sus ángulos mellados por millones de pasos sin recuerdo rastros de hez canina y barnizando, con sangre de los dedos de su mano izquierda, la madera ajada de una barandilla a medio devorar por una sucesión de linajes de termitas.

Cuando se planta ante la puerta de la habitación que busca, la golpea con los nudillos ensangrentados. Ahora mismo no recuerda si está llamando a la puerta de la cantante negra, o a la de su vecina la escocesa. Le da igual, cualquiera sirve.

—¿Quién es? —pregunta una voz femenina con indiscutible

acento de Glasgow.

—*It's Jimmy* —replica carraspeando.

—*Jimmy*?

—*We met this morning…*

La puerta se abre, Joan Barr lo observa. Jimmy tiembla, tiene sangre en el abrigo y en la mano, que gotea, un sudor gélido perla su frente de un blanco marmóreo, las ojeras adquieren un color verdoso, el pelo está revuelto, la boca paralizada, torcida en una mueca de náusea y amargura.

Detrás de Joan, en la penumbra y con una niña de unos tres años en brazos, está Nancy Katherine Hall, la mujer de Phil, el hermano de Jack, que exclama algo muy parecido a *holy shit*. A Jimmy ahora mismo le da igual cualquier cosa que no sea entrar en esta habitación y sentirse un poquito más a salvo.

—*Where's Jack*? —le pregunta Nancy.

—*I don't know… I really don't.*

Con toda la contundencia de quien se ha criado en las aceras tiznadas de hollín y sangre de la Escocia industrial, Joan Barr pregunta con su fuerte acento de Glasgow:

—*What the hell has happened*?

Eso. Qué demonios ha ocurrido.

Y él traga saliva, porque no sabe por dónde empezar a contar todo este enredo, aunque no le hace falta porque oye pasos tras de sí, y se da la vuelta, y es Jack Hall, con el rostro endurecido y unos ojos que matan.

—*You've fucked up big time, kid.*

Que quiere decir que la has cagado, chaval.

Que la has cagado mucho.

4

Llegados a este punto, conviene presentar a John Jayden Hall, más conocido como Jack. Cómo se las gastaba el último tío con el que nadie querría tener un problema.

Su niñez no había sido diferente a la de otros tantos críos de Coverdale, a las afueras de Pittsburgh: frecuentes palizas paternas, bocas de dientes rotos por cuyos huecos se cuelan alientos de matarratas, vidas sin recuerdos ni esperanzas, inviernos largos llenos de frío y silencios, veranos secos que apestan a residuos pudriéndose, el omnipresente ruido de las fábricas que trituran porvenires. Mamá y sus amigas, todas amas de casa, todas mal folladas, todas bebiendo para olvidarse del último ojo a la funerala o del último coito, en que el marido, trompa y cabreado con el mundo, ha farfullado el nombre de alguna ramera, que lleva desvirgadas, por lo menos, a tres generaciones. Coverdale, New Beaver, Pensilvania, un estercolero de mala muerte del que solamente se puede pensar en huir, a toda prisa y sin mirar atrás.

Para muchos como Jack, el estallido de la guerra suponía, pese al riesgo de acabar hecho picadillo en algún país al otro lado del océano que no habría podido localizar en un mapa, la posibilidad de largarse de aquel lodazal. Y así, en 1941, con los dieciocho recién cumplidos, acudió con entusiasmo a la llamada del Tío Sam y adiós, amigos, que mucho me habéis visto ya por aquí.

Durante la guerra combatió sin destacable valor en el norte de África, Italia, Francia y las Ardenas. No superó nunca el grado de soldado raso, pero sobrevivió sin grandes heridas, de eso se trataba, más que de acabar con una medalla en el pecho y una bala en el cráneo, amortajado en una caja envuelta en un trozo de tela pintado con las *stars & stripes*. Esa gloria, se decía a sí mismo, que se la busque otro.

Hall no era un gran soldado, pero sí un excelente oportunista, y combatir en Europa le hizo aprender rápido las lenguas, más el francés que el italiano, para comunicarse con quien le interesaba: estraperlistas, delincuentes, prostitutas y, en general, hombres y mujeres desesperados, que lo han perdido todo en la contienda y que, por tanto, podían ser fácilmente explotados. El americano puso enseguida su inteligencia y su encanto al servicio de la situación.

Terminada la guerra lo licenciaron y alistaron de nuevo como intérprete del Ejército aliado en Francia, pero enseguida lo trasladaron a Lieja, donde tuvo una historia de amor —llamémosle amor— que acabó en preñez y otra huida hacia delante por parte de un Jack que no había combatido una guerra para acabar de padre de familia en aquella Bélgica reventada por las bombas, la miseria y con el recelo en el ambiente por todos esos secretos que se larvan en una contienda. Esos cambios de lealtades, las traiciones, los favores, deseos y delaciones que sólo el paso del tiempo podrá sepultar bajo una losa que no deje escapar sus vergüenzas.

No era un panorama en el que Jack tuviera la menor intención de instalarse, así que, ante la noticia del embarazo, transcurrido sólo un año desde el fin de la guerra, desertaba y, tras algunas semanas eludiendo a la Policía Militar, se trasladaba a Burdeos, desde donde se embarcaba como polizonte en el buque Emily Dickinson, con destino al puerto texano de Galveston.

La idea no era llegar hasta allí, sino lanzarse al agua en las proximidades de la costa de Florida, con la única ayuda de un chaleco y una rudimentaria balsa que se había construido. De este modo pretendía alcanzar a nado Estados Unidos y ya se verá, porque a sus veintitrés años, John Jayden Hall tenía claro que, fuera donde fuera, sabría buscarse la vida. Enfrentaría cualquier carambola del destino mientras no fuera volver a Coverdale a respirar los mortíferos humos de las fábricas y las minas de New Beaver. Ni a oír el insoportable traqueteo de sus trenes. Ni a reventar de asco en sus tascas oscuras que huelen a serrín y fracaso.

Eso pensaba, aunque por poco no termina sus días como alimento de la fauna marina de las costas de Florida, pues las fuertes corrientes se llevaron la balsa, y el chaleco no servía más que para mantenerlo a flote por los pelos y por poco rato.

Hay que entender que Jack se consideraba hasta aquel

momento, un tío con suerte. Había sido capaz de huir de su pueblo, había sobrevivido a cinco campañas de una guerra feroz que había masacrado a miles como él. Sabía gustar, seducir y, a la vez, imponer respeto y miedo. Lo suficientemente duro para defenderse con los puños y lo suficientemente listo para conseguir lo que quisiera con labia. Por eso, cuando las corrientes marinas vapuleaban su cuerpo, le hacían tragar agua y debilitaban sus músculos con la fuerza inmisericorde de un océano viejo y cruel que no pacta con nadie, el americano se planteó si no se había venido demasiado arriba al confiar tanto en su fortuna.

—*S-s-shit!*! —fue el vocablo escogido para sintetizar aquel súbito aluvión de dudas.

¿Qué te pensabas, imbécil? ¿Que el mundo gira a tu antojo? La vista se le nublaba y las vías respiratorias se saturaban con los puñetazos salinos del agua.

Pero el naranja del chaleco salvavidas de Jack había sido divisado, como una nota de color en el inmenso vaivén azul de las olas, por una patrulla guardacostas que rescató al náufrago y lo llevó a la capitanía de Port Everglades, donde le dieron toallas, sopa caliente y una conversación no muy original: quién es usted. De dónde viene. Adónde va. Qué hacía nadando a la deriva en la costa, a punto de convertirse en manjar para la población local de tiburones. Lo típico que se pregunta en estos casos.

Jack se presentó como John H. Ridder y elucubró una historia bastante inverosímil para justificar su presencia allí. Los guardacostas, lejos de ser los gilipollas que el americano presuponía, elevaron el caso al FBI.

—*That's bullshit* —así expresaron su recelo.

El FBI no tardó en descubrir que el tal John H. Ridder era el desertor John Jayden Hall y lo entregaron a las autoridades militares para que estas dispusieran lo antes posible de su culo.

Lo habitual hubiera sido que el Ejército de los Estados Unidos de América hubiera dictado una dura sentencia, que Jack Hall hubiera pasado los siguientes años en una prisión militar y que hubiera salido con el estigma de quien ha traicionado a su patria. Un enemigo de la nación. Pobre, exconvicto y sin amigos, hubiera podido ir a dar con sus huesos en alguna gran ciudad, Nueva York, Los Ángeles, donde acabar sus días trampeando para ganarse la

vida. O, peor incluso, hubiera podido volver, cabizbajo, el peso del deshonor sobre su osamenta, a Coverdale, en compañía de su hermano Phil, que por allí andaría, y reventar en alguna fábrica, o en algún bar a base de la siempre inflamable combinación de morapio, amargura y violencia.

Pero ya se ha dicho que Jack Hall era un tipo con suerte.

La prensa se interesó por el caso de aquel muchacho que, tras servir lealmente durante cinco campañas en la guerra, siendo intérprete del Ejército aliado en Europa, desertó y, de todos los sitios donde podía haber huido, justo había escogido la madre patria. ¿Por qué?, se preguntaban. ¿No podía haber escapado a cualquier otro lugar? ¿Qué ocurría en Europa para que aquel zagal se arriesgara tanto como para abandonarla y volver?

Sin este interés por parte del cuarto poder, el destino de John Jayden Hall habría sido cualquiera de los dos panoramas antes descritos. Pero como le preguntaron desde los periódicos y las radios, él contestó.

Había huido por amor, decía. Tenía una chica en Lieja esperando al primogénito de ambos, y él sabía que no podría mantenerla trabajando como intérprete. Así que había pensado en volver a los Estados Unidos y buscarse un porvenir con el que pudiera traer a su nueva familia a la tierra prometida. Porque los Estados Unidos de América, Dios los bendiga, son la tierra de las mil oportunidades. Su plan era llegar y ponerse a trabajar, trabajar duro, y, cuando por fin hubiese reunido el dinero para traerlos, entonces se entregaría, porque ya tendría lo que quería: a su mujer, a sus suegros y a su hijo cerca. Eso decía.

Y la prensa lo creyó porque, además de suerte, Jack Hall tenía un talento innato para convencer al prójimo de lo que se propusiera, merced a una mezcla de diversas entonaciones graves, un buen repertorio de palabras y una gesticulación sobria pero muy efectiva.

Así que, sobre los rigores del juicio, se impuso este lacrimógeno relato que le granjeó la absolución y la socialmente aplaudida posibilidad de reintegrarse en la vida estadounidense para trabajar duro y traer a su vera cuanto antes a su amada, a sus suegros y a su churumbel. Y, juntos, disfrutar el resto de sus vidas como una espléndida familia que ha cumplido el sueño americano.

Ni que decir tiene que, una vez libre, Jack desapareció del mapa y fue cambiando de estado y de ciudad en busca de trapicheos y dinero fácil, sin que su presunta familia belga, que ni siquiera supo nada de todo el escándalo, se volviera a cruzar nunca más en su mente, ahí os las compongáis que yo ya tengo lo mío. Ni siquiera supo si tenía un hijo o una hija, ni si había nacido con vida. Jamás se lo preguntó porque no le importaba lo más mínimo.

Sea como sea, cuando todo esto ocurrió faltaban algo más de diez años para que Jack recalara en Barcelona en compañía de la que iba a ser su novia, Peggy, y poco después los alcanzaran su hermano Phil, junto con su mujer Nancy y su amigo Wally Besser.

En esos diez años largos, Jack no hizo más que reafirmar su buena suerte, metiéndose en líos de diversa índole y sobreviviendo a todos y cada uno, mejorar sus admirables artes de persuasión y afinar su capacidad de solventar según qué asuntos a hostias y rapidito, que no tenemos todo el día.

Durante sus estancias en Los Ángeles, también descubrió Central Avenue, arteria de clubes donde humo y peligro se condensaban al compás de la mejor banda sonora del planeta.

Allí Jack Hall descubrió el jazz.

Fue en el Jack's Basket Room, una noche de mediados de los cincuenta. Como de costumbre, él iba a por heroína, a la que se había aficionado sin demasiados remilgos, se encontró con Frank Morgan. No era su primera incursión en un club musical de la Avenue, pero era la primera vez que cruzaba su camino con el soplo de aquel saxo tenor, por entonces habitual en los clubes de West Hollywood.

El músico interpretaba una composición propia, *Whippet*, que envolvió a un Jack que acababa de alimentar al mono, como un abrazo cálido que te llena el alma de ideas, sensaciones y colores placenteros. Aquello era lo más perfecto, exacto, completo y hermoso que jamás había escuchado, y la cosa se le quedó dentro.

Esa noche John Jayden Hall descubrió el jazz. Y, probablemente, por primera vez en su vida, había algo, además de sí mismo, que le apasionaba de verdad.

Algo, dentro de él, se había puesto a bailar.

También fue en Los Ángeles donde conoció a Peggy, una viuda de militar que cobraba una digna pensión. Enseguida se entendieron y

se quisieron, pues la metrópoli les brindaba en abundancia las tres cosas de este mundo que más ansiaban: dinero fácil, heroína pura y bop vibrante.

De forma consustancial a estos tres deseos, la ciudad brindaba toda suerte de *fregaos* de los que, antes o después, incluso para alguien como Jack, dotado de esa felina capacidad de caer siempre de pie y con el culo contra la pared, acaban pasando factura y agotan la bendita buena suerte.

El *fregao* se llamaba Ernest Bendy, alias Dynamite Jackson, armario empotrado que en 1931 había sido campeón estatal de boxeo en la categoría de pesos pesados, propietario de un par de clubes, uno en Central Avenue y otro en Adams Boulevard, y un buenazo proverbial hasta que dejaba de serlo.

Y, con temas de pasta, como le pasa a tanta otra gente, dejaba de serlo.

Jack había aprendido a tocar el contrabajo de forma rudimentaria pero efectiva y le había pedido prestado para un negociete de esos que, de tan fáciles y apetitosos, simplemente no se puede decir que no. Aunque eso habría sido lo más sabio, decir que no, ya sabemos lo fino que hilaba Jack cuando se trataba de persuadir a los demás y, tras elaborados argumentos y sólidas promesas, el viejo Dynamite se dijo qué demonios, tengo dinero y lo que este blanquito propone me gusta.

¿Y qué le proponía Jack?

Un club, tío. De jazz. Como los tuyos, sólo que más pequeño. Más sofisticado ¿sabes? Para una audiencia blanca que tiene dinero y buen gusto. Yo toco, que he aprendido a darle al contrabajo, tío. Y van allí y me ven tocar, a mí y a unos amigos, ¿me sigues? Y hacemos lo de Chet, o lo de Gerry, cosa blanca, elegante, *hot*. Cosa de *white negroes*, que saben lo que se hacen, tío. Y el personal se va a atizar un whisky que escojo yo o unos cócteles que preparará Peggy, que son la gloria bendita. Y tú serás socio, tío. Tu tercer club. Un imperio.

Y a Dynamite le gustó la idea y se dijo vamos a por ello.

Pero la pareja se pateó el dinero en sonados festejos, trapicheos de mala muerte, alcoholes de categoría y el mejor jaco sobre el que pudieron echar la zarpa. Todo eso, aderezado con ocasionales peleas. Un par de puñetazos aquí, un botellazo allá, un rodillazo en

los huevos a ese, un facazo en la mejilla a aquel otro. Eso sí, del club ni la sombra.

—*Jo man! Where's my money*?

Dynamite Jackson lo preguntaba, pero tenía calle, tablas y mili suficientes para saber exactamente dónde había tirado su dinero. Y tenía, también, calle, tablas y mili suficientes para hacer cagar dientes a ese blanquito hijo de perra hasta que le devolviera el último centavo.

Como Jack tampoco se chupaba el dedo y sabía qué se le venía encima, optó por un estratégico cambio de aires.

Volvamos a Europa, le propuso a Peggy.

Allí será más fácil montar un club como el que tengo en mente, argumentó.

Tendrá que ser en un lugar donde nos cunda la pensión de tu marido, añadió.

Un sitio de paso, con extranjeros, matizó.

Y, si hay playa, mejor, observó.

Y Barcelona, aquel puerto mediterráneo del que se contaban legendarias juergas de los marines de la Sexta Flota, los precios eran tirados, la Policía torpe y permisiva —siempre que no te metieras en asuntos políticos y no fueras un comunista de mierda— y, además, tenía salas de baile de jazz, se le antojó como el destino perfecto.

—Y ese *pringao* de Dynamite Jackson, que nos busque y nos encuentre, si es capaz —dijo.

Así fue como la pareja recaló en la Ciudad Condal a finales de 1958 en busca de su nuevo lugar en el mundo.

Los primeros dos meses fueron de tanteo, de ir tirando con la pensión de viudedad de ella, con la que de entrada no se vivía mal en aquella baratísima urbe en los márgenes del mundo civilizado. Por lo demás, Jack trató de no meterse en muchas movidas y de ir tejiendo y afianzando una buena red de contactos.

Para seguir haciendo sus pinitos con el contrabajo, se convirtió en asiduo de las ocasionales *jam sessions* que se celebraban en el Orfeo Negro, una sala enquistada en la calle de Santo Domingo del Call que había vivido tiempos esplendorosos cuando fue el salón de baile Ámbar y donde ahora algunos músicos se reunían para emular a sus ídolos negro-americanos, a menudo con más voluntad que

oficio.

El nivel no era ni de lejos el de Los Ángeles y, posiblemente, muchos de aquellos juntanotas ni siquiera hubiesen entendido a sus amados Frank Morgan o Dexter Gordon, pero aquella falta de pericia situaba al americano como músico más o menos competente y no como la traspasable medianía que hubiese sido en su madre patria.

—Potser una mica justet, però no toca pas malament, l'americà aquest.

Como la heroína no abundaba, Jack pudo afrontar con lucidez la búsqueda de un espacio donde abrir su soñado club de jazz y, cuando encontró el local ideal, un cuartucho adyacente al bar La Selva de la calle del Marqués de Barberá, lugar de paso de marinos, rameras y buscavidas y, por tanto, enclave perfecto, llamó a sus amigos para formar una banda.

Era enero de 1959 y, mientras negociaba las condiciones con el dueño de La Selva para que le alquilara el local y solicitara la licencia como club, el americano llamó a su hermano Phil y a su amigo Wally Besser.

A Besser, los hermanos Hall lo habían conocido en Chicago un par de años antes, mientras trabajaban juntos y frecuentaban los locales del South Shore en busca de buena música, completamente hambrientos de swing, de blues y de bop. Allí fue donde Jack había decidido aprender a tocar el contrabajo, mientras que Phil había optado por intentarlo con el trombón. Wally, que en el momento de la llamada de Jack se hallaba en algún lugar de mala muerte de Misuri, ya sabía tocar y era capaz de defenderse muy dignamente con la trompeta.

Phil estaba en Coverdale y se movía semanalmente a Pittsburgh para hacer sus chanchullos de drogas y piezas de coches robados. Miseria y compañía, mayormente, así que ante la perspectiva de hacer las maletas y pirarse a Europa con Nancy, que se había quedado embarazada, le dio un sí rotundo e inmediato.

Wally Besser tampoco se lo tuvo que pensar mucho. ¿Dejar este *shithole* para viajar a España y, allí, ganarme la vida como músico? Tomó la decisión en segundos.

Para ganarse la confianza del dueño de La Selva, Jack le había explicado que, después de la guerra, había sido camarero y

encargado de un club de jazz en Montmartre, y que sabía muy bien cómo hacer funcionar un local de esas características. Una trola que revestía sus negociaciones de la autoridad y el glamur necesarios para desactivar cualquier suspicacia.

—Con que París, ¿eh?

—*Yes*. Montmartre. Barrio corazón de ciudad. Cosa *very chic*.

—¡Caramba!

A sus treinta y tres años, el americano peinaba poco pelo hacia atrás, dejando al descubierto una frente amplia y dura. Su mandíbula y su nariz acusaban el encaje de varios puñetazos y golpes, y su mirada, de un azul opaco, era desafiante, aunque capaz de tornarse razonablemente cálida si la circunstancia lo requería.

Sonreía poco, sin jactancia pero sin bondad, y su piel era blanca como si el sol de California y el de Barcelona jamás hubieran brillado sobre él. Al hablar bajaba el mentón, como protegiéndose del posible estallido de un puñetazo dirigido a su rostro, y podía llegar a intimidar. Quien buscara camorra pronto descubría que no era sólo una pose y que, sin ser corpulento ni excesivamente alto, poseía la desapasionada y letal rapidez y puntería para tumbar a casi todo aquel que se le pusiera por delante. Y, a la vez, tenía la entereza para encajar bien una somanta de palos. Pegaba o era pegado sin dramas, sin ira. Consciente de que, en esta vida, a veces repartes y a veces recibes.

Ahora bien. John Jayden Hall no era un simple matón de mala muerte. Era un hombre con un plan y el club de jazz era sólo la primera parte. La más lúdica, la más bonita, pero ni de lejos la más lucrativa.

Para la segunda, necesitaba a su hermano Phil.

Cuando este y Nancy llegaron a Barcelona con la idea de acabar de convertir aquel cuarto adyacente al bar La Selva en su club, Jack supo que el momento había llegado, que pronto empezarían a viajar para buscar dónde distribuir la heroína, que transitaba por el puerto, y las centraminas, que cualquier farmacia te vendía sin problemas, y que tanto dinero iban a reportarles a muy bajo riesgo.

La cuestión era entender los mercados y explotarlos con rapidez antes de que algún espabilado se les adelantara.

Para entonces, Jack Hall ya había conocido a Iván Regueira, el Cambados, de cuando frecuentaba el Orfeo Negro. Habían hecho

buenas migas porque, aun sin entenderse del todo por culpa de las barreras idiomáticas, se habían reconocido de inmediato como lo que eran: dos parias que para todo tienen que luchar. Dos supervivientes dueños de sus vidas, a los que nadie va a regalar nunca nada.

En aquellos días El Patata asistía a las patosas prácticas de boxeo de Iván, del Titi y del Mexicano, tal vez porque así rememoraba los días de su juventud haciendo sombra en los terrados de Collblanc, esquivando, golpeando, midiendo, contratacando, ahora un jab, ahora un gancho, una esquiva lateral y cazo a mi oponente con un *uppercut*, mientras el vaivén de sábanas y ropa tendida indicaba la dirección e intensidad del aire.

El Patata recordaba, con el poco afecto que le quedaba dentro, cómo la humedad de las prendas recién lavadas aliviaba, en forma de ocasional rocío jabonoso, el calor y el sudor condenados sobre su piel de promesa del boxeo. Una promesa que nunca llegaría a fraguar, se me metió por medio la puta guerra esa y luego ya no hubo manera.

Iván, con los ojos entornados, trataba de reproducir el KO con el que, pocos días antes, en un Price saturado de adrenalina y expectación, el reaparecido Galiana había tumbado al alemán Friedrich en el tercer asalto. Al *salchichen* ese ya podían darle sopa durante una buena temporada, porque vaya unas leches se había llevado.

El Mexicano, más grande, más grueso, devolvía puñetazos torpemente lanzados, pero efectivos, al rostro del Cambados, que se frotaba la nariz por si sangraba, cosa que no iba a tardar en ocurrir.

—Vosotros dos no valéis ni para fregar el suelo con vuestras cabezas —protestaba el Patata.

Pero le daba igual, porque ni él era entrenador ni aquellos chavales tenían que subirse a ningún ring. Ni siquiera el Titi, que sólo por experiencia acumulada y fuerza bruta, si le hubiese echado disciplina, algo habría podido hacer. Pero este hacía sombra por su cuenta, porque los otros dos no se le hubiesen puesto a tiro ni con una fuente de cazalla saliéndoles por las orejas.

La cuestión principal era desenvolverse en la calle. Sin normas, sin restricciones, golpear primero y más fuerte y tumbar al otro en el menor tiempo posible. Sin asaltos, ni campanilla, ni el entrenador

que te vitorea, ni masajes de linimento ni la amortiguación del guante. Nudillos, palmas, pies, rodillas, codos. Un cabezazo puede mandar tu napia a tomar por el culo y al que te lo ha dado no hay árbitro que lo descalifique, o norma que le impida rematarte.

Y ahí sí que el Mexicano y el Cambados tenían posibilidades. Reflejos madurados sobre el adoquinado, lecciones aprendidas en la oscuridad de esquinas hacia las que nadie mira, o bajo la luz parpadeante de farolas mudas. Si no te espabilas tú, te espabilan los otros.

Ambos trabajaban como acomodadores en el teatro Candilejas, situado en los bajos del Calderón, lo que a Iván le daba durante aquella primavera la posibilidad de asistir a las matinales con Tete Montoliu y Francisco Burrull interpretando *Willow weep for me*, en un diálogo entre piano y vibráfono que enseguida lo había cautivado, mientras que, en el piso de arriba, una platea donde no cabía ni una aguja exultaba con Lola Flores dejándose hasta el último gramo de alma en su espectáculo *Copla y bandera*.

Pero lo de aquel teatro de la Rambla era casi un pasatiempo, algo que tenía al Cambados y al Mexicano entretenidos y para de contar. Donde hacían dinero de verdad era con los trapicheos que el Titi coordinaba por cuenta del Patata, cuyo poder se había ido extendiendo en el Distrito Quinto y ahora era uno de sus hombres más respetados, reverenciados y, en consecuencia, temidos.

Sobre todo, se dedicaban a desvalijar negocios durante la noche o a birlar remesas de mercancía que luego el viejo boxeador se encargaba de mover fuera de nuestras fronteras a través de una densa red de contactos, que iban desde mandos de la Capitanía Marítima hasta pescadores de la Barceloneta, pasando por viudas de militares o técnicos de un Ayuntamiento que, con aquel nuevo y recién elegido alcalde, auguraba tiempos muy halagüeños para el *bisnes*.

—Al Porcioles ese le gusta más el trapicheo y el dar y recibir cremita que a un tonto un lápiz —proclamaba Julio Romero.

Fueron tiempos de bonanza que los más viejos comparaban con los años veinte, cuando la pasta estaba en todos los bolsillos, la *cocó* en todas las narices y el más lerdo ataba a su perro con longanizas.

También fueron tiempos de aprendizaje para Iván, que con

dieciocho años había florecido en un joven ni alto ni bajo, pelo castaño, ojos de un tono pardo claro, delgado, rápido de palabra, ágil para los trabajos que requieren ligereza, un cierto gusto en el vestir y una singular obsesión por la música negra americana que, con cuentagotas, lograba filtrarse en el lado más modesto de la noche. Gracias a la presencia de marines y a su demanda de estos sonidos, podía asistir a espectáculos acordes a su bolsillo, nada que ver con los recitales de las grandes estrellas americanas, que costaban un ojo de la cara.

Fueron los tiempos de las primeras visitas a la comisaría de Conde del Asalto, aguardando en el patio de caballos, la antesala paupérrima de aquel cuartel en cuyos calabozos pronto pernoctaría sin mayor problema mientras los guardias se quejaban a grito pelado de los colchones y las sillas donde ellos descansaban, que están mejor los presos que nosotros, cojones.

También fueron los tiempos de los primeros escarceos con el sexo opuesto, previo pago, la cama aparte, pero tú, que eres de los del Patata, pídeme lo que quieras, corazón. Y de las visitas a los cuchitriles de lavajes y pinchazos, y los de la *madam* pasándose por allí, placa y porra en mano, a ver si rasca algo, aunque sea el placer de tocar las narices. De eso, que no falte.

Por último, fueron los tiempos de las primeras visitas al Centro Quirúrgico de Urgencia de la avenida García Morato, más conocido como hospital de Peracamps, para curarse cortes de sirlas, magulladuras de trompazos y hematomas de pateos.

—¿Otra vez aquí, Regueira?

—He vuelto a tropezar.

—Ya. Muchas pieles de plátano hay por el suelo, y yo sin verlas.

Por mucho que se le acumularan, los disgustos no conseguían matar a Avelina, cada día más encogida, preguntándose qué estaba haciendo mal, dudando si es que Dios la volvía a poner a prueba, pero es que yo, Señor, pensaba que me enviabas a Iván como señal de algo bueno. Pero mejor no preguntar y acatar su indescifrable voluntad divina.

Lo que sí hizo Avelina fue desafiar la ira de Iván escribiendo una carta a Cambados para contarle a Amaro lo mucho que se estaba descarriando el muchacho, lo mucho que temía por él y lo mucho que, sin embargo, ella lo quería.

El resultado fue una llamada concertada a la bodega colindante con el portal de Beato Oriol. Iván recibió una reprimenda feroz de su padre, que intercaló gritos con varios nombres del santoral, y le dio la noticia de que su madre había muerto pocos días antes, tras una larga convalecencia, pero había tenido tiempo de leer la carta de Avelina y, por tanto, de llevarse aquel disgusto a la tumba.

—Remataste a tua mai, cágonme nos teus mortos!!

Cuando su padre colgó con esas palabras, Iván se dirigió al lavabo, donde lloró y mandó a freír espárragos a la gente que intentaba entrar en aquel cuartucho lleno de moscas.

Tras un largo rato, salió de la bodega sin saludar a nadie y sin que se le tuviera en cuenta, ya que no era el primero ni el último en encajar alguna dura noticia a través del teléfono de aquel establecimiento; muchos vecinos se comunicaban con sus pueblos, con sus familias, con sus vidas anteriores, desde aquel teléfono.

Subió las escaleras hasta el piso de Avelina. Esta lo esperaba de pie, encorvada y con las manos caídas a la altura de la cadera, como un monigote plantado en medio del salón, envuelta en los vapores de berzas y patatas hirviendo, buscando su mirada, la boca triste cristalizada en un mohín estúpido.

—Lo hice por ti, Iván —dijo—, por tu bien, porque te estás descarr…

La sonora bofetada que él le propinó cortó la frase y la tiró al suelo. Intentó arrastrarse hacia el sofá, y sobre su cabeza cayeron palmazos y golpes mientras él gritaba una amenaza inconexa, rabiosa, que zanjó con un «vieja asquerosa».

Como hacía ya dos semanas desde que habían birlado una remesa de relojes Omega que iban para una tienda de la Rambla, y ya se habían gastado todo el dinero, agarró el bolso de la anciana, sacó su monedero y vació su contenido para metérselo en los bolsillos.

Salió dando un portazo que causó la caída de un pequeño cuadro, la infame pintura de un niño timbalero con la cabeza ladeada y los ojos achinados y asimétricos, que colgaba en el recibidor.

Transcurrió un rato, en el que Avelina sollozó y tembló y sentía que le faltaba el aire y su alma se vaciaba y se quería morir, pero morir de verdad.

Tras casi una hora dejando que el atardecer se colara por la ventana de aquel pequeño salón, se incorporó, se puso el abrigo, aunque no hacía frío y con una rebeca le hubiese bastado, y se desplazó con pasos cortos, torpes y veloces a San Pablo del Campo a rezar.

A rezar y a llorar.

Aunque, como siempre, sin atreverse a preguntarle nada a Dios, ni a su infinita misericordia.

El Patata, como todos los de su ramo siempre que no fueran tontos de solemnidad, tenía los pies metidos en distintos zapatos. Y las drogas, con tanto marinero en busca de fiesta y pelea, tanto viejo soldado aficionado a la morfina, tanta prostituta necesitada de aguante físico y evasión para hacer frente a largas horas de servicio, pronto captaron buena parte de su atención.

Barcelona era perfecta para tráficos de este tipo, porque la Policía ni siquiera sabía lo que eran la heroína ni los usos lúdicos de las centraminas. Como mucho, buscaban grifa, y sin demasiado denuedo pues la movían mayormente legionarios, y con esos mejor hacer la vista gorda.

Es cierto que el uso de esos narcóticos no era muy habitual fuera de esos colectivos y de algunos entendidos, sobre todo de esa burguesía que, siguiendo una tradición que hundía sus raíces en pasados muy remotos, bajaba al casco histórico a emboscarse y pasar unas horas convirtiéndose en la peor y más sincera versión de sí misma. Ni siquiera los músicos de jazz, ni mucho menos los aficionados, pese a que normalmente venían de clases pudientes que se hubieran podido permitir caprichos de toda índole, solían ir más allá de ingentes cantidades de tabaco y vasos de whisky más o menos caro.

El negocio de las drogas era pues minoritario, pero mucho más seguro que el *espadismo*, o que andar saqueando almacenes o bares.

Y bastante más lucrativo.

Para el Patata y su ansiada expansión en el pequeño pero denso mercado barcelonés de los estupefacientes, la llegada a la Ciudad Condal de John Jayden Hall, alias Jack, y su novia Peggy había sido providencial, ya que, en cuanto Jack chapurreó decentemente el castellano y pudo entenderse con Iván para explicarle su idea, este se lo presentó *ipso facto* al Titi y al Patata.

—Juntos podemos forrarnos con lo de las centraminas —anunció.

—A ver que lo entienda yo —replicó el Patata frotándose las manos gruesas y perennemente doloridas.

—Que sí, que escucha lo que tiene que decir, que te va a gustar.

Aquel yanqui era su puerta de acceso a miles de marines que jamás se hubiesen tomado la molestia de mirar a la cara a aquellos españolitos muertos de hambre. Pero un compatriota era distinto.

Porque a uno de los suyos, que habla su idioma y se mueve como ellos, esos hijos de puta le hacen caso.

Todo el caso del mundo.

Finalmente, convertir el cuartucho de la calle del Marqués de Barberà en un club no llegó a salir adelante, pero sí afianzó la amistad entre Iván Regueira y Jack Hall, siendo el principio de la irrupción de aquel en el pequeño y entusiasta entorno del jazz de Barcelona.

Por indescifrables avatares, al dueño del bar La Selva le gustaba hacer caja, mientras que gastar dinero no se hallaba entre sus preferencias. Por eso dejó que Jack y su recién llegado hermano Phil arrancaran con su proyecto de cava y dejaran patente su poder de convocatoria, incluso cuando lo que sonaba no era música en directo, sino discos grabados, adquiridos —chanchullos mediante— a marines de la Sexta Flota. Lo que se sabe que jamás hizo el dueño del bar La Selva fue mover ni un dedo para que aquellas cuatro paredes obtuvieran la prescriptiva licencia.

—Ya pagaré la multa y aún habré sacado *uns bons calerons* —le confiaba a su reflejo en el espejo, sonriendo con la astucia de quien se ve a sí mismo como un viejo zorro.

Convencido de que la condición de extranjeros de los hermanos abocaba a estos a alguna clase de imbecilidad congénita, el tipo les daba largas y les decía que paciencia, que aquí estas cosas van despacio y que, cuando menos os lo esperéis, obtendremos esa licencia y ya veréis, ya.

Puesto que Jack no era ningún cretino, un día se plantó en el despacho del bar La Selva y puso en conocimiento del propietario que, si no hay licencia, tampoco hay alquiler. A lo que el otro repuso que quién se había creído que era, que aquel no era su país y que cómo se atrevía a venir a imponer sus condiciones, y toda una

retahíla de argumentos y quejas que se resumen en un: te callas y me pagas el arriendo, hasta el último céntimo y por mis catalanísimos cojones.

Pero ahí entraron en juego las americanísimas gónadas del yanqui, que puntualizó que naranjas de la China, que no te doy ni los buenos días hasta que no vea esa licencia.

Y, por supuesto, se armó el lío.

Al día siguiente, cuando los hermanos fueron a subir la persiana de su cava, se encontraron un candado nuevo. Cuando fueron a pedir explicaciones, el dueño les dijo que la llave de ese candado tenía un precio, lo que me debéis del alquiler. Dentro del local había instrumentos, un buen equipo *hi-fi* y los discos de Jack, que este seleccionaba para deleite de los aficionados al jazz.

—Esto no quedar así —resolvió el americano.

—I tant que queda així! —repuso el otro.

Los hermanos Hall volvieron con un grupo de amigos, entre los que se hallaban Iván y el Mexicano, al que el jazz le importaba un bledo, pero siempre lo estimulaba la idea de apuntarse a una pelea.

La reacción no derivó en batalla, ni siquiera pasó de algún forcejeo, un par de bofetadas aquí y allá, mayormente al aire, tres o cuatro empujones de los de estar midiéndosela y una momentánea tregua dictada por la conveniencia de no llamar la atención, que será peor si viene la bofia y se pone a hacer preguntas.

El propietario cedió y entregó con reluctancia las llaves del candado pensando esta me las vais a pagar, *americanots de merda*.

Y cumplió su palabra: no habían transcurrido ni dos semanas cuando volvió a cambiar el candado y ya no hubo ni forcejeos ni leches. O pagáis o me quedo lo que haya dentro a modo de compensación. Y punto pelota.

Uno de los aficionados que seguía la trayectoria de Jack desde sus primeros pasos en el Orfeo Negro le aconsejó que esperara y, como era socio del Hot Club, habló con su tesorero, Antoni Colomé, un hombre de altos vuelos que conocía a media Barcelona. En concreto, a la mitad que vivía por encima de la Diagonal. Este recomendó a un abogado que, aficionado también a la música negro-americana, los defendería con más pasión que honorarios.

Jack aceptó, en su país se resolvían muchos asuntos con pleitos o con acuerdos extrajudiciales. Eran procesos que iban rápido y

ningún juez hubiese aceptado la conducta del dueño de La Selva como legítima cuando este ni siquiera había iniciado trámite alguno para pedir la licencia que los hermanos Hall tanto anhelaban.

—*The court will certainly rule in our favour*! —vaticinó.

No contaba con que España no era Estados Unidos y que, por estos pagos, la maquinaria judicial funcionaba a velocidad de oruga. Así que, al cabo de quince días desde que se formuló la demanda, hartos de vivir sin su contrabajo y su trombón, sin su equipo de *hi-fi* y sin sus preciados discos, Jack y Phil volvieron a La Selva con Iván, el Mexicano y unos cuantos más. Esta vez los esperaban los camareros del tugurio encabezados por el Peláez, un expolicía contratado para mantener el orden entre la selecta clientela. Detrás de la barrera humana, el dueño imprecaba a los hermanos y sus amigos por aquello de no estar muy de acuerdo con la demanda de su abogado.

—*Fills de la gran puta*! —se dice que espetó a pleno pulmón, entre una florida sucesión de epítetos vernáculos.

Aquel día, el Mexicano obtuvo lo que quería: una refriega a hostia limpia, de las que hacen época. Iván recordaba al Peláez de cuando patrullaba por sus calles años atrás, ahora blandía una porra con la que abrió una brecha en el cráneo de Phil, y a Jack le destrozó la mandíbula por tres sitios. A Iván le saltó su primer diente en una pelea hasta que, por fin, alguien consiguió atinar con la entrepierna del antiguo pasmarote y hacerle caer sobre las rodillas envuelto en un gemido gutural.

Exactamente cinco segundos antes de que, alertados por vecinos y serenos, llegaran los de la Motorizada a rematar la faena con más mamporros.

Iván jamás olvidaría la mirada de Jack cuando se los llevaron a todos a comisaría. La mandíbula destrozada, la cara llena de sangre y la mirada fiera, dura, satisfecha, de aquel yanqui que prefería perder el rostro a porrazos que ponerse de rodillas, que bajar la cabeza, mirar a otro lado y dejar que un cabrón codicioso le chulease los cuartos. Se miraron unos segundos, entre empujones e improperios policiales, y Jack le guiñó el ojo, orgulloso. Somos hombres y hemos venido a tomar lo que es nuestro. Eso parecía encerrar aquel guiño de complicidad. Eso y algo más. Algo como que tú también eres de los nuestros.

Hasta entonces, para Jack, Iván había sido un chaval útil y bien avenido. Alguien que conoce las calles de aquí y encima le gusta nuestra música y, para más inri, me ha presentado al Patata ese, que corta mucho bacalao por estos lares. Pero fue aquella camaradería en la batalla, recibiendo todos juntos, sin desistir, la circunstancia que selló algo parecido a la amistad dentro de las limitadas capacidades emocionales del americano.

A consecuencia de la reyerta, La Selva fue clausurada, los enseres de los hermanos Hall inmediatamente devueltos a sus propietarios y, de propina, el abogado amigo de Colomé le metió un puro al propietario que hizo que este, al cabo de unos meses, tuviera que aflojar una buena pasta en concepto de indemnización por graves lesiones. Una tómbola, vamos.

Para cuando ese parné les llovió encima, a los hermanos Hall se les había unido desde Misuri su amigo el trompetista Wally Besser, y juntos empezaron a actuar, alternando Sitges, donde tocaban a menudo en el club La Galera y en cuyas playas se tostaban cuando el sol calentaba lo suficiente, con Barcelona, donde vivían, todos juntos, en un piso de la calle Diputación, frente a la plaza de toros Monumental.

La frenética exactitud del *crescendo* del *Haitian fight song* de Mingus, su eclosión de metales y tonos por parte de Jimmy Knepper y Shafi Hadi, plasmaba en notas y acordes el horizonte perfecto que aquellos principiantes sabían que jamás podrían alcanzar como banda. No obstante, seguían buscando un local en la ciudad donde montar su cava y actuar. A la vez, Jack y Phil seguían estrechando lazos con distribuidores y potenciales compradores de heroína y centraminas. Aquello todavía era un ignoto Eldorado, y ellos lo iban a explotar.

Tal vez jamás lograrían alcanzar la grandeza de Charles Mingus y los suyos, pero para convertir Barcelona en puerto logístico desde donde mover la mejor mandanga del orbe se veían sobradamente capacitados.

Y entonces, en la segunda mitad de aquel 1959, sucedieron dos cosas que iban a acelerar el ascenso del grupo de americanos en la cartografía nocturna de la ciudad: primero conocieron a Gabriel Carmona y, poco después, a la recién llegada Gloria Stewart.

A partir de ahí, todo podía ir o muy para arriba o muy para

abajo.

O bien en ambos sentidos: primero uno, y luego el otro.

Los hermanos Hall conocieron providencialmente a Gabriel Carmona en septiembre de 1959.

Antiguo novillero y banderillero, presidía la peña taurina Chamaco, una de las más importantes de la ciudad, cuya sede en la calle del Parlamento disponía de un espacio que a Jack y Phil les vino como anillo al dedo para empezar su proyecto de local completamente consagrado al jazz, sin concesiones.

Aquel lugar sería su salvoconducto para darse el piro, de una vez, de La Galera de Sitges y dejar de depender de vanas promesas de apertura de clubes como el Acapulco, en la calle Balmes, que, como tantos otros, no arrancaba ni a la de tres, y nosotros no tenemos más tiempo que perder.

Carmona, que entre otras hazañas contaba que había doblado las escenas taurinas de Mario Cabré en *Pandora y el holandés errante*, protagonizada por Ava Gadner, aceptó de buen grado alquilar aquel espacio vacío al fondo del bar de la peña taurina, para que aquellos dos americanos y su banda actuaran o hicieran sonar sus discos. Se trataba de un cuarto donde muy de vez en cuando se bailaban sevillanas o se celebraba el cumpleaños de algún miembro de la peña.

—Pues os lo cedo y a ver si le dais vidilla —resolvió.

En cuestión de días Jack y Phil Hall juntaban la banda The Jazz Brothers, que contaba con Wally Besser a la trompeta, el también americano —y además de color, para dar caché— Chip Collins a la batería y el único músico autóctono, Pere Ferré. A este le había conocido Jack viéndole tocar en el Candilejas de la calle Diputación y, pese a su talento y una trayectoria que lo había llevado a tocar por Europa con el Latin Quartet de Jordi Pérez, no era músico profesional. El ámbito laboral de Ferré —que se desplazaba en un envidiado Renault Dauphine entre rojizo y granate— era el de la iluminación y, casualidades, la tienda de sus padres había llegado a abastecerse en el almacén de Francesc Reinosa.

Mundo pequeño, ciudad minúscula.

Sea como sea, los Jazz Brothers arrancaron como tales en aquel cuartucho al fondo del local de la peña taurina Chamaco, bautizado Jack's, y convertido en la primera cava jazzística de la ciudad,

donde sólo sonaba música negro-americana. Jazz, blues y góspel. Siempre de calidad.

El otro punto de inflexión para los americanos había sido conocer a Gloria Jean Owens, Stewart de casada.

Gloria se había curtido en la Gran Manzana como cantante; durante los años cuarenta había sido residente del Living Room de Manhattan con la orquesta de George Cates. A mediados de esa década tuvo dos hijos, pero aunque siguió cantando y cayendo bien a todo el mundo, el tiempo había pasado y, madre soltera con dos criaturas y la dura vida neoyorquina sin dar cuartel, su fama fue decayendo y el dinero se fue dejando ver con una frecuencia cada vez más escasa.

En 1955 viajó por Europa y en Barcelona se enamoró perdidamente de la ciudad. Cuatro años después, a sus treinta y muchos, hizo las maletas, se embarcó con sus dos churumbeles en el Ille de France con tres billetes de ida, que nos vamos para no volver, y recaló una temporada en Francia. Vivió muy poco tiempo en París, donde hizo algunos conciertos con músicos locales de escasa trascendencia, y luego siguió con el plan trazado dirigiéndose al sur. Un buen día cruzó la frontera y se estableció en Sitges.

Entre los efluvios de arena caliente, de helado a medio derretir, de horchata dulce, de pieles tostadas y de tubos de escape de motos y coches que llevaban a los barceloneses ávidos de playa, sol y pescadito, conoció por un lado a Pilar Alférez y, por el otro, a los hermanos Hall, que actuaban en La Galera.

Estos no es que tocaran especialmente bien. Los únicos que daban la talla eran Wally Besser, sin duda el más preparado y creativo, Chip Collins, con una buena noción rítmica, y Pere Ferré, que denotaba sensibilidad y una destreza técnica que incluso le había merecido alguno de los rarísimos elogios de Tete Montoliu, de natural más bien proclive a la destrucción moral del prójimo. Por mucho que se empleara a fondo escuchando las pocas grabaciones que tenían a mano de JJ Johnson, Phil era muy justito al trombón y, por su parte, por más dosis de Mingus que se echara al gollete, Jack no pasaba de hacer la melodía al contrabajo, pero ni siquiera improvisaba.

Aun así, aquella magra pericia no fue óbice para arrancar del

todo, cuando el verano pasó y empezaron las tardes y noches en el Jack's, al amparo de Gabriel Carmona y su peña taurina.

Pese al cariño y calidez con los que el crítico Albert Mallofré definiría a los Jazz Brothers, destacando su «penosa ausencia de swing», estos no dejaron de ser reconocidos como la primera banda de bop sin concesiones, sin artificios, en pisar las tablas de la ciudad de forma continuada. Gracias sobre todo al hecho de tener su propio local.

Fueron días memorables para Iván, quien también conoció a Gloria y frecuentó aquel local con un entusiasmo mucho mayor que el de su amigo Eduardo el Mexicano, que se sentía más atraído por la efervescente melosidad de la canción italiana y por la inmediata y ósea sencillez del

rock & roll

de Bill Haley y Elvis Presley, que llegaba con cuentagotas y se podía escuchar en varios bailes del Pueblo Seco. A Haley lo vio un par de años antes, con su alucinante traje blanco y su pajarita torcida, dándolo todo en un Palacio de los Deportes abarrotado de chavales con los ánimos encendidos, recreándose bajo la presencia de una enorme bandera americana, durante —exactamente— cuatro temas, antes de que la audiencia se desmadrara, las sillas y las hostias echaran a volar y la Benemérita escoltara al artista fuera del recinto, fuera de la ciudad y, ya puestos, fuera del país.

El Mexicano también bebía los vientos por la zaragozana Luisita Tenor, de cuya voz, cada vez más dúctil y fina, estaba francamente enamorado.

Fue entonces cuando Gloria y sus hijos se mudaron de Sitges a Barcelona estableciéndose en un apartamento de la avenida de Sarriá frente al estadio del Español, y ella empezó a cantar con los hermanos Hall y su banda, tanto en el Jack's como en otros conciertos por Barcelona y sus comarcas, donde una banda con una cantante y un baterista negro eran acogidos como visitantes de otro planeta.

Por su parte, a Pedro Cantó, el Titi, le habían echado la zarpa los de la Criminal y estaba preso. Nada especialmente grave o duradero, pero era mayor de edad y ya no se podía beneficiar de la relativa misericordia que, ocasionalmente, emanaba de la Junta de Protección de Menores. Ahora ya eran él y la poli, sin

intermediarios, así que cuando lo trincaron ganzúa en mano, de *espadero* en la puerta de una camisería de la calle de San Pablo, fue directo al talego.

En fin, gajes del oficio, pensaron todos. Sobreviviría. Entretanto, por cuenta del Patata, Iván y Eduardo se convirtieron en el enlace con los americanos y con los consumidores de droga de la ciudad.

De entre estos, destacaba Peggy, la viuda de militar y novia de Jack, que le pegaba fuerte al asunto y cuya salud se resentía visiblemente. El Cambados y el Mexicano no se acostumbraban a verla ponerse, ella sola, aquellas inyecciones en sus brazos blancos moteados de heridas frescas y costras de color burdeos. Sus labios se caían a trozos, su aliento apestaba y sus piños amarilleaban. Sus ojeras de tono bilioso casi se le comían el rostro, que se había endurecido perdiendo la hermosura y colores de antaño, transformado en una pieza de mármol esculpida con prisa y furia.

—Qué chungo es eso que se pincha la Peggy.

—Y qué asco, los brazos.

—Con lo rica que estaría si no hiciera nada de eso.

—Ya te digo.

Iván y Eduardo tomaban muchas centraminas, bebían mucho whisky y fumaban grifa y marihuana que les traía un contacto de Alcudia, donde por lo visto cultivaban aquella planta en las condiciones de terreno, luz y humedad óptimas que ofrecía la isla de Mallorca. Hicieron muchas cosas, pero lo que nunca llegaron a plantearse fue probar la heroína.

—Eso es para músicos o para débiles mentales.

—Los bujarrones seguro que también se meten de eso.

—Esos seguro que también.

—Ya te digo.

Dejando de lado los hábitos intravenosos de Peggy, todo iba bien: había dinero contante y sonante, había música maravillosa, había chicas fáciles, había peleas ganadas de antemano, había todo el tiempo del mundo en una ciudad pequeña, cuyos barrios bajos ellos conocían y dominaban. En aquellos meandros callejeros las cosas ocurrían sin permiso de nadie y todo podía ir exageradamente bien o venir muy mal dadas, pero nada era aburrido.

—¿Tú crees que de mayores seremos unos carcas como los viejos de ahora?

—Pues no sé, no creo. Igual ni llegamos a viejos.

—Para llegar y volverme como esa momia de la Avelina, casi que prefiero que no.

—Ya te digo.

Así, todo aquello fue prosperando durante unos cuantos meses hasta que, de repente, a mediados de 1960, los negocios se torcieron, cayendo, uno tras otro, como fichas de dominó.

En un intervalo muy breve, se iban a ir al garete el Jack's, Peggy y Phil.

El primer aviso fue el abandono de Chip Collins, el baterista negro, con el que Jack había acabado a gritos que a punto habían estado de transmutarse en sopapos o algún botellazo. Aquel corral no aceptaba dos gallos y el que acabó por irse del Jack's y de los Jazz Brothers fue Collins.

Pocos días después de dar portazo a los Hall, Chip con Tete Montoliu actuaron en un concierto en el sótano del restaurante El Tobogán, de la plaza Real, en la extraña fiesta de inauguración de un local que estaba enfrente. Una historia con la que Jack no tardaría en cruzar su camino, pero en esos momentos sólo tenía claro que un baterista así no era nada fácil de remplazar, aunque me da igual, aquí mando yo y el listillo ese se puede ir mucho a la mierda.

Semanas después ocurrió lo de Peggy.

El motivo fue puro y simple hartazgo. Primero, de Barcelona: aquella ciudad quiero-y-no-puedo donde los hombres todavía iban con boina, los jóvenes con ridículos bigotitos, el pelo hacia atrás y trajes pasados de moda, y la vida —en su acepción más básica, justo por encima de la noción de subsistencia— no sucedía más que en cuatro o cinco calles mal contadas. Estaba harta de ese español tan distinto al de su California, aquella inflexión cálida que sonaba a especias fuertes, frutos dulces y tequila reposado, a escapada a Tijuana, colores pastel reluciendo bajo el sol y mañanas de maíz tostado y café de olla. Estaba harta del piso de la calle Diputación, de asomarse al ventanal los domingos de corrida en la Monumental con hombres de sobaco sudado que mastican y babean puros y hablan a gritos, que más que humanos parecen gorilas del zoo. Estaba harta del ambiente endogámico que se había creado alrededor de Jack. La banda, Gloria Stewart y sus hijos siempre en

medio; los chavales se pegaban a aquel tipo turbio cuya nariz le había valido el apodo del Patata. En Los Ángeles estaba Dynamite Jackson, que podía llegar a ser un desalmado cabrón de gran calibre, sí, ¡pero tenía clase, *Godammit*! Y la gente de aquí no tenía de eso. Ja. ¿Clase? Hablarán dos lenguas, el español y el catalán ese, pero está claro que esa palabra no figura en ninguno de los dos diccionarios.

Sobre todo, estaba harta de Jack. De ser su accesorio. De haberse convertido en la última de la lista, cada vez más extensa, de las prioridades del americano. Casi no hablaban. Casi no iban a ningún lado juntos y a solas. Compartían la heroína y algún momento de asueto doméstico, que ocasionalmente acababa en la rutina de un polvo por obligación, aunque era consciente de que su inextinguible apetito de jaco mermaba la fogosidad de sus encuentros íntimos.

A fin de cuentas, la heroína mata todos los gozos y acaba siempre por imponerse como única fuente de placer. Y ya te puede estar haciendo el amor el mismísimo Anthony Quinn con el apasionado empuje de mil corceles, sobre una mullida cama de sábanas de raso, en la *suite* imperial del hotel más lujoso del mundo mientras, de fondo, suena Lady Day arrastrando su voz como una ola que acompasa y eleva tu alma. Nada de todo eso se acerca mínimamente a la sensación que provoca una buena heroína pura, sin cortar, fresquita de algún laboratorio afgano, entrándote al galope por la vena.

Peggy se preguntaba a menudo: y si Bird no hubiese consumido heroína, ¿habría sido Bird? ¿El mismo Bird que todos conocemos? Estaba segura de que aquel genio no habría muerto de un estúpido ataque de risa, viendo algún estúpido programa de televisión, en un cuchitril neoyorquino, sin amigos y con la entrada prohibida en el mismísimo club que lleva su nombre.

Qué estúpido todo.

La existencia de Peggy se había convertido en una alternancia entre su hastío por el país y la ciudad y el éxtasis cada día más breve de unos chutes que antes o después iban a acabar con ella. Y yo no quiero reunirme con mi difunto marido. Al menos, no tan pronto. Y no quiero expirar en este apartamento de mierda que ni televisor tiene, muerta del asco. Muerta de estupidez.

Así que una tarde, en vez de acompañar a su hombre y a la

banda al Jack's, se quedó en el piso aduciendo que estaba indispuesta: yo allí, en el local, sólo marearía la perdiz. Como el americano estaba acostumbrado a ver cómo Peggy se quedaba pajarito al pie del pequeño escenario de la calle Parlamento, le dijo haces bien, *honey*, tú descansa hasta que yo vuelva por la noche.

Lo que ocurre es que, para cuando Jack regresó a casa, con las primeras luces de la mañana colándose por las ranuras de la persiana a medio bajar, ella ya no estaba. En su lugar, una carta escrita con caligrafía temblorosa. Caligrafía de estar notando ya los primeros síntomas del mono.

En la misiva, Peggy le comunicaba que se había ido y que, para cuando él leyera esos renglones, ya no estaría ni en Barcelona. Se dirigía a Francia, a pasar lo que tuviese que pasar para desengancharse. Después compraría un pasaje de barco y volvería a Estados Unidos. Primero visitaría a sus padres y, repuestas todas las fuerzas, tal vez volvería a Los Ángeles o, quién sabe, también tenía gente en Oakland, amigos de su difunto marido, militares veteranos de la gran guerra que habían servido con él y ahora se juntaban para surcar en moto las carreteras californianas y pasar un buen rato juntos, viviendo al margen de lo establecido. Tal vez, escribía, pasara una temporada allí con ellos. Libre, limpia, tengo mi vida por delante y siento que la estoy consumiendo a base de inyecciones de heroína y días sin nombre que se suceden en esta ciudad pintoresca y aldeana que, por bonita que pudiera ser, no está hecha para mí. Y añadía: «Siempre te querré como alguien especial, Jack, porque lo eres. Te deseo toda la suerte de este mundo. La mereces. Adiós».

La sucesión de *fucks, shits, Jesus Christ* y otras palabras gruesas y blasfemias, proferidas a gritos por parte del destinatario de esa carta, no se debía tanto a la irreparable pérdida del amor de su vida o algo por el estilo. Ya sabemos que, en este tipo de cuestiones, el americano tampoco era un dechado de emotividad. Pero con Peggy se había volatilizado la pensión de viudedad vitalicia. Adiós, entrada fija mensual de dinerito fácil. Te echaremos, a ti sí, muchísimo de menos.

—*Stupid ungrateful bitch*! —exclamó antes de claudicar y aceptar que a Peggy, y sus emolumentos asociados, jamás los iba a volver a ver.

Se sirvió una copa de buen *scotch* añejo y la fulminó de un trago antes de irse a dormir pensando mañana será otro día y, de momento, el dinero de los trapicheos de heroína y centraminas, y el que generan los conciertos, fluye alegremente.

La recaudación del Jack's iba bien. Si al principio el caché por cada concierto oscilaba entre las seis y las doce pesetas por músico, una miseria, ahora había noches que podían llevarse ochenta pelas sólo por tocar, sin contar los beneficios del bar. El motivo de esa bonanza monetaria era que no eran pocos los barceloneses de bien que, a su salida del Palau de la Música o del Liceo, se dirigían al número 48 de la calle Parlamento para escuchar aquellos sonidos endemoniados. Rodeados de purria sobre la que construían floridas descripciones durante el siguiente almuerzo dominical con la familia, iban, exultaban y dejaban dinero. Gabriel Carmona, estaba contento. La cava iba bien y el grupo gustaba, no le hacían falta más motivos a aquel tipo tan legal para mantener a los Hall allí.

¿Peggy? Un contratiempo, se consoló Jack. Phil y yo seremos los amos de esta ciudad, esa furcia ingrata rebutida de heroína no es lo suficientemente buena para Barcelona.

—¡Bah!

Con el cráneo ya hundiéndose dulcemente en la almohada, mientras los primeros ruidos del día se filtraban por las ventanas del apartamento, Jack se durmió ajeno a que el abandono de su novia era sólo la primera de una serie de hostias que le iban a ir lloviendo en el transcurso de aquel 1960 recién inaugurado.

La radio, puesta a volumen de susurro, informaba de la visita a la ciudad de su excelencia el jefe de Estado en un par de meses, y el americano se imaginó a aquel enano de voz ridícula postrándose ante él y dándole las gracias por traer algo de civilización, algo de swing, a su país.

—*Fucking joke of a dictator* —parece ser que murmuró entre sueños.

Atardecía sobre la calle Manso. Nubes bajas, una temperatura inusitadamente alta a esas alturas del invierno, abrigos y chaquetas que sobran y rastros de sudor en los cuellos envueltos en bufandas. Un grupo de niños observaba la larga meada de un burro cuyo propietario, un vendedor de botijos que venía de echar la jornada tratando de colocar su mercancía a los pies de la estatua de Colón,

andaba apelotonado entre la concurrencia de la horchatería del Pau, buscando algo de conversación que dotara de sentido otro día intrascendente de cuatro perras mal ganadas.

A su lado se encontraban Jack Hall y Gabriel Carmona haciendo cola para pedir unos mejunjes de chufa y azúcar con los que combatir aquel sofoco agobiante. Los dos amigos esperaban su turno allí porque la Sirvent, justo al lado del Jack's, estaba atestada. Y no vamos a esperar una eternidad para un par de horchatas.

Algunas moscas revoloteaban por el aire espeso.

—Putas moscas —comentó uno.

—*Deixa-les que també han de viure, home* —replicó otro.

—¡Qué vivir, ni qué vivir, hostias!

—A la que vuelva el frío, todas *kaput*.

El americano y el gitano disfrutaban de la distensión de aquel momento y de la inminencia de sus dos refrescos, y ni siquiera notaron que, de pronto, se hizo un silencio en el local que permitió que se oyera, con nitidez, el vaivén aéreo de lo insectos.

—Con vosotros dos quería yo hablar —anunció una voz.

El público de la horchatería dirigió una mirada colectiva a Jack y Carmona, y estos empezaron, por fin, a entender que algo ocurría y que, además, la cosa parecía ir con ellos.

—Salid —ordenó Marfá, el inspector jefe de la comisaría de la calle Conde del Asalto.

—Ay, señor —musitó Carmona.

—¿Qué ocurrir? —preguntó Hall.

—Malas noticias, payo.

Salieron a la calle siguiendo a aquel policía de porte marcial, mandíbula recia, denso bigote y mohín avinagrado. A pocos metros estaban el Orelles y el Toqui dando palmas y llevando la rumba hacia otros lugares, pero en cuanto divisaron al policía pararon en seco. Con sólo mirar a Marfá, uno distinguía el mal fario. Incluso el asno de la meada se apartó, posiblemente tras captar las vibraciones que emanaban de aquel falangista del que se decía que se oían los gritos que pegaba en casa a dos e incluso tres manzanas de distancia.

—Se acabó la cosa esa que hacéis en la peña —sentenció Marfá.

Así le cayó al americano la nueva hostia en pleno cogote mientras la ciudad se tensaba ante la visita de aquel enano cabrón

con voz aflautada y cara de lelo que tenía a todo el país rilado de miedo y al que se referían, indistintamente, como su Excelencia, el jefe de Estado, el Caudillo o por su apellido, Franco.

En cuanto al revés sufrido por Hall, se debía a una casualidad, porque también es mala leche: Marfá era vecino del inmueble del número 48 de la calle Parlamento, donde se ubicaba el Jack's. Y que la respetable y españolísima peña taurina diese cobijo a unos americanos para que perpetraran aquella abominable música de negros le hacía poca gracia. Pero venga, vale, tal vez la peña Chamaco necesita un dinero y vamos a tener la fiesta en paz. Así que, al principio, no había hecho mucho caso y se había limitado a mirar con patriótico asco a aquellos crápulas extranjeros con sus sonidos de la jungla. Los de la peña ya se hartarán de estos desgraciados, había pensado demostrando una clarividencia más bien escasa.

Porque Carmona y los suyos no se hartaron: aquel cuarto se había convertido en el furor de la ciudad, con gente finolis y sus billeteras a rebosar. Los *nipos* iban entrando que daba gusto, y ya se sabe que cuando hay guita es que todo va bien y el de llenarse los bolsillos es un hartazgo que no llega nunca.

Por otro lado, donde hay dinero y gente finolis, también hay sañeros, piruleros, jetas y, en general, gente que o bien busca líos o bien los encuentra. Y allí se montaban buenas jaranas, pero también, peleas, robos, gritos, ese que sale borracho hablando a voces, la otra que acaba de probar lo que es atizarse cinco centraminas y va como una moto. Un panorama que a Marfá no le hacía ni pizca de gracia —pocas cosas se la hacían—, y se lo llevaban los demonios.

Cada vez que en comisaría el inspector de guardia le anunciaba que traían a unos de la calle Parlamento, se encomendaba al Supremo Hacedor, soltaba alguna palabra gruesa y juraba por lo más sagrado que iba a cerrar aquel tugurio.

Ya había llegado ese día.

Encabronado, había bajado por las estrechas escaleras hasta el local de la peña y, preguntado dónde estaba el gitano, le informaron que había salido a tomarse una horchata con el yanqui que tiene el tinglado aquí *montao* del jazz. Perfecto, dos pájaros de un tiro. ¿Una horchata? Había ido al Sirvent, pero no estaban. Con todo este

gentío no me extraña. Así que estarán en lo del Pau y allí se había dirigido. Y los había encontrado. Y ahora estaban en la calle Manso con Borrell.

—Carmona —retomó Marfá—, te lo digo hoy aquí porque te aprecio, pero la próxima vez te lo digo en comisaría: me cierras ya la cosa esa del jazz o como se llame.

—Pero, señor comisar…

—Ni señor comisario ni leches, Carmona. O lo cierras por las buenas y tu amigo se busca la vida en otro sitio, o esta misma noche te entro con los míos, con los motorizados y con la Urbana, y te cerramos todo el chiringuito, el tuyo y el suyo.

—Señor comisar… —intentó terciar Jack, muy confiado en su habilidad para embelesar al prójimo.

—¡¡Tú te callas la boca, o te juro por estas que te meto ahora mismo en el calabozo y tiro la llave!! —rugió Marfá demostrando su impermeabilidad a las dotes persuasivas del americano.

Este levantó las manos en son de paz y sabiendo que se le acababa de terminar la cucaña de la calle Parlamento. Debía dejar que aquel pasmarote ladrara hasta que se le pasara el enfado, luego ir al local, retirarlo todo, y ya verían qué hacer.

Por lo menos, pensó, habían conseguido un *quorum* que los seguiría allá donde fueran. Tenían un cierto renombre en el mundillo musical de Barcelona y ya no se trataba de empezar de cero.

Marfá siguió despotricando hasta que, además de desahogada su ira contra aquellos haraganes, vio con claridad que iban a darse el piro de su edificio.

—Lo siento, Jack, pero como sigas ahí, este nos busca la ruina a todos, a vosotros y a mí —trató de consolarlo Carmona cuando iban camino del local.

—Yo entiende perfectamente, Gabriel, tú no preocupar.

Lo de cagarse en todo lo que se menea, *for fucks sake*, se lo quedó Hall para sí mismo. A fin de cuentas, el bueno del gitano había sido, con diferencia, el tipo más fiable de cuantos habían hecho negocios con él desde que llegó a la ciudad.

Y lo seguiría siendo cuando, poco después, le presentó a Joan Rosselló y todo volvería a ir viento en popa, como tiene que ser.

Al menos, hasta que asomara la siguiente hostia.

La clausura del Jack's fue un revés importante. Pero a veces, cuando se cierran unas puertas otras nuevas se abren, o cuando acaban unos bailes, empiezan otros, o algo así. Y, en aquellos inicios de 1960, el tópico cobró forma gracias a que Barcelona era una ciudad pequeña.

Cada vez que Antonio Borrero, apodado Chamaco, venía a faenar a la ciudad, se alojaba en un hotel de la calle Zurbano, corta y estrecha arteria colindante con la plaza Real. Entre los incondicionales que iban a rendir pleitesía al astro del toreo, se hallaba la plana mayor de la peña que llevaba su nombre, capitaneada por su presidente —y buen amigo personal del espada —, Gabriel Carmona.

Cuando querían tomarse algo después de las comilonas preparadas por la señora Rosa del Leopoldo de la calle San Rafael, Carmona y Chamaco paraban a menudo por el Patio Andaluz, el tablao que Joan Rosselló tenía en el número 17 de la plaza Real, puerta con puerta con su otro establecimiento, el Brindis, que más bien se moría de asco.

Oriundo de Caldas de Malavella e hijo de la jefa de cocina del balneario Vichy Catalán, Rosselló era un avispado empresario del ocio nocturno con cierta sensibilidad musical y una todavía más desarrollada por el dinero. Es normal, pues, que le llamara la atención el éxito del Zodiac y, más recientemente, lo que se cocía justo en el lado opuesto de la plaza, en el número 10: el sótano del restaurante El Tobogán. Allí, un público con posibles acudía con cierta regularidad a las sesiones que organizaba la asociación Jubilee Jazz Club, que había empezado su andadura en el Instituto de Estudios Norteamericanos y que se había trasladado a aquel sótano para programar todas las *jam sessions* que quisieran sin que el volumen de los instrumentos molestara al vecindario.

El local tiraba francamente bien y la decisión no se hizo esperar: Rosselló clausuró el Brindis para reabrirlo como
jazz-cava,
que para que se hinchen de dinero los de ahí enfrente, ya lleno yo mis bolsillos.

Al empresario le faltaron minutos para ir a hablar con los miembros del Jubilee Jazz Club y proponerles que cambiaran de escenario y montaran todas sus kermeses en su nuevo local.

Honrados y complacidos, contestaron un no rotundo, porque en El Tobogán estamos nosotros y los que son como nosotros, pero en tu sótano vamos a tener que compartir espacio con *meucas*, marinos y demás fauna que nos da bastante repelús y muchísimo miedo. Aun así, como tampoco se trataba de perder la oportunidad de que la ciudad ganara otro espacio dedicado a la música que amaban, se prestaron a brindar a Rosselló todo tipo de asesoramiento, empezando por el nombre.

—Jamboree suena muy bien.

—Jambo… ¿qué?

—Jamboree. Es un término zulú que quiere decir «reunión de tribus».

—Caram!

La inauguración oficial del Jamboree contó con el mismísimo Tete Montoliu, acompañado por varios músicos, incluido, a la batería, Chip Collins, que días antes había partido peras con Jack Hall. Tocaron en una emotiva audición, llena de notas inspiradísimas y hasta los topes de un público entregado…, que tuvo lugar en El Tobogán, que ni para la inauguración habían querido pisar aquel tugurio.

No obstante, el Jamboree estaba en marcha y, a partir de ahí, todo iba a ir cuesta arriba.

Al principio, se limitó a acoger audiciones de discos grabados y conferencias sobre música negro-americana, lo cual estaba muy bien, culturalmente aportaba mucho y tal, pero no llenaba cajas registradoras. Tete Montoliu y su séquito se negaban a actuar sobre el escenario de aquella covacha y preferían el cálido cobijo del sótano de El Tobogán. Y que los gritos y las peleas a navajazos se las coman otros.

En una de las visitas del Chamaco y Carmona al Patio Andaluz de Joan Rosselló, este quiso invitarlos a una botella de champán, gentileza de la casa, maestro, que tenerle aquí es siempre un honor. El torero y el peñista aceptaron, siempre y cuando el empresario se sentara con ellos, y ahí es cuando Rosselló explicó sus penas con el Jamboree. Él, que había clausurado el Brindis para abrir una cava de jazz que triunfara en Barcelona, y resultaba que el público del jazz era una panda de niños bien que temían ver derramada su sangre azul en el pavimento del que aquellos pijos tildaban de

«chiribitil infecto».

Aquello ocurrió pocos días después de que el inspector jefe de la comisaría de Conde del Asalto decidiera que aquellos americanos que perpetraban aquella música insufrible de negros en los bajos de su edificio tenían que desaparecer de su muy española vista.

—Pues mira, Joan, que todavía tendré yo la solución para ti —anunció Carmona.

A Rosselló la mirada se le iluminó. ¿Una solución? ¡Cuenta, cuenta!

Fue así como, el 20 de aquel mismo mes de febrero, los Jazz Brothers debutaron en una «sesión de jazz progresivo» en un Jamboree todavía a medio pintar por el artista Jordi Bonás —un artista amiguete de Jack Hall— y con Jordi Reig, un amigo del pianista Pere Farré, ocupándose de la batería tras la pelotera con Chip Collins acaecida el mes anterior.

Todo había sido muy rápido porque, en cuanto el gitano puso en contacto a Jack Hall con Joan Rosselló, este sintió que todas sus plegarias habían sido debidamente escuchadas. Aquel yanqui tenía ideas, empuje, olfato para el negocio, capacidad de convocatoria y, además —como pronto comprobaría—, aunque los entendidos dijeran que los Jazz Brothers no tocaban bien, los marines de la Sexta Flota los preferían a Montoliu y compañía, a los que acusaban de intelectualizar demasiado su música.

Jack también se sintió cómodo con Rosselló. Era un hombre pragmático, de negocios, no hace falta que me expliques lo que no me tengas que explicar, tú lléname el local, que suene buen jazz negro-americano y que los líos no pasen de las típicas broncas entre borrachos. Que funcione bien de público, y yo me ocuparé de las altas instancias.

Ideal.

Ambos vieron que no había tiempo que perder, no vayas a dejar para mañana la pasta que puedas amasar hoy.

Por su parte, los músicos estaban encantados porque una noche normal cobraban veinte duros y una buena noche, con buena audiencia, podían llegar a los veinticuatro. Ciento veinte lúas, señoras y señores: entre diez y veinte veces más de lo que habían cobrado en el Jack's en sus inicios.

Con el Jamboree llegó una suerte de apogeo, cuando Barcelona

enloqueció con el jazz de una manera que no se veía desde los años veinte, en tiempos en que el Paralelo bailaba toda la noche al ritmo de la Jazz Band Demons, los mejores paladares gozaban de cosmopolitas combinados y las narices más sofisticadas insuflaban finísima *cocó* traída en barco del Lejano Oriente.

Tal vez ahora no hubiese tanto dinero, ni libertad para que un tío se vistiera de mujer o se subiera a un taburete para hacer proclamas anarquistas. Y la cocaína era un vago recuerdo, incluso desconocido para quienes poblaban aquellas noches de anfetamina de farmacia, lingotazos de whisky y bop vigoroso. Había heroína, sí, no sólo para los hermanos Hall y para Nancy, también para algún americano que pasaba por allí y algún barcelonés con dinero y ganas de experimentar, o con la idea de perder de vista la morfina, canjeándola por algo más contundente.

Y, como toda cava de jazz que se respete necesita al menos una musa, un modelo arquetípico que encarne los valores musicales, estéticos y éticos del local, ahí estaba Gloria Stewart. Pronto se convirtió en el rostro y voz de aquel Jamboree que la veía llorar lágrimas como carámbanos cada vez que interpretaba *My funny Valentine*, sin que nadie llegara a saber por qué aquella canción, justamente aquella canción, desataba en ella aquella reacción. Sólo se sabía que Gloria la cantaba y la lloraba, casi a partes iguales.

Tea for two, How I kiss the Moon, Perdido, Caravan se mezclaban con temas propios, un blues en fa y otro en si bemol que nunca recibieron un título ni quedarían registrados. La concurrencia enloquecía con el repertorio y se divertía sin tasa. Todos, menos el Saleta, un falangista bastante gordo y especialmente lerdo del Sindicato de Músicos, que acudía con cierta regularidad a hacer la puñeta al pianista, Pere Ferré, por no estar afiliado al sindicato. Ingeniero de formación, Pere no era un músico profesional y no tenía malditas las ganas de tener carné de Falange, pero tampoco era nada fácil de sustituir, tratándose del jazz que practicaba con los Brothers, algo que ninguno de aquellos *peixos bullits*, asalariados de orquestinas, hubiesen sabido hacer ni entender.

Finalmente no fue Saleta el motivo por el que Pere acabó dejando la banda, sino la imposibilidad de compaginar su vida laboral con estar cada noche sobre las tablas del club de Joan Rosselló hasta las tantas. Sintiéndolo mucho, chicos, os tengo que

dejar, y su lugar lo ocupó el veterano José *Joe* Fusté, que se había curtido en la década anterior con el baterista José Farreras y su conjunto Jam Session's para mayor gloria de los *hotfans* de entonces, y por esas fechas volvía a Barcelona tras una larga temporada dando el callo en la India.

Cambios de formación y otros inconvenientes aparte, Jack Hall estaba justo donde quería estar: ahora sí, pensaba, todo empieza a alinearse en la dirección adecuada. Con el Patata hacía negocios, a través de Iván el Cambados y de Eduardo el Mexicano, que servían de puente entre el mundo americano y el universo arrabalero local.

La guinda para Jack llegó cuando supo que, en aquel mismo edificio, Rosselló disponía de un piso vacío, imposible de alquilar a residentes porque el ruido del Jamboree y el Patio Andaluz lo convertían en invivible. Pero eso no quiere decir que no se le pueda sacar rendimiento, ¿verdad, Joan?

Así nació el Blue Note, un bar que servía de satélite al Jamboree y abría por las tardes.

Al calor de velas y del confort de sofás y butacas que rodeaban mesitas bajas, acudían parejas, pequeños grupos y alguna alma solitaria en busca de solaz y una buena banda sonora, basada en las selecciones discográficas del americano. Pero no era sólo la caja de las consumiciones lo que le importaba, sino que, una vez cerrado al público, pudiese servir como discreto escenario para los trapicheos que pudieran surgir durante la noche en el local de abajo. Para ello, puso a Iván de camarero.

Llegados a ese punto, Jack se sentía feliz. Amaba subirse al escenario del Jamboree, amaba su trabajo de encargado del Blue Note, amaba sus largas noches entre el club, el piso de la calle Diputación y el vaivén de algunas mujeres fáciles, sobre todo turistas americanas o rameras que pagaban su heroína en especies. Amaba aquella vida y, a diferencia de Phil, empezó a no sentir la necesidad acuciante de ir más allá, de convertirse en gran distribuidor para el sur europeo de heroína. Su vida estaba muy bien así.

Por eso, justo cuando los Jazz Brothers funcionaban a tope y el Blue Note arrancaba con éxito en ambos frentes, el de la concurrencia y el del cambalache, a Jack le cayó como un jarro de agua fría una noticia que, no por esperada, dejó de sentarle mal y

que tendría nefastas consecuencias en el devenir de los hermanos.

Phil se desvinculaba de la música.

Una decisión tomada en el peor momento, cuando el negocio parecía marchar tan bien, y que lo iba a mandar todo a la mierda.

Directamente a la mierda, sí, y casi sin paradas.

Tras servirse un copazo de Vat 69 y mirar fijamente a los ojos de su hermano, Phil Hall había anunciado, en la segunda semana de junio de 1960, que dejaba la música.

Aquella había sido desde el principio una parte del plan, razonó. Lo del jazz era una pata más artística, pero el objetivo era establecer un epicentro de tráfico de drogas en Barcelona, capaz de unir Baleares y Europa con la mercancía descargada en el puerto y controlada por algunos marines de la Sexta Flota. Estos gozaban de importantes conexiones con Oriente Próximo tras su participación en la operación Blue Bat en Beirut un par de años antes. A la vez señoreaban otros puertos, como el de Nápoles, el de Amberes o el cretense de Suda, donde la flota yanqui tenía mucha presencia y mucha componenda. ¿Es que no te acuerdas, Jack? ¿Es que no recuerdas cuál era «el verdadero» plan?

Los hermanos Hall entendieron que el impedimento, una vez desembarcada toda aquella mercancía lista para entrar en el riego sanguíneo de miles de adictos, era moverla por el continente, y tuvieron la clarividencia de cazar al vuelo una ocasión de hacerse de oro: nos convertiremos en operadores logísticos de la heroína en su itinerario del puerto de Barcelona hacia Francia y otros países de la Europa continental. Vosotros os aseguráis de que se transporte por mar y llegue sin mayores incidencias al puerto de Barcelona, y del resto ya nos ocupamos nosotros.

Con el anuncio de Phil de dejar la música para dedicarse a amasar pasta, lo primero en caer sería la banda, qué sentido tiene ser los Jazz Brothers si ya no están los dos *brothers*. Lo siguiente en acabarse sería, por supuesto, la residencia del Jamboree. Adiós a esos veinte o treinta duros por noche.

De todos modos, mejor proceder paso a paso y explicar con buena letra qué había llevado, aquella mañana, a Phil a atizarse ese lingotazo de Vat 69 y anunciar que se bajaba del escenario:

No eran más de diez kilos, pero el dinero que podían significar era mucho para Jerry Larson, operador de calderas en el USS

Intrepid, atracado en el puerto de Barcelona el 6 de junio de 1960. Lo primero que vio de la ciudad, al llegar por sus aguas calmas y renegridas, fue la carabela Santa María, que le pareció exageradamente pequeña, habida cuenta de que había cruzado un océano.

Larson había servido en Beirut y era oriundo de Hastings, Minnesota, igual que el suboficial jefe de aquel barco, Daniel Condon, que había estado ya en varias ocasiones en Barcelona, así que aquel se aprovechó de los conocimientos de su paisano para encontrar a los hermanos Hall, de los que le habían hablado otros marines en la capital libanesa. El mensaje había sido que aquellos dos compatriotas podían hacerte llover una buena guita si les llevaban heroína buena, de la que se consigue aquí y que viene de Afganistán. Incluso medio kilo, ellos lo transformaban en dinerito contante y sonante para que se lo pudiera uno patear en fiestas, zorras, borracheras y comilonas. *Easy money*.

Con la idea de atesorar algo más que parné para parrandas, Larson consiguió embarcar una decena de kilos de jaco de primera con la ayuda de un par de compañeros. Era, le aseguraron, materia fina, de primera, que en los barrios negros de Estados Unidos sería producto de lujo, sólo al alcance de los más espabilados. Supo que los hermanos Hall eran músicos y tenían conexiones en la ciudad, pero ellos, como súbditos estadounidenses, tampoco podían fiarse del primer marine que les propusiera un tráfico de diez kilos.

Así que el operador de calderas tiró de paisanaje y de una mentirijilla piadosa al suboficial jefe del USS Intrepid, Daniel Condon.

Señor, perdone que le importune, señor, pero quería preguntarle por dos personas a las que usted puede que conozca de otras rondas que ha hecho en Barcelona, señor. Sí, señor, son dos americanos, hermanos para más señas, se llaman Hall, gente de muchos recursos, señor. Claro, señor, el motivo por el que le pregunto es porque pronto volveré a Hastings y ahí espero casarme con Adeline, la hija del capitán Miller, a quien usted, señor, creo que ya conoce. El caso, señor, es que me han hablado muy bien de Barcelona, la ciudad a la que nos dirigimos, y dicen que es bonita, apacible y muy barata, había pensado en que se convirtiera en el destino de nuestro viaje de bodas, señor. Por eso me gustaría conocer a dichos

hermanos Hall, para que me orientaran sobre precios y consejos para una pareja de recién casados americanos de lo que puede hacer por ahí, señor. Oh no, señor, todavía no conozco la ciudad, pero tengo una corazonada muy grande y a Adeline siempre le ha cautivado viajar al Mediterráneo y yo, ya entenderá, señor, nada deseo más que hacerla feliz, señor.

Puesto que, en el fondo, Condon era un romántico incurable, accedió a poner en contacto a aquel muchacho con los hermanos Hall, que habían sacado de algunos líos a varios de sus soldados. Líos de esos nocturnos que podían haber terminado entre rejas, y mejor el arresto en un camarote que en las celdas tercermundistas de aquellas comisarías arrabaleras. Eso sí, los hermanos Hall pueden ser muy buenos para algunas gestiones, y menos buenos para otras, Larson, así que espero que ni usted ni ellos hagan tonterías.

—Sir, absolutely not, Sir!

—Good, private, I'll introduce you to the Hall brothers. You're dismissed.

—Sir, thank you, Sir!

Sí, la mentira había sido piadosa, porque Jerry Larson realmente se quería casar con su *sweetheart* de toda la vida, Adeline Dorothea Miller, y el propósito de ver a los dos hermanos tenía que ver con su deseo de levantar suficiente viruta, con la venta de la heroína, para volver a Hastings y comprarse una bonita casa en la zona suroeste, con vistas sobre el Misisipi o, en su defecto, cerca del río para oír el empuje de sus aguas, en su paso por el Midwest, camino al sur.

Adeline ni hubiera sabido encontrar el mar Mediterráneo en un mapa, ni podía sospechar de la existencia de una ciudad, en algún lugar del mundo, llamada Barcelona. Un lugar, desde luego, donde él jamás llevaría a su mujercita. ¿Un puerto con marines de la Sexta Flota, furcias y borrachos? Si más adelante Condon preguntase, ya le contaría alguna milonga para justificar que lo de la luna de miel en España se quedó en agua de borrajas, pero que gracias igualmente.

Así fue como, un soleado día de junio, con una agradable brisa subiendo por aquel paseo marítimo que acababa de ser bautizado como las Ramblas, Larson iba con dos compañeros al encuentro de Phil Hall. La tarde anterior, este había recibido una llamada del suboficial jefe de la USS Intrepid pidiéndole por favor que atendiera

a su paisano.

Por no hacer el feo, Hall había dicho que de acuerdo, aunque malditas las ganas tenía de perder su tiempo, a ver si es que me han visto cara de agente de viajes o de gilipollas.

Se encontraron en el American Soda, en la esquina con la calle Nueva, y cuando Phil vio a sus tres interlocutores avanzando titubeantes hacia él, hacia aquel tipo con barba, sin bigote, con las gafas de sol puestas y sorbiendo un whisky-cola de media mañana, entendió que el tema no iba de lunas de miel, ni de mujercitas ni leches. Que se cocía algo más interesante.

Y lo era, claro, porque los diez kilos de purísimo jaco que aquellos tres papanatas llevaban repartidos en sus petates podían ser como una línea en la arena que traza el límite entre el hasta ahora, es decir el menudeo y el ir moviendo cantidades minúsculas, y el futuro, trasladando ingentes cantidades de buena mandanga por el continente europeo. Si es buena, pensó, esto va a ser el pelotazo que esperábamos.

Hablaron de plazos, de dinero, de que os pagaré un adelanto y el resto cuando haya podido liquidar la mercancía. Es un adelanto más bien magro, ¿no nos podrías dar algo más? Si queréis más dinero, movedlo vosotros, que yo os deseo mucha suerte. Vale, vale, sólo preguntábamos. Pues eso, y esta es la oferta más seria que vais a encontrar en esta ciudad, aunque supongo que eso ya lo sabéis, de lo contrario no estaríais aquí. Lo sabemos, lo sabemos.

Hablaron de darle unos días a Phil para que verificara la mercancía. Pero ¿quieres que te lo demos todo, aquí y ahora? ¡No, zoquete! —joder qué pardillos, pensó—. Con una muestra me vale, me la dais al salir. ¿Y luego? Luego, si está todo correcto, necesitaré unos días para montar el tinglado y mover la mercancía de la forma más rápida y segura posible. Ahí es cuando recibiréis el adelanto y empezamos nuestro *business*.

Larson y sus amigos aceptaron. Se estrecharon las manos. Salieron del bar y se emboscaron en un portal para darle un poco de la heroína. Ya verás, es de la mejor que hay. Y a primera vista, tenía muy buena pinta.

Dejadme un número donde os pueda llamar, calculad una semana. Si en ese tiempo no os he llamado es que no hay *deal* y os buscáis la vida con algún otro, ¿entendido?

—*Got it*.

Aquella misma tarde, Phil y Nancy se inyectaron aquel jaco, a ver si es lo que dicen o es un camelo. En los primeros compases de sus efectos, el material liberándose por su riego sanguíneo, la sensación de estar elevándose hacia el cielo y, a la vez, hundiéndose en la dulce suavidad de una nube de paz y éxtasis, él ya tenía claro que aquella era la remesa de material necesaria para dar El Gran Paso.

Al día siguiente, mientras Jack procuraba paliar los efectos de su resaca bebiéndose una

Coca-Cola

bien fría, Phil se atizaba el lingotazo de Vat 69, lo miraba a los ojos y le informaba de que por fin había llegado la hora de dedicarse a lo que habían venido aquí a hacer «de verdad».

—*The time is now*.

Y a su hermano se le cayó el mundo a los pies.

Le Manège, en la parisina calle de la Rochefoucault, abría casi toda la noche, con un servicio de *brasserie* de rechupete que nunca había catado el paladar de Phil Hall, acostumbrado a frugales condumios de subsistencia remojados con cerveza barata, en Pittsburgh, y a la característica fritanga portuaria de Barcelona, normalmente acompañada de un vinazo al que la copa de burdeos que estaba paladeando en aquellos instantes situaba a la altura del salfumán.

—*C'est bon, n'est ce pas*?

Enfundado en un carísimo traje de Cam's, pañuelo de seda de Pierre Cardin, la piel perfumada con Caron *pour homme*, escaso pelo oscuro perfectamente peinado, Charlot fumaba con distinción un Gauloise mientras observaba la calle a través del ventanal del establecimiento, deleitándose en la visión de su Mercedes 300 Coupé SL, el premio conseguido poco antes en Alemania, tras un negocio con un italiano *conard* del que lo único bueno que había sacado había sido aquel automóvil.

Phil y Charlot cenaban distendidamente en aquella velada de 1960 esperando a los socios del anfitrión, Francis y Pierrot Cigarre. Los negocios se discutían con ellos, quienes luego movían lo que se tuviese que mover entre Marsella y París, así como por países cercanos como Bélgica, Holanda y Alemania. Todo se hacía por cuenta de un tal Caputu, que era, a decir de los tres socios

franceses, quien dictaba la ley desde Córcega y el último ser humano sobre la faz de la tierra al que a nadie se le pudiera ocurrir la peregrina idea de intentar joder.

—*Personne ne joue avec Caputu*!

El americano llevaba consigo los diez kilos de heroína que le habían entregado Jerry Larson y sus compinches pocas semanas antes. La idea era usar esa cantidad para ir abriendo mercado y posicionarse en una liga muy superior a la del menudeo. Y, para ello, nada mejor que los tres gabachos, a los que había conocido en el Printemps de Marsella a través de algunos gatos viejos, también marselleses, curtidos en la posguerra entre el puerto de su ciudad y la calle del Cid. Gente dura, de la que no baila nunca, habituada al contrabando de tabaco y de lo que se les ponga por delante, que aquí se aprovecha todo.

Con una mercancía de esa calidad, a Phil no le iba a ser difícil abrirse paso desde Barcelona a la frontera con Cerbère.

Charlot consultó su Cartier extraplano de oro y el movimiento de su brazo hizo que Phil entreviera la empuñadura nacarada de su Beretta de nueve milímetros por debajo de la chaqueta.

Pensó que en Francia, igual que en Estados Unidos, la partida se jugaba en serio. Aquí hay tipos con estilo, se dijo. Hombres de verdad que se rodean de gachís hermosas, se mueven en vehículos que da gusto verlos, se alimentan con manjares, beben whisky de doce años como mínimo, se visten por los pies y búscales las cosquillas que te sacan el hierro y el tema se termina rápido. Nada que ver con esos españoles garrulos, vestidos como pordioseros, borrachos de coñac, piñatas destrozadas, narices chafadas, defendiendo a botellazos o a golpe de navaja oxidada el amor de furcias gordas y contrahechas, o liándose a puñetazos por efímeros cambalaches con marinos y turistas de baja estofa.

Así, de repente, pensando en aquello y a pesar de la peligrosidad que un disparo puede representar respecto a un botellazo o un pinchazo, Phil Hall se sintió cómodo, arropado por la sensación de estar de vuelta en el primer mundo. Sólo que ya no se hallaba en un entorno civilizado interpretando el papel del paleto pelagatos de Pittsburgh, tierra de nadie entre el Medio Oeste y la Costa Este, pasándose la vida puliendo droga cortada con desechos humanos. Esta vez estaba en el lugar adecuado, con la gente adecuada y —lo

más importante— con el jaco adecuado para propiciar una alineación de los astros que invocara, de una vez, a la buena suerte.

Es más, estaba convencido de que a su hermano Jack no tardaría en pasársele el mal trago de ver cómo su proyecto musical conjunto, los Jazz Brothers, se había ido al traste. Que tampoco se terminaba de forma definitiva, pues Phil se había comprometido en que, al menos cuando pasara por Barcelona, tocarían aquí y allá. Algún concierto puntual, bien pagado, en algún sitio bonito. *Ok, man*. Pero ya no actuarían de la manera fija en que habían ido cimentando su sonido en el Jack's y apuntalando su residencia en el Jamboree. Esta ahora estaba en manos del saxofonista Salvador Font, alias Mantequilla, que hasta le había dedicado al local un tema de composición propia.

Phil sabía que a Jack le había dolido. Pero no se puede tener todo en esta vida y su certeza era granítica: entre la magia de la música y vivir a cuerpo de rey, con el respeto de hombres con pistola y corbatas de seda que cuestan el triple del sueldo del trabajador medio español, a la magia de la música le pueden dar mucho por el culo. Y con perdón.

Más aun, hacía tiempo que sentía la necesidad de salir de aquel lodazal en el que Nancy y él se habían ido metiendo, en un interminable periplo que unía la plaza Real con el apartamento de Diputación. Pico va, pico viene, todo el día pasadísimos, que ya no sabían ni qué escuchaban cuando sonaba algún disco.

Por eso, previo paso a las llamadas que lo ayudaran a mover los kilos de heroína hacia Francia, Phil se había llevado a su mujer a Ibiza unos días. Sol, playa, vegetación salvaje, silencios y paredes de un blanco que da paz absoluta. Nos olvidamos de la urbe. Nos da el sol. Nos volvemos a acordar de lo que es levantarse más o menos por la mañana.

A él la experiencia le había gustado y a ella le había encantado, mucho, por eso habían decidido alquilar una casita en la isla. Vendremos aquí cuando nos sea posible, a descansar, a quitarnos de encima el aire de Barcelona, sus cloacas que eructan en los días húmedos, sus cocinas que atufan a aceite rancio y a vino agrio, los sudores de sus gentes y el humo de los tubos de escape de sus coches, legiones de utilitarios que cada fin de semana saturan las Ramblas convirtiéndolas en irrespirables. Vendremos aquí a comer

bien y a pincharnos algo menos.

Ahora, disfrutando de las confortables butacas de La Manège, Phil pensaba en que algún día él también iría por la vida con un peluco de oro como el de Charlot. Este seguía, por su parte, alternando Gauloises con perezosos bocados a un *entrecot bleu*, y sonriendo mientras veía a aquel americano comer y beber con el apetito de quien tiene todo que ganar.

Pero Phil Hall también tenía mucho, muchísimo que perder, como no tardaría en comprobar.

5

Sábado 17 de noviembre de 1962

Se ha quedado una noche ventosa y la arena se arremolina sobre el pavimento de la plaza Real, mientras las palmeras mecen sus hojas y algunas ventanas mal cerradas pegan sustos de muerte.

Aun así, este aire fresco y húmedo no impide el bullicio de gente que va y viene por la plaza y por las calles colindantes, que hoy es sábado y eso no se perdona.

—*Follow me kid and keep your mouth shut* —advierte Jack Hall con semblante severo.

Él y Jimmy salen a una Rambla que es una fiesta de colores, alegría y promesas para toda la noche que queda por delante. La música restalla desde los locales, los vidrios de botellas y copas se van quebrando, las luces parecen tener vida propia, se oyen acordes de guitarra española y se huelen perfumes que cubren pieles limpias y otras sucias. Incluso el más tímido habla a gritos, hace aspavientos y ríe con todo el brillo de su dentadura mellada.

Cruzan la arteria para emboscarse por la calle Unión, más oscura, más de paso, un afluente que purga hacia la Rambla la miseria de aquellos edificios bajos que desde fuera ya delatan pobreza y desespero.

Jimmy Walker ignora que está penetrando en el corazón del Distrito Quinto. Sólo sabe que sus dedos siguen sangrando, que se siente destemplado y que le gustaría estar en cualquier otro sitio y momento, menos aquí y ahora.

Le duelen el alma y la mandíbula. Esta última, de los tres rápidos manotazos que le ha propinado Jack en la pensión Pros, acompasados con insultos que no entendía si estaban dirigidos a él, a sí mismo, o a Pilar y Stephen. Posiblemente, fueran contra todos

y, de propina, contra el resto del mundo.

La tal Nancy estaba colocada, tirada en una butaca doble con su hija pequeña durmiendo en brazos, y poco ha podido hacer. Pero Joan, la escocesa, los ha separado y ha gritado que no sirve de nada pelear, que se calmaran los dos y que explicaran lo sucedido. Jack ha respondido, a chillido limpio, que no gritara y ella le ha dado, por réplica, una bofetada que ha dado lugar a un intervalo de unos cinco largos, tensos segundos en los que se han mirado en un silencio glacial. Al final ella, arrepentida por su osadía de levantar la mano a su hombre, con los ojos enrojecidos, le ha pedido perdón. Y él ha claudicado, porque era eso o matarla.

Sólo entonces Jimmy ha podido explicar cómo se ha desarrollado el atraco. Que si le dije «Todo dinero», que si el tío se me rebotó, que si perdí los estribos, que si ese no era el hombre cobarde que me habían descrito, que si Stephen y su novia están en Ibiza y nosotros aquí, que si la madre que los parió a todos.

—*Ok, calm down*.

La escocesa le ha entregado una botella de ginebra barata, le ha dicho que bebiera para calmarse y se lo ha llevado al retrete para desinfectarle y vendarle la mano. Luego lo ha acomodado en la butaca ocupada a medias por Nancy, que estaba más para allá que para acá, y le ha dicho que se quedara ahí. Jimmy ha obedecido mansamente, acabándose el *gin* y, pese a la treintena justa de centraminas desatadas pocas horas antes en su riego sanguíneo, ha conseguido conciliar un sueño no muy reparador, pero que al menos lo distrae del dolor.

A la misma hora, Juan Antonio Roquetas, el aprendiz que ha hecho el primer levantamiento de cadáver de su carrera, y que acaba de vomitar hasta la primera papilla, también ha pensado en lo bien que estaría en su sofá, lejos del cuerpo sin vida de Francesc Reinosa.

Pero aguanta, recostado en una silla del almacén de la calle Aragón, sin estorbar, mientras los policías rebuscan en todo el recinto, a ver si cae una pista medio decente a la que seguir el rastro y darle su merecido al autor de esta salvajada.

El mismísimo jefe de la Brigada de Investigación Criminal, Francisco Laguardia Gelabert, ha hecho acto de presencia y Roquetas ha pensado que, para que el jefazo de la BIC se haya dignado a venir desde su despacho de Vía Layetana, el caso tiene

que tener muchos bemoles.

—Una carnicería es lo que han hecho, señor —le informa el inspector Carrafa, al cargo de la investigación.

—¿Sabemos cuántos eran?

—Por las huellas de los zapatos, probablemente uno solo. Un hombre.

—Ya, no veo yo a una mujer haciendo un estropicio así. ¿Pistas?

—Algo hay. Unos alicates, un guante izquierdo con cortes en los dedos, provocados durante la reyerta, unos papeles con los que probablemente tenía envueltos los instrumentos para cometer el robo.

—No gran cosa.

—Sabemos que es bastante alto, rubio o castaño muy claro, a juzgar por algunos cabellos que hemos encontrado. Está herido en la mano izquierda y puede que sea extranjero.

—¿Y eso?

—Vea, señor.

Y Carrafa esgrime las hojas de diarios franceses, manchadas casi por completo de sangre, y el número atrasado del *Time* con Kruschev en portada, abandonados poco antes por Jimmy.

—Interesante. ¿Algo más?

—De momento nada. Calculamos que llegó entre las cuatro y las cinco, entró en el almacén y cortó el cable del teléfono, se dirigió al despacho, donde se encaró con la víctima, esta se resistió y el asaltante la masacró para robar. Cuchillazos y golpes con un objeto contundente, un martillo o algo así. Antes de irse, cubrió el cuerpo.

—Muy considerado. ¿Quién lo encontró?

—Un conocido de la víctima que venía a comprarle una lámpara.

—Podría estar en el ajo.

—Podría, aunque es poco probable. Tiene una coartada sólida, ha estado comiendo y de sobremesa con su familia y unos amigos en un restaurante aquí cerca. Además, se le veía muy afectado.

—De momento, le tomáis declaración.

—Entendido, señor.

—Volviendo al presunto extranjero, ¿sabemos cuánto se ha llevado?

—Nada, la cartera de la víctima.

—¿Sólo la cartera?

Hay señales de que intentó forzar la caja fuerte. Incluso teniendo ahí sobre la mesa las llaves, ha intentado abrirla con un objeto contundente. Seguro que es el mismo con el que ha hundido el cráneo de la víctima, a juzgar por los rastros de sangre.

—¿No ha registrado la mesa para buscar esas llaves?

—Por el desorden se diría que sí.

—O sea que el tipo viene aquí, comete esta masacre y ni siquiera es capaz de abrir la caja fuerte teniendo las llaves delante de sus narices.

—Exactamente.

Pues buscamos a un varón de algo más de un metro ochenta, tal vez extranjero, con una herida en los dedos de la mano izquierda y rematadamente gilipollas. No está mal. No habrá muchos así en Barcelona.

—No, señor.

Sin entender si el inspector ha captado la ironía o si él tampoco tiene muchas luces, Laguardia deambula por el despacho y se detiene junto a la mesa, desordenada tras el paso de Jimmy.

—¿Habéis mirado ya la *paperassa* esta? —pregunta.

—Todavía no, señor.

Y el jefe de la BIC se pone a inspeccionarla. Facturas, albaranes, pagarés, notificaciones, una multa de tráfico y más facturas, más albaranes, más pagarés y, de pronto, una carta, con caligrafía de mujer y palabras que una legítima esposa no le escribe a su marido, al menos, desde los días en que siendo novios este se fue a la mili.

Se fija en la despedida: «Muchas gracias por las horas en que intentaste hacerme más feliz», y en la firma: «Byby».

Interesante.

—¿Y quién será esta tal Byby? —pregunta al aire.

Quien en esos instantes también piensa en Pilar Alférez, es Jimmy, mientras se abandona a un nebuloso duermevela a base de tragos de ginebra y caída en picado de adrenalina y anfetamina. De fondo, oscilan las voces de Joan y Jack, y desde la habitación contigua, la de Gloria Stewart, se oyen los alternes de la trompeta de Miles Davis y el piano de Bill Evans en *Blue in green*.

Todo este asunto viene de Pilar, se dice. Ella era la amante del galán de pacotilla, ella es la que tiene a Stephen comiendo de su

mano, ella es la que lo convenció de que había que desplumar a ese desgraciado después de que le escribiera una carta lamentando su miseria y él no le soltara ni un céntimo.

Todo ha sido culpa de Pilar, esa mujer atractiva, mayor y de nombre rarísimo por la que ahora están todos metidos en este lío. *Pee-lawr*.

Una bofetada lo despierta al cabo de un rato, y Jack le deja un montículo de ropa limpia. Es mía, te irá pequeña, pero te la pones y no se te ocurra discutir. Él obedece y el otro le apremia, rápido, que vamos a salir para que te curen bien esa mano, que chorrea sangre.

Y en la penumbra de un cuartucho de la calle San Rafael, un practicante le da, con pulso tembloroso, puntos en los dedos de la mano izquierda y después le hace un vendaje como mandan los cánones de la medicina civilizada y no la bienintencionada chapuza de Joan, que esos escoceses lo curan todo hostiándose y bebiendo a pie de barra de pub, pero luego no saben poner bien ni una tirita.

El sanitario acaba, recibe cinco duros de Jack y este agarra de la manga del abrigo a Jimmy para salir al aire húmedo que sopla por los recovecos callejeros de una ciudad que no parece dispuesta a que le quiten la diversión del sábado noche.

Cuando doblan por San Pablo el joven rompe el silencio:

—*And now what*?

Jack Hall se detiene, saca un paquete de cigarrillos de su abrigo y se lleva uno a la boca sin ofrecerle a Jimmy y luego busca un encendedor Zippo donde se lee la inscripción «Barcelona Christmas 1961», enciende el cigarrillo y retoma la marcha.

Jimmy, cerrando los ojos y tratando de visualizarse a sí mismo en una playa ibicenca fumando marihuana con su amigo mallorquín Vidal, lejos del desastre, no se atreve a insistir con la pregunta. Pero no le hace falta, porque tras una docena de pasos Hall se vuelve hacia él y responde un escueto:

—*We'll see*.

Como diciendo que sí, que ya veremos, que estoy elucubrando un plan, pero tú ahora cierra el pico y procura no cabrearme más.

Y lo está.

En esos momentos, Jack Hall está cabreado como una mona.

6

Si buscamos un momento crítico en esta historia, el punto de inflexión, ese donde todos los factores convergen y, de no haber tenido lugar, tal vez se hubiese evitado todo lo que iba a pasar a continuación, nos podríamos situar en una tarde, a principios de 1961. En ese momento, todos los protagonistas de este relato, cada uno a su manera, cada uno por sus motivos, cada uno con sus defectos y sus virtudes, bailaban. La vida les bailaba.

Era invierno, hacía frío y soplaba el aire fresco y húmedo de los inviernos barceloneses. En las paredes del estudio de Ignacio F. Iquino, en el Paralelo, se podían leer frases que al Cambados le chirriaban: «No queremos saber nada de lo ocurrido por culpa de nuestros padres», «Tenemos un himno, el
rock & roll,
y una meta, la luna». Y la que más le llamó la atención: «El trabajo es anatema, queremos divertirnos».

¿Anatema? Iván no conocía la palabra ni a nadie que pudiera usarla en una conversación. Sólo un estudiante de la parte alta podría echar mano de una expresión así.

Sentado, rodeado por asistentes, secretarias, esbirros, siervos, Iquino gritaba órdenes. Allí dentro él era la estrella. Director y productor, para empezar. Estamos rodando *mi* película y tú estás aquí porque yo *te* dejo. Él era el amo y, si no te gusta, ahuecas.

—¡¡Aaaa-cción!!

Sobre el escenario, Gloria entonando una canción lenta y bonita, también de Iquino o, de todos modos, él se acabaría atribuyendo la autoría. Era un blues sensual, perfecto para la voz de la americana. De la cantante de jazz. De la compañera ideal de borracheras, de confidencias, de risas, de anécdotas, como la vez que ella y los Jazz Brothers habían ido a actuar a una aldea de esas que tienen

electricidad de milagro, en la Cataluña profunda, y los pueblerinos la miraban como a una extraterrestre e intentaban tocarla y aquello casi parecía un asedio. Y el alcalde, después del bolo, intentó tangarles dinero, pero Pere Ferré, el pianista, le advirtió que con los hermanos Hall, sobre todo con Jack, no se bromeaba. Que a esos yanquis les importa un huevo y la yema del otro que usted sea el alcalde, su excelencia el jefe de Estado o el sumo pontífice. El mensaje fue expuesto de forma diplomática y educada, muy al estilo de Pere, pero era ese. Yo soy catalán, usted no tiene nada que temer de mí, pero esos americanos… *Aquests encara viuen a l'Oest*!

—Iván, yo presento a Pilar. Pilar, Iván. Seguro vosotros lleváis muy *good*.

Así es como Iván Regueira conoció a Pilar Alférez, entre toma y toma, cuando Gloria ya había terminado de ser capturada por la cámara de Iquino y un dúo, con un chaval holandés muy espabilado que había sido marino y ahora quería cantar, tomaba el relevo en esa falsa *cave* donde las nenas figurantes se rifaban a Julián Mateos, uno de los protagonistas del filme, y los tíos esperaban ver a Rita Cadillac, que al final no haría acto de presencia porque no aparecía en aquella escena, que si lo llegamos a saber no venimos.

—Encantado, Pilar.

A ojos del Cambados, Pilar no era Rita Cadillac, desde luego, pero tenía algo. Por lo pronto, la experiencia de una mujer mayor, que ya sabe lo que se hace y a la que la cama no la asusta. Una maestra. Las cámaras la evitaban y los esbirros de Iquino la enviaban al fondo. Es una peli de jóvenes, se titula *Juventud a la intemperie*, y tú tienes treinta años e hijos. Pero sólo la apartaban, no la echaban, porque nadie quería echar a Pilar de su lado. Nadie excepto su marido, Joaquín, que se había separado no mucho antes harto de aguantar las infidelidades de aquella mujer que se comportaba como una adolescente. Cuando no estaba con Reinosa, Pilar se movía con jóvenes, fumaba con arrogancia y quería divertirse y no trabajar, como rezaba la frase del mural. Un verdadero anatema eso del trabajo, oye.

—Hola, Iván, ¿qué tal?

Enseguida le gustó aquel chico, porque era evidente que no tenía más de dieciocho, no muchos más. De esas edades que todavía puedes decir los años y los meses, como sus hijas. «Mami, tengo

cinco años y tres meses, casi cuatro». Pensó brevemente en ellas, en que las quería y las echaba de menos, pero la vida era irrepetible.

El caso es que ahí estaba ella, treintañera, sofisticada, interesante, apetecible, en medio de aquel estudio, rodeada de figurantes que se conocían casi todos entre sí, del Colón, del Jamboree, del Tobogán, del Kit Kat, algunos incluso de cuando lo del Jack's de la calle Parlamento, donde seguro que nadie usaba la palabra «anatema» en sus conversaciones.

Puede que fuera aquella tarde, en los estudios de Ignacio Iquino, donde toda esta historia enhebra. O tal vez unas horas más tarde, cuando Gloria y unos cuantos, entre los que estaban Iván y Pilar, acabaron en el piso que los Hall tenían delante de la plaza de toros Monumental, en la calle Diputación. Allí los dos recién conocidos terminaron encerrados largo rato en el lavabo. La gente meándose, que se aguante. Las risas. Phil, que andaba con Nancy, las cosas yéndole muy bien con Charlot y los gabachos. Gloria, que llamaba a la puerta y preguntaba «Vosotros hace pis juntos, ¿sí?» y se carcajeaba con su mejor voz. Y ellos, descubriéndose en aquel excusado sin limpiar desde hacía al menos una semana, manchas de óxido sobre la superficie maltratada de la bañera y el tic-tic-tic del goteo de una cisterna irreparable.

Y salían, por fin, de aquel lavabo. Y volvían al *living* nublado por un humo que no era de cigarrillo normal y olía a vodka trasegado a palo seco y, en el tocadiscos, sonaba Brubeck al frente de su quinteto. Iván, que tenía en su haber escarceos con algunas lumis del Distrito Quinto fieles al Patata y con varias jóvenes señoras bien de incógnito y en busca de aventuras nocturnas en el Jamboree o el Blue Note, se enamoró. Por completo. Con toda la fuerza de una juventud mentalmente breve, por causas de fuerza mayor, pero físicamente inevitable, porque la naturaleza es la que es.

Se enamoró hasta el punto de que miró a Pilar y se mareó, pero de gusto. Extasiado.

Ella lo vio enseguida, qué difícil era no verlo, y, qué diantre, la verdad es que en ese momento le gustó la idea.

Le gustó que, a su edad, un chaval bien parecido, dueño de sus instantes, o al menos eso parecía, cayera rendido a sus pies.

El trinque de Phil tuvo lugar en 1961, poco después del primer

encuentro entre Pilar Alférez e Iván Regueira en los estudios de Ignacio F. Iquino en el Paralelo.

Esos dos estaban en pleno frenesí carnal, los Jazz Brothers actuaban poco, aprovechando alguna permanencia esporádicamente larga de Phil en Barcelona, y Jack seguía siendo el encargado del Blue Note, donde trabajaba Iván por cuenta del amo del Jamboree, Joan Rosselló.

Más allá de ilustres visitas foráneas, la cava seguía contando con las actuaciones de Mantequilla, de Ricard Roda y de Gloria Stewart, ocasionalmente acompañada por Tete Montoliu, que había superado el asco que, hasta poco antes, a él y los suyos les daba aquel tugurio arrabalero. Ahora el célebre pianista actuaba con una cierta regularidad en la sala de la plaza Real para desazón de los marines de la Sexta Flota, que echaban de menos el sonido más primario, lúdico y simple de los Hall *brothers*.

Lo esencial es que allí estuviera la Stewart. Con ella, con aquellas lágrimas imparables cada vez que entonaba *My funny Valentine*, aumentaba el calor de un público que se multiplicaba exponencialmente, para frustración de Jack Hall, que se proyectaba a sí mismo sobre aquel escenario, porque yo estaba aquí cuando nadie más quería pisar este antro y ahora míralos, cuántos son, cuántos serán, cada vez más, y yo aquí mercadeando centraminas, sirviendo vinos en el Blue Note y tocando de uvas a peras como un segundón.

A modo de colofón del creciente éxito del Jamboree, ahora ya convertido en epicentro ciudadano de lo suyo, corroborando lo acertado de la fórmula, surgió cual manojo de setas otoñales toda una constelación de sótanos que, en las colindancias de la plaza, buscaban atraer a más público a base de jazz y músicas negro-americanas. Locales como el Montparnasse. Incluso el gran predecesor de todos, el Zodiac, vivía una segunda vida y fardaba de nueva decoración en forma de un enorme mural donde se podía leer *Then jazz was born*.

Pero volvamos al día del trinque. Aquella madrugada, Phil Hall había salido pronto de la ciudad. La noche antes, él y su hermano habían ido a ver al quinteto del pianista y compositor Romano Mussolini en el Empórium, un *music hall* del que no se entendía muy bien qué hacía programando conciertos de jazz, pero que, si

han de ser todos así, bienvenidos sean.

Tras el concierto, los dos hermanos fueron a tomarse unas copas. Jack había estado hablando sobre la guerra, sobre Italia, yo, que combatí contra las tropas comandadas por el padre del tío al que acabamos de ver marcarse esa increíble versión del *Jordu* de Duke Jordan, con esa sensibilidad, con ese swing, ¿cómo ha podido salir alguien capaz de hacer una música tan bella de un monstruo como aquel calvo cabrón?

No encontraron la respuesta, quizás por no hallarse esta en la retahíla de vasos de whisky que fueron trasegando, pero pasaron un rato agradable buscándola y concluyendo que fuera por algún tipo de hechicería, por cierto talento oculto en el linaje familiar o porque hay un Dios y a este le ha dado la gana de que así sea, amén, aquel *greaseball* sabía lo que se hacía.

A la mañana siguiente Phil abandonaba la ciudad al volante de un Renault 4CV de 1956, comprado de segunda mano, con una pequeña maleta con algo de ropa y enseres básicos, colocada al lado de veinticinco kilos de purísimo jaco afgano.

Su plan era conducir hasta Toulon para encontrarse con Antoine Guérini, el que mandaba en Marsella, el que decidía lo que sí y lo que no y, por tanto, el tipo con el que necesitaba congraciarse si quería hacer negocios por allí sin jugársela. A Guérini le dejaría la mercancía que llevaba en el maletero y este, a cambio, le entregaría la pasta acordada, tras lo cual ambos irían a festejar y remojar el asunto en Annabel's, la *boîte* que regentaba el marsellés en el Vieux Port.

Al día siguiente Phil saldría hacia París para encontrarse con Charlot y sus colegas, pagarles su mordida del *bisnes*, ir juntos a cenar y trazar la siguiente ruta para cuando Jerry Larson y compinches volvieran a traer material desde Beirut, en un tiempo comprendido entre uno y dos meses, dependiendo de marejadas, tormentas y eventuales contraórdenes por parte de la US Navy. Y después, que nunca falte, pegarse otra fiesta padre, esta vez en el Son de la Guitarre, una *boîte* controlada por los corsos donde convenía mucho que quien entrara lo hiciera sabiendo, con mucha exactitud, dónde se estaba metiendo.

Se quedaría en París unos días divirtiéndose, estrechando lazos y puede que echándole algún que otro polvo a alguna *mademoiselle*

de las que fuman con boquilla, llevan boina y gabardina con el cuello levantado, tiran de corpiño y ligueros y jamás hacen preguntas, ni de las tontas ni de las otras. Finalmente volvería a Barcelona, donde lo estarían aguardando Nancy y la niña con unas ganas locas de enfilar hacia la estación marítima y subirse al primer barco con rumbo a Ibiza. Que se está muy bien, la niña respira mejor y le echamos algo de freno a la heroína.

En la isla disfrutarían de unos días de tranquilidad, paseando por la playa al atardecer, haciendo el amor si el jaco lo permitía, comiendo pescado de la lonja, mirando las estrellas en el cielo y dejándose hipnotizar por el blanco de aquellas casas que en invierno huelen a marejada, a viento arenoso y a fuegos milenarios crepitando en amplias chimeneas.

Ah, Ibiza.

En eso iba pensando Phil Hall aquel día de finales de febrero, sobre las siete de la tarde, entrando por Saint-Cyr-sur-Mer y ya próximo a Toulon, cuando se encontró una patrulla de la Gendarmerie apostada en la carretera y dándole el alto.

El resto no es difícil de imaginar. Documentos y permiso de conducir, por favor, papeles del vehículo, reside usted actualmente en España, hacia dónde va, por qué motivo, qué lleva en el maletero, haga el favor de abrirlo, esto qué es, parece heroína, vamos a cachearle, haga el favor de acompañarnos, puede usted ponerse en contacto con su abogado. Etcétera.

Al hermano de Jack lo trincaron y, con eso, todos sus sueños, planes y aspiraciones se derrumbaron como un proverbial castillo de naipes, porque se le venía encima mucha cárcel y, si quería sobrevivir, más le valía tener el pico cerrado y rezar para que los marselleses o los corsos que se fuera a encontrar en el saco tuvieran clara su amistad y sus negocios con unos y otros, con Charlot, con Guérini, con Caputu, con Francis, con Pierrot Cigarre. Con todos.

Ahora ya sí que nunca se te quitará de encima ese tufo rancio que desprendes, de pelagatos pringao de Pittsburgh. Eso se dijo a la que pudo mirarse en un espejo más de tres segundos seguidos.

La noticia también fue devastadora para Jack, que vio cómo sus tenues esperanzas de que a su hermano le picara el gusanillo y se volviera a tomar en serio lo de hacer música se esfumaban por completo.

Además, con Phil entre rejas, él no tenía ni ganas ni los contactos para reconducir el *bisnes* con los franceses, así que para la próxima carga que Larson trajera de Beirut se tendría que conformar con pellizcar un poquito para él y los turistas locales y que, para el resto, los marines establecieran algún otro contacto que les fuera provechoso. Julio Romero, el Patata, ya vería cómo intermediar con unos u otros.

Todo esto significaba que para Jack Hall empezaba a no abundar el dinero, y más teniendo en cuenta que tampoco iba a dejar colgada a la mujer y, muy especialmente, a la hija de su hermano. Que Nancy, oye, es una yonqui y por mí se podría buscar la vida, pero ¿la pequeña? No puedo tirarla como una colilla.

Así, lo primero que hizo fue abandonar el piso de la calle Diputación y trasladarse a la pensión Toledo de la plaza Real, sensiblemente más barata y situada al lado de su meollo particular: el Jamboree, el Blue Note, los marines, los turistas, el Patata y su gente, que siempre andan con algo entre manos, Iván El Cambados, que es un buen chico y me lleva bien el bar, y su amigo, Eduardo el Mexicano, puede que algo tosco y bruto, pero con un recio par de cojones ahí colgado.

Abandonado el apartamento frente a la Monumental y dejadas sus pertenencias en la pensión Toledo, donde iba a vivir hasta que las cosas se le arreglaran un poquito, Jack, Nancy y la niña se embarcaron rumbo a Ibiza. La mujer lo necesitaba, a la niña parecía gustarle y al americano no le pareció un mal plan tomarse unas semanas de paréntesis y pensar en los siguientes pasos.

Paralelamente, en Francia, un tribunal no tardó en endosarle a Phil Hall una condena de muy señor mío, de las que sales encanecido, con los piños que te bailan en la boca y con unos dos o tres palmos menos de grasa en el cuerpo, lo que empujó a Nancy a incrementar su consumo de heroína.

La explicación de que se terminara encamando con el hermano de su marido pudo deberse a la necesidad de algo parecido al cariño, al intento de engañar un hastío existencial con el pasatiempo de un sexo desapasionado, a que él sintiera que estaba obteniendo algo a cambio del cobijo y la protección, a la intuición de ella: a este le doy algo o se va a acabar por hartar de una yonqui como yo y de la carga de su hija.

Sin dar la menor señal de que la vergüenza asomara por algún lado, empezaron una relación de cama que se mantuvo incluso cuando, casi un año después, Joan Barr aterrizó en Barcelona desde Glasgow.

En los meses siguientes a la detención y encarcelamiento de su hermano, Jack anduvo más perdido que encontrado. Y, en cierto modo, la llegada de Stephen Jameson a Barcelona algunos meses después del desastre, ya en la primavera de 1961, a tiempo para ligarse a Pilar Alférez, contribuiría a paliar la sensación de vacío que se había apoderado del americano.

Nunca sería como su hermano, pero sí alguien de confianza. Esa suerte de alma gemela en la que uno se ve capaz de delegarlo prácticamente todo. Stephen Jameson nunca iba a hacer nada que traicionara la confianza de su Jack. Nunca iba a apuñalarlo por la espalda, o a jugársela, ni nada por el estilo. Pero se acabaría metiendo por en medio Pilar Alférez.

Y estando metida ella en el ajo, a ver quién es la guapa o el guapo que consigue que algo salga a derechas.

Cuando se la volvió a encontrar aquella tarde, hacía ya meses que Pilar e Iván no se veían.

Tras la velada en que se descubrieran en el excusado de la casa de los Hall, en la calle Diputación, Iván había quedado fulminado de amor, mientras que la mujer estaba simplemente complacida de ser capaz de obnubilar a un chico tan joven.

Se sucedieron unas semanas en que ella se había divertido y él había acabado de arrebatarse. Para el Cambados fueron horas, días, noches de absoluta desinhibición, marcada por los gemidos de placer de ella, esa voz animal que anunciaba oleadas de placeres, la sonrisa de satisfacción, el aroma de su piel perfumada y el tacto de su pelo castaño, sus ojos de un gris avellana que brillan de puro goce bajo unas largas pestañas. No había límites. Él podía osar y hacer y ella no ponía freno en buscar y hallar nuevas formas de explorarse, de culminar en mil y una posturas. ¿Y si…? ¡Adelante!

Fueron semanas felices también para ella, que disfrutaba de la energía, la inventiva, la despreocupación de Iván. De noches de visita al Jamboree, entre aquellos murales donde la gente exultaba, bebía, fumaba de todo, algunos engullían centraminas, otros se peleaban con marines pasados de lo que fuera e intentaban sonsacar

algo a los ricos que, tras las funciones del Liceu, se dejaban caer por allí para desmelenarse dejándose pequeñas fortunas en rondas que duraban hasta el amanecer. Y todos alucinaban con ese alterne subterráneo entre la música vibrante que rebotaba en las paredes de la cava y los murales de Jordi Bonás que la decoraban. Y Gloria entonando el *All the things you are*, que a Iván le hacía mirar a Pilar con algo más que simple deseo. Pero ella prefería ignorarlo, porque yo he venido aquí a divertirme. He tardado treinta años en entenderlo, pero a eso es a lo que vengo.

No obstante, llegó ese temido momento del punto y aparte.

Sucedió una noche a la puerta del edificio donde vivía ella, en la calle Regomir, el apartamento cuyo alquiler sufragaba Francesc Reinosa. Aquellas semanas de magia llegaban a un final que se antojó natural y previsible para Pilar, e indeseado y abrupto para Iván.

Él protestó. Enérgico. Obcecado. Un volcán. Qué coño pasa aquí, de qué va todo esto. Negaba la inevitabilidad de estar siendo dejado.

Y, según se iba encendiendo, ella procedió con creciente frialdad, poniendo más distancia, hasta llegar a un rotundo «Pero ¿qué te esperabas?, ¿que nos íbamos a casar? ¿Es que te tengo que explicar que yo soy una mujer con dos hijas pequeñas y tú eres poco más que un niño? ¡Búscate una novia de tu edad, anda!».

Aquel progresivo desapego enfureció a Iván hasta terminar pegando un puñetazo a una farola con toda su fuerza; sus nudillos estarían amoratados unas tres semanas. Pero a Pilar aquel gesto no sólo no la impresionó, sino que le confirmó lo que ya sabía: es poco más que un niño. Ay.

Como suele ser habitual cuando una pareja se rompe por la voluntad de uno y en contra de la del otro, los celos hicieron acto de presencia.

—¿Es que hay otro? ¿Estás con otro?

—¿No eres un poco joven para empezar a jugar a ser mi maridito?

—¡Contesta! ¡¡Dime la verdad!!

—Si esto es lo que hubiese querido, me habría quedado con el que ya tenía, que al menos tiene un buen trabajo.

—¡¡Contesta, te digo!! ¿Hay otro?

—¡¡Pues sí!! ¡Ya que lo quieres saber, hay otro! ¡Otros! ¡Los que yo quiera, y no tengo que dar explicaciones a nadie! ¡¡Y menos a ti!!

Iván activó una sucesión de insultos escupidos desde sus entrañas como si de la melodía de un organillo callejero se tratara. Sólo que Iván no sonaba muy melódico y, a diferencia del organillo, el volumen de su retahíla iba en aumento.

Varios vecinos salieron a cagarse, de manera más o menos colorida, en la pareja y su circunstancia, iluminada por la luz tísica de la farola recién golpeada por Iván, quien, tras proferir un sonoro «¡Zorra!», se dio la vuelta y quedó engullido por la oscuridad húmeda y pedregosa de la Ribera nocturna.

Pese a que los vecinos no eran ajenos a ese tipo de escándalos, lo primero en lo que pensó ella al subir a su apartamento fue en la necesidad de dejar de dar la nota porque no es que Francesc Reinosa fuese el único, pero era el que pagaba todo aquello, así que un respeto, por favor.

No obstante, no fue a Reinosa a quien Iván vio aquella tarde noche de finales de invierno de 1961 en que volvió a cruzar su camino con Pilar, de la que, por mucho que tratara de negárselo a sí mismo, seguía perdidamente prendado.

La situación se desarrolló de la siguiente manera: Iquino estrenaba, en el Fémina, la película donde intervenían Gloria y aquel holandés tan *salao*, y Rita Cadillac y Julián Mateos y unos cuantos más, y en cuyo set se habían conocido Iván y Pilar. Tal vez, pensó, habría algún plano en el que salieran los dos. No juntos, pero sí cerca. Tenía que ir a ver ese filme.

Enseguida la vio. Iba acompañada por un hombre de su misma edad, con una mata de pelo negrísima y perilla, agarrada de su brazo. En la esquina del paseo de Gracia con Diputación se agolpaba el público. Actores, artistas, la corte de Iquino rodeando al divo, prensa, arribistas, miembros de la Delegación Provincial de FET y JONS y jóvenes que salían retratados en esa película a la que la crítica no iba a tardar en dar para el pelo, por lo que la definieron como un planteamiento estético de *nouvelle vague* quiero-y-no-puedo y por la que no dudaron en tildar de inanidad ideológica.

Y Pilar, con aquel tipo que le sonaba, no sabía de dónde. Y entonces cayó en la cuenta. Se lo habían presentado días antes en

casa de Gloria Stewart, en la avenida de Sarriá, delante del estadio. Iván había pasado a tomarse un coñac y a escuchar el *Pyramid* del Modern Jazz Quartet. Y allí estaba aquel hombre dando clases de gramática inglesa a los hijos de la cantante.

También era americano y enseguida se había hecho amigo de los hermanos Hall y de Gloria, que siempre abría las puertas de su casa y nevera a cualquier yanqui que pasara por estas latitudes.

—Este es Stephen, muy simpático, tú seguro llevas bien con él —le dijo ella a Iván.

—Encantado, Stephen. —Le estrechó la mano.

—*What's up, Ivan*? —correspondió el otro.

Aquello había sido, ¿qué? ¿Dos, tres días antes? Ahora se arrepentía de haber estrechado la mano de aquel mamón, a cuyo lado a Pilar se la veía encantada de la vida.

—Cabrón —musitó.

Y se dio la vuelta sin querer entrar en el cine. Que os den morcilla a todos, a Gloria, a Rita Cadillac, a Iquino, al holandés, a la madre que os parió a todos, porque no voy a ver esa película estúpida.

Y caminó sin rumbo, durante horas, mientras un ardor vitriólico se liaba a perdigonazos con su barriga y se repetía «Serás mía, serás mía, serás mía».

Lo de Pilar con Stephen Jameson había ido muy rápido. Al menos, por lo que respecta a ella. Supo qué era enamorarse perdidamente de un hombre y que las sensaciones placenteras experimentadas en diversas alcobas, la habían podido elevar mucho, pero con él era distinto: con él había algo insondable que hacía que su espíritu explotara en mil pedazos y se recompusiera en cuestión de segundos.

Stephen era un par de años más joven, y todo lo que representaban su mirada parda astuta y distante, denso pelo y perilla azabache hizo que ella se colara por él hasta el último cartílago de su osamenta.

Además, a Pilar le chiflaban los americanos, que tenían Hollywood con todo su firmamento infinito, el jazz para todas las noches divertidas del mundo, a Marlon Brando, que qué guapo y qué magnético y qué todo, al presidente Kennedy, tan joven y audaz, a Elisabeth Taylor, que quién no quisiera ser como ella, el

rock & roll,
que te recordaba qué es ser joven las veinticuatro horas del día. Y fumaban el mejor tabaco rubio y bebían bourbon y tenían a aquellos poetas que deambulaban de un lado a otro de su inmenso país y escribían sobre todo lo que no se debería escribir; y en este erial, cómo no, estaban prohibidos.

Cuando conoció a Stephen se dio cuenta de que había nacido para ser americana y vivir en lo alto de un rascacielos de Nueva York o en una villa, delante de una larga y blanca playa del litoral californiano. O en un rancho de Texas, con caballos y una criada negra a la que contar sus confidencias. O en la *suite* de un hotel de Las Vegas, vecina de Sinatra y Dean Martin, que le habían dicho que sólo en esa ciudad había más luces que en toda España y más salas de baile que en toda Europa. Y Stephen, sólo por el hecho de ser de allí, ya llevaba todo aquello en la sangre, de serie.

Pero, a fin de cuentas, yanquis había aquí a patadas. Marineros a la caza de sífilis y gonorreas en los meandros callejeros del Distrito Quinto, pagando con opulentos dólares el amor de una viuda o su hija en habitaciones de paredes desconchadas y humedades, tras cuyos muros alacranes, cucarachas y ratas de distintos tamaños, colores y condiciones formaban imperios y fundaban dinastías.

Stephen no era esa clase de americano, faraón del dólar cuando recala en esta tierra de miseria, hambruna y agujeros en los zapatos, pero un pelagatos cuando, rico sólo en borracheras, navajazos y enfermedades venéreas, vuelve a su país. Había nacido en Blujacket, Oklahoma, donde estudió para ingeniero, si bien no completó sus estudios porque «son pérdida tiempo y vida más importante que trozo papel de diploma». Había fundado una familia a la que abandonó con un churumbel recién asomado al mundo. Había puesto pies en polvorosa, que yo aquí no pinto nada, y conocía el mundo más allá de un burdel o un bar de mala muerte. Sabía idiomas, porque había viajado por Argel, por Francia, por Italia, por Libia, y había venido a España citado por un amigo que, cuando él llegó, había desaparecido. Tras unas semanas instalado en una pasable pensión de la plaza Tetuán, con el dinero que escaseaba, se puso a buscar a otros americanos para ver si se las podía arreglar dando clases de inglés, y acabó conociendo a Jack Hall tras recalar por el Jamboree. Aconsejado por este, se instaló en la pensión Pros

de la plaza Real y compró, de tercera mano, una Ossa 125 Palillos para desplazarse por la urbe.

Stephen Jameson era un hombre razonablemente cultivado. Había leído y hablaba de las letras de sus compatriotas, pero también de franceses como Sartre o Camus.

—*The stranger* es mejor libro sobre condición humana que existe en todo mundo.

Y Pilar lo escuchaba embelesada, como quien sorbe vino del santo grial en busca de la inmortalidad de aquel estado de euforia inédito para ella.

Una euforia que iba a conducir, con los ingredientes y acontecimientos adecuados, al asesinato de un empresario en su almacén de lámparas, una fría tarde de sábado de noviembre del año siguiente.

Tras conocer a Stephen, Pilar dejó de buscar, fuera de su relación con Reinosa, el amor de otros. Sólo tenía ojos, tiempo y alma para aquel americano taciturno y magnético. Y la atracción era recíproca. Hombre de mundo, con un amplio repertorio de mujeres a sus espaldas, algunas ciertamente fascinantes, Jameson no tenía el menor interés en agrandar su currículo de conquistas y se encontraba muy bien con aquella española, tan avanzada en algunas cosas y tan ingenua en otras, propias de aquel país beato, supersticioso y atrasado.

No pasaron más de tres semanas antes de que él se estableciese en una pensión en la misma calle Regomir muy cerca de donde Pilar tenía su apartamento, ya que pasaban juntos muchas noches y días. Todos los que la presencia del empresario les permitía. Dejó su habitación en la pensión Pros a Gloria Stewart y sus hijos, que se mudaron desde el apartamento de la avenida de Sarriá porque era más barato y estaba pegado al Jamboree y al Blue Note (se accedía por el portal de al lado) y al resto del meollo nocturno del que se alimentaban todos.

También iba a más la amistad de Stephen con Jack Hall, hasta el punto de que este habló con Joan Rosselló para conseguirle un trabajito a su nuevo colega en el Jamboree. La ecuación era simple: tú trabajas en la barra de la cava, hablas con turistas, marineros, pijos, los que te vengan con ganas de algo más que morapio, y me los mandas para arriba, para el Blue Note, donde Iván o yo

estaremos esperando para darles lo que necesiten. Ya sea jaco afgano traído de Beirut, centraminas fresquitas de farmacia, rica marihuana de las Pitiusas o potente grifa legionaria. Aquí tenemos de todo.

Por su parte, cabreado con Pilar y, por extensión, con el mundo, y doblemente cabreado al ver que tenía a aquel cabrón americano que se beneficiaba a *su* Pilar en la barra del Jamboree, el Cambados se entregó con ahínco a su faena en el Blue Note y a trapichear y vacilar por el Distrito Quinto con su amigo el Mexicano. Los dos, muertos de hambre de calle y él, en particular, muerto de ganas de olvidar a Pilar, sin acabar nunca de conseguirlo. Y menos teniendo a aquel mamón de la perilla azabache al lado cada noche.

No obstante, al cabo de no mucho tiempo, tuvo que ir reconociendo que no era tan mal tipo. Lo trataba bien y tenía estilo. Y era mayor, que, si lo pensaba bien, por edad era más indicado para Pilar. Poco a poco, Iván se fue acostumbrando a la presencia de él, y a la de ella, que lo ignoraba o, en el mejor de los casos, lo saludaba fríamente.

La vida, a fin de cuentas, parecía transcurrir.

Pedro Cantó, el Titi, salía ocasionalmente de permiso, y entonces los amigos lo festejaban. La noche les pertenecía y, con ella, la barra de cualquier garito que se les pusiera por delante. Y, tras atravesar las largas horas noctívagas, en una madrugada de copazo de cazalla y carajillo y Camel de contrabando, Iván y Eduardo se atrevieron a preguntarle al Titi sobre el maco. ¿Cómo es? ¿Qué cosas ocurren allí? ¿Qué mitos son ciertos y cuáles no?

—¡Ya lo comprobaréis vosotros mismos cuando os trinquen, hijos de puta! —exclamó este sin detallar nada.

Primero rieron, luego se pusieron serios y le prometieron que lo irían a ver, pero Pedro Cantó replicó que ni hablar, que en el maco estaba bien, que no se quejaba y que no quería que lo visitaran.

—Porque ahí dentro es ahí dentro y prefiero no recordar cómo es la calle.

Y siguieron empinando el codo y acabaron amaneciendo en el muelle de Bosch y Alsina ante la mirada reprobatoria de serenos, policías y estibadores, que vaya asco de juventud, que una guerra es lo que les haría falta.

Jerry Larson le pasaba algo de material a Jack, el cual se

carteaba con su hermano, preso en la cárcel de Beaumettes, en Marsella, tratando de no perder el hilo del *bisnes*. Para encontrar vías alternativas de tráfico a lo grande, el marine y los suyos habían establecido contacto —mediante la intermediación del Patata— con un pelagatos conocido como Rafa el Risas, viejo contrabandista de tabaco del Pas sota la Muralla, que había visto cómo, con pocos kilos de jaco, podía amasar el mismo dinero que moviendo centenares de cartones de Chesterfield. Y de forma más segura, porque la Policía portuaria estaba ojo avizor con el tabaco, pero ni sabía lo de la heroína. Total: un chollo, si se sabía bien cómo transportar la mercancía. Y aquel hombre, diariamente atornillado a una mesa churrosa del bar Chico, tenía muchos contactos y tablas en eso de contrabandear.

El primer cargamento salió en abril de 1961 en un barco que, de hablar, hubiese podido dar clases de historia en la universidad y que, justo en aquella travesía, no pudo más con su alma y se hundió a escasa distancia de la costa con veinte kilos de jaco en sus adentros. El Risas estaba consternado, pero a quien le tocó pagar el desaguisado fue al Patata. Recibió la visita de ciertos franceses muy bien vestidos, con abalorios de oro, pañuelos que asoman del bolsillo superior de la americana, impecables sombreros borsalino y cicatrices profundas en rostros y manos. Venían expresamente desde Marsella para recuperar su inversión y, con gente así, era mejor cerrar el pico y apoquinar.

Junto con aquel dinero, Julio Romero perdió el interés por el negocio de la heroína, porque, además de estimularlo a satisfacer con la máxima celeridad la deuda contraída, los marselleses le dejaron claro que los errores podían tolerarlos una vez, pero dos ya no. Así que el viejo boxeador se centró en actividades física y lucrativamente más seguras, como la extorsión, el préstamo y a su vieja pasión, el ring, apostando por talentos jóvenes.

Se sabe que los franceses siguieron trabajando con el Risas, pero el discutible chollo no iba a durar mucho, porque el tío estaba como una regadera y, un año después, acabaría matando y descuartizando a un socio suyo, el Cateto, cuyo cráneo iba a aparecer mutilado y flotando a orillas de la playa de Casa Antúnez.

Una larga historia que tal vez se explique en otra ocasión.

Por su parte, cuando no trabajaba en el Blue Note o estaba en el

Jamboree disfrutando de aquella música que le llenaba el espíritu y traía consigo una paz que era incapaz de encontrar en cualquier otro lugar y momento, Iván trabajaba —en compañía de su inseparable Mexicano— para el Patata, sobre todo cobrando deudas.

Cada vez que alguno de aquellos *rilaos* aflojaba la mosca, Romero les pagaba un aguinaldo extra, perfecto para patearse en más noches con amaneceres en Bosch y Alsina.

Fue así, dándole un aviso a un deudor, como el Cambados conoció a Patricia y se le presentó la posibilidad de que todo pudiera ir bien.

La posibilidad de lograr algo de esa paz y equilibro que sólo hallaba en el vuelo de las gaviotas y en la divina estridencia de su amada música negro-americana.

7

Sábado 17 de noviembre de 1962

—*Ouch*!

El tinte escuece cuando alcanza el ojo izquierdo de Jimmy. Con el pulso que le tiembla, Nancy le ordena que le deje terminar. Él otorga con una leve inclinación y la mujer de Phil le repite que deje de moverse, maldita sea. Ambos fuman en el minúsculo excusado de la pensión Pros mientras fuera la noche de sábado de la plaza Real continúa sin que el viento, el frío y las gotas de llovizna sepan evitarlo.

—*My eye*!

—*I said don't move*!

—*Goddamit*!

Y se arrepiente de haber blasfemado acordándose, como cada vez que execra del que fuera director espiritual en su infancia en Newark, el padre Dustines.

Jack Hall también fuma, sentado en la butaca de la habitación de Nancy, clavando una mirada pétrea en ninguna parte, tratando de adivinar qué variantes de su plan pueden fallar y mandarlo todo al carajo.

A esas horas no hay nadie en la pensión, así que pueden moverse libremente. Gloria está en el Jamboree, o tal vez en alguna cava del pasaje Madoz, puede que actuando, puede que en una *jam session*, puede que empinando el codo y cayéndole exquisitamente bien a la gente, como sólo ella sabe. Sus hijos están en casa de unos amigos y los otros huéspedes de la pensión, así como los dueños, son de los que han decidido que ninguna inclemencia climática va a impedir que hoy sea sábado por la noche y se salga a cenar algo, a beber, a dar un paseo, a exprimir de las horas nocturnas todo lo que

estas puedan dar de sí.

Joan está acabando de hacer su maleta. Es parte del plan. Agarrar a la hija de Nancy y del hermano de su hombre, subirse al barco nocturno para Ibiza y, en el trayecto, tirar al mar un paquete que Jack ha preparado con las prendas sucias de la sangre todavía húmeda de Francesc Reinosa mezclada con la de la mano de Jimmy, la maza que este ha usado para convertir el cráneo del vendedor de lámparas en picadillo, la navaja con la que le ha agujereado las tripas y su calzado, cuyas huellas —en esos mismos momentos— están siendo analizadas por efectivos de la BIC en la comisaría de Vía Layetana.

La autopsia ha sido realizada por los forenses Enrique Fosar y Mariano Méndez, después de que Josep Reinosa identificara el cuerpo de su hermano Francesc. Más que en las huellas de las zapatillas, el inspector Carrafa confía en que la pista determinante para dar con el autor de la carnicería sea la carta de esa tal Byby que ha encontrado su superior Laguardia en el despacho de la víctima. Esa nota discordante en el aséptico escritorio con papeleo de clientes, acreedores, facturas y pagarés. ¿Quién eres, *Byby*? ¿Y qué hacías tú contándole tus penas a Reinosa en medio de sus papeles?

Hall es lo suficientemente inteligente para suponer que la Policía de Barcelona está dando máxima prioridad al caso y removiendo cielo y tierra, así que es imperativo que las pruebas desaparezcan, engullidas por las aguas del Mediterráneo. Y que, una vez llegue a Ibiza, Joan informe a Stephen Jameson y a Pilar Alférez de la carnicería perpetrada por Jimmy, que menuda vista habéis tenido en confiar algo así a un mequetrefe como ese. Y que el chico se esconda aquí, al menos para lo que queda del fin de semana, porque por mucho que el tinte pueda despistar, en caso de que algún testigo haya visto a un tipo rubio entrar o salir del almacén, lo va a delatar la herida, fresca, recién curada, de la mano izquierda. Porque ese grandísimo imbécil se ha dejado el guante en la escena del crimen.

—*Soooo fucking stupid*! —exclama Hall exhalando el humo de la última calada de un Lucky Strike.

Pero ánimo, se dice. Si esta noche, de camino a Ibiza, la escocesa tira al mar el paquete y logramos que Jimmy deje de temblar como

una mierda seca empujada por el viento y salga de Barcelona la semana que viene, nada nos va a conectar con esta escabechina. Podemos salir limpios si nada falla, si todos mantienen el pico cerrado, si ese tonto se recompone un poco y se larga, primero de aquí y luego del país. Si, después, seguimos con nuestras vidas como si nada.

—*I'm ready*.

Joan Barr interrumpe sus cavilaciones. Con una mano levanta una maleta ajada, con la otra sostiene en brazos a la hija de su hermano y, junto a esta, el paquete perfectamente envuelto, con varias capas y metido en una bolsa de rafia, no sea que algo de sangre se filtre y la vayamos a fastidiar.

—*Good* —replica él con frialdad.

Antes han discutido. La escocesa no entendía por qué no puede ser Nancy la que vaya a Ibiza con su propia hija, que la niña es de ella y de Phil, que sigue recluso en el penal marsellés. Jack le ha preguntado si bromeaba, si no veía que, colocada como está, la mujer de su hermano no está en condiciones de viajar sola esta noche con la niña y, menos todavía, de cumplir con algo tan importante como es tirar el paquete al mar. Que esa desgraciada es capaz de dejárselo olvidado en el barco y, mañana por la mañana, la Policía de Ibiza descubriría todo el percal.

Joan sabe que, aunque haya mucha lógica en las palabras de Jack, la cuestión de fondo es que Nancy es más guapa que ella. Y sabe que Jack también se acuesta con Nancy. Con la mujer de su *brother* enchironado, ¿cómo se puede ser tan bastardo? No hay respuesta porque esta chica no muy agraciada, de triste e inteligente mirada celeste y pelo corto y mal cortado, nacida en Lanark y criada en un barrio industrial de Glasgow que nadie visitaría por gusto, está locamente enamorada del americano. Y compartirlo con esa otra drogadicta, incapaz de cuidar a su propia niña, es un precio que está dispuesta a pagar. Porque nadie la había amado nunca así. Nadie la había acariciado así bajo las sábanas. Nadie la había besado con tanto énfasis.

Ella, acostumbrada a morreos torpes con sabor a cerveza y regüeldo, a manos fuertes y callosas agarrando sus pechos y sus posaderas como piezas de carne magra, a embestidas que se acaban antes de que ella logre sentir más que un leve cosquilleo, a

ronquidos de hombres que se duermen sobre sus tetas o sobre su barriga, satisfechos tras la breve descarga, para seguir eructando cálidas vaharadas de cerveza mal digerida que le provocan arcadas.

Ella, que tras ser desvirgada por aquel muchacho pelirrojo y bien parecido de Auchinloch, aquella remota tarde cuando tenía catorce años y sólo pedía al mundo gustarle a aquel chico, tuvo que soportar cómo este, sonrisa ladeada, cabello pajizo sobre la frente, se abotonaba el pantalón y concluía hay que ver lo fea que eres, pero al menos ha sido divertido. Y, por supuesto, y a partir de aquí, si te he visto no me acuerdo.

Y el pasado mes de junio, en un viaje con unas compañeras bibliotecarias a Barcelona, iban a parar al Kit Kat de Escudellers. Allí trabaron amistad con unos ingleses que les hablaron del Jamboree, de las impactantes pinturas en sus paredes, de la música buena y del ambiente extraordinario.

Ante esas credenciales, Joan y sus amigas se dirigieron al Jamboree en cuestión de minutos y en la barra se pusieron a hablar con Stephen Jameson. Buscaban algo más recreativo que unos vasos de *gin* y él les indicó que en el primer piso encontrarían el Blue Note. Que a esas horas estaba cerrado ya, pero que llamaran a la puerta y dijeran que iban de su parte. Su amigo Jack las atendería como es debido, con algo más de whisky y todas las centraminas que quisieran o fueran capaces de atizarse. Así lo hicieron, claro. Subieron, llamaron, Jack abrió, venimos de parte de Stephen, sí, pasad, pasad.

Y esgrimió esa cinematográfica sonrisa suya, segura, vivida y peligrosa.

Tras varias rondas de lo uno y de lo otro, el americano se quedó a solas con la escocesa mientras el resto de las chicas volvía a bajar, en estado de euforia, a la cava. A diferencia de las demás, Joan no estaba eufórica, sino que se había apoderado de ella una sensación de calma, de irresistible magnetismo hacia aquel americano de frente despejada y voz algo ronca que aseguraba ser un músico reconocido en el ambiente del jazz de Barcelona. Aquel hombre que parecía llevar las riendas de aquel local, de aquella ciudad, de la vida en general.

Siguieron hablando, copa va, copa viene, vaciando paquetes de tabaco de contrabando hasta que las palabras se terminaron. Y sólo

quedó un intercambio de ojeadas brillantes, bajo la luz tenue de la mesa que ocupaban, y la complicidad de dos sonrisas reconociéndose y, de fondo, la aguja del tocadiscos levantándose, tras el sonido de los últimos compases de la segunda cara del *Africa/brass* de Coltrane, que ese verano estaba causando furor entre los amantes del bop más vanguardista.

Lo siguiente que recuerda es estar apoyada contra la barra, la falda subida, las bragas bajadas hasta el suelo, los zapatos todavía puestos, la blusa abierta, mientras, desde atrás, Jack Hall la folla con una pasión desbocada, haciéndole ver las estrellas en un largo y alucinante tira y afloja donde el hombre acelera y ralentiza, buscando prolongar un placer que la hace gritar como ni siquiera sabía que se pudiera gritar.

Y luego más sonrisas, más besos, un par de últimos vasos de algo y un vámonos a desayunar, que ya es hora, y luego te acompaño a tu hotel. Y Joan, que piensa que de eso nada, que ese hotel sólo piensa pisarlo para agarrar su maleta y buscarse una pensión y decirles a sus amigas que ella no vuelve a Glasgow. Y poner un telegrama a sus padres anunciando que se queda en esa ciudad de mar donde todo huele a fritanga y ajo, en sus calles ves coches y motos sorteando burros y caballos, desde el cielo azul llueve un calor húmedo del que las hojas de los plátanos no logran guarecer y hay un hombre, un americano, que esa misma noche le ha hecho el amor hasta hacerla gritar.

Finalmente, adaptando aquel torrente emocional a las formas vigentes, el telegrama habló de una ciudad donde se encontraba muy a gusto y donde intentaría buscar un trabajo porque lo de ser bibliotecaria siempre lo podría retomar. Que se cuidaran todos mucho y que no tardarían en tener noticias suyas. Y que, con un poco de suerte, podrían venir pronto de visita, que aquí el clima es muy benigno y las playas tienen arena y, a diferencia de las nuestras, aquí sí llegan los rayos de sol.

Joan también había acabado viviendo en la pensión Pros y ahora, tras meses de vida en Barcelona, enamorada hasta el tuétano de Jack, se dispone a hacer lo que él dice que hay que hacer. Jack dicta, Joan obedece. Pero sigue habiendo pasión. La besa y la toma y le hace regalos y, cuando está contento, cuando todo se hace como él dice, le susurra palabras bonitas. Y ella, que sufre porque

sabe que cuando no está o cuando él cree que está durmiendo, le hace el amor a esa drogadicta desgraciada de la habitación de al lado. Y él dice que es para que no se sienta sola, para que el asunto quede en familia, mientras su hermano sigue en la cárcel, a ver si va a ser mejor que la tipa y la niña se larguen con el primer perla que pase por ahí y Phil pierda a su esposa y a su hija. Así que mejor yo que otro. Pero a quien amo, Joan, es a ti. Tú eres la mujer que el destino ha tenido la generosidad de poner en mi camino para apoderarse de mi corazón. Ese tipo de cháchara usa él, y le funciona.

La escocesa cree en ese amor con la inamovible fuerza de una fe religiosa. Cree porque quiere creer, por encima de cualquier duda, de cualquier consideración. Jack me ama. Yo soy la mujer de Jack. Jack está contento conmigo y por eso me sigue amando. Jack no puede amar a esa yanqui estúpida. Yo obedezco siempre a Jack. Hago feliz a Jack.

Y ahora sale de la pensión con la niña, la maleta, las llaves y la dirección de un pequeño apartamento de Ibiza a nombre de Phil, el mismo donde él y Nancy buscaban refugio y solaz en los momentos de saturación y ganas de no drogarse demasiado. También lleva la bolsa de rafia con las evidencias del crimen. Se despide y Jack le dice que espere. La abraza y le da un beso en la boca. Han discutido, ahora toca apaciguarla. Confío en ti, mi vida. ¿Me amas, Jack? Claro que te amo, pequeña, más que a nada en este mundo. Y estrecha el abrazo. Y él solamente espera que esta noche Joan Barr cumpla con el plan y arroje el dichoso paquete al mar, mientras él y Nancy estarán fumando una heroína excelente que le ha caído entre manos y, quién sabe, quizás nos animemos y la cosa acabe en polvo.

Jimmy, que aguarda en el lavabo a que se seque el tinte mientras sus ojos claros escuecen, ocupará la habitación de Joan hasta que logren sacarlo de la ciudad. Ha hablado de un amigo suyo en Mallorca, un tal Vidal.

Tal y como lo ha expuesto, parece viable: se larga de Barcelona a la isla y allí se sube a un barco, el que sea, y desaparece lejos, antes de que la Policía española empiece a atar el primer cabo.

Puede funcionar, piensa el americano.

Si todo se lleva a cabo como es debido, si todos me obedecen, podemos salir de esta.

Si todo marcha bien, si la suerte acompaña y, sobre todo, si el rubito no la vuelve a cagar.

8

Su nombre era Patricia, su piel desprendía un aroma a Heno de Pravia y era jienense de origen. Para su paladar no había nada mejor que el aceite de su tierra y, cuando algún familiar del terruño venía de visita o a buscarse la vida en Barcelona, la alegría del reencuentro era bastante menor que la expectativa de disponer de más gotas de aquel líquido de intensa amargura en cuyo áureo espesor hundir una hogaza de pan de payés.

Había llegado con su familia a la ciudad doce años antes, en un tren indigno de ese nombre y con la expectativa de que, ayudado por un primo, su padre, Manuel Lavado, pronto se integraría como trabajador en la sedería Batlló de aquel pueblo convertido en barrio llamado Gracia. Así había sido tras unos meses de penuria viviendo en una pequeña barraca en el Pueblo Seco, sufriendo los ataques de aquel recién creado Servicio de Represión del Barraquismo que le costaron a Manuel un par de costalazos de los que no se olvidan, además de una cicatriz en la base del cráneo que su progresiva alopecia iría dejando cada vez más a la vista.

Cuando entró a trabajar en la sedería, a principios de 1950, Patricia tenía cinco años y su hermano pequeño, Manolito, acababa de nacer. La madre, Higinia, limpiaba casas en la zona alta de Barcelona y eso les permitió ahorrar lo suficiente para bajar de la montaña y establecerse, pocos años después, en un entresuelo de la calle de Tamarit, delante del mercado de San Antonio.

En aquel pequeño apartamento fue donde Patricia y sus sueños crecieron. A los diecisiete trabajaba en una mercería de la calle Borrell y aspiraba, con el tiempo y la diligencia que procede, a convertirse en encargada. Doña Concha, seca, pesetera, pero con cierto fondo de ecuanimidad, estaba muy satisfecha con el trato que aquella muchacha risueña, algo redonda, de ojos expresivos, piel muy blanca con pecas y melena castaño oscuro, dispensaba a sus

clientas.

—Nena, no sé qué medias me van a abrigar más, que *ara comença el fred* y yo no quiero constiparme.

Patricia achinaba los ojos, esgrimía una sonrisa que coloreaba sus mofletes y, con mucha simpatía, aconsejaba a la clienta con el criterio de que quedara contenta y volviera. A veces, renunciando a vender el producto más caro, una actitud que a doña Concha le había sacado de sus casillas al principio, pero no tardó en pasársele al comprobar que alrededor de aquella empleada se creaba una parroquia fija de compradoras, pese a la cantidad de mercerías que proliferaban por el barrio.

—Bien, Patricia, bien —era uno de los escasísimos elogios que aquella viuda de alférez, de talante cenizo, era capaz de expresar.

Así que Patricia tenía todos los números para soñarse, con un cierto realismo, como encargada de aquel negocio. Y también con encontrar un buen marido que la quisiera y entendiera que lo que ella quería era trabajar. Quizás, más adelante, con la llegada de los hijos, podría parar, pero sólo mientras estos la necesitaran. Después volvería al trabajo porque se le daba bien, porque era buena en lo que hacía, y no veo yo el motivo por el que debería renunciar a algo para lo que valgo y que, además, da dinero.

—Pero, Patri, ¿y si el marido que encuentras es rico y te puede mantener con todo lujo? —le preguntaba Natividad, su amiga del barrio y también empleada en la mercería de doña Concha.

—¿Y qué iba a hacer yo todo el día mirando las musarañas?

—¡Pues ir de compras, comer con tus amigas en los restaurantes del paseo de Gracia, darte todos los caprichos que quieras!

—Eso puede estar bien un tiempo, pero luego aburre.

—¡Ay, hija, qué rarita eres! Anda que, si pillara yo a un buen marido, me iba a quedar trabajando para esta bruja.

—No es tan bruja —replicaba Patricia con una sonrisa.

—¡No, si ya te digo yo que rarita eres un rato!

Patricia e Iván se habían conocido en noviembre de 1961 en un baile en el Pueblo Seco, la chavalada esperando que la orquestina tocara alguna lenta para arrejuntarse y, en el caso de ellos, rozar teta y arrimar la proverbial cebolleta, y, en el de ellas, susurrarse palabras de amor al oído y dejarse robar algún beso fugaz. Y, bueno, también reír un poco al notar… aquello… endureciéndose,

mientras los pasos de baile de los chicos iban entorpeciéndose y sus pieles enrojecían hasta adquirir tonos escarlatas.

Iván no había ido allí a bailar. Ni siquiera le gustaba aquella música. Escuchaba a diario la buena en el Blue Note, donde trabajaba para Jack Hall, o en el Jamboree, a pesar de tener que encontrarse con Stephen Jameson, el hombre de Pilar.

Pero del roce nace, si no el afecto, al menos una cierta tolerancia y, transcurrido tiempo desde que lo viera en el estreno de *Juventud a la Intemperie* del brazo de Pilar, ya lograba disimular el resquemor cuando veía a la mujer ir a su encuentro, sedienta de aquella extraña magia que sólo aquel yanqui, con perilla y cara de maleante de película de polis y cacos, sabía darle.

Cuando se tienen dieciocho años, la vida se empeña en seguir, aunque uno ponga todo su empeño en frenarla para regodearse en la práctica de la autoconmiseración. Así que, finalmente, todo aquel mal cuerpo lo había zanjado el Cambados con un simple y efectivo:

—Bah, a esos dos que les den por donde amargan los pepinos.

En aquel baile en el Pueblo Seco en que Iván Regueira conoció a Patricia Lavado, él y Eduardo el Mexicano habían ido a buscar a uno al que apodaban el Submarino y le debía una buena pasta al Patata.

Gordo de solemnidad, mirada taimada, frente despejada y perennemente perlada de sudor, mentiroso compulsivo y escurridizo como la rata almizclera que era, el Submarino andaba por aquel barrio, ya que por el Chino era demasiado arriesgado dejarse ver sin que alguien alertara a Julio Romero y se le viniera encima la marejada de hostias que, de todos modos, acabó por no poder evitar.

—Chicos, chicos, hablemos un momento, dejad que os expl…

Puñetazo al estómago.

—¡Ahgg…, por favor, dejadme hablar un momen…!

Derechazo a la nariz.

—¡¡Nghhhhh…, tengo entre manos un neg…!!

Patada a la ingle.

—¡¡Ggghhh…, esperad, por fav…!!

Gancho ascendente a la barbilla.

Caída del Submarino al suelo, cual saco de patatas, el rostro sobre un charco de meado perruno o humano, qué más da a estas

alturas y, de propina, para que no nos olvides, corazón, taconazo en la sien. Y olé, porque la semana siguiente pagaría al Patata su deuda más los intereses, más las disculpas y zalamerías propias de quien sabe que peor, pero que mucho peor, hubiese sido que lo cazara el Titi, en aquel momento entre rejas, en vez de esos dos que ni siquiera le habían hecho perder ningún diente.

En fin, que satisfechos con el deber cumplido y tras culebrear por las callejuelas del Pueblo Seco, de retorno hacia la inexpugnable entraña del Distrito Quinto, cuando a punto estaban de poner pie en el Paralelo, los dos amigos oyeron el rumor de la orquestina interpretando una coplilla de aroma viejo que atrajo al Mexicano.

—¿Vamos a ver qué se cuece ahí?

—Venga —se animó Iván.

Al llegar y mezclarse con la muchachada de aquella barriada que no era la suya, esta los observó con recelo, pero como aquellos dos iban en son de paz y tenían aspecto de ser de los que mejor no poner en pie de guerra, no tardaron en ser ignorados y nosotros a lo nuestro.

Ahí es donde Iván vio por primera vez a Patricia. Y le gustó.

Podía no ser la más guapa de las chicas de aquel barrio, ni la que vestía con más clase ni la más solicitada para los bailes. Aun así, había algo en aquella alegría afectuosa que transmitía que, en cuanto le puso el ojo encima, alivió al Cambados de un peso que ni sabía que tenía dentro. Como si, de repente, se diera cuenta de que le había venido faltando esa sonrisa de boca ancha, capaz sólo de pronunciar palabras que suenan bien y propinar besos que saben a dulce.

Se acercó a ella. Podía sentir el perfume fresco y simple de su bondad, un espíritu en tonos pastel donde instalarse y quitarse todos los males de encima, donde sacarse todos los sapos y culebras del alma.

—¿Bailas? —preguntó.

Ella dudó. No lo conocía. Recorrió su entorno con los ojos. Desde su posición, charlando con un muchacho, Natividad le sonrió como diciendo es guapo y fíjate en los zapatos que lleva, este no es ningún muerto de hambre. A Sixto —el primo que la acompañaba a modo de carabina, hijo de aquel primo de su padre que lo había colocado en la sedería Batlló— no lo veía. Estaría en el excusado,

pensó, aunque la verdad es que se hallaba emboscado en la oscuridad de una esquina, palpando triunfante las opíparas ubres de una extremeña que lo tenía obnubilado hacía meses.

En fin, que Patricia aceptó porque no parecía que hubiera ningún impedimento y, además, este chico parece buena gente y yo no he venido aquí a calentar silla.

—¿Cómo te llamas?

—Patricia, ¿y tú?

—Yo soy Iván.

Se ahorró decirle que lo llamaban el Cambados y que no le habían apodado el Caralho porque ya había otro con ese mote y que, de todos modos, ya había dejado de exclamar «caralho» cada dos por tres tiempo atrás.

Hablaron poco y únicamente bailaron, y se intercambiaron miradas, y alguna sonrisa, sobre todo por parte de ella, y alguna caricia, más de reconocimiento y de cariño que de lujuria o deseo. Y poco más, porque lo demás sobraba.

Él sentía que ella era como un bálsamo, como algo que cura y sienta bien. E incluso tuvo, por primera vez, la sensación de estar asomándose a un futuro. A alguien que es algo más que una aventura, como lo eran las señoritingas que iban al Jamboree en busca de un aquí te pillo aquí te mato en los barrios bajos o las turistas fundidas por la sangría y las centraminas. No tenía visos de ser una aventura como lo había sido, a fin de cuentas, y por mucho que él hubiese deseado que fuera a mucho más, lo suyo con Pilar Alférez. Una correría que, como todas, tiene fecha de caducidad. Y, ni mucho menos, era la escuálida promesa de las rameras de la calle Robador. Cuartos de hora con fulanas en tiempo de descanso o en tiempo de descuento, que solían terminar con aguijonazos de penicilina, dolorosas limpiezas genitales y amaneceres sorbiendo carajillos que deflagran en las vísceras, mientras trataba de prestar atención al graznido de las gaviotas señoreando sobre los tejados de una ciudad a medio despertar o a medio dormir.

Contra todo pronóstico, ella también vio en aquel chico seguro de sí mismo, bien vestido y más bien callado, algo bueno, así que se dejó arrebatar un beso bajo el manto nocturno cubriendo el cielo del Pueblo Seco, con la promesa de que se volverían a ver al sábado siguiente.

En los días sucesivos no hubo instante en que Patricia perdiera la sonrisa. Sus amigas cuchicheaban y preguntaban más acerca de aquel muchacho. ¿Cómo se llama? ¿De dónde es? ¿En qué trabaja? Y ella respondía con un silencio cómplice y feliz. La sensación de estar enamorándose. De haber encontrado a *la* persona. A esa otra mitad que, sin saber exactamente ni cómo ni por qué, te llena.

Sí, se decía, aquel Iván le gustaba mucho.

Pese a que durante el baile había reparado en que tenía los nudillos rojos, seguramente de haberse peleado.

Pese a que iba demasiado bien vestido para ser de aquella zona, pero claramente no era de alcurnia.

Pese a que el amigo que lo acompañaba, aquel chico grueso y alto de pelo rubio y mirada turbia, no vaticinaba nada bueno.

Pese a que nada de cómo se presentaba Iván Regueira pudiera inducir a pensar que aquello pudiera terminar bien.

Transcurrieron meses, durante los cuales el afecto entre Patricia e Iván fue cristalizando. Navidades, Nochevieja, Reyes Magos, paseos por la catedral, guantes y bufandas de lana que pica, pero peor es el frío; sus alientos que a veces se encontraban para un beso, sus manos que se cogían para no soltarse. Y luego, indefectible, el momento de convertirse, ya oficialmente, en novios. Y de conocer a los padres de ella, aunque él no había correspondido porque sentía vergüenza de la Avelina.

Iba a verla los fines de semana para salir en compañía de las inevitables carabinas —papel que alternaban el primo Sixto, y el hermano pequeño, Manolito— para tomar un chocolate caliente o pasear por Montjuich. En aquellos garbeos, seguía conquistándola con requiebros y palabras galantes, y seguía enamorándose de ella.

Solía esperarla en el bar del Coyote, el nombre con el que —gracias a su bigote fino— se conocía al señor Ramón en la barriada de San Antonio, un hombre más bien solitario con el que al Cambados le gustaba compartir silencios. En la barra, Ramón y Marina, su mujer, quince años más joven, atendían con eficiencia. Porrón de vino blanco de Gelida, sifón, agua y una ración de bacalao, sardinas asadas o sangre frita si hay hambre. Y cháchara, la justa.

A Iván le gustaba ir allí a primera hora de la tarde del sábado, recién despertado tras una noche de trabajo y merodeo por la plaza

Real, o adonde los mandara el Patata a él y a Eduardo. La hora de comer había terminado y el Coyote se relajaba leyendo *La Vanguardia Española* del día, haciendo quinielas o escribiendo pequeñas reflexiones en un cuaderno que nunca enseñaba a nadie. Marina acababa de recoger las mesas del comedor de arriba, otrora vivienda de ambos y su única hija ya casada, y el hombre se quedaba a solas consigo mismo y la barra, apartando ocasionalmente la mirada del periódico para observar distraídamente el vaivén de la gente por la intersección entre la calle Borrell y la calle Tamarit. Aquella casa de comidas estaba en el mismo edificio que el pequeño apartamento de los Lavado.

El Cambados sabía que, por la noche, cuando el Coyote bajaba la persiana y Marina se iba a descansar, se organizaban pequeñas timbas en el local entre vecinos que iban a echar unas cartas, unas risas y ver si le rascaban algo a la fortuna. No era infrecuente que Manuel Lavado se dejara caer por ahí para atizarse unos vasos de vinos Ollé, *petar la xerrada* y echar unos remigios o, si la cosa se ponía seria, lo que en realidad sucedía prácticamente cada noche, un póquer.

No hacía mucho, cuando Iván y Patricia llevaban ya meses y los padres de ella estaban a punto de conocer al novio, a Manuel se le había alargado una velada allí. Estaba en racha y, según iba soltando y agarrando naipes y se iban amontonando pelas y duros en su lado de la mesa, los vasos de aquel vino, fuerte, astringente, racial, iban cayendo con la correspondiente alegría.

—Vaya noche, Manolo, que de esta te nos vas a los casinos de Las Vegas.

—Anda, calla y reparte, que hoy es mi día de suerte.

Y ciertamente lo fue. No porque ganara mucho dinero, ya que en vez de retirarse a tiempo sufrió un considerable desplume en la última partida, un póquer donde los ánimos estaban ya encendidos. Fue su día de suerte porque todo aquel vino que había ingerido terminó por sentarle mal, y aquella noche del 22 de febrero de 1962 llegó a casa para dirigirse directamente al excusado, donde permaneció largo rato soltando lastre, gimiendo y odiando el vino, el póquer y la vida.

Al día siguiente bajó al bar a llamar al trabajo, que he amanecido yo hoy más muerto que vivo. El Coyote lo observaba

desde una esquina con una sonrisa casi imperceptible. De entrada, el capataz con el que Manuel habló sospechó que este le estaba tomando por el pito del sereno y que lo de la descomposición sonaba a camelo. No obstante, tuvo que reconocer que, a juzgar por la voz de aquel trabajador que además solía ser bastante diligente, era muy probable que no estuviese mintiendo y que hubiese preferido encontrarse bien y acudir al tajo.

Pocas horas después la sedería Batlló de la barriada de Gracia se derrumbaba y morían cuatro trabajadores.

Y, a partir de entonces, no pasó día en que Manuel no le diera las gracias a Dios por postrarlo sobre aquel retrete, con la barriga ardiendo y cagando hasta trozos de su alma, en vez de haber conducido sus pasos hacia la posible muerte o las muy probables heridas de gravedad.

Poco después su hija le presentó a aquel chaval de ascendente gallego que, nada más tenerlo delante, no le gustó ni un poquito.

Cierto es que su predisposición hacia cualquier varón que, sin ser familiar muy cercano, se pudiera acercar a su niña era más bien hostil. Pero había algo en aquel muchacho demasiado bien vestido, demasiado seguro de sí mismo, con demasiada vida en aquellos ojos jóvenes, pero ya descreídos, que enseguida lo intranquilizó.

—¿Y dónde trabajas, Iván?

—En el Blue Note, señor Lavado.

—En el… ¿qué?

—El Blue Note, un bar de jazz de la plaza Real.

—El jazz es la música esa de los negros, ¿no?

—Sí, señor.

—A mí no me gusta eso. A mí me gusta la copla. ¿Te gustan las coplas a ti, Iván?

—La verdad es que no especialmente, señor Lavado.

No es difícil imaginar lo muy poco encantado que estaba Manuel de que su Patricia frecuentara a aquel zagal que trabajaba de camarero en un local de la plaza Real, si es que a eso se le puede llamar trabajar, donde se escuchaba esa música que no hay por dónde cogerla, que ni letra tiene, y donde seguramente concurre un público formado por marineros, busconas e invertidos.

No es que él tuviera sangre azul o según qué delirios de grandeza, pero para su hija había soñado con algo bastante mejor

que aquel niñato con cara de cabroncete resabiado, que por mucho suéter bonito que me lleves te veo desde aquí los remedos en los calzoncillos, la vagancia crónica y las pésimas compañías.

Pero Higinia, su mujer, siempre decía que no se puede juzgar sin conocer y que, a fin de cuentas, a aquel chico lo conocían muy poco. A Manolito y a Sixto les caía muy bien, sobre todo a este último, y Patricia estaba que bebía los vientos por él. Tampoco era cuestión de contrariarla.

—¿Y has pensado en estudiar algo?

—Sí, señor —respondió con gran aplomo Iván—, me quiero sacar el graduado escolar para aspirar a un trabajo que me dé más estabilidad y esté mejor pagado.

Y Manuel, perro viejo, que no se lo tragaba.

Criado en una finca, hijo de los sirvientes de una familia pudiente con hectáreas de olivos, caballos árabes y una ristra de apellidos que no se acababa, tras generaciones deslomándose para que al señorito o señorita de turno no les faltara de nada, Manuel había roto con la tradición y se había marchado a Barcelona para buscarse un porvenir que no fuera la muerte en vida a la que había visto sucumbir a sus abuelos y padres.

La guerra acababa de terminar, él era muy joven y tenía la lucidez suficiente para saber que, con esa quiniela, nada iba a cambiar por allí, al menos en mucho tiempo. Así que para reventar de miseria y asco, se decía, siempre estaré a tiempo de volver.

Y no volvió, porque su misión se había convertido en formar una familia, sacarla adelante, progresar, brindar a sus hijos las oportunidades que él no había tenido. Que supieran leer y escribir, bien y desde niños. Que sus destinos dependieran de sí mismos y no del humor de unos señoritos que los consideraban poco menos que bestias. Que pudieran aspirar a un futuro hermoso y que nunca jamás se rindieran. Ni para ellos, ni para los que, a su vez, serían sus hijos.

Ese era, más o menos resumido, el sentido de la vida según Manuel Lavado. Por eso era incapaz de detectar ninguna sinceridad en aquel chaval al que le faltaba el gesto decidido, la mirada centrada, el fuego de la prosperidad bailando en los ojos.

¿Quieres estudiar, dices? Sí, claro.

Aun así, optó por no hacer sangre: por miedo a tiranizar a su

hija, hizo caso omiso de su instinto y no se opuso a que volviera a ver a aquel zagal, con la esperanza de que él mismo se desenmascararía a tiempo y se mostraría como realmente era.

Mientras aguardaba que aquello ocurriera se aseguró de que nunca se quedaran a solas.

—Manolito, no te me separes de tu hermana ni un segundo cuando ella e Iván anden por ahí, ¿oyes?

—Sí, padre.

—Incluso si tienes que hacer pis, o de lo otro, te aguantas. ¿Entendido?

—Que síííií, padre.

De Sixto se fiaba menos, porque tenía más edad, con lo que era un aliado fácil para el pretendiente de su niña. Y no andaba desencaminado, pues al primo de Patricia, Iván lo introdujo entre su gente. Los duros. Los que manejan parné. Los que pelean con marinos, con estibadores o con chulos. A los que las lumis les hacen precio y los *pintxos* de medio pelo se apartan a su paso. Los que recorren la Ruta de los Elefantes de Robadors e invitan a las *girls* a tomarse todos los carajillos que quieras, nena, que a ti esta noche no te ha de faltar de nada.

Sixto le cogió gusto y, como su corpulencia era inversamente proporcional a sus capacidades intelectuales, le pilló rápidamente el tranquillo a aquella vida de pegar mucho y pensar poco. Incluso el Patata llegó a ver en él a un buen candidato para subirse a un ring. Si fuera algo menos bonachón, podría ser mejor que esos otros dos, pensaba comparándolo con el Cambados y el Mexicano. Esos, que se partan la cara en las calles.

No obstante, a Iván, algo se le movía dentro cuando pensaba en lo que le había dicho al padre de Patricia sobre lo de ponerse a estudiar.

No lo había pensado nunca hasta entonces, pero, dejando de lado el poder de aquella música que vibraba constantemente en su cabeza, que le arrebataba el alma y la ponía a bailar, que le deshacía todo el dolor que tenía dentro como un terrón de azúcar sumergido en un líquido cálido y sabroso, había algo de la vida que llevaba que podía empezar a ser hora de que quedara atrás. Era una idea nebulosa, una posibilidad remota, sin contornos definidos. Una noción que, extrapolada a las quinielas que tan a menudo jugaba el

Coyote en la barra del bar que llevaba su nombre de pila, se hubiese podido zanjar en un «Iván Regueira 1 el Cambados 0».

El hecho mismo de que existiera como probabilidad real marcaba una suerte de antes y después. Una sensación latente que iba cuajando cada vez que Patricia y él se miraban largamente a los ojos, sin decirse nada, sólo sonriéndose. Sólo enamorándose otra vez, y cada vez más.

Poco a poco, esa idea de no hay cojones de ponerte a estudiar e ir pensando en tener tu trabajo, tu vida, tu casa fuera de la de esa vieja bruja de la Avelina, de ponerte al nivel que Patricia espera de ti, fue cobrando fuerza hasta que, en las postrimerías de la primavera de 1962, Iván Regueira lo tenía ya bastante claro.

Buscar un trabajo fijo, tal vez pidiendo ayuda al padre de ella, quien tras el derrumbe de la anterior había entrado a trabajar en otra sedería. Sacarse el graduado, aspirar a algo mejor, darse un hogar que compartir, orgulloso, con Patricia. Con esa chica solar a cuyo lado se sentía tan bien.

Pero, justo entonces, llegó el verano y todos sus planes se torcieron. Todo cambió.

Y, qué duda cabe, ese cambio fue para peor.

Mientras el idilio entre Iván y Patricia cobraba forma, el que tenían Pilar Alférez y Stephen Jameson también se iba alimentando, sólo que con otros ingredientes, el principal de los cuales era la cuenta corriente de Francesc Reinosa.

Este no sospechaba que *su* Pilar tuviera a otro hombre. Podía perdonarle algún escarceo, algún pecadillo venial, porque aquí pecadores somos todos y qué te voy a decir. Pero no hubiese aceptado los hechos de haberlos conocido. No hubiese aceptado la idea de estar sufragando la vida a todo trapo de su amada con un americano gandul que subsistía haciendo de profesor de gramática para los hijos de Gloria Stewart y sirviendo copas —y un siempre negociable extra de mandanga fuera de menú— en el Jamboree.

Francesc Reinosa ni siquiera se barruntaba que existiera un americano que la visitaba ahora casi a diario en el apartamento de la calle Regomir.

Daba por hecho que, tan amiga de la noche gamberra y de aquella estridente música moderna perpetrada por negros americanos, frecuentara a no pocos estadounidenses. No en vano,

además de referirse a él como Frankie, había introducido en su habla expresiones inglesas, la más molesta de las cuales era *shit*, como exclamación recurrente toda vez que algo no le gustaba o cuadraba.

—Byby, *sap greu*, pero hoy no podemos ir a comer la paella en el Rocamar, que está lleno.

—*Shit*, Frankie. ¿No te dije hace ya días que reservaras?

—¿Te has enterado, cariño? Se ha derrumbado una sedería en la barriada de Gracia y han muerto cuatro personas.

—*Oh, shit*! ¡Qué tragedia!

—Lo siento, cielo, no sé qué me pasa que hoy no ando yo muy católico.

—¡Ay, *shit*, con lo que a mí me apetecía!

Al principio esta palabra incluso le hacía gracia, hasta que descubrió que significaba literalmente «mierda» y pasó a censurarla.

En cambio, le sorprendió empezar a oír *cool*, que le sonaba a posadera, en catalán.

—¿No encuentras que esos pantalones Capri de pata de gallo son increíblemente *cool*?

—¿En el sentido de que *et fan un bon cul*? —se reía.

—Pero qué ordinario eres, Frankie. *Shit*!

—¡Esa boca, Byby!

Y así, más o menos, todo el rato. Cuando hablaban, lo cual no es que sucediera con demasiada frecuencia más allá de aquellos momentos de intimidad en *meublés* y habitaciones de hotelitos costeros, Pilar le dejaba hablar a él. Que se desahogase. Que lo contara todo y soltara lastre. Que, en compañía de ella, se sintiera liberado de aquellos sinsabores que se le acumularan en el trabajo y en el hogar.

Ella lo secundaba. Le daba la razón, le acariciaba la nuca, lo colmaba de besitos y expresaba su admiración por aquel incansable luchador que durante el día se desenvolvía al frente de su almacén de lámparas y, por la noche, aguantaba las malas caras y puñetas de su esposa, cuyo carácter se había ido avinagrando con el paso del tiempo.

—Odia el hecho de que los chavales ya tengan edad para hacer vida propia —le explicaba él a su amante.

—¡Claro, amor! Y seguro que son unos donjuanes como su papaíto —replicaba Pilar.

—¡Pero es que, además, sospecha todo el rato!

—¿De nosotros, cielito?

—¡De todas! ¡Sospecha de todas! ¡¡Pronto hasta empezará a sospechar de las lámparas que vendo!!

—¡Oye! ¡A ver si me voy a tener que poner yo también celosa!

—¡Poca broma! La otra noche volví algo tarde, que había echado unas cartas donde el Can Petanca, y me estaba esperando despierta y con una cara de *pomes agres* como si hubiese enviudado…

—¡Ay, no digas eso!

—Y entonces se me acerca y empieza a olfatearme la ropa, como si fuera un sabueso, y yo, que no sé qué hacer, y entonces va y me dice: *Fas pudor a perfum de dona*. Y yo le digo que vengo de jugar a las cartas, que hasta he ganado treinta duros, y ella que no, que no y que no, que mi ropa huele a perfume de mujer, que si lo sabrá ella, que también es mujer. Y yo pensando que, bueno, ya no tanto, ya no tanto. *Jesús, Maria i Josep*, ¡menuda nochecita me dio!

—*Shit*, ¡qué mujer!

—Bybyyyyyy…

—¡Es que no lo sé decir de otra manera, Frankie!

En fin, que la vida conyugal de Francesc Reinosa era un infierno que no le causaba más que algunos episodios inconvenientes y alguna lamentación postrimera. No obstante, no entraba en su cabeza la idea de separarse, no tanto por su señora esposa, la cual —si por él hubiera sido— poco habría tardado en irse a freír espárragos, sino por sus hijos. Por no avergonzarlos de aquella manera.

Así que el matrimonio no dejaba de ser un trámite inevitable que Reinosa acataba con resignación. Una cárcel existencial a la que, desde los albores de la civilización, se condenaban *motu proprio* hombres y mujeres en edad de merecer, por mor de la estabilidad y la descendencia.

Y aunque Pilar se hubiera separado del marido, con toda la ignominia que aquello iba a acarrear para el porvenir de sus dos hijas, él no iba a hacer lo propio con sus vástagos. Que cualquier día se me casan ellos también y, ya que a partir de cierta edad las

van a pasar canutas, que eso a todos nos acaba pasando, al menos que sus casorios se produzcan con chicas de buenas familias.

Hasta aquí, nada especialmente grave. Aunque sí había un aspecto sangrante, consustancial a la relación que mantenían Francesc Reinosa y Pilar Alférez.

El dinero, claro está, que fluía en sentido opuesto a su caja registradora.

El alquiler del apartamentito de Pilar. Vestidos y trapitos bonitos. Algún perfume sofisticado. Joyas y alharacas, que no falten. Viajes fuera de Barcelona, con sus restaurantes y hotelitos cucos. *Meublés* con todos los lujos, a ver si no me voy a poder atizar un buen copazo después del festejo. Dinero para los gastos del día a día de ella, que si no qué hago yo, Frankie, que esto de vivir se ha puesto muy caro.

Además de los dispendios propios de aquella bigamia oficiosa, el rendimiento del empresario en el trabajo había menguado escandalosamente. Eso era lo más grave.

Sus ideas, su energía, todo aquel empuje que lo había situado en una buena posición económica y social, se concentraban ahora en ella: cuando no estaba con Pilar, sólo pensaba en Pilar. En qué chuchería le regalo la próxima vez, en dónde vamos a ir a cenar el jueves, en cuándo nos podremos escapar a Cadaqués, que se lo tengo prometido. En mil cosas que hacían que su negocio estuviese desatendido y algunos clientes optaran por otros proveedores, del tipo de los que entregan la mercancía a tiempo y no se equivocan de producto.

Así, los monises empezaron a escasear y a Francesc Reinosa lo asaltó el vértigo de verse sin Pilar, porque era lo suficientemente inteligente y lúcido para intuir que, con el *canut* vacío, ella habría tardado segundos en tomar las de Villadiego y buscarse a otro.

Pero preocuparse mucho, hasta el mareo, no llenó sus bolsillos ni le dio la clave de cómo recuperar fuelle en el almacén. Al menos, de manera discreta y sin que Josep, su hermano y socio, se enterara. Por suerte, este pasaba ya poco por el almacén pues tenía otro negocio al que daba prioridad. Aun así, cualquier día iba a enterarse de cómo iban las cuentas, lo que hubiese conducido a una descomunal bronca fraterna.

La solución, por darle algún nombre, llegó una noche de

mediados de abril echando una desganada partida de póquer en la bodega Andreu. Entre volutas de humo de cohíbas y efluvios de brandi, uno de los jugadores se puso a hablar de un prestamista que le había solucionado una papeleta adelantándole una pasta gansa, rápido, sin intereses demasiado abusivos y, cosa que el tipo agradecía, sin preguntas incómodas.

—¿Y cómo se llama ese prestamista? —preguntó raudo Francesc.

—¿Por qué? ¿Necesitas tú pedir prestado, con lo bien que te va todo?

—Na, curiosidad más que nada.

Así consiguió un nombre y un número de teléfono que no tardó en marcar. De esta manera, unos días más tarde, cuando en algunas calles de Barcelona todavía se respiraba el humo del incendio que había arrasado los estudios Orphea, no dejando —como quien dice — ni los pomos de las puertas, Francesc Reinosa se desplazaba a la calle de San Ramón, adentrándose en la bodega El Cocodrilo para ir al encuentro del prestamista.

Este no era otro que Julio Romero, más conocido como el Patata.

Y atizándose unas habas rehogadas en aceite, ajo y cebolla que le hacían soltar rítmicamente una sucesión de breves y fétidos regüeldos, el Patata no hizo más preguntas que saber cuánto necesitaba aquel hombre, y para cuándo.

Y aquel mediodía, tal vez envalentonado por el par de vasos que se tomó de un vinazo de Gratallops con el que se podría haber aliñado una ensalada de roca caliza, Francesc Reinosa, que nunca había escuchado ese refrán que dice que el vino, si no se sabe mear, no se debe beber, soltó una cifra importante. Muy importante. Y añadió —con la idea de retomar cuanto antes las riendas del negocio y sanear sus finanzas con celeridad— que le iba bien disponer de esta cuanto antes mejor.

Y así es como el empresario de la calle de Aragón se empantanó, él solito y sin ayuda de nadie, en una vasta y profunda charca de mierda.

Su idea de cambiar de vida iba en serio, tal y como quedó demostrado el día en que Iván se desplazó hasta la barriada de Gracia para hablar con Manuel Lavado y preguntarle si le sería posible encontrarle un puesto donde trabajaba.

Tras el derrumbe de Batlló, el padre de Patricia había encontrado trabajo en una de las fábricas sederas de Industrias Ferrer Bernadas, concretamente en la de la calle Puigmartí. Aprovechando un cambio de turno, el Cambados fue a su encuentro en la bodega Marín, donde Lavado se tomaba un refrigerio amparado por botas, barricas y un bullicio de voces moldeadas por tragos de aguardiente, vinazo o cerveza. Risas fuertes, bilingüismo blasfemo y olores anegados en el serrín que cubría las baldosas, el muchacho y el hombre se estrecharon por primera vez la mano con un apretón digno de ese nombre, mirándose a los ojos y todo.

—Así que iba en serio lo de dejar el bar ese de la música de los negros.

—La música me sigue gustando y siempre me gustará, pero sí, señor Lavado, quiero preguntarle si me puede ayudar a encontrar un puesto en la fábrica donde trabaja usted. O en otra, me da igual.

—Tómate algo, anda.

—Un chato de cerveza, por favor.

—¡Ponle un chato al chaval!

—*Vaig*!

Una alegría enorme le sobrevino a aquel jienense curtido. No era sólo que aquel novio —hasta entonces equívoco— de su niña estuviese sentando la cabeza y postulándose como digno consorte de Patricia, sino que había algo más profundo: que lo viera a él como un ejemplo a seguir. El hombre hecho y derecho, el tipo con agallas verdaderas que trabaja y saca una familia adelante honradamente, partiéndose la cara con la rutina, al que el gallito toma como referente cuando por fin decide enfilar el buen camino.

Muchos años después, ya anciano, Manuel Lavado vería una escena en una película americana que le recordaría aquella cálida tarde de finales de primavera de 1962 en la bodega Marín. En el filme, un padre que se gana la vida honestamente conduciendo un autobús advierte a su hijo pequeño que el verdadero tipo duro es él y no aquellos matones que deslumbran a los chavales del barrio con sus ropas bonitas y sus poses de gánster, pero que no aguantarían el esfuerzo que él sí aguanta cada día, sin descanso. Aquella escena le haría recordar y derramar algunas lágrimas, pero todavía faltan más de tres décadas para que dicha película se empiece a rodar.

—¿Tienes experiencia de algún tipo, fuera de servir en el bar

ese?

—No, señor Lavado. Algo de cuando faenaba con mi padre en el mar, pero de eso hace mucho.

—Pero tienes ganas de trabajar…

—¡Muchas!

—Me refiero a trabajar duro, y a empezar cobrando muy poco.

—Soy joven.

—Eso no se puede negar, ¿y bien?

—¡Sí sí, estoy más que dispuesto!

Y a Manuel la cerveza le supo más rica y fresca que nunca. Un néctar para hombres de bien, dueños de su propio destino, que están sobre esta tierra para hacer lo que es debido.

—Ahora en verano habrá menos turnos, pero preguntaré y te recomendaré y, con un poco de suerte, para mediados o finales de agosto, que el trabajo sube como la espuma, te encuentro yo un acomodo en la sedería.

—¡No sé cómo agradecérselo!

—Ya me lo agradecerás cuando empieces, zagal.

—¡Gracias, señor Lavado, muchas gracias!

—Nada, hombre. ¡Tú, pon dos chatos más de cerveza!

—*Vaig*!

Pasaron la siguiente hora tomando tragos de Águila, fumando y hablando un poco de todo. Del Barça y la aparatosa operación a Gensana, que a ver cómo sale, de boxeo y de cómo Kid Tano derrotó a Biescas pero este había aguantado el tipo hasta el final del combate. Manuel prosiguió con las cosas bonitas de Jaén y lo bien que se come allí cuando se come, e Iván habló de las cosas bonitas de Cambados y de lo bueno que estaba el pan de hogaza al que él y su familia hincaban a diario el diente.

Se despidieron con otro fuerte apretón de manos y, aquella noche, al llegar a casa tras una breve etapa en el bar del Coyote, el padre de Patricia abrazó a su niño y besó en la frente a su hija, que os quiero muchísimo, amores míos, y se acostó con una sonrisa de oreja a oreja y el vigor para darse un homenaje con Higinia, pese al cansancio que ambos acumulaban, él de los turnos en la sedería y ella limpiando casas en las Tres Torres.

—¡Ay, Manolo! ¡Qué fogoso estás!

—¡Si es que tengo una mujer que está muy rica! ¡Ven *pa'quí*!

—¡Ay, Manolooo!

Ni madre ni hija preguntaron el porqué de tanta algarabía puesto que ya conocían el motivo. Iván le había consultado días antes a Patricia si creía que su padre lo ayudaría a encontrar un puesto de trabajo en alguna de las fábricas de Ferrer Bernadas. Ella, conociendo el talante generoso del autor de sus días, sabía que lo haría y que además se iba a llevar una alegría inmensa. De modo que animó a su novio a que hablara con su padre, con confianza, sin miedo, estás haciendo lo mejor que podías haber decidido, él lo sabrá valorar.

Y acto seguido se lo había contado todo a Higinia.

—Iván es bueno, madre, yo siempre lo vi claro.

—Ojalá se entiendan, que a veces tu padre es muy cabezón.

—Seguro que sí, madre. Seguro que se entienden.

Aquella tarde, tras su encuentro con el padre de Patricia, Iván se recogió pronto. Quería irse a dormir a una hora no muy tardía y, tal vez, salir a pasear a la mañana siguiente, caminando hasta la Barceloneta. Si el día acompañaba, seguiría hasta el gasómetro. Quizás orillaría el Somorrostro bajo un sol todavía fresco, antes de que el mediodía trajera un calor sólo combatible desde la sombra de alguna bodega del Chino, de esas que la luz solar jamás llegará a acariciar.

Un tufo de acelgas, coles y cebollas hervidas golpeó su hocico y la visión de Avelina, levantándose de su mecedora crujiente y avanzando con pasitos breves en esa ridícula postura encorvada, lo hizo moverse rápidamente hacia su habitación. Una vez allí, a salvo de la mujer y del mundo en general, abrió el ventanuco que daba al patio de luces y por el que se colaban aromas que atestiguaban la capacidad de optimización del aceite por parte de los vecinos, se llevó un Camel de contrabando a la boca y encendió el pequeño giradiscos que había afanado, meses antes, en compañía del Mexicano, en una tienda de la ronda de San Pedro.

—I-Iván, ¿vas a querer cenar alguna cosa? Te he comprado huevos.

La voz de la vieja atravesaba las finas paredes, de modo que el Cambados se apresuró a agarrar el disco de siete pulgadas, con su reluciente portada satinada de color negro con rectángulos naranjas y rosas que dibujaban un marco alrededor de la silueta gris de un

piano de cola. Dispuso el *single* y la aguja cayó sobre su borde, avanzando a cuarenta y cinco revoluciones por minuto hasta alcanzar los surcos que liberaban la primera parte de la *Harlem suite*, de Duke Ellington al frente de su orquesta. El tema se apoderó del aire contenido en aquel espacio, mezclándose con el humo del cigarrillo rubio americano.

—¿I-Iván? —insistió Avelina llamando a la puerta.

La respuesta fue subir el volumen justo cuando la trompeta de Cat Anderson serpentea en un *crescendo* agudo.

—Bueno…, si tienes hambre luego te preparo lo que quieras.

Los pasitos se alejaron por el minúsculo pasillo, de vuelta a aquel salón envuelto en tristeza y en la luz melocotón del atardecer filtrándose por las cortinas.

—Así revientes, momia —musitó el Cambados, que sólo se movió para cambiar la cara del disco y seguir deambulando por el callejero sonoro de la mítica barriada neoyorquina.

El resto de la velada la pasó en su cuarto escuchando los pocos discos que atesoraba, fumando y pensando en trabajar en la fábrica, en que las pasaré canutas, sobre todo al principio, pero todo valdrá la pena. Y cerraba los ojos imaginando a Patricia, deseando ver su sonrisa amplia extenderse sobre su rostro redondo y de frente ancha, ante la noticia del buen entendimiento entre él y su padre. Y se veía cogiéndola de la mano. Y acariciando sus pómulos pronunciados. Y depositando sobre sus labios un beso fresco como una mañana de primavera.

Así, hasta que se quedó dormido, contento, esperanzado.

Sin tener ni repajolera idea del percal que se avecinaba.

9

Domingo 18 de noviembre de 1962

Ha sido un viaje espantoso y Joan Barr casi no puede mantener los ojos abiertos, tras la larga travesía nocturna —junto a la hija de Nancy Hall— sobre un mar que no ha dado tregua y cuyas fluctuaciones se reflejan ahora en su tripa.

La pequeña ha estado vomitando todo el rato y, agarrada a su regazo, ha impedido que se moviera ni un centímetro. Resultado: le ha sido completamente imposible salir a cubierta, enfrentarse a la gélida ventada que mecía el barco y tirar al agua el paquete con los enseres y ropa de Jimmy Walker, el asesino de Reinosa, que todavía debe estar en Barcelona durmiendo en su habitación de la pensión Pros.

La escocesa piensa en la posibilidad de que Jack se entere de que las pruebas del delito no están ancladas en el fondo del Mediterráneo, esperando que las corrientes y la fauna submarinas vayan desgastando su contenido hasta convertirlo en algo muy parecido a la nada.

Me hubieran bastado tres minutos, dos incluso, pero la niña de esa drogadicta que te estás follando no me ha dejado. ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Dejarla ahí y que el llanto de la cría alertara a toda la tripulación? ¿Llevarla conmigo a cubierta, donde se la podría haber llevado el viento? Así que dime, ¿qué podía yo hacer? No me he podido mover, maldita sea.

Ya en el muelle del puerto de Ibiza, Joan se da cuenta de que, en esa conversación hipotética con el hombre al que ama, no habría pronunciado ni la segunda frase sin que él ya le estuviera cruzando la cara. Jamás tiene que enterarse. Jack, se promete a sí misma, nunca sabrá que este paquete no se ha llegado a arrojar al mar.

Ella lo hará desaparecer. Hoy mismo. De alguna manera. No quedará rastro y será como si lo hubiera tirado al agua. Pero lo primero es lo primero. Ha llegado al número 8 de la plaza del Sol y necesita un café y explicarles todo lo mal que ha salido el plan a sus dos cerebros, Stephen y Pilar, que desde hace dos semanas viven en la isla y que se sorprenden al ver llegar a la mujer y la niña.

—*What are you doing here*? —la saluda Stephen, que ya se huele que algo anda mal.

—*Everything went wrong* —se limita a responder, que ciertas cosas mejor decirlas tal cual, sin muchos rodeos, y que se entiendan rápido.

—*How wrong*?

—*Completely wrong*.

—*Oh fuck*! *Come inside*.

Pilar está en camisón, desayunando una hogaza de pan con aceite y sal al lado de una estufa de leña que raya el siglo de existencia.

La niña, que ha caminado cogida de la mano de la mujer desde su llegada a Ibiza, gatea hasta una butaca donde se hunde, presa de un sueño invencible que enseguida la adormece hasta hacerle emitir pequeños ronquidos.

—¿Café? —ofrece Pilar.

—Mucho café, por favor, yo necesito —le pide Joan.

Una vez terminada la primera taza de un agua negruzca a la que ni leche ni azúcar podrían llegar a dignificar, y ya sirviéndose la segunda, explica lo ocurrido ayer por la tarde en Barcelona. Explica el absoluto desastre.

—¡Dios! ¿Y cuánto dinero consiguió llevarse? —pregunta Stephen.

Ah, eso es lo gracioso. Dos mil pesetas, porque no fue capaz de abrir la caja y, claro, la víctima, que era quien se la tenía que abrir, estaba muerta y rematada.

Stephen se precipita a la calle en busca de prensa. Puede que expliquen qué ocurrió. Joan sigue hablando con su mezcla de inglés de Glasgow y castellano muy básico. Pilar entiende poco de cuanto dice.

—¿Qué vamos a hacer ahora?, porque hasta que Jimmy no desaparezca podemos estar metidos en un buen lío.

Pilar pregunta dónde se van a quedar.

—La niña y yo iremos a un apartamento que tienen aquí Nancy y su marido, el hermano de Jack que está preso.

Stephen regresa con los dos periódicos que ha podido encontrar. La noticia está en ambos, aunque no identifican a la víctima.

—*That was a fucking slaughter*! —protesta tras leer las crónicas de Sucesos.

Una carnicería, sí, piensa Joan, ni que lo digas.

Pilar le arrebata los diarios y lee con atención, la mirada se le va opacando. Al principio trata de permanecer fría, inexpresiva. Se enciende un cigarrillo. Las manos le tiemblan. El resto del cuerpo también. Tose. Los lacrimales se activan. Le arde el estómago, como si algo se le estuviera muriendo dentro. Como si las puñaladas que se llevó Reinosa, y sobre las que está leyendo, se las estuviera llevando ella también. Sus sienes palpitan, como si el impacto de los mazazos que han hundido parte de la cabeza de aquel pobre hombre se estuviera reflejando en la suya. La piel del rostro le arde y tiene las piernas frías, muertas, sin riego. Se levanta de golpe, tropieza, cae.

Recuerda la visita de aquel cerdo de Romero, el dolor, la impotencia, la herida. Luego la ruptura con Frankie, y a ella sintiendo pena por él. Pero la pena había durado poco porque Stephen le hizo ver que Reinosa era el privilegiado, el que ganaba siempre. Y luego aquella carta, dejada justo antes de salir para Ibiza a aquel mecánico imbécil. Y el silencio del empresario. ¿Qué fui para ti? Dímelo. Y ahora esto.

No puede con su alma, ni con su cuerpo, ni casi con su vida, y por eso se ha caído. Stephen trata de agarrarla, ella se zafa y corre hasta el fregadero de la modesta cocina, donde regurgita. La niña entreabre un ojo, ¿qué ha pasado?, pero el sueño es más fuerte, se voltea sobre sí misma y, tras hallar un nuevo acomodo en la butaca, regresa a su sueño. Así que no ve a Pilar de rodillas y llorando con un lamento que se le atraganta y revienta en su tripa.

El hombre corre a arroparla, pero ella levanta el brazo, no me toques, que nadie me toque, dejadme, desapareced. Porque ahora Pilar Alférez querría no haber existido nunca. El mundo sería un lugar más hermoso. Joaquín hubiera podido ser el marido feliz de otra. Sus hijas —sigue sin ser capaz de pronunciar sus nombres—

hubieran podido tener una madre de verdad. Mi familia no hubiese sufrido el bochorno de ver cómo el marido de su hija se separa, incapaz de aguantar sus infidelidades. Padre, sé que eso no me lo podrá usted perdonar nunca por mucho que se esfuerce. Y a todos ellos se añade ahora Francesc Reinosa, que sería un próspero empresario, infelizmente casado y con dos hijos a los que adora. Y estaría vivo. Y seguiría riendo, como ríe él con esa carcajada de *botiguer* de casta, de mercader que, a base de trabajo, tesón y astucia, siempre se lleva la mejor parte. Todo hubiese ido espantosamente bien si Pilar Alférez no hubiese existido.

Pero sí existe, especialmente para el inspector Carrafa de la Brigada Criminal, que ya está buscando a una Byby, que no va a tardar en saber que se llama María del Pilar Alférez Vendrell y, desde su puesto en la comisaría de Vía Layetana, va a remover lo que haga falta para encontrar a esa mujer cuanto antes, porque algo le dice que ella es la clave de la masacre de ayer.

Stephen Jameson, por su parte, mantiene una aparente calma, sólo traicionada por el descenso de dos líneas de sudor en su frente despejada. Es el hombre de esa situación y debe mantener el temple. La vida le ha educado así. ¿Cuántas veces no has tenido que enfriar tu sangre? ¿Cuántas veces no has tenido que impedir que incluso el menor sentimiento saliera a flote en tu cara, en tus palabras o en tus gestos? Sin saber muy bien qué hacer, plantado entre la cocina y el pequeño salón, una parte del cuerpo fría y la otra recibiendo las ondas que emanan de la estufa de leña, decide sentarse al lado de Joan, encenderse un cigarrillo y acariciarse la cabeza con las dos manos, mientras inhala el humo de un Bisonte.

En el salón hay una chimenea apagada. La escocesa pregunta si tira. Él responde que sí, aunque es mucho más barato usar la estufa, que para dos ya nos apañamos bien. Ella replica que la van a tener que encender porque lleva toda la noche viajando con un paquete metido en una bolsa de rafia que contiene los elementos utilizados por Jimmy durante el crimen. Todos bien impregnados con la sangre de Reinosa.

—And of all the places, you bring this shit right here??? — Stephen salta iracundo.

Joan le explica su plan frustrado, ni ir al lavabo pude, y esto tiene que desaparecer rápido, porque como se entere Jack de que no

está haciendo compañía a los pececitos, ya sabes cómo se va a poner.

—*Yes, it's better not to tell him anything*.

Antes de ponerse manos a la obra, el americano se acerca a Pilar, que continúa arrodillada en el suelo.

—Vamos, amor, tú necesita tender en cama —pronuncia él con dulzura.

Los dos se retiran al dormitorio y la escocesa, aprovechando su ausencia y el sueño profundo de la hija de Nancy, saca el paquete de la bolsa y desenvuelve su contenido. Justo cuando está echando la ropa a la chimenea, Stephen vuelve anunciando que va a buscar algo de leña para que arda bien.

Ella pregunta si también puede echar el calzado, pero él contesta que no. Que, al ser de goma, esta ardería soltando una humareda negra irrespirable. Que se lo tendrá que llevar, junto con la maza de duraluminio y la navaja, y que ya verá ella qué hacer cuando llegue al apartamento de Nancy y Phil en el que solían estar cuando venían a Ibiza, antes de que a este lo encarcelaran en Beaumettes.

—*Is it far away*? —pregunta Joan a propósito de la ubicación.

—*No, not really*.

Al cabo de un rato, ambos observan hipnotizados cómo la llama de la chimenea cobra vida y va comiéndose el tejido de las prendas de Jimmy. Primero la camisa y la ropa interior. Después el suéter, seguido por los pantalones. El abrigo tarda más, pero también sucumbe al apetito brutal del fuego. Este se alza victorioso sobre la tela gruesa que va perdiendo su forma para convertirse en ceniza destinada a mezclarse con el aire y el olvido.

Para cuando eso ocurre, ya es hora de comer y la cría da un brinco desde la butaca y se tumba delante de la chimenea, feliz de que esté encendida y preguntando en su torpe mezcla de inglés y castellano cuándo se come.

Tras unos segundos de titubeo, Stephen se levanta y agarra de la mano a la niña invitándola a que lo acompañe a la cocina, a ver qué hay de bueno. Allí está Pilar ya recomponiéndose.

Cuando desaparecen, Joan vuelve a cerrar el paquete, que ahora sólo contiene la maza, la navaja y las zapatillas ensangrentadas de Jimmy. Ya pensará qué hacer con eso esta tarde, o ya mañana.

Desde la cocina, la pequeña le pregunta si tiene hambre.

—Oh no, no thank you.

Lo último que tiene ahora mismo es hambre.

La voz de la cría y la del hombre se entremezclan y Joan Barr no puede evitar pensar en Jack Hall, por el que ella está metida en este lío.

Jack ha confiado en mí para deshacerme de las evidencias. No ha dado una muestra así de confianza a nadie más.

Según el fuego se va consumiendo, se lleva la mano a la altura del corazón y piensa que por ese hombre está dispuesta a meterse en los líos que haga falta.

Porque el amor va de eso: de meter la mano en la lava de un volcán por el otro, de saltar a ciegas sin mirar qué hay abajo, de dar el paso antes de que te pidan darlo.

El amor, reflexiona la mujer, va exactamente de eso.

10

Con el Patata no te podías retrasar. Así funcionaba con él y suele ser el procedimiento habitual de cualquier prestamista que no quiera que se le suban a la chepa: yo te dejo el dinero que me pides cuando me lo pides, y tú me vas devolviendo lo que yo te digo cuando yo te lo digo. Y, cumplido ese plazo, más te vale tener listo el parné acordado. Puede que Julio Romero no lo hubiera dejado suficientemente claro cuando, semanas antes, en la penumbra de El Cocodrilo de la calle San Ramón, Francesc Reinosa fue a pedirle prestado. O quizás sí le comunicó los plazos, pero Reinosa, enturbiado por aquellos vasos de vinazo de Gratallops capaces de horadar superficies metálicas, no había asimilado esa parte de la información.

Sea como sea, el Patata amaneció un día echando en falta una visita del vendedor de lámparas, o de alguien que fuera de su parte, que tampoco vamos a hacerle ascos, para llevarle el primer pago. Por otro lado, Reinosa no esperaba tener que empezar a devolver el dinero tan pronto, ya que ni apareció ni le hizo llegar al prestamista ningún mensaje. Ni siquiera una súplica para retrasarlo o una excusa para justificar el impago.

Por eso, un par de días después, ya por la tarde, se sorprendió tanto cuando, cerrando el candado de la persiana de su almacén, predispuesto a esperar a Pilar, con la que había quedado para una de sus habituales escapadas a un *meublé* de Vallcarca, se le acercaron dos jóvenes y lo interpelaron con un tono más bien poco amistoso.

—¿Cómo va eso, Reinosa? —le preguntó el Cambados.

El empresario, estupefacto por la insolencia de aquel desconocido, balbuceó

y-y

tú qui-quién eres, pero fue interrumpido por un directo al estómago lanzado por la mole rubia del Mexicano, que con aquella hostia le dobló.

—El señor Romero piensa mucho en ti, Reinosa. Esperaba que le fueras a visitar —añadió Iván.

Al tratar de incorporarse, Reinosa recibió una patada en la rótula que le hizo caer de rodillas sobre el adoquinado y lo situó para recibir un palmazo sobre la oreja.

—No te levantes, hombre —ordenó el Mexicano.

—¿Q-qué queréis? ¿Q-quiénes sois?

Iván le propinó una patada en la barriga que hizo que cayera de morros al suelo. Lo levantaron entre ambos y lo arrastraron hasta el pasaje de Aragón, un callejón sin salida situado a una manzana del almacén. El emplazamiento ideal para este tipo de encuentros, ahora que las obras de recubrimiento de la calle de Aragón por fin habían terminado, ya que por la avenida había muchos coches y transeúntes que podían decidir meter sus narices donde no los llamaban.

En ese pasaje Reinosa fue por fin informado de los motivos de la visita y, tras intentar protestar sobre el trato y alegar que no se habían establecido aquellos plazos, recibió, a modo de refutación, varios puñetazos en la boca del estómago que le hicieron darse cuenta del problema en el que se había metido.

Tirado en el suelo, intentó consolarse pensando cómo iba reconduciendo su negocio, y cómo sus finanzas empezaran ya a echar algo de músculo, pero habían transcurrido sólo ocho semanas desde el préstamo y, en aquellos albores de julio de 1962, todavía no disponía de liquidez para empezar a satisfacer la deuda y sus intereses. Necesitaba esperar al menos hasta finales de año. Entonces, si no se producían imprevistos, podría devolver hasta la última peseta.

Todo esto es lo que, infructuosamente, Reinosa trató de trasladar al Mexicano y al Cambados, granjeándose más insultos, más amenazas y más palmazos en el cráneo, ya que en la primera visita no se acostumbra a dejar marcas en la jeta del deudor.

El empresario claudicó, pagaría lo que tuviera. Y los tres se dirigieron al almacén.

—Esperad un momento aquí fuera, por favor —pidió Reinosa

una vez abierto el candado y subida la persiana.

—Como se te ocurra llamar a la bofia, dar la alarma o algún otro paso en falso, te puedes ir preparando —le advirtió Iván.

El vendedor de lámparas ni siquiera se había planteado llamar a la Policía, así que, con el rostro blanco como una pieza de mármol de Carrara, negó enérgicamente con la cabeza y se dio prisa en llegar al despacho, abrir la caja fuerte, sacar ocho mil pesetas que tenía en un sobre, volver a cerrar la caja, salir a la calle, entregar ese dinero, es ahora mismo el único del que dispongo en metálico, y recibir dos palmadas en la mejilla.

—Por hoy está bien, Reinosa, pero te conviene que la próxima vez el señor Romero no nos tenga que mandar a nosotros y seas tú el que pase a saludarle. ¿Estamos?

—S-s-sí, e-e-estamos…

—Hala pues, con Dios.

Observó cómo aquellos dos cabrones se alejaban por la calle de Aragón en dirección a Villarroel, cuya esquina doblaron y, una vez perdidos de vista, cayó de culo al suelo mientras su corazón trataba de salir a patadas de la caja torácica y la respiración se le entrecortaba, como si hubiera fluido gracias a un grifo que se acabara de cerrar de golpe.

—Francesc, cariño mío, ¿qué ocurre? —oyó de pronto la voz de Pilar a sus espaldas.

Había olvidado por completo que estaba citado con ella. La idea de su compañía le calmó lo suficiente para que un alud de lágrimas empezara a serpentear sobre su rostro. Se sintió ridículo, débil, los hombres no lloramos y, si lo hacemos, desde luego nunca es delante de una mujer. Pero ni siquiera aquel convencimiento sobre cómo y cuándo puede un varón sollozar pudo impedir que el manantial se detuviera.

—¿Qué ha pasado, amor? —preguntó ella abrazándolo.

Algo había entendido del asunto, porque aquella tarde había llegado con antelación a su cita y había decidido hacer tiempo tomándose un té en un bar situado cerca del almacén desde cuya cristalera se divisaba la entrada de este. El mismo local donde, meses después, Jack Hall iba a aguardar a que Jimmy Walker saliera de su primer y último encuentro con Reinosa. De modo que Pilar había visto a su amante y fuente de ingresos bajando la

persiana. Y había reconocido a Iván, aquel chaval del set del rodaje de *Juventud a la intemperie*, que le había dado, para qué negarlo, unos buenos meneos y que tan mal se había tomado sus calabazas, pero qué quieres, eres un crío.

Pilar y Francesc se metieron en el almacén y fueron al despacho, que ella veía por primera vez, lo que le sería muy útil, meses después, cuando dibujara con Stephen el plano del que entregarían una copia a Jimmy Walker.

Reinosa bebió un vaso de agua del grifo y se sentó en la butaca del despacho donde más adelante perdería la vida. Se aflojó la corbata y se desabotonó el cuello de la camisa.

—Cuéntamelo todo —dijo ella acariciándole el rostro y omitiendo lo que había visto desde la cafetería.

Y él explicó, que he gastado mucho dinero y he ganado poco, que si tengo la mente en Babia, que si a mis hijos no les ha de faltar de nada y a mi mujer tampoco, que pese a todo esa bruja no deja de ser eso, mi mujer; que tampoco te debe faltar nada a ti, que mi corazón te pertenece, que tampoco puedo yo ir a un banco a pedir prestado y exponerme a que se sepa que ando mal, porque en este negocio la discreción lo es todo, que ahora sí que *la cosa està fotuda*, porque si empiezo a pagar la deuda al Julio Romero ese, con los intereses, no me va a dar tiempo a recuperarme y estos hijos de perra no atienden a razones y va a ser la ruina, la absoluta ruina, maldita sea mi estampa.

Pilar iba dándole besos y diciéndole que sí a todo mientras su cabeza hacía cálculos: si Francesc se me queda sin dinero, yo y Stephen estamos fastidiados, y yo ya no estoy como para ponerme a buscar a otro Francesc que me lo pague todo y no haga preguntas. A él estoy acostumbrada, pero ahora, sin dinero, sin perspectivas, ¿qué haría yo con Stephen? Es imposible que con su trabajo en el Jamboree y las clases particulares nos pueda mantener.

Por otro lado, conocía a Iván. Pero ese me odia con toda la fuerza de su condición de niño despechado.

Más tarde, ya en la penumbra de la habitación de tonos granates de un *meublé* cercano al puente de Vallcarca, Reinosa no rindió.

Tras deshacerse en disculpas y en que esto no volverá a pasar, se quedó dormido, acurrucado en brazos de Pilar. Desnudo, algo fofo, que ya tenemos cierta edad, los brazos y el pecho velludos, el pene

flácido, los ronquidos sonoros y ella achuchándolo, acariciando su pelo negro con pocas canas y pensando que había que arreglar aquella situación y que, seguramente, Stephen sabría cómo hacerlo.

Stephen, su hombre, su amado, inteligente, leído, viajado, fascinante, que le tenía agarrada el alma entera, sabría dar con la solución.

Reinosa despertó y trató de estimularse, a ver si podía sacarle partido a aquella visita al *meublé*, pero aquella no era su noche.

—La semana próxima cumplirás como un tigre, ya verás —lo tranquilizó ella.

El empresario se atizó un vaso de whisky de la botella que tenía a su nombre en el establecimiento y miró el reloj. Era tarde, tenía que volver a casa. Su mujer lo abroncaría incapaz de aparcar los celos, por inútiles, incapaz de aceptar la excusa barata que, otra vez, él contaría acerca de una interminable cena de negocios. ¿Por qué su matrimonio no podía, como tantos otros, acabar basándose en silencios que ninguno de los dos quiere romper? ¿Por qué no aceptaba aquella vieja bruja que habían tenido sus años buenos, que vivían con acomodo y gozaban de dos estupendísimos vástagos, y que a esas alturas el amor ya no tenía nada que ver? ¿No era ya suficiente? ¿Había necesidad de seguir con los lloros y los reproches?

Mientras se anudaba la corbata observó a Pilar, de espaldas, acabando de calzarse. El vestido veraniego y de un fresco color verde botella dejaba sus hombros al descubierto. Él se acercó y los besó, primero uno, luego otro.

—Te quiero —le dijo.

Ella se dio la vuelta, acarició su barbilla con la yema de sus dedos y le sonrió.

Stephen dio con la solución, y además lo hizo bastante rápido.

Si sobre la faz de la tierra había alguien capaz de manipular a su antojo a Iván, el camarero del Blue Note que al principio tan mal lo había mirado, devorado por unos celos más que evidentes, esa era Pilar Alférez. Y si, para que Francesc Reinosa pudiera sanear sus finanzas y seguir abonándole apartamento, vida y caprichos a la mujer que amaba, esta tenía que volver a cruzar su camino con el de aquel chaval, pues amén. Porque Stephen también bebía de esa fuente y lo primero somos tú y yo, *honey*.

—Chico de Blue Note puede hacer lo que tú dices de hacer, seguro. Tú puede *easily* manipular.

Pilar no podía negar la parte lúdica ligada a la juventud y al consiguiente empuje de Iván Regueira. Pero no las tenía todas consigo. Ella se encamaba con Reinosa porque le daba dinero, pero también porque había un vínculo afectivo con aquel hombre que había supuesto su primer paso hacia la liberación, una tarde ya remota en una escapada a la Carretera de las Aguas. No lo amaba, su corazón pertenecía al americano, pero no le era indiferente y le gustaba complacerlo. Le gustaba ver a aquel galán sonreír bajo su bigote y meter barriga para parecer más delgado y atlético.

En cambio, el Cambados había sido un divertimento cuyo desenlace —aquel griterío a las puertas del apartamento de Regomir, con puñetazo a una farola incluido— le había resultado molesto. Demasiado iluso. Demasiado gritón. Demasiado niño.

Pero Stephen insistió. Ese chavea puede comer de tu mano, *honey*. Y si él puede arreglar lo de esa deuda, vale la pena el esfuerzo. Yo no soy celoso. El amor es otra cosa. El amor son nuestras dos almas encontrándose en el tiempo y el espacio. El amor es hacer lo que se tenga que hacer para que siempre seamos nosotros dos lo primero. Y de algo tenemos que vivir y no limitarnos a subsistir, porque el amor es eso: vivir. Tú y yo, *honey*, protagonistas de nuestra vida.

Fue así como, convencida por esa mezcla de apasionada oratoria y comedida gesticulación, Pilar encaró, al cabo de una semana, su encuentro con Francesc Reinosa portadora de la buena nueva:

—Frankie, creo que te puedo ayudar con ese asunto de la deuda, amor mío.

—¿Cómo…? ¿Qué dices? —repuso él asombrado.

—Resulta que tengo contacto directo con el señor Romero —afirmó ella acariciándole la barbilla.

—¿Y…, y de qué conoces tú a…?

—Un amigo de mi marido con el que siempre nos tuvimos mucho afecto es un gran amigo de Julio Romero —mintió.

—Pero, pero…

—Pero nada, mi vida. Tú déjame hacer a mí.

Convencido de que un hombre se tiene que sacar solo las castañas del fuego, Reinosa no acogió con entusiasmo el hecho de

que una mujer le pudiera solucionar la papeleta. No obstante, en su fuero interno sabía que tampoco tenía muchas opciones y que, si no atajaba el pago de aquella deuda con sus intereses, podía derivar en ruina o, como mínimo, en mandar a sus hijos al altar con una mano delante y otra detrás. Y, además, el escarnio, el qué dirán, los reproches de su mujer. Toda aquella avalancha de despropósitos.

Así que claudicó:

—Como veas, *Byby*. Pero no quiero que sufras ningún problema o contratiempo por esta cuestión.

Tras cenar en el *imbiss* de la plaza Núñez de Arce, fuertemente motivado para ahorrar el dinero que le costaría un *meublé* y guardarlo para su deuda con Julio Romero, Reinosa optó por que se trasladaran en taxi al apartamento de la calle Regomir. Allí, él y Pilar hicieron el amor.

Ella fingió dormirse en los brazos de él, que tampoco dormía —llevaba días sin hacerlo más de dos o tres horas por noche—. Francesc se incorporó y se sirvió un vaso de Dewar's que apuró de dos tragos, asimilando que Pilar era la única persona en el mundo capaz de revertir aquella situación de mierda.

—La única, *cagondena* —gorjeó.

Aquella noche de finales de junio de 1962, Iván se había quedado solo, limpiando la pequeña barra del Blue Note. Jack y los demás estaban abajo, en el Jamboree.

Normalmente era Jack quien, tras el cierre, se quedaba a hacer números, beber whisky, esperar a los compradores de centraminas, marihuana o heroína que Stephen le enviara desde la barra de la cava, y, acaso, mientras escuchaba al trío de Oscar Peterson con su adorado Ray Brown al contrabajo, fumar algo de jaco o pinchárselo, aunque esto lo hacía cada vez con menos frecuencia, que ya viste cómo de desmejorada acabó aquella vacaburra ingrata de Peggy. Y tú no quieres terminar viéndote igual.

Aquella no era una noche de excesivo ajetreo y no había muchos números que hacer, de modo que fue Iván quien se quedó limpiando, tomando nota de las existencias, tratando de no apartarse del alcance del ventilador, y atendiendo a posibles compradores de material estimulante. Y, por supuesto, atizándose su buena sesión a base de grabaciones de Peterson y compañía, y paladeándola con un copazo de coñac Grand-Père.

Mientras, repasaba mentalmente lo que la víspera, parapetados por la fresca sombra del bar del Coyote, le había dicho Manuel Lavado, que se nos ha lisiado un chaval y ese ya no va a poder volver a trabajar, y en cuanto nos entren los pedidos para el otoño, ese puesto se va a tener que cubrir porque no vamos a dar abasto, oye.

—¿En serio? —le preguntó él abriendo mucho esos ojos de un verde atlántico.

—Ya he dado tu nombre —le anunció con orgullo el padre de Patricia.

—No sé cómo agradecerle, señor Lavado. —Agarró la mano derecha del hombre con las dos suyas.

—Me lo agradecerás trabajando duro, zagal. —Le palmeó el dorso de una mano.

Lamentándolo mucho por el accidentado, al Cambados aquella noticia le había sabido a gloria bendita. Perfecto para trabajar duro, pulir mucho tema en el Blue Note y alrededores y hacer muchas visitas de cobro por cuenta del Patata. Todo para tener unos ahorros que lo ayudaran a hacer frente a meses venideros, de muchas horas en la fábrica y un salario tirando a magro.

Y a partir de ahí: todo lo demás. El resto de su vida. Pencar, por supuesto. Y pedirle la mano a Patricia. Si se empleaba a fondo, quién sabe, en dos o tres años podrían estar casados y vivir juntos en un apartamentito. O tal vez, al principio, se las tendrían que apañar viviendo en casa de los suegros. O, peor, en casa de Avelina. No, eso no. Mejor los suegros que en la guarida de la momia meapilas, perennemente impregnada de aquel insufrible olor a berzas y patatas hirviendo.

En esas cavilaciones andaba inmerso cuando oyó el timbre de la puerta, ya cerrada al público, del local.

Un clásico, pensó. Unos turistas, o unos marineros o unos pijos de la Barcelona bien que andan por el Jamboree y se han metido en palique con Stephen, y este, copa va, copa viene, acariciándose la perilla, les ha explicado cómo funciona este trozo de ciudad durante la noche, que es cuando todo realmente importa por aquí. Y sube al entresuelo de este mismo edificio, que te darás de bruces con un cartelito donde pone «Blue Note». Y verás que está cerrado, pero tú haz caso omiso y llama al timbre. Y etcétera, que esta noche va a

ser inolvidable y mañana no vas a recordar ni tu nombre.

De la misma manera se iban a conocer, un mes y pico más tarde, la escocesa Joan Barr y Jack Hall.

Así que Iván abrió la puerta esperándose lo de siempre. Por eso se le quedó la mandíbula tiesa como una mojama, la boca entreabierta, la mirada fija y su organismo entero petrificado cuando vio quién era.

—Cuánto tiempo, Iván. ¿Puedo pasar?

Lucía un cardado impresionante, unas pestañas postizas que ampliaban el brillo de su mirada de color gris pardo. Los labios bien pintados con Bohemia de Verano, sin exagerar, lo justo para recordar el erotismo de una boca de sonrisa calculadora e irresistible. Vestía un suéter negro de manga corta y cuello de cisne que marcaba toda su curvatura y una falda de pata de gallo. Olía a esencia fresca, a sangre caliente, a piel suave y blanca que quieres saborear.

La invitada no esperó a que él reaccionara, simplemente entró y lo supo: si se te queda mirando así, como un pasmarote, inmóvil como la estatua de un museo, es que todavía puedes hacer con él lo que te propongas.

Pilar era una mujer atractiva, pero en esos instantes se sintió la más bella del mundo. Pasmado, él se preguntaba qué hacía ella ahí, tras casi un año desde aquella ruptura con bronca monumental y después de todas las indisimuladas muecas de odio que se le habían cuajado en el rostro cuando empezó a verla con Stephen Jameson. Todo aquel rencor del hombrecito despechado, toda aquella rabia del machito que no sabe perder, se habían quedado en nada y una rotunda sensación se apoderó de la mujer, como de poder volver a agarrar los hilos para tener nuevamente el pleno control sobre aquella marioneta todavía casi imberbe.

Iván cerró por fin la puerta, la miró fijamente y, con una voz ridículamente engolada, tratando de parecer más hombre, le preguntó:

—¿Qué es lo que quieres?

Ella, en una perfecta coreografía, negó primero, bajó luego la cabeza y, dirigiendo sus pasos hacia la puerta, con un preciso aspaviento a mano alzada, replicó con un dramatismo digno de las mejores radionovelas:

—Nada, olvídalo. Ha sido un error. Todo esto es un error.

Como era de esperar, Iván se interpuso entre ella y la salida.

—¡Espera un momento! ¡Dime qué ocurre!

Ella:

—Nada, Iván, de verdad. Ha sido un error venir a verte. Perdóname por molestarte, lo siento mucho.

Él la agarró entre sus brazos, la volteó, mírame y no me des la espalda. Y volvió a preguntar.

—No, Iván, no. Es igual. No te volveré a molestar nunca más —prometió con la mirada lánguida, estratégicamente apuntada hacia ningún lugar.

Y él, que no, que no me molestas, sólo explícame qué diablos ocurre.

—Eres tan bueno, Iván. Y yo he sido tan injusta contigo…

Y ella pasó de estar agarrada a abrazarse a él, que note mi cuerpo, mi indefensión, soy tuya, eres tan bueno. Y enseguida notó el estremecimiento de él, lo que la impelió a seguir con el teatro: no te merezco, Iván, ¿por qué no son todos los hombres como tú? ¿Por qué hay hombres tan malos?

Perfectas migas de pan para que la presa siguiera un juego de niños hacia la trampa final.

—Vamos a sentarnos y me explicas exactamente qué es lo que pasa, ¿de acuerdo, Pilar?

—Sí, Iván. Gracias, gracias de corazón. Eres tan bueno, y yo he sido…, he sido…, ¡no quiero ni pensarlo!

La mujer se sentó a la mesa más próxima a la barra mientras el Cambados fue a buscar un par de botellas y un vaso para ella, en el que sirvió un poco de ginebra con tónica. Oh, te acuerdas de lo que me gusta. Dios qué bueno eres. Etcétera. Ambos fumaron, bebieron, se miraron, se respiraron, el corazón de Iván iba a mil, su espalda sudaba, ¿qué diantre estaba ocurriendo? Sólo sabía que no quería que Pilar se fuera. Ni ahora ni jamás.

—Te he venido a ver no por mí, sino por un amigo —empezó ella—, ¿qué digo, amigo? Un padre. Porque para mí es como un padre…

—¿Un padre? —titubeó—. ¿Quién es?

—Es mi querido Francesc Reinosa.

Al Cambados ese nombre le quería sonar, pero no caía.

—Siempre ha sido tan atento conmigo, con mis niñas —prosiguió la mujer echando mano de su rica inventiva—, y fue el único, o de los muy pocos, que cuando yo me separé de Joaquín no me juzgó, no me quiso imponer su moral puritana como hicieron los demás. Ay, el bueno de Francesc.

Ahora ya lo recordaba: el viejo aquel del almacén de la calle Aragón que le debe unos cuartos al Patata y al que fuimos a visitar el Mexicano y yo hace un par de semanas. Uno más de los varios desgraciados que se enmierdan pidiéndole prestado al jefe, que hay que tener poca vista.

—¿Qué pasa con él?

La respuesta de Pilar fue digna de estatuilla dorada de los Oscar: en vez de contestar enseguida, estalló en un llanto perfecto —probablemente pensando en cómo se verían Stephen y ella si perdían el soporte financiero del empresario— que hizo que él la arropara con sus brazos.

—Mi querido Francesc, que es como un padre para mí, que es como el abuelo de mis dos niñas —reincidió en la idea porque ¿qué clase de desalmado privaría a una hija de su padre y a dos inocentes niñitas de su abuelito?—, está pasando una mala época y por eso pidió prestado a un señor llamado Julio Romero…

—El Patata.

—¿Perdón?

—Nada, sigue.

—Pues bien, resulta que ese señor quiere que mi querido Francesc pague ya su deuda con los intereses…

—Es lo que ocurre cuando pides prestado, Pilar —interrumpió él con tono resabiado, tratando de parecer el hombre de mundo que todos quieren parecer a esas edades—, que tienes que devolver el dinero y encima pagar el extra que hayas acordado.

—¡Pero Francesc no puede! ¡No ahora! Podrá después del verano. Podrá devolverle hasta el último céntimo, tal vez más. Pero si mi querido amigo se ve en la obligación de pagar al señor Romero ahora, se va a arruinar. ¡A su edad! Un industrial como él, toda la vida trabajando, y sólo porque pasa una mala racha y no se ha entendido bien con el que le ha prestado dinero. ¡No es justo! ¡No es nada justo! —resolvió antes de volver a sollozar.

Iván la consoló acariciándole el rostro, recogiendo trazas del

eyeliner corrido con la yema de sus dedos, y dejó que el lagrimeo amainara antes de preguntar:

—¿Y qué puedo hacer yo, Pilar?

—¡Tú conoces a Julio Romero!

Él se sobresaltó:

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque te vi —confesó ella—. No hace mucho, venía yo de hacer un recado y, como pasaba por allí cerca, me dije de ir a saludar a mi viejo amigo, quizás también estaría su mujercita, a la que también quiero tanto, o sus hijos, dos muchachos muy buenos. Pero en cambio os vi a ti y a un amigo tuyo abandonando el almacén.

Iván no pudo negar la evidencia, y otorgó callando.

—¿Lo ves? Tú conoces al señor Romero porque ibas de su parte. ¡Tú puedes hablar con él, convencerlo!

—¿Convencerlo de qué, Pilar? ¿De que no le cobre la deuda?

—No. Ya sé que eso es imposible, pero al menos de que cobre la deuda después de verano. ¡De que no se la exija ya!

Él se echó un trago de Grand-Père y se encendió otro cigarrillo. Si había algo que Julio Romero, el Patata, no toleraba de nadie es que se inmiscuyeran en sus negocios. ¿Hablar con él? Ni en sueños. Posiblemente se hubiese llevado una tunda y lo hubiesen echado de la banda a patadas en el culo. Y, fuera de la banda, Jack Hall tampoco hubiera tardado en darle boleto y hasta la vista, Cambados, que aquí ya no hay sitio para ti. No pensó en que, visto fríamente, daba igual, habida cuenta de que pronto empezaría a trabajar en la sedería Ferrer Bernadas de la barriada de Gracia. No lo pensó, porque ante él, ahora mismo, sólo estaba Pilar.

Esta le puso una mano en la rodilla.

—¿Nos ayudarás, Iván?

Su fragancia se imponía sobre el resto de los olores: coñac, ginebra, tabaco, la lejía con la que había limpiado la barra y fregado el suelo, pero todo huele a ti, a mi deseo por ti. Y ella se puso de rodillas, entre sus dos piernas, masajeando sus muslos, sonriéndole desde ahí abajo, yo creo que te amo, que nunca he dejado de amarte, ¿por qué me hiciste tanto daño? ¿Por qué te fuiste de mi lado?

Con suavidad, Pilar Alférez desabrochó primero el cinturón y

después bajó la cremallera de los pantalones de tergal gris del Cambados. Luego se los bajó junto con los calzoncillos. Contempló el trozo de desnudez de él y sonrió con amplitud. Le dirigió un vistazo rápido antes de hundir su cabeza y que sintiera toda la aterciopelada suavidad de sus fauces dándole placer.

—Te… ayudaré, Pilar…, te lo… juro —fue capaz de pronunciar él con un balbuceo ridículo.

Y la cosa siguió mientras Iván se instalaba en una zona extraña entre la pasión por aquella mujer, el miedo por hacer algo que contrariara al Patata y, en mucha menor medida, la culpabilidad por estar fallándole a Patricia, cuya imagen se desdibujaba en su mente según se iba incrementando el oleaje de placer que estremecía todo su cuerpo.

Cuando Pilar Alférez abandonó el Blue Note, con el sabor pastoso del placer de Iván entre los dientes y la promesa de que intercedería en la deuda de Francesc Reinosa, bajó al Jamboree, sobre cuyo escenario el saxofonista Salvador Font, alias Mantequilla, y el trompetista Manolo Mercedes bordaban una versión del *Moanin* de Bobby Timmons.

Se dirigió a la barra. Allí la esperaba Stephen Jameson, que le sirvió una ginebra con tónica de la que ella sorbió un trago para quitarse el sabor del otro de la boca.

—¿Qué tal fue con chico de Blue Note? —preguntó él en su castellano torpe.

—Bien, amor. Me ha dicho que va a hablar con el acreedor de Francesc para que este no le dé el dinero enseguida.

—Tú seguro convencido muy bien, *honey*.

—Cariño, todo esto lo hago por nosotros, para que no nos falte el dinero —repuso ella sintiéndose moralmente autorizada para haber llegado hasta ese punto.

—*I know, I know*. —Stephen alzó las manos—. Yo estar bromeando. Esto cosas que *happen*.

Se besaron en los labios.

—Te quiero tanto, ¿lo sabes, no?

—*I know, baby*, y yo también amo a ti. Pero *tonight* mejor no quedas aquí, que luego Iván suele bajar y mejor no ver nosotros *together*.

—Tienes razón, corazón. Te espero en casa.

Se volvieron a besar y Pilar Alférez salió a la plaza Real en dirección a su apartamento de la calle Regomir, confiada, sonriendo, atravesando la fila de mesas del Ambos Mundos, entre sedientos bebedores de tanques de cerveza y devoradores de calamares a la romana a deshoras.

Estaba contenta, con esa sensación de que los engranajes giran bien y en la dirección adecuada.

Dejando atrás el bullicio de la plaza, amaba con todo su corazón a Stephen Jameson, deseaba con toda su alma el dinero de Francesc Reinosa y pensaba que lo de Iván Regueira no dejaba de ser, además de necesario, inocentemente divertido.

Este, por su parte, se sentó en una butaca del Blue Note y pasó el resto de la noche liquidando la botella de Grand-Père y pensando un plan para conseguir el dinero de la deuda sin arriesgarse a cabrear al Patata con peticiones absurdas. Porque lo de hablar con este ni se contemplaba como opción. Había que urdir un muy buen plan que le proporcionara un buen dinero y, como guinda del pastel, le devolviera el amor de Pilar Alférez.

A quien no contemplaba aquella jugada que su mente delineaba frenéticamente era a Patricia Lavado. Tampoco tenía en cuenta el trabajo en la sedería gestionado por el padre de ella.

Cuando la esfera de su reloj Omega marcaba las siete de la mañana, el plan había cobrado forma y únicamente le faltaba convencer a sus cómplices. Tampoco es que estos tuvieran que saberlo todo. Sólo lo suficiente para que se sumaran, atraídos por sacar sus respectivas tajadas.

La botella de coñac estaba liquidada, igual que el par de paquetes de tabaco americano, así que aquella mañana a Iván Regueira no le quedó más que hundirse en aquella butaca y dormir a pierna suelta, recordando la dulce sensación de tener a Pilar acurrucada entre sus piernas.

Tardó una semana en acabar de trazar el plan y se lo explicó una bochornosa tarde a Eduardo el Mexicano y a Sixto, el primo de Patricia, sabiendo de antemano que les iba a gustar. Queda entre nosotros tres, ni el Patata ni nadie más tiene que saber nada, nosotros nos sacaremos una buena plata y ante los demás deberemos disimular, que es la mejor manera de disfrutar del botín y, sobre todo, de que no te trinquen.

Concretamente, el plan era atracar a taxistas.

—Necesitaremos una pipa.

La primera idea fue la de asaltar a un sereno, tres contra uno, golpiza rápida, desarmarlo y tirar con el hierro que le hubiesen sacado. Muy atractivo, sobre todo el hecho de propinarle una tunda a un chivo, pero muy peliculero y muy arriesgado. Como saque el arma antes de que podamos inmovilizarlo, nos cruje. Como por las cercanías ande otro sereno, nos crujen. Como ande por ahí cerca una patrulla de la Motorizada o de la Urbana, nos crujen.

—Tengo una manera más fácil para hacernos con una cacharra sin que nos crujan —anunció el Mexicano.

—Pues a ver.

Se trataba de ir a ver al Siete Vidas, un limpiabotas bujarrón más viejo que andar a pie del que decían que, durante la guerra, había sido el amante de un brigadista internacional que lo había acabado torturando en su propia checa. Luego había estado en un campo de trabajo donde había conocido a uno de los hermanos Creix, antes de que este y su hermano se convirtieran en el terror de los sótanos de la comisaría de Layetana, al frente de la Brigada Político-Social. Se decía que, tras la entrada de los nacionales en Barcelona, el propio Juan Creix lo había animado a que se alistara en la División Azul para limpiar su reputación y a ver si, de paso, se le curaba lo de ser un tabla. Así, decían, había marchado al frente ruso, de donde había vuelto igual de maricón y con un trozo de metralla en la pierna que lo había dejado cojo de por vida. También se contaba que había recibido disparos, cuchilladas y un sinfín de palizas, pero ahí seguía, enclenque, rostro cetrino de ojera amarillenta, pelo lacio y descolorido, menos de una docena de piños aguantando, mal anclados en aquella boca de aliento a cloaca.

Un asco, pero vivo.

Por motivos jamás dilucidados, Nicolás el Siete Vidas le tenía un especial cariño al Mexicano. No un cariño fruto de algún tipo de intimidad —Eduardo encajaba bromas al respecto repartiendo puñetazos duros como el granito—, sino más bien una suerte de afecto fraternal que, en alguna ocasión, había hecho que aquel tipo escuálido sacara a relucir su pasado divisionario y su relación con los hermanos Juan Creix para ayudar al joven cuando se había metido en algún lío.

Visitar al limpiabotas en la lóbrega pensión de la calle del Marqués de Campo Sagrado, donde empujaba una hora detrás de otra, fue por tanto la opción que el rubio grandullón contempló como más viable de cara a hacerse con una pistola.

—Yo no tengo una fusca, ¿qué os habéis creído que soy? ¿Una armería?

Fue lo primero que aquel marica de sonrisa perturbadora y pequeños ojos malvados pronunció ante la petición de los tres chavales. Además, razonó —y no sin dejar patente un cierto sentido común—, vosotros sois unos críos que como mucho podéis meteros a *espadistas* para desvalijar una camisería o una charcutería, o de descuideros para levantarle la cartera a algún *pringao*, pero atracar a personas son palabras mayores, lo de tener un arma apuntada contra alguien no es tan fácil como parece en las películas, que o sabes lo que te haces o tiemblas, sudas, se te nubla la vista, te mareas, la tripa se te pone patas arriba y es cuando metes la pata. Y cuando te equivocas es cuando pagas.

Sabía de lo que hablaba.

—Pero ¿puedes conseguirnos una pipa, sí o no?

—¿Me estáis escuchando, hatajo de imbéciles?

—¡Que sí, que sí, que te escuchamos!

Total, la cosa se alargó, pero el Siete Vidas finalmente claudicó y quedó en que les conseguiría una automática por un par de lechugas que le tendrían que ir pagando sin demora.

—¿¿Dos mil pelas??

—Ni una menos, y no se os ocurra jugármela, que cuando vosotros no habíais nacido yo ya mataba, y a mí sí que no me tiembla el pulso.

—¡Que sí, que sí, que cómo te la vamos a jugar a ti!

Al cabo de unas noches, en la Tierra Negra, a los pies de un Montjuich azotado por un fresco aire portuario, en medio de matorrales donde sarasas salidos, chamiceras con sus clientes y parejitas jóvenes con más ganas que medios, iban a darle al asunto, y con el silbido del tren cruzando en dirección a la estación del Morrot, el limpiabotas apareció con un pequeño fardo cuya tela desenvolvió para mostrar un reluciente revólver Astra Cadix del calibre 22 con cañón de cuatro pulgadas. Al lado, una cajetilla con los cartuchos para el tambor.

El Mexicano pagó mil pesetas que habían juntado los tres amigos, el resto te lo damos en las próximas semanas, que hay confianza.

Cuando el Siete Vidas le entregó la cacharra y los cartuchos, agarró al chico del brazo y susurró:

—Si la fastidiáis con esto, Eduardo, yo no voy a poder ayudarte.

—No te preocupes, Nicolás, que lo tenemos todo controlado.

—Ya, claro. Y, sobre todo, si os trincan, ni a ti ni a tus amigos se os ocurra mentarme. ¿Entendido?

—¡Que sí, que sí, que jamás se nos ocurriría!

Se estrecharon la mano y los tres proyectos de atracador se dirigieron hacia el Paralelo dejando atrás a aquel viejo que, posiblemente, aprovecharía parte del dinero recién ganado para darse una alegría con algún dante emboscado entre aquellas dunas y matorrales.

Ni Sixto ni Eduardo sabían que la idea de Iván venía dictada por la necesidad de destinar parte de sus ganancias para pagar al Patata, como si fuera dinero recaudado a aquel amigo industrial de Pilar. Era un objetivo que no alteraba en lo más mínimo su plan.

La jugada se le antojaba maestra: gano mucho atracando a taxistas, al Patata le voy pagando con parte de esa pasta por cuenta de Francesc Reinosa, como si esas leandras me las hubiese dado él, así tengo contenta y a mi lado a Pilar, que, agradecida y admirada, volverá a mí y será sólo mía. Por otro lado, cuando el empresario tenga lista toda la lata, me la dará a mí en vez de al Patata, así que para finales de año me caerá un muy buen pellizco, más todo lo extra que tenga ganado de los palos que haya ido metiendo a los taxímetros.

Caminando con sus dos amigos por la avenida iluminada, pasando al lado del estudio de Ignacio Iquino, donde había conocido a Pilar un año y pico antes, se veía a sí mismo importante, peligroso, dueño de las calles de esta ciudad a la que había llegado hacía poco más de una década con una maleta llena de harapos y miseria. Quién sabe, pensó dibujando una sonrisa jactanciosa, quizás me meta a fondo en los negocios del Patata, que eso de los préstamos y lo del boxeo mueven guita. Me conoce, confía en mí, tendré el parné y el nombre. Su imaginación lo trasladaba a un futuro cercano, bien fardado, bebiendo whisky de malta, fumando

Marlboro americano y mirando la hora en su elegante Omega, mientras espera a Pilar para llevarla a cenar a La Puñalada y que nos miren y que nos vean.

Escasas calles más arriba, Higinia consolaba a su hija Patricia, que había estado toda la tarde esperando a Iván, y este ni había aparecido ni había dado señales de vida, que al menos hubiese podido llamar al bar del señor Ramón para avisar de que no podía venir. La semana anterior ya lo había encontrado algo distante, como si no se hallara a su lado, sino en otro lugar; como si en aquel paseo vespertino por la avenida Mistral, en busca de un helado para los tres —ella, él y Manolito, el hermano—, de Iván sólo hubiese estado allí el cuerpo, pero ni la mente ni el alma.

Y Patricia era fuerte, pero también intuitiva y estaba enamorada, y no podía dejar de entrever que algo se había interpuesto entre ella y el chico que amaba. ¿Tal vez había otra? Él es un hombre y estos tienen necesidades, pero debe esperar, como yo también espero, que aquí esperamos los dos. O quizás, simplemente, ya no me quiere.

—Pero ¿qué he podido hacer o decir para que ya no me quiera?

La chica no pudo contener unas lágrimas que a la madre la apenaron, al hermanito pequeño al principio le divirtieron, aunque más tarde le angustiaron, y al padre le cabrearon, que ni ese ni ningún otro niñato hace llorar así a mi niña, hostias.

—Ay, Manolo, ¡esa boca, que están los niños delante!

Durante aquella noche, Iván ni siquiera cayó en la cuenta de que la tarde anterior había quedado con Patricia. Era como si nunca hubiese existido para él nadie más que Pilar. Fue en esta en quien pensó todo el rato. En el momento de parar un taxi en el Pueblo Seco, un Fiat 1100 más bien destartalado. En el momento de subirse e indicar una dirección en Capitán López Varela, cerca del cementerio del Este que es zona desangelada. Durante el trayecto, con las piernas moviéndose sin control, el sudor debajo de la camisa, la adrenalina que nubla la vista, el corazón que patea la caja torácica. En el momento de llegar y enseñar el arma por el retrovisor, antes de apretarla contra la nuca del taxista, mira al frente y no a nosotros, danos el dinero y quédate con las manos sobre el volante contando hasta mil, que, como te muevas, volvemos y te volamos la cabeza. En el momento de salir corriendo por el entramado callejero del Pueblo Nuevo, la pasta del taxista en

los bolsillos, los tres amigos que se separan y se citan al día siguiente para repartirse ese primer botín. En el momento de llegar a casa, el olor a berza y patata hervida, los tenues ronquidos de Avelina que resuenan en el silencio de la madrugada.

Durante todo aquel rato, la que estuvo instalada en la sesera de Iván Regueira, el Cambados, fue Pilar Alférez, y por allí Patricia no pasó ni de casualidad.

Aquella madrugada la hija de Manuel Lavado había conseguido por fin conciliar el sueño. Las derramadas aquella tarde y noche no serían, ni mucho menos, las últimas lágrimas que le iba a provocar el chico gallego que meses antes la había conquistado en aquel baile del barrio, y en el que ella se había empeñado en ver grandes bondades.

Ni idea, tenía, de todos los llantos que estaban por llegar.

A Fulgencio Roncero la guerra lo pilló con diecinueve años y viviendo en su pueblo natal de Las Mestas, de donde hasta entonces nunca había salido. Como en aquel momento se encontraba allí, acabó alistado en el bando sublevado. Un primo suyo no había tenido tanta suerte, pues el conflicto lo pilló en Madrid, adonde había ido a buscarse la vida unos años antes, y se integró en el bando republicano, con el resultado de que lo ajustició —poco después de la guerra— un pelotón con unas ganas locas de revancha.

Al igual que a su primo, no es que a Fulgencio, un muchacho de espalda recia, cejas pobladas y pelo de un negro abejorro, le interesara nada de lo que pasaba en política. Su vida había sido incontables horas de labranza en un suelo estéril y duro, correrías con los amigos por la sierra, el dificultoso fluir de las aguas del Ladrillar y del Batuecas, el flirteo con la hija de los Hernández, el prepotente paso de atroces fríos en invierno y la contundencia del sol pegando sobre la pizarra y asando pies y almas, marca de la casa de los sofocantes veranos de Las Hurdes. Así que ¿política? —se podía haber preguntado él, o cualquiera de por ahí—. ¿De qué me sirve a mí la política? La política no ara los campos, ni fertiliza estas tierras, ni llena la mesa de pitanzas ni los cuencos de vino, ni ayuda a que la Carmen, la hija de los Hernández, se deje robar un morreo y sobar las agarraderas.

Pero en 1936 resulta que había estallado una guerra y que un

día llegó al pueblo con uno de los dos ejércitos contendientes. Los soldados se plantaron en la plaza, justo delante de la parroquia, y un militar habló de salvar España de los rojos, de Dios y de una serie de conceptos más o menos comprensibles, el principal de los cuales era (o así lo había entendido Fulgencio): o te enrolas con nosotros, o al Dios del que te acabamos de hablar, ese al que le rezáis cada domingo en la iglesia, te lo vamos a presentar en un santiamén.

Así que al chico no le quedó otra que alistarse mientras veía cómo un par de sospechosos de tener una excesiva simpatía con el Gobierno, y que además se conocía que no iban a misa ni para la del Gallo, eran conducidos a la cercana escuela de El Cabezo en compañía de otros de aldeas colindantes con los mismos gustos. Nunca iban a regresar.

Fulgencio hizo la guerra como cualquier otro mozo de su edad y condición: tratando de sobrevivir, de pasar la menor hambre y el menor frío posibles, aprendiendo a despiojarse con cierta eficiencia y comiendo y fumando toda vez que tuviera la oportunidad. Como su infancia había sido dura, aguantó razonablemente bien el desgaste y la violencia y llegó casi al final. Concretamente llegó a un fresco día de finales de enero, tres años después, marchando sobre Barcelona tras cruzar el país a sangre y fuego. Justo durante esa marcha por las calles de aquella gran urbe, una bala, disparada desde un tejado por un irreductible anarquista dispuesto a morir matando, se le incrustó en el pecho. Pudo haber sido fatal, pero pasó pocos centímetros por debajo de donde lo hubiera matado. Fue un milagro.

Al ácrata que había abierto fuego no tardaron en pescarlo y darle para el pelo, mientras que para Fulgencio ahí terminó la contienda. A buenas horas, pensó al recuperarse, ya me podían haber pegado un tiro enseguida y me la hubiese pasado en la retaguardia de Burgos o Salamanca, comiendo y durmiendo caliente.

O quizás aquella fuera una señal. El índice de una mano divina apuntando hacia el lugar donde va a pasar todo lo que le queda por vivir.

Como no le seducía mucho la idea de volver a su tierra natal para pasarse el resto de su existencia deslomándose en aquellas

tierras, cuyo humus necesitaba ser importado de otros lugares, o quebrándose los huesos sobre aquellos áridos mares de piedra, optó por interpretar que Dios le estaba diciendo quédate aquí. La bala le había debilitado el corazón y muchos esfuerzos tampoco podía hacer si lo que quería era no reventar precozmente. Para más inri, le habían comunicado que la Carmen se había casado con uno llamado Carabias, que era tonto de solemnidad y que ahora ya le estaría fabricando hijos, uno tras otro, igual de burros que él.

Así que decidió quedarse.

Los años habían ido pasando y Fulgencio medraba bastante bien. No es que se sintiera especialmente bienvenido por los lugareños, en particular los de alta alcurnia, pero no se podía quejar de cómo lo había tratado la vida. A los cuatro años de estar en Barcelona, se casó con Cecilia, que era hija de hurdanos oriundos de Martilandrán afincados cerca de él, en Cornellá. Juntos habían tenido un par de hijos que, de pequeños, aprendieron ya a leer y escribir y que ahora, mayores y en edad de merecer, trabajaban en sendas fábricas. Los dos con novias y esas cosas. Y, por encima de todo, la sensación de que ellos tenían mejor vida que la suya y que, a la prole de estos, sus nietos, se les daría aún mejor.

Justo en eso andaba pensando Fulgencio Roncero en la última noche de su vida, en agosto de 1962, cuando a la altura del cabaret Rigat tres chicos se subieron al taxi que conducía desde hacía más de tres lustros.

Bien vestidos y de modales exquisitos, le indicaron una dirección en Nuestra Señora del Coll, al lado del parque Güell. Le dieron el nombre de una calle tan recóndita que tuvo que buscarla en el callejero.

—¡Caramba!, queda lejos eso —observó al encontrarla.

—Siempre que le vaya bien acercarnos hasta allí, que nos damos cuenta de que no está cerca y, tal vez, a estas horas esté usted ya de retirada —terció con extrema gentileza uno de los tres chicos, que se había subido al asiento de atrás y del que entreveía a través del espejo retrovisor una mirada verdosa de un brillo sincero.

A su lado, de copiloto, se había subido el más grande del trío, un muchacho rubio y muy grueso, embutido en una americana que hubiera resultado elegante si le hubiesen extirpado una docena de kilos. Este le sonreía y afirmaba con el gesto, dando la razón a su

amigo.

Fulgencio, que seguía teniendo mucho pelo y muchas cejas, aunque todo ya bastante encanecido, no era ajeno a las noticias que aquellos días circulaban un poco en la prensa escrita, algo más en la radio y muchísimo entre el gremio del taxímetro barcelonés, a propósito de unos atracadores que, a veces en pareja y a veces en grupo de tres, venían desplumando a compañeros. Se hablaba de uno especialmente grande y de otro de ojos claros, pero ¿cuánta gente podía haber así en la ciudad? ¿Cuántos chicos grandotes y cuántos de ojos claros habían subido a su vehículo en esa década y media abundante de trabajo? Y jamás había tenido un problema. Nunca. Porque Dios se lo había dicho, nada menos que metiéndole en el pecho un trozo de plomo: aquí te quedarás, aquí es donde habrás de vivir y prosperar.

Para calcular la duración del trayecto, miró su reloj, un Cyma Tavannes de oro que el padre de Cecilia le había regalado el día de su boda, con la inscripción del nombre de ambos en el dorso. «Para que aprovechéis el tiempo», le había dicho el suegro enigmáticamente.

—No os preocupéis —dijo el taxista subiendo la bandera—, os llevo a la dirección que me indicáis y, allí sí, cuando os apeéis doy mi turno por finalizado.

—Se lo agradecemos enormemente —añadió el chico de los ojos claros.

—Nada hombre, es mi trabajo.

—Pues me creerá si le digo que siempre es un problema para nosotros que nos acerquen a nuestra calle por la noche, por estar lejos y eso. De ahí que siempre intentamos aprovechar los tres el mismo taxi, que además de vecinos somos buenos amigos.

—Entonces ya podéis decir que hoy estáis de suerte.

—Sí, gracias a Dios… ¡Y, bueno, a usted, claro!

Durante el trayecto todo fueron simpatía, risas y amigable francachela hasta que, en el paseo de Turull, el rubio grandote abrió la boca por primera vez:

—Pare aquí —ordenó.

Como Fulgencio no estaba seguro de haber oído bien, y además ahí no había absolutamente nada por lo que detenerse, preguntó a su vez:

—¿Perdón?

Eduardo el Mexicano y repitió:

—Te he dicho que pares. Ahora.

Fulgencio empezó a sospechar que su intuición le había fallado. Trató de articular alguna palabra torpe, un qué ocurre, un qué pasa, un a qué viene esto, antes de sentir en su mejilla el tacto frío y metálico del revólver Astra Cadix del calibre 22 con cañón de cuatro pulgadas.

—Para. De. Una. Puta. Vez.

La avenida estaba mal iluminada por unas pocas farolas ubicadas al tuntún. Fulgencio detuvo el vehículo y, cayendo en la cuenta —entre pensamientos inconexos y una vaharada de pánico— que en toda la guerra no había tenido un arma encañonándolo, empezó a temblar.

—Vas a darnos todo el dinero y las llaves del coche y, cuando nos hayamos ido, vas a contar hasta diez mil antes de dar un paso fuera del vehículo y avisar a la bofia, ¿entendido? —le dijo Iván.

—¡¡Contesta!! —ordenó Sixto justo detrás del taxista.

Fulgencio trataba de reaccionar, pero sólo consiguió notar la pernera de su pantalón humedeciéndose y el corazón desbocándose, secuela de aquella bala escupida —casi tres décadas antes— a mala leche desde aquel tejado por aquel cabrón que, total, sabía que iba a morir de todos modos. Su cabeza despegaba ahora hacia una negritud absoluta, las voces de los pasajeros se tornaban lejanas, como ecos que restallan en las paredes gruesas de una habitación de al lado, la tráquea se le bloqueaba y no pasaba aire y ya no había frío ni calor ni todo lo contrario, y caes, Fulgencio, caes como si te despeñaras desde alguno de los cañones del arroyo de los Ladrones, pero las aguas son profundas, más que el arroyo, más que las del Ladrillar. Son infinitas y la tierra te traga y tus hijos, que estarán con sus novias, qué buenas muchachas son ambas, qué buena vida les van a dar. Y Cecilia me estará esperando, que nunca se duerme hasta que me oye llegar y, luego, cuando me meto bajo las sábanas, se me arrima, me besa en la mejilla y, entonces sí, sonriente, coge el sueño. Sueño. Para siempre. Definitivo. Que esta vez no voy a despertar.

—¡Eh, oiga! ¡¡¡Oiga!!!

—No grites, copón.

—¿Y quién nos va a oír, aquí?… ¡Eh, usted! ¡¡Oiga!!

—La madre que lo trajo al mundo, este se nos ha quedado tieso.

—No fastidies, Cambados.

—¿Que no fastidie? Míralo tú, Mexicano, que lo tienes al lado.

—¿Y ahora qué?

—¿Ahora qué de qué, Sixto?

—¿Que qué hacemos, Iván?

—Pues darnos el piro, ¿o te quieres quedar aquí hasta que llegue la poli?

—No, no…

—¡Pues entonces no hagas preguntas idiotas! Tú, Mexicano, agarra la pasta y nos abrimos.

—¡Voy!

—Lo hemos matado.

—Se ha muerto solo.

—Que no, que lo hemos matado, que si no llegamos a subirnos a este tax…

—¡Leches, Sixto! ¿Y qué quieres que hagamos? ¿Resucitarlo? Se ha muerto y ahora tenemos que salir por patas si no queremos que nos caiga encima la de Dios es Cristo por esto, ¿¿lo has entendido??

—S-sí… p-pero…

—¡Pero nada! ¡Muévete, repartimos rápido y mañana nos vemos donde siempre!

Como Sixto seguía mirando fijamente el rostro de Fulgencio, según este amarilleaba y adquiría la rigidez de unas facciones a las que la vida acaba de abandonar, Iván decidió darle una bofetada, acertando con el diagnóstico, pues el primo de Patricia salió escopeteado del vehículo. Iván había reparado en el Cyma Tavannes, lo sacó de la muñeca del muerto y se lo metió en el bolsillo del pantalón.

Tras recorrer unos metros, los tres se repartieron el dinero con celeridad y luego cada uno emprendió la senda hacia su hogar.

En su largo trayecto a pie, el Cambados vomitó dos veces. No había bebido ni una gota de alcohol. No había cenado nada que le pudiera haber sentado mal. Simplemente no estaba preparado para ver a un hombre morir delante de él y que, además, hubiera palmado por su culpa.

Cuando por fin estuvo tumbado en su cama, tras guardar el

dinero y el reloj del taxista en una caja de calzado debajo de la misma, se durmió pensando en Pilar y en que, tal vez, lo ocurrido no había sido del todo negativo y le proporcionaría la sangre fría necesaria para desembarazarse de Stephen Jameson.

Porque todo esto, Pilar, es por ti. Por nosotros.

Y que muera quien tenga que morir, que de ti no me separa ya nada ni nadie.

Eso pensó, presa de una imbecilidad abisal, olvidándose del taxista recién muerto, antes de cerrar los ojos aprovechando el breve intervalo de noche que todavía le quedaba al nuevo día en ciernes.

11

Martes 20 de noviembre de 1962

Al principio, a Vidal le cuesta reconocerlo.

—¿Te has teñido el pelo? —pregunta, aunque la respuesta es evidente.

Va a agarrarle ambas manos y Jimmy retira la izquierda, entonces el mallorquín nota que está vendada.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Yo quemar.

—¿Y lo del pelo?

—Diferente —replica forzando una sonrisa y argumentando que, siendo como es un desertor, mejor cambiar de apariencia, que lo tenía que haber pensado antes, pero que nunca es tarde si la idea es buena.

Tras una noche de mar movida, náuseas y pesadillas en el barco y un inacabable viaje en un destartalado autocar que lo han traído desde Barcelona hasta Consell, a unos treinta kilómetros de Palma de Mallorca, James Dell Walker se encuentra ahora en la entrada de la finca familiar de Vidal con la evidente intención de quedarse una temporada. Días, puede que semanas. Lleva una bolsa con sus escasos enseres, en los músculos del rostro un evidente nerviosismo y en sus ojos celestes la desorientación del que no tiene dónde caerse muerto.

—¿Te vas a quedar aquí? —pregunta Vidal.

—¿Ser posible? —replica el americano.

El padre del mallorquín, que asiste al reencuentro, mira al yanqui con recelo, que esas compañías no son lo que yo quiero para el chaval. Por su parte, su hijo tampoco puede decir que se alegre hasta la exultación, no es que la amistad de ambos terminara mal

cuando fueron a Ibiza a fumarse lo fumable, trasegar todo lo bebible y meterse entre pecho y espalda toda la anfetamina que les cupiera, pero tampoco fue para echar cohetes.

Los primeros días fueron magníficos, una juerga cómplice en la que se concatenaban días y noches a cual mejor. Pero todo había empezado a torcerse cuando conocieron a aquel alemán, Dieter, y se acabó de ir al traste cuando este les presentó a aquella pareja, una española y un americano. Pilar y Stephen. Era evidente que buscaban la compañía de Jimmy, y que a él lo trataban como a una comparsa, a veces como un pequeño estorbo con el que lidiar con la mínima amabilidad. A Jimmy, le ofrecían a menudo tomarse un whisky, un coñac o una
Coca-Cola,
en cambio a él nunca lo invitaron a nada. Un día, a un café, y para de contar. A su amigo siempre le preguntaban qué tal, cómo estás, por él jamás mostraron el menor interés por saber cómo se encontraba y si preguntaban era por no hacer un feo demasiado evidente.

En defensa de Jimmy, Vidal puede reconocer que este intentaba integrarlo en la conversación y, de alguna manera, reivindicar que su amigo también estaba ahí, pero aquella pareja de capullos siempre se las arreglaba para mantenerlo al margen. Así que se largó, claro, porque para que no me hagan ni puñetero caso me quedo en el pueblo, en la finca, donde además hay mucho trabajo que hacer. Encima, el dinero se me acaba y aquí, cada vez que vamos al Talamanca, a ti te abonan lo que consumes, pero a mí no. Y lo de dormir en las cuevas de la playa, cuando no encontramos acomodo en casa de alguien, no va a poder prolongarse mucho más, que el frío se avecina.

Su amigo trató de disuadirlo. Quédate, ya verás, son buena gente, lo que pasa es que entre que uno es americano, como yo, y que la otra es de Barcelona, mujer de ciudad, les cuesta relacionarse con los isleños.

¿Él americano y ella barcelonesa, y por eso me dan de lado? No hombre, me dan de lado porque son imbéciles, o es que ellos también me ven raro. Tú eres yanqui, pero es probable que seas un yanqui normal, yo soy de aquí, pero no soy normal.

Jimmy no había terminado de comprender muy bien qué quería

decir, pero insistió en que era su amigo, y que, si quería que se dejaran de ver con Stephen y Pilar, así lo harían.

—No *worry*, Jimmy, que dinero *is finish* y tengo que volver a la finca *to work* con mi *father*.

Aquello había ocurrido unas dos semanas antes y, al embarcarse de vuelta a su isla natal, Vidal pensó, con una cierta tristeza mezclada con un poso de alivio, que nunca más volvería a ver a su amigo americano. La vida, pensó con cierta profundidad filosófica, ya se encargará de poner en mi camino nuevas ocasiones y amistades para futuras escapadas.

Y ahora aquí lo tiene, se presenta con el pelo teñido, una extraña herida en la mano y el rostro descompuesto, pidiendo si se puede quedar en la finca. Ni siquiera diciéndole vámonos a Ibiza, o a otro sitio, tú y yo, a la aventura, a reírnos de lo risible y vivir lo vivible. Viene para plantarse aquí un tiempo indeterminado, tras el cual darse el piro.

En fin, piensa Vidal, la finca es grande y —sin excesivo confort y con total ausencia de cualquier tipo de lujo o similares— sitio y comida para invitados siempre hay.

—Sí, te puedes quedar unos días en la caseta de invitados, no hay problema.

—Yo irme *very soon* —promete el americano.

—Cuando quieras.

—*Thanks so much*, Vidal. Tú, amigo de verdad.

Es por la mañana y, depositado el escaso equipaje en la choza donde va a pernoctar, que se halla bastante separada de la casa, dan un paseo por las cercanías.

Fuman. Caminan. Hablan muy poco. Obviamente, Jimmy no explica nada de la verdad. El plan de Stephen y Pilar, el viaje a Barcelona, la bombona de butano, Jack, Reinosa, el fracaso total, dos mil pesetas de mierda, toda aquella sangre, los puntos, Joan y Nancy. Tampoco explica que lo han estado ocultando en una pensión de la plaza Real hasta ayer, cuando lo subieron a un taxi con dirección al puerto para que se embarcara hacia Mallorca, y lo siguiente que vas a hacer es enrolarte en alguna tripulación de la marina mercante, o de lo que sea. Y te largas de España, donde no has de regresar jamás, *understand*?

No le cuenta que la habitación donde durmió es de Joan, una

mujer escocesa que, en estos precisos instantes, está regalando la maza usada para reventar el cráneo del empresario —previamente lavada y desinfectada— a una vecina en Ibiza que justo necesitaba una para su cocina, que para la carne me va a venir de perlas. Y que está guardando la navaja y las zapatillas en el pequeño apartamento que Phil y Nancy usaban para sus escapadas, antes de que él acabara en una prisión marsellesa. Eso Jimmy no podría contarlo, como tampoco podría contar lo que planea Joan Barr: cuando me vuelva a embarcar de vuelta a Barcelona entonces sí, las lanzaré al mar y ya no quedará ningún rastro de todo este horrendo despropósito.

Todo eso James Dell Walker no puede saberlo y casi mejor, en vista de la tensión que le agarrota los nervios, que hasta para llevarse el cigarrillo a la boca le tiembla la mano cosa mala, lo que no le pasa inadvertido a Vidal.

Tensos están también Pilar y Stephen, en Ibiza, no tanto por la posibilidad de pagar por el crimen, que cómo los va a salpicar a ellos, que ni siquiera estaban en el lugar de los hechos, sino por la muerte de Reinosa y, también un poco, por la pérdida de la oportunidad de hacerse con todo ese dinero que les podría haber hecho volver a la Ciudad Condal por la puerta grande.

Ahora les toca recurrir a un plan alternativo que aún tiene que ser ideado.

Pilar se acuerda entonces de Joaquín, su exmarido, el padre de sus dos niñas. Y, sobre todo, se acuerda de que la tienda de fotografía de Sant Boi, esa que con tanto esfuerzo levantaron, que ella también puso de su parte, no va nada mal. Pero nada mal.

No obstante, atempera Stephen, habrá que esperar un poco y que la cosa se calme, que ahora radios y diarios no hablan más que de Reinosa y es probable que vengan a interrogarte si se enteran de que fuisteis amantes.

De todos modos, hasta que el asunto se enfríe tenemos tiempo de trazar un plan más efectivo, y que no redunde en una jodida carnicería.

—Esta vez no poder ser de otra manera, *honey* —afirma él.

—Sí, esta vez vamos a hacer las cosas bien, amor —añade ella.

Jimmy no le cuenta nada a Vidal, quien le pregunta cómo acabó con aquella pareja de Ibiza, y él, de manera vaga, dice que no muy

bien. Y también le pregunta qué hizo desde que él se volvió a Mallorca, y el otro responde que nada especial, lo de siempre.

Un viento fresco mece los romerales y los lirios de mar, que acompasan el relativo silencio de los dos amigos, quienes tal vez ahora se estén dando cuenta, cada uno a su manera, de que a fin de cuentas no son tan amigos.

—Yo alegro estar aquí y ver tú de nuevo —asevera Jimmy con la idea de zanjar la conversación y sabedor de que no tiene ninguna otra opción que encontrarse aquí y ahora.

—Yo también estoy *very happy* de verte, Jimmy —replica con disimulada desgana Vidal.

Ambos se funden en un abrazo forzado.

—Ven, vamos a almorzar —invita el mallorquín.

—Yo no ser muy *hungry*.

—Bueno, al menos un vasito de vino sí te tomarás, ¿no?

—*Wine is good, yes*.

—Pues vamos.

Y Vidal no puede evitar fijarse en la gasa que recubre la mano del americano. Tan prieto, no parece el vendaje para una quemadura. Y tampoco puede evitar cuestionar esa extraña idea de teñirse el pelo, justo ahora, que dime tú quién iba a delatarlo al Ejército americano en este recóndito rincón mallorquín. O en Ibiza, donde a nadie le importa quién seas, de dónde vengas y adónde vayas.

Y lo que más le chirría es esa vaguedad, ese silencio donde antes había palabras; esos ojos esquivos y opacados que apuntan al suelo o a algún otro lado, cuando antes todo eran miradas directas y transparentes.

Yo podré ser un tipo raro, se dice, uno a quien nadie de por aquí comprende, que a veces ni yo mismo sé si voy o si vengo, pero no soy un imbécil, y Jimmy se ha metido en algún lío.

—Entonces, ¿no sabes cuánto tiempo te vas a quedar exactamente?

—Yo irme *as soon as possible*, tú no preocupa —lo tranquiliza el americano.

—Bueno, no hay prisa.

—*Thank you so much*, Vidal, yo he dicho y repito: tú amigo de verdad.

Está claro, se reitera el mallorquín, este se ha metido en algún lío.

Y de los gordos.

12

Para Pilar Alférez, aquel verano de 1962 todo iba como una balsa de aceite. Stephen y ella se amaban y deseaban con locura. Aquello sí era lo que ella siempre había sospechado que tenía que ser «lo de verdad». Estar con alguien a quien adoras y con quien te sientes viva, expuesta a calores volcánicos que te envuelven entera, placeres que te arropan y elevan y unas perennes ganas de más. Acostumbrada al tibio afecto que le había profesado a Joaquín, que casi ni se había enterado de cómo le había hecho las niñas, y no es que sea un mal hombre, se había dicho tantas veces desde aquel cigarrillo fumado en un balcón bajo el cielo ambarino de la ciudad, pero no es hombre para mí. No es hombre para yo compartir con él mi vida y todo lo demás. No es un hombre como Stephen, al que una desea siempre, a todas horas del día y de la noche, sin freno de mano.

Así, disfrutaban de una existencia más o menos plácida, sólo interrumpida por el trabajo de este en la barra del Jamboree, y por los necesarios encuentros semanales de Pilar con Francesc Reinosa —con mayor frecuencia en el apartamento de la calle Regomir—, amén de las insoslayables convergencias con Iván Regueira. Ambos, ruedas de un engranaje que no debía dejar de girar para seguir dando fuelle al *dolce far niente* de la pareja.

Al empresario lo había convencido de que había conseguido parlamentar y persuadir al señor Romero para aplazar el pago de su deuda. Hablaba de un hombre justo, ecuánime, con el que había incluso trabado una amistad. A Reinosa aquello le sonaba muy raro, pero se calló sus suspicacias y decidió confiar en su amante, que con aquella gesta le demostraba un cariño que no se hubiera podido esperar. Otra me hubiese dicho allá te las compongas y hubiese puesto pies en polvorosa.

Ahora tenía el tiempo suficiente para recuperarse en términos financieros y, además de seguir pagándole la vida a Pilar, darse juntos algunos caprichitos. Eso sí, con menor frecuencia y sin excesos, porque el empresario, sabedor de la suerte que había tenido con aquella presunta intermediación de su amante, ahorraba concienzudamente cada peseta para que, en el plazo previsto, el Patata no echara de menos ni un céntimo. Cumpliría a rajatabla, con tal de mantener lejos de su negocio —y, por extensión, de su vida— a aquel par de desgraciados que lo habían ido a visitar.

Por su parte, Iván iba pagando a Romero los plazos del adeudo de Reinosa con parte de cuanto sacaba atracando a taxistas junto con el Mexicano y Sixto, el primo bravucón y no muy listo de Patricia, que se había venido muy arriba en su papel de temido malandro callejero.

¿Y Patricia?

Desde el regreso de Pilar Alférez a su vida, el Cambados la había vuelto a ver en dos penosas ocasiones. La primera, al cabo de un par de días, donde él se mostró distante y a ella le empezaron a rondar sospechas de que algo no andaba bien. La segunda, catastrófica, al cabo de unas semanas de no dar señales de vida.

De entrada, acudía a aquella cita por los ruegos de Sixto, que la Patricia no me deja en paz y siempre pregunta por ti y yo ya estoy harto, que se pone muy pesada, que dile algo, que a mí no me metáis en vuestras cuitas, blablablá. Así que finalmente se encontraron una tarde de domingo. Ella acicalada, rogando gustarle, encantarle, embrujarle de nuevo; él recién salido del sobre, con una camisa con manchas, como dando a entender que estoy aquí porque me has sacado de casa. Pasearon por Montjuich. Detrás de la pareja, sin perder detalle, el Manolito disfrutando morbosamente del dolor de Patricia cuando Iván le dijo que necesitaba tiempo para unas «cosas suyas» y que, cuando las tuviera resueltas, «la llamaría».

—¿Qué cosas? ¿Qué ocurre? —quiso saber ella muriéndose ya por dentro.

—Nada. Cosas —repuso él convertido en témpano de hielo.

—Pero… ¿cuáles?

—Cosas mías.

—¿Y…, y cuánto han de durar esas… cosas tuyas? —Las

lágrimas ya pugnando por salir.

—Lo que tengan que durar. —Resuello de hartazgo.

Mantuvieron una esgrima verbal que acabó por derivar en el meollo del asunto:

—Dime la verdad, Iván, tú me estás dejando, ¿verdad? Yo ya no te gusto, ¿verdad?

—Eso lo dices tú, no yo.

—¡¡¡Entonces, explícame!!! ¡Cuéntame lo que pasa! ¿Qué he hecho? ¿Qué he dicho?

—No has hecho ni dicho nada.

—Y entonces, ¿qué es lo que ocurre?

—Te lo he explicado —más resoplidos y ojos que miran hacia arriba—, necesito tiempo para unas cosas mías.

—¡Eso no quiere decir nada, Iván!

—Eso te parecerá a ti.

La conversación continuó un rato más hasta que ya hubo suficiente y, por acción u omisión, todas las cartas quedaron bocarriba sobre la mesa.

En el momento de separarse, Patricia soltaba un denso manantial de lágrimas, Manolito la consolaba con un íntimo placer cruel acelerando su respiración e Iván se alejaba fumando, a paso sostenido, con cara de yo aquí no pinto nada.

Cuando Manolo Lavado se enteró, puso de manifiesto una inequívoca voluntad de «saltarle todos los dientes a ese niñato de mierda».

—Manuel, esa boca —trató de terciar Higinia.

—¡Ni esa boca ni leches, que por poco no meto a ese cabrito primero en la fábrica, y luego en mi casa! ¡La madre que lo trajo al mundo!

—Bueno, bueno, pero ahora están los niños y…

—¡A la porra! Me bajo al Coyote, y como a ese cabrón embustero le dé por asomar la jeta por el barrio, más le vale estar preparado para comer sopa el resto de su vida. ¡Me cago en sus muelas!

—Ay, Señor, Señor…

Aquello había ocurrido un par de días después de la muerte del taxista Fulgencio Roncero en las inmediaciones del Parque Güell.

Los periódicos no decían nada, así que Iván y sus amigos

dedujeron que se había considerado un accidente. Tantos años sentado al volante, arriba y abajo por la ciudad, le ha dado el jamacuco definitivo y *kaput*.

Eso pensaban los tres amigos, pero los inspectores de la BIC, lejos de ser los lerdos que Iván y compañía presuponían, habían pedido a Cifra y a los diarios que no publicaran nada, porque iban tras la pista de aquella tripleta de atracadores, y que no hubiera eco mediático de su última hazaña sólo iba a servir para que se confiaran. Y cuando se confían es cuando meten la pata y entonces conseguimos pillarlos, llevarlos a comisaría y empurarlos que se les caen los cojones al suelo.

Tras aquella tarde de despedida en Montjuich, alejándose de una Patricia en lágrimas, con la sensación de estar macerándosele en el alma una mezcla de dolor, por haberle roto el corazón a aquella muchacha, y de alivio, porque ahora, Pilar, somos solamente tú y yo, el Cambados se dirigió a la calle Valldoncella, cerca de la Casa de la Caridad. Allí, junto con los muchachos, habían alquilado la víspera un cuartucho en un bajo, casi un trastero, que por sus goteras, humedades y olores, resultaba invivible.

Pero no era un mal escondite y, además, podía servir para llevar algún ligue no muy aprensivo, pues tenía un pequeño cuartucho con un colchón cuyos manchurrones quedaban ocultos por la ausencia de iluminación. Esa oscuridad, ahorraba al visitante el fastidio de presenciar el paso de comitivas de cucarachas por las paredes desconchadas.

Aquello era peor que un cuchitril, pero era *su* cuchitril. Un espacio de ellos y para ellos, perfecto para planificar sus golpes, para descansar, para desaparecer cuando la calle y la vida se te echan demasiado encima y necesitas oxigenarte y dejar de sentir la vaharada de su bofe eructando sobre tu cogote.

Pocos días después llevó a aquel lugar a Pilar. Mira, tenemos cama y todo. Acostumbrada a su apartamento en Regomir, o al lujo de los *meublés* donde Reinosa le hacía apasionadamente el amor, o a lo sumo a la pulcra habitación que Stephen ocupaba en aquella pensión cerca de su casa, la mujer se negó por completo a acostarse allí con Iván. ¿Desnudarme y tumbarme sobre ese colchón infecto? ¿Y encima *cardar* ahí? ¿Yo? ¡Antes dejo que me ahorquen en una plaza pública! ¡Vamos, anda!

De este modo, los lugares para sus encuentros —íntimos y de los otros— siguieron siendo el apartamento de ella o, con más frecuencia, una butaca que había en el Blue Note, lo suficientemente cómoda y amplia para llevar a término el asunto carnal con un cierto decoro. Y con un mínimo de higiene.

—Esta semana he pagado a Romero —le dijo él una noche guardándose de explicar la verdadera procedencia de la guita, que atribuía a otros negocietes en curso.

—Gracias, Iván —maulló ella—, eres tan bueno, estás ayudando tanto a mi amigo Reinosa…

—A mí ese carcamal me da lo mismo. Yo lo que hago es por ti, sólo por ti.

—Lo sé, lo sé, pero no puedo evitar estarte agradecida, también, en nombre de Francesc, ay, mi papaíto postizo…

—Él será tu papaíto postizo, pero tengo yo algo aquí para ti que no es postizo…

—Iván, cómo eres…, mmmhhh…

—Ya mismo vas a ver cómo soy…

El Cambados tenía sus planes: en cuanto la deuda de Reinosa estuviera saldada y este aportara el dinero que había ido ahorrando, el siguiente paso sería arrebatar a su amada de las garras de Stephen. Entonces, ya, quedaría el lienzo tal y como lo bosquejaba cada día en su mente: Pilar, él y una buena plata. Y para ellos el mundo entero.

Viajarían. Se irían a algún sitio bonito, puede que con sol y playa, o si no con verde y aire puro. Un lugar que tuviera sábanas perfumadas bajo las que hacer el amor todo el día y un buen *night club* cerca donde sonara jazz del de verdad, del negro americano, toda la noche. Decían que en Francia había muchos clubes así y que se podía ver fácilmente a músicos como el mismísimo Art Blakey y sus Jazz Messengers, con Benny Golson al saxo y Bobby Timmons al piano. Qué lujazo. Y que si no son ellos, son otros, que aquello es un no parar de *jazzmen* de primerísima división, que de cada veinte que paran por allí, aquí traen a uno y encima cobrando una salvajada. Y encima pensándose que nos chupamos el dedo, como había ocurrido con Dizzy Gillespie cuando vino a Barcelona, que no se puso a tocar en serio hasta que los abucheos del público ensordecieron la orquesta.

Por su parte, Pilar ya intuía que Iván no iba a aceptar para siempre la actual situación. Pero todavía no tenía una hoja de ruta más allá de la certeza de que, una vez liquidado el préstamo con el Patata, a su joven amante se lo quitaría de encima, por las buenas o por las malas. Que probablemente, y conociendo al sujeto, sería por las malas.

Además, se le planteaba el problema del dinero. ¿Qué hacer cuando el Cambados fuera a por la suma ahorrada por Reinosa? Pilar no quería renunciar a aquel botín, cuya existencia también se debía a ella. Sin mí a Iván no se le hubiera ocurrido sacar dinero de otros trapicheos, y Francesc no estaría ahorrando.

A su vez, Stephen no tenía muchas dudas al respecto. El día que ese mocoso tenga los cuartos, le daré el palo y nos los gastaremos nosotros. *Me and you, honey*. La única reticencia por parte de ella era que a aquel chico tonto y fogoso no se le hiciera demasiado daño, no había que olvidar que estaba muy bien conectado con gente con la que nadie quiere tener problemas. Empezando por el mismo Julio Romero el Patata.

No te preocupes, la tranquilizaba su hombre, que lo haré de manera que ni Iván ni nadie se entere de quién ha levantado ese dinero. El americano no tenía tantos miramientos, y estaba dispuesto a cualquier cosa, con tal de que aquel niñato no se entrometiera en su camino. Así espabilará, que es joven y tiene que aprender de la vida. Si la cosa acababa en drama, ya daría con la manera de explicárselo a Pilar como algo fortuito.

No obstante, aquel no sería el siguiente palo que iba a pegar Stephen Jameson. Había uno que se le puso a tiro y se le antojó mucho más urgente. Y también mucho más fácil.

Aquel verano estaba siendo fastidiosamente caluroso y largo y, para acabar de cuadrar el círculo, el dinero entraba con cuentagotas. El mercadeo de centraminas, hierba y algo de jaco para los muy sibaritas en el arte de irse a tomar por el culo no daba muchos dividendos, y del bolsillo de Reinosa tampoco manaba demasiado parné. Había que pagar al Patata, sanear el negocio, no permitir siquiera que Josep, su hermano y socio, se enterara de que había problemas de liquidez en el almacén. Esas eran las prioridades y, por lo que a Pilar respectaba, lo tenía que entender. Ella trataba de hacer ver que sí, cómo no, y tanto que lo entendía.

Pero se sucedían los días, que eran como tratar de andar hundidos en un engrudo, haciendo el amor con el americano entre sábanas sudadas. Y llegaban las noches mustias en un Jamboree a medio gas mientras el pianista alemán Paul Grassl cubría la ausencia de Tete Montoliu y Salvador Font, que andaban por ahí ganándose buenamente las habichuelas. Y no es que Grassl, a cuyo cuarteto se habían unido para aquellas actuaciones veraniegas el saxofonista alemán Horst Jäger y el guitarrista americano Ira Kriss, fuera malo. Tenía una técnica muy depurada y un muy buen sentido del swing, y la banda ofrecía unos notables recitales, capaces de agradar a una audiencia sedienta de buen jazz moderno. Nada que objetar, pues. No obstante, para Pilar y Stephen era lo mismo cada noche. Él detrás de la barra. Ella fumando y bebiendo. Jack Hall, cuando no tenía conciertos aquí o allá, siempre con un vodka, una ginebra o un whisky en la mano, Gloria Stewart dando tumbos. Y Joan Rosselló codeándose con gente con apellidos de los que salen en los ecos de sociedad, vigilando que al camarero no se le fuera la mano con los whiskies para su novia, que esto se paga. Y largas noches caniculares en el apartamento de la calle Regomir, sobreviviendo gracias al movimiento de un ventilador en las últimas.

Y entonces, un día, en medio de ese suplicio estival, Francesc anunció:

—Este fin de semana nos vamos a Olesa, Byby.

—¿A Olesa? —repitió Pilar sin entender qué se les podía haber perdido en pleno agosto a los pies del monasterio de Montserrat.

—*És clar*! Vamos como una parejita a un hotel de allí, que ahora están baratos y no hay gente que nos pueda reconocer.

La idea era parte del plan de ahorro. A la mujer la tengo en la playa con los suegros y demás familia. A los chavales los tengo por ahí de picos pardos. Y, con lo que a mí me cuesta una noche en un *meublé*, me pago un fin de semana entero. Y, además, en un lugar donde podemos hacer turismo, ver cosas, caminar juntos e ir de la mano por la calle, a pleno sol, sin tener que ocultarnos.

Visto así, tenía su lógica.

—Ay, no sé, Frankie…

A Pilar, ya presa del agobio de aquellos días sin aire que parecían no tener fin, no es que le hiciese una ilusión especial.

—Pero, mujer, ¡si nos vamos a divertir! Ya lo verás.

—Déjame que me lo piense, cariño.

—Claro, pero decide rápido, Byby, que hay un hotelito del que me han hablado que es muy cuco, nada que ver con esas pensiones austeras para peregrinos.

Tuvo que ser Stephen quien la convenciera. Vete, que al menos te distraerás un poco y a ese te lo tienes que trabajar, porque de lo contrario no va a aflojar la mosca.

El argumento con el que ella rebatía también era sensato: ese lo que va a hacer es gastarse el dinero en ese maldito hotelito a los pies de Montserrat y no en mí, en nosotros. Yo lo que quiero es el dinero, contante y sonante. No lo que él quiere comprar con ese dinero.

Fue ahí donde al americano se le encendieron dentro un par de bombillas. Claro. Se trata de eso: *it's all about the money*. ¿Cómo no lo había pensado antes?

—Tú vas a ir con Frankie y yo voy a conseguir dinero de él.

—¿Cómo? —preguntó ella—. No entiendo.

—Yo tengo *good plan*. Tú confía.

Y Pilar confió a pies juntillas en el americano. Lo mismo que si le hubiese dicho que la tierra es cuadrada, que algunos elefantes vuelan y que Dios se ha rencarnado en un señor que vive en Hospitalet de Llobregat. Lo hubiese creído y —lo que hace el amor — hubiese sorbido cada una de sus palabras como quien aplaca su sed de conocimiento con las aguas de un manantial de sabiduría eterna.

El siguiente viernes, con el plan ya acordado con Pilar, Stephen se anticipó a la pareja y de buena mañana se dirigió a Olesa. Ella y Reinosa iban a salir en coche en torno al mediodía.

Sobre las diez, el americano ya estaba subido a lomos de la Ossa 125 Palillos, plateada y negra, que había comprado de tercera mano al poco de establecerse en Barcelona.

El plan era sencillo. Llegar antes. Recorrer la carretera de entrada a la localidad, en un sentido y en el contrario las veces que hiciera falta. Reconocer el terreno. Buscar un claro donde, plausiblemente, Reinosa y Pilar pudieran parar. Una vez encontrado el punto, volverse a desplazar y apostarse uno o dos kilómetros antes, a un lado de la carretera. Y una vez allí, armarse de paciencia

y aguardar.

Pilar estaba nerviosa. ¿Y si no te veo y pasamos de largo? ¿Y si Francesc se huele algo? ¿Y si pasa la Guardia Civil? ¿Y si…?

—*Relax, honey*. Yo no cometer imprudencias y todo sale bien. *No danger*. Ya tú verás.

Hacia las dos y pico, el vehículo de Reinosa pasaba por delante de Stephen. Este estaba acuclillado en el arcén, como si estuviese mirando el motor de su Ossa. Pilar lo divisó desde la ventanilla. Su corazón empezó a palpitar con fuerza. Empezaba la función.

Primero acarició la rodilla del conductor. Este sonrió. Ella lo miró con deseo, subiendo suavemente su mano por el muslo, la frente de él perlándose de sudor y la respiración acelerándosele.

—¿Sabes? Me estoy acordando de aquella tarde, cuando recién casada me llevaste, inocente que era yo, a la Carretera de las Aguas.

Reinosa deglutió.

—¿Te acuerdas? Yo me estoy acordando ahora…

Los dedos de ella ya acariciaban la entrepierna del hombre, quien, sin palabras, conducía torpemente invadiendo a tramos el carril del sentido contrario.

—Párate un momento, anda.

—Llegamos… un poco tarde… al restaurante —jadeó él.

—Pero yo tengo derecho a mi aperitivo, ¿o no? —La mano de ella apretando ya la bragadura del hombre.

Excitadísimo, la vista nublada de puro goce, el conductor halló un claro un poco apartado y paró el coche. Se miraron a través de sus respectivas gafas de sol. Ella se quitó las suyas y las dejó sobre el salpicadero.

—Es que no quiero que se manchen, ¿sabes?

Él jadeó con fuerza.

Las manos de ella bajaron la cremallera del pantalón del hombre y se emboscaron dentro, en busca de lo que se suele buscar en tales circunstancias. Él se apresuró a ayudarla.

—Chssst, tú quieto —murmuró ella.

La cabeza de la mujer bajó y el tacto húmedo de su paladar se infiltró en la piel de Reinosa, el cual empezó a balbucear *Déu meu, Déu meu, Déu meu*. Una letanía muy propia —aunque normalmente por otras circunstancias— de aquellas latitudes monacales.

La radio estaba puesta y la ventanilla del conductor bajada, porque allí no había nadie y algo de airecito entraba. No, si ya sabía yo que lo de venir aquí era muy buena idea, pensaba entregado al placer proporcionado por su amante.

Por eso el cachete que se llevó no le dolió físicamente, sino en todos los demás sentidos. Porque aquel manotazo a la sien lo arrancó de cuajo de aquel trozo de paraíso —llamémosle así, aun sin la aprobación de los abades montserratinos— en el que estaba instalado.

El empresario abrió los ojos por detrás de sus gafas, que habían quedado torcidas sobre su nariz. Pilar dio un respingo y emitió un gritito. Aunque aquel fuera el plan acordado con Stephen, no le gustaba que este la viera conectada mediante un hilo de baba a la picha del vendedor de lámparas.

—Cerdos. Dadme la pasta que llevéis encima. ¡Rápido! —ordenó el atracador.

Oculto por el casco, unas gafas de sol y un pañuelo cubriéndole boca y nariz, Stephen había practicado la frase para eliminar cualquier inflexión extranjera. Realmente parecía español. Quizás un poco gangoso, o de alguna región con un acento extraño, pero desde luego había conseguido no parecer yanqui.

Tenía su mano derecha metida en el bolsillo de la cazadora, como si estuviera armado y les estuviera apuntando.

—¡La pasta o disparo! —amenazó para que no cupiera duda.

Temblando como una hoja, la piel tensa y de un blanco violáceo que parecía esculpida en mármol, las gafas torcidas, el sudor corriendo a raudales, la minga flácida y cubierta de saliva por fuera del pantalón, Reinosa le pidió que se tranquilizara, que no hiciera ninguna locura. Buscó en la americana que tenía en el asiento trasero y sacó un fajo de billetes. Se lo entregó al asaltante, que agarró el dinero con la izquierda al tiempo que su diestra seguía hundida en el bolsillo de la cazadora. Nueve lechugas y pico, nada menos. Casi diez mil pesetas. Tómbola.

El atracado levantó las manos. Pilar también.

—Como os mováis, bang-bang, ¿entendido? —amenazó Stephen antes de emprender una carrera hasta su Ossa Palillos, subirse, arrancar y perderse a toda velocidad por la carretera en dirección a Barcelona.

Pasaron casi dos minutos en los que, en el habitáculo del vehículo, reinó un silencio únicamente roto por una zarzuela que sonaba en la radio. En ese intervalo, Francesc Reinosa y Pilar Alférez calmaron el ritmo de sus respiraciones. Después el hombre se subió la bragueta, devolvió la americana al asiento trasero, repasó el cuello de su camisa, enderezó sus gafas de sol, tosió brevemente y rompió a llorar como un niño tras recibir la primera tunda de su vida.

Le sobrevino una sensación de impotencia y de vulnerabilidad. Le había dado a aquel desconocido aquellas diez mil pesetas, ahorradas con esfuerzo para que sus cuentas del almacén y la deuda con el Patata no se vieran afectadas. Y se las habían arrebatado así, de aquella forma humillante. Y, encima, tampoco se podía denunciar nada porque, obviamente, le hubiese acarreado más problemas que soluciones.

La mujer acariciaba su nuca y le decía que no pasa nada, cariño, mi amor, que has hecho lo correcto, que parecía un hombre peligroso y que los héroes son para las películas. Sabias y no muy proféticas palabras, habida cuenta de lo que iba a ocurrir al cabo de tres meses.

Porque el recuerdo de aquel día del atraco, de esas diez mil pelas ganadas tan fácilmente, iba a ser recurrente cuando, aquel mismo noviembre, subsistiendo en Ibiza sin perspectivas de mejora a la vista, Pilar y Stephen iban a planear el golpe al almacén de lámparas en compañía de Jimmy Walker.

Aquel tórrido día de agosto la pareja volvió a Barcelona, y Reinosa, que quería estar a solas con su mal fario, le dijo que ya se verían el fin de semana siguiente, Byby, que no me encuentro muy bien.

—¿Estás seguro, Frankie, mi vida? Mira que yo me quedo contigo lo que haga falta. —Pilar se sentía ligeramente culpable de aquel mal trago que acababa de pasar su amante.

—De verdad, cariño —repuso él—, mejor nos vemos la semana que viene, que no estoy de humor.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No, Byby, ¡por Dios! ¿Cómo iba a estar yo enojado contigo?

—Porque si no hubieras estado en Olesa… conmigo…, ese asqueroso habría atracado a otros.

—No digas eso, cielo. ¡Lo que ha ocurrido no es tu culpa!

—¿Entonces no estás enfadado conmigo, mi vida?

—Claro que no, Byby, amor. Sólo que ahora quiero descansar un poco yo solo.

—Nos vemos la semana que viene, Frankie.

—Nos vemos la semana que viene, Byby.

Aquella misma noche Pilar Alférez, Stephen Jameson y unos cuantos amigos y conocidos pudieron festejar con whisky y champán, invitando a copas y tabaco, en un Jamboree en cuyas paredes las notas del piano de Paul Grassl restallaban con brío, sonando especialmente alegres, coloridas, vibrantes. Con una fuerza inusitada.

O, al menos, eso les parecía a ellos.

Había pasado una semana y sólo entonces los diarios y radios se hicieron eco del mortal atraco sufrido por el taxista Fulgencio Roncero.

En sus pesquisas y apostamientos en paradas de taxis, la sección IV de la BIC no había obtenido resultados, así que dieron permiso para que se publicara la noticia, aludiendo con la debida elocuencia al dolor de la desconsolada viuda, Cecilia.

Fulgencio y Cecilia. Precisamente, los dos nombres que figuraban grabados en el dorso del Cyma Tavannes que se encontraba en una caja debajo de la cama de Iván, junto con varios fajos de billetes imposibles de atesorar trabajando de camarero por horas en un bar de la plaza Real.

Y, para que no cupiera la menor duda, la información también aludía al robo de un reloj de oro para poner en guardia a los peristas de la ciudad: como alguien os traiga ese peluco y no aviséis a las fuerzas del orden, las vais a pasar más canutas que los propios atracadores.

La cuestión es que muy mal se le hubiera tenido que dar a Avelina para no colegir que aquel reloj y aquellos fajos de dinero estaban relacionados con aquel atraco.

Para entonces, la relación entre la anciana e Iván era casi inexistente. El Cambados sólo reaccionaba a cualquier intento de ella por comunicarse con silencio, con órdenes de que cerrara el pico y con bofetadas si la mujer insistía en hablarle.

Avelina encajaba la brusquedad, las broncas y los golpes

rogando a Dios para que ayudara a Iván a entender lo que estaba bien y lo que estaba mal.

Aunque tenía terminantemente prohibido poner pie en la habitación de Iván, este nunca se quiso dar cuenta de que era ella quien le lavaba la ropa, le planchaba las camisas y le limpiaba y cambiaba las sábanas, con un cuidado exquisito para no tocar sus cosas, sobre todo el pequeño tocadiscos y aquellos discos de microsurco.

Pero siempre llega un día en que las cosas ocurren de forma diferente a la habitual.

Iván había dormido en casa —cosa que no siempre hacía, pues a veces pernoctaba en el cuchitril alquilado— y había salido inusitadamente pronto, obviamente sin decir adónde iba, ni cuándo ni si volvería. Una ocasión perfecta para cambiar las sábanas, que con este calor deben estar todas sudadas, y barrer bien debajo de la cama, que ya toca, que la mugre se acumula sin pedir permiso y sin pausa.

Y allí estaba, la caja de la distinguida zapatería Queralt de Rambla Cataluña, junto con aquellas revistas extranjeras donde salían aquellas chicas descocadas con bañadores ínfimos, que es que lo enseñan todo sin pudor. La mujer se agachó para apartar aquellas publicaciones que dibujaban una mueca de asco en su rostro, y para agarrar y apoyar sobre la pequeña mesilla de noche la caja, que presuponía que dentro llevaba calzado. El resultado es que esta no resistió el precario equilibro sobre una esquina del mueble y cayó. Y su contenido, los billetes y el reloj de oro, se esparció al lado de aquellos repugnantes opúsculos.

Avelina jamás había visto tanta peseta junta en su vida. Y si sólo hubiese sido el dinero, todavía se habría podido salvar la cara del muchacho, podía ser muy ahorrador. O tratarse de un préstamo. O que guardara su dinero y el de sus amigos con algún propósito.

Pero el Cyma dejaba bastante menos espacio a interpretaciones. ¿Qué hace un reloj de oro aquí? Ya había desconfiado cuando había visto a Iván con su Omega, pero le dijo que era un regalo y, bueno, a veces la gente hace regalos. Ella misma, si no hubiese estado tan limitada por las estrecheces de su magra pensión de viudedad, lo habría colmado de regalos para que la quisiera. Pero ¿un reloj de oro? Esos son obsequios propios de bautizos, comuniones y bodas. Y

los bautizos y las comuniones de la familia Regueira estaban muy lejos de ver regalos de ese calibre. Y aquí nadie se ha casado, que por mucho que el chico no me diga nunca nada, de eso me hubiese enterado yo.

La mujer inspeccionó el objeto y, a pesar de la cortedad de su vista agravada por la penumbra de aquel cuartucho, logró leer la inscripción: «Fulgencio y Cecilia». Y una fecha de unos veinte años atrás.

Tardó un par de minutos en digerirlo, pero, incluso con toda la carga de bienintencionada estulticia de quien nada más quiere ver lo bueno de su sobrino, tuvo que aceptar la evidencia: Iván, mi Iván, es uno de los atracadores de taxistas y es un asesino. Aquí está la prueba: el reloj de aquel pobre hombre vilmente asesinado.

En ese instante, tras tantos años teniendo a su sobrino en casa, tras soportar su indiferencia, sus golpes e insultos, sus ocasionales robos de calderilla, la anciana cambió de relato:

Iván Regueira dejaba de ser el sobrino que Dios había puesto en su vida para darle un hijo que le había sido arrebatado. Ya no era un ángel que venía a dar color y calor al resto de sus días. Nuestro Señor no lo había puesto en su camino para brindar solaz y confortarla.

La idea era otra.

—Es el demonio —balbuceó.

Iván era el demonio. Quizás no el mismísimo demonio, el mandamás, pero sin duda alguno de sus adláteres. Un cargo importante en el averno, de los que manejan tridente y asan almas.

Y sí, Dios había puesto a aquel mensajero del Maligno en su camino, pero para que le parara los pies. Para que le impidiera cometer más infamias.

Todo se tornó confuso, entonces, en su cabeza, que empezó a dar vueltas como una noria que acelera y acelera hasta desdibujarse, hasta convertirse en una nebulosa de colores que se detectan sin que dé tiempo a fijarlos en la retina, y cada giro es percibido cuando ya concluye el siguiente, creando una sensación de náusea, impotencia y descontrol.

Lo siguiente que recordaría de aquella mañana sería el movimiento de las manillas de otro reloj, este de pared, un Coppel situado sobre la cabeza de Carmelo, ordenanza de la comisaría de la

calle Nueva, quien la miraba circunspecto mientras farfullaba atropelladamente que su sobrino era el demonio, que era un ladrón y un asesino y que había matado a aquel pobre pobre pobre taxista.

—Claro, señora, cómo no. Pero siéntese, beba un vaso de agua, se me calma y luego vemos qué le pasa a su sobrino, ¿eh?

Y ella, incapaz de detener el manantial de palabras que salía por su boca, saliva cuajándosele en las comisuras de los labios y espumarajos volando, empujados por palabras inciertas.

—Que sí, mujer, pero que ahora se tiene usted que tranquilizar, que anda usted muy alterada.

Agarró por las solapas del uniforme al ordenanza y este reculó tratando de zafarse, pero ella no se despegaba, y todo sin callar ni un segundo.

—¡Señora, o me suelta usted de inmediato, o la encierro en el calabozo con las frescas del barrio! ¿Estamos?

Por fin, la visitante se derrumbó, cayó de rodillas, un golpe seco, eso me ha dolido hasta a mí, pensó el Carmelo. Y postrada, cabizbaja, llorando, sacó del bolsillo de la bata el áureo Cyma Tavannes, extendió el brazo y mostró el reloj al ordenanza.

Y con ese gesto de derrota al Maligno, la mujer pasaría el resto de su vida considerando que, cuando Dios la acogiera en su seno, le tendría reservado un rinconcito de paraíso. No mucho, que con un trocito pequeño una se conforma. Pero sí bajo la luz de Él, orgulloso de su acólita que ha detenido al mismísimo demonio impidiéndole seguir haciendo el mal.

—Y así por siempre, Amén.

Aquella misma noche Iván Regueira volvió al apartamento silbando compulsivamente la melodía de la versión sincopada del *Caravan* por Kenny Burrell, que acababa de descubrir de la mano de Jack Hall. Venía de trabajar en el Blue Note y, una vez echado el cierre, de tener uno de sus encuentros con Pilar Alférez, e iba pensando en planificar algún golpe para tener dinero con que pagar al Patata la siguiente cuota de aquel viejales del Reinosa.

Tenían que obrar con cautela porque al final había trascendido la noticia del taxista muerto y no era cuestión de ponérselo fácil a la poli. Así que estaba acariciando la posibilidad de dejar en paz a los taxistas y atracar farmacias, dinero rápido, difícil de rastrear y, a la vez, un cambio de hoja de ruta inesperado para los inspectores de la

Criminal, que estarían muy al quite. Y sin meterse en berenjenales como dar el palo a joyerías, que si la ejecución es complicada, lo de quitarte de encima lo rapiñado, ya ni te cuento.

Entró en su apartamento a oscuras y distraído, apenas reparó en el inusitado silencio, sin los omnipresentes ronquidos de la vieja momia, que igual se ha ahogado y que, por mí, ya se puede pudrir.

Como de costumbre, fue derecho a su habitación y al encender la luz vio el percal. Las revistas que les había ido pillando a los marines, tiradas por el suelo, la caja abierta, los billetes repartidos por el suelo. Y no veía el reloj.

—¿Dónde…?

Y entonces cayó.

El silencio. La vieja que no ronca. Está claro.

—Mierrrrda.

—Sí. Para ti. Una así de grande, hijo de puta —replicó una voz detrás de él.

Se dio la vuelta y vio al inspector jefe Marfá, de la comisaría de Conde del Asalto. El mismo por el que Jack y los suyos habían tenido que cerrar un año y medio antes el Jack's de la calle Parlamento. El muy cabrón ahí estaba, con esa sonrisa de eres mío, ahora tu culo me pertenece, típica de cuando la madame te tiene bien amarrado.

Iván se quedó instalado en algún punto entre la tristeza, el enfado y la autoconmiseración, que se traducía en una mirada cansada e inexpresiva.

Marfá enfundó su Star reglamentaria, hizo crujir los dedos, le guiñó un ojo y le soltó un puñetazo en la barbilla que lo tumbó.

El Cambados se quejó, pero no era tonto. Sabía lo que había.

Sabía que la contundencia de aquella primera hostia bien pegada iba a ser lo más suave que se le venía encima.

Y aquí es donde todas las fichas empezaron a caer, una tras otra, empujadas entre sí. Incapaces de resistir la inercia creada en aquel final de verano de 1962, cuando al Cambados se lo llevaban a la comisaría de la calle Nueva tras la denuncia de su tía Avelina, que no volvería jamás a referirse a su sobrino con otro vocablo que no fuera «demonio».

El primero en sufrir las consecuencias era Jack Hall.

La vida, para el americano, no había tenido muchos sobresaltos

desde la detención en Francia de su hermano el año anterior. Ya no era el músico yanqui que, a pesar de sus carencias técnicas, había impulsado el primer combo de jazz sin concesiones en la ciudad, ni era el encargado de la primera cava especializada en el género de Barcelona. Todo aquello se le había escabullido como arena entre los dedos.

Ahora vivía en la pensión Toledo, en la plaza Real, iba perennemente justo de pasta y se acostaba con Joan Barr y Nancy Hall con escasa pasión por ambas. Ya no tocaba, porque los músicos buscaban a músicos de los de verdad, y él no lo era. Lo de la heroína ya no estaba a su alcance, porque en ese ámbito el que había pintado algo era Phil, que estaba tratando de no encajar demasiadas palizas y pollazos en las duchas de la cárcel de Beaumettes.

Jerry Larson le pasaba algo de material para el menudeo, pero como el Patata se había desentendido, el vínculo entre el marino y los franceses era Rafa el Risas, que dirigía torpemente el cotarro desde su mesa del bar Chico, en el Pas sota la Muralla, gestión que no iba a durar mucho más.

Jack, frustrado, aunque siempre mirando hacia adelante, se había quedado en simple encargado del Blue Note. Que puede que no fuera poco, pero siendo honestos tampoco mucho.

Así que se iba a dormir cada madrugada y se despertaba cada mediodía con la confianza de que, tarde o temprano, la rueda de la fortuna iba a volver a girar para él.

Cerraba el local al público y, vaso de whisky en mano, aguardaba ahí a que Stephen le enviara a gente. Entretanto, para hacer tiempo, se detenía en el soliloquio de John Lewis construyendo la melodía de *Warmeland*, que empezaba con una cierta triste solemnidad para pasar a un ritmo algo más festivo. Cerraba los ojos, fumaba algo de marihuana traída por Nancy de las Pitiusas o algo de grifa mercadeada por algún legionario de la plaza Real, y se dejaba llevar, mecido por el piano de Lewis sutilmente punteado por la guitarra de Barry Galbraith. Y entonces le preguntaba a la suerte cuándo iba a volver en su socorro.

Por su parte, esta debió considerar que muchos favores le había hecho ya, así que el americano no sólo no iba a ir a más, sino que no iba a tardar en perder también el Blue Note.

Y la causa fueron los atracos a los taxistas de Iván.

Porque lo primero que los pasmarotes averiguaron es que Iván Regueira trabajaba de camarero en el establecimiento situado en el entresuelo del edificio del Jamboree. Así que no tardaron en ir a hablar con Joan Rosselló para ver si había algún tipo de vínculo entre aquel chaval y el dueño de ese tugurio donde retumbaba esa atronadora música de negros.

Rosselló no sabía nada, claro. Su local era lo más de la ciudad y el dinero que aquel mamarracho podía levantarse atracando a pobres taxistas, no era más que calderilla para el empresario más exitoso de la noche barcelonesa.

—Ni siquiera lo he contratado yo, sino el encargado del local.

La policía habló pues con Jack, que fingió sorpresa aunque para sus adentros lamentaba comprobar lo gilipollas que había llegado a ser su amigo. ¿Cómo se le podía haber ocurrido a ese imbécil ponerse a atracar taxistas? ¿Acaso no le iba bien con el dinero que se sacaba como camarero, complementado con la venta de centraminas, hierba y, si se terciaba, jaco? ¿Y encima con lo que se sacaba haciendo recaditos para el Patata? *What's wrong with this asshole? Goddamit*!

Como el americano ni estaba en el ajo ni sabía nada, ni tampoco iba a delatar al Mexicano, aunque se imaginaba que también estaba involucrado en el *fregao*, enseguida lo dejaron en paz.

—Si usted recuerda algo que pueda ayudarnos a dar con los compañeros de fechorías de Regueira, póngase en contacto de inmediato con nosotros.

—Descuide, señor inspector, yo llamo ustedes rápido si pienso algo.

—Limítese a recordar y no a pensar, que eso ya lo hacemos nosotros.

—Sí, señor inspector. Yo pedir perdón. Lengua diferente, usted sabe.

—Lo que yo sé no es de su incumbencia. Y si usted quiere vivir en España, aprenda a hablar el español como Dios manda.

—Yo hago gran esfuerzo, señ…

—Adiós.

—Adiós, señor inspector…

Fucking lousy cops, you idiots wouldn't last two seconds in the

streets of L. A., pensó tras salir de la comisaría de Conde del Asalto, mientras dirigía sus pasos hacia la plaza Real.

¿Iván? Buen chico, pero valiente tontería ha hecho. Que se joda y para la próxima vez que aprenda. Por mi parte, doy este infortunado tema por zanjado.

Pero no estaba zanjado, porque aquella misma tarde, al cierre del Blue Note, Joan Rosselló se presentó en el local. Y esa visita inusual le hizo presagiar a Jack que algo no andaba bien, porque el empresario sólo acudía a aquel entresuelo cuando tenía alguna visita con la que deseaba charlar en un ambiente más distendido que el que se respiraba en el Jamboree. Pero ¿ir solo? ¿Al cierre? Nunca había ocurrido.

Rosselló no era ningún memo, y siempre se había olido algo del vaivén de clientes que subían y bajaban de la cava al entresuelo, pero no había hecho mucho caso. Hay cosas que, si se llevan con discreción, pueden seguir ocurriendo. A fin de cuentas, el negocio es el negocio y, mientras tire, no vamos a estar mirándolo todo con lupa.

Pero la visita de la policía, y que él y luego Jack hubieran tenido que ir a la calle Nueva a declarar, no le había hecho ni pizca de gracia y cambiaba por completo el panorama. Porque cuando esos se meten de por medio son malas noticias. Sobre todo, para un local al que, por su oferta, su concurrencia, su emplazamiento, por todo, maldita sea, esos no ven con buenos ojos.

Así que, puesto que el Blue Note tampoco le daba unos beneficios de vértigo, el empresario decidió clausurarlo. Solo y sin ayuda, el Jamboree iba ya como un cohete; aquel entresuelo tampoco era imprescindible para el negocio.

—*W-what??*? —le preguntó Jack incrédulo.

Y le rogó que se lo pensara mejor. Que no había razón para cerrarlo. Que lo de la Policía tenía que ver con Iván y con nadie más. Que él había sido el primero en confiar en el proyecto, cuando los del Jubilee Jazz Club ni asomaban la nariz por allí. Que si a Gloria la traje yo, que si el espíritu de los Jazz Brothers, que si Tete Montoliu consideraba esto un tugurio. Acuérdate. Soy yo. Tu amigo. Casi tu socio. El que siempre ha estado aquí para ti.

El discurso hubiese calado hondo y enternecido el corazón a cualquiera, pero no el de Joan Rosselló, poco dado a

sentimentalismos y mucho a cuidar del andamiaje de su establecimiento y de la entereza de su reputación, que aquí vienen marinos y frescas y algún marica y turistas y algún maleante, e incluso algún rojo, pero también viene lo más granado de la ciudad. Y con estos últimos es con quien yo me trato de tú a tú.

En nombre de la amistad y el aprecio que el empresario aseguraba sentir por Jack, le prometió que le daría empleo fijo en la barra del Jamboree o en la puerta, según la noche. Y que sólo lo hacía por él, porque a cualquier otro en las mismas circunstancias le habría dado boleto sin dudar ni medio segundo.

—Por todo el aprecio enorme que siento hacia tu persona, Jack —le dijo.

Con dos cojones.

Y el americano no podía rechazar la oferta, porque si además perdía aquello se quedaba ya a cero. Así que aceptó. Hubo un muy descafeinado apretón de manos y un ruego —con buenas palabras, pero mañana mejor que pasado— de desmantelar el local, para hacer obra y alquilárselo a alguna pensión o algo.

Al cabo de pocos días, avisado por Jack, el que había sido pianista de los Jazz Brothers, Pere Ferré, que por entonces iba tocando ocasionalmente y sacando adelante el negocio familiar, acudía a lo que quedaba del Blue Note para comprarle varios discos y el equipo de alta fidelidad.

—Pero ¿estás seguro de que quieres vender todo esto, Jack?

—Yo necesito dinero, Pere. Tú haces a mí gran favor. Cuando cosas van mejor ya compraré nuevo *hi-fi* y nuevos discos.

Cerraron el *bisnes* y se dieron un abrazo de viejos compañeros de fatigas, quedando en que cualquier día se tomarían unas copas, pero fuera del Jamboree. En algún sitio donde charlar tranquilamente.

Esas copas, ni que decir tiene, no llegarían nunca.

Quién sabe si se las hubiesen podido tomar si, pocos meses después, atizándose un pincho de tortilla y una caña de Águila Dorada en la cervecería Colón, a Jack no se le hubiese presentado y sentado en la misma mesa Jimmy Walker diciendo que venía de parte de sus amigos Stephen y Pilar, que iba a cometer un atraco y pidiendo a ver si le podía conseguir una pistola.

—Me dijo Nancy que ya no estáis en la calle Diputación.

—Demasiado dinero. Ahora ella vive en la pensión Pros y yo en la Toledo.

—La Pros es donde ahora vive Gloria con sus hijos, ¿no?

—*That's right*.

Lo primero que hizo Jack Hall cuando el Blue Note echó el cierre fue viajar a Marsella para visitar a su hermano en el talego, donde su estancia iba a ir para largo. Así que ahí estaban los dos, en la prisión de Beaumettes, visita familiar, registro y cacheo al entrar, distancia con el recluso, pueden fumar y comer, no se pueden tocar, los vigilamos.

—Estoy jodido, *brother*, ahora sí que sí —se lamentó Phil.

—Tranquilo, tu abogado ha recurrido, todavía hay posibilidades de que no se alargue mucho —trató de consolarlo Jack.

—¿Mi abogado? —rezongó con una sonrisa sarcástica—. ¿Ese tío al que pagaban los amigos corsos del Charlot?

—Sí, claro, ese…

—¡Ese ya no es mi abogado!

—¿Qué? ¿De verdad? *Fuck*!

Los franceses lo habían dejado tirado porque no era más que un americano muerto de hambre proveniente de la otra cara de los Pirineos, de ese país al que, a este lado de la cordillera, se referían con sorna como tercermundista, aunque Jack no podía evitar echar la vista atrás, cuando la guerra, y recordar a algunos milicianos españoles jugándosela en Francia e Italia, en el frente y tras las líneas enemigas. Que si no llega a ser por esos y aquí ahora todos hablarían alemán y almorzarían chucrut, pensaba.

—¿Y qué esperabas? Saben que no voy a abrir la boca, porque de lo contrario soy hombre muerto. Que esté aquí entre rejas o en la calle les da completamente igual.

Jack fumaba, la mandíbula tensa, la mirada de fuego, aunque en el fondo cansada, con ese último fulgor rabioso que se desata antes de alcanzar un estado de agotamiento total. Ojeras y el pelo, cada día más escaso, tirado para atrás, dejando a la vista una frente alta y despejada.

—¿Qué tal te tratan aquí? —preguntó tras un silencio seguido de caladas.

—¿Qué quieres que te diga? No entiendo una mierda de la lengua esta y no soy de los suyos. No estoy en ninguna familia, así

que para ellos soy un cagarro, un don nadie. Pero al menos me respetan un mínimo. Respetan que me calle las cosas y que haya trabajado con Charlot y los suyos.

—¿Y los boqueras?

—Esos son unos hijos de puta, aquí como en cualquier otro lado.

—Intentaré juntar dinero para que puedas moverte por estas galerías.

—¿Podrás?

—No te voy a engañar, Phil, la situación está mal. —Le resumió el lío de Iván y su amigo, el gordo rubio, y el cierre del Blue Note.

—*Sons of bitches*! ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Voy a seguir trabajando en el Jamboree, de camarero, seguiré vendiendo centras, hierba y jaco a turistas y buscaré bolos, aunque ninguno de esos cabrones quiere tocar conmigo.

Esto último a Jack Hall le escamaba especialmente, porque si bien no le dolían prendas en admitir que no era buen músico, que le faltaban destreza técnica y capacidad para improvisar, consideraba que tenía swing porque había mamado toda aquella música de South Central, todos aquellos clubes donde una noche cualquiera veías a Carmel Jones y a la siguiente a Les McCann y a la otra a Billy Mitchell. Es más, hasta su llegada al frente de los Jazz Brothers, ninguno de aquellos *jazzmen* barceloneses de opereta había osado meterse tan de lleno en el asunto del bop. *I know what the real thing is*, protestaba para sus adentros, lo que se traduce como que estos aficionados no tienen ni puta idea, mientras que yo he bebido de la fuente primigenia. Y encima les he enseñado de qué va este rollo. Maldita sea.

—¿Realmente crees que me vas a ayudar económicamente poniendo copas, trapicheando de barato y tocando en conciertos de mala muerte?

Phil lo arrancó de sus cavilaciones y le devolvió a la realidad, la de que somos dos pringaos. Yo en el maco, por creerme que iba a convertirme en el próximo Al Capone y tú detrás de una barra, por creerte que te ibas a convertir en el próximo Charles Mingus.

—*We're losers, man*.

Jack, incapaz de negar la evidencia, le ofreció un cigarrillo, se colocó otro en la comisura de los labios y ambos fumaron en silencio, esquivándose las miradas ya que había quedado todo

dicho. Aun así, el hermano tomó la palabra:

—Mira, siempre salimos adelante —añadió Phil—. Esto es así. Siempre nos las hemos arreglado para caer de pie o con algunas magulladuras que se pudieran sobrellevar. No sé qué harás, ni cómo, pero sé que te espabilarás…

—¿Y tú?

—No te preocupes por mí, soy mayorcito y me sé cuidar solo, pero necesito que cuides de Nancy y de la pequeña…

—Ya las estoy cuidando —contestó Jack pensando, con una sombra de vergüenza, en la cantidad de veces en que se había beneficiado a su cuñada.

—Pues no dejes de hacerlo, por lo que más quieras. Y todo lo que, además de para ti, puedas sacar de tus conciertos, de tus centraminas, de tu heroína, de tu marihuana y de tus noches poniendo copas en el Jamboree, por favor, úsalo para ayudar a mi mujer y a mi hija.

A pesar de estar esposado, Phil trató de agarrar la mano de su hermano, pero el grito del guripa que los vigilaba le hizo desistir.

—*C'est absolument interdit de se toucher!!*! —berreó enrojecido mientras ambos americanos levantaban las manos a modo de disculpa.

Tras unos instantes paladeando la miseria de aquel lugar violento y decrépito de paredes desconchadas, olor a cloaca y humedades en el techo en el que Phil Hall iba a transcurrir un largo tiempo, este volvió a romper el silencio:

—Prométemelo —ordenó.

Jack Hall clavó sus pupilas en las de su hermano, se llevó la diestra al corazón, como si en vez de una visita penitenciaria aquel fuese el estrado de un tribunal:

—Te doy mi palabra.

—*Thanks, man*. —Phil se sorbía los mocos y reprimía las lágrimas porque aquel era el último lugar donde nadie quiere que lo vean llorando.

Jack salió del penal resuelto a tomarse un respiro e irse a Ibiza con la mujer y la hija de su hermano, mientras Joan se pondría de camarera unas noches tras la barra del Jamboree para mantener su puesto activo y seguir haciendo algo de caja.

Antes de subir al coche y emprender el regreso a la Ciudad

Condal, el americano cerró los ojos y tomó aire.

El futuro empieza ahora, se dijo. Y, pese a que de entrada no parecía especialmente halagüeño, las cosas iban a mejorar. *Things are going to get better*.

Seguro que sí.

Las cosas mejorarían, porque no podían ir peor y, tras un par de respiraciones profundas, sonrió y le dijo al aire:

—*I'm a lucky guy*!

Aunque no se sabe si, a esas alturas, pronunciaba aquellas palabras creyéndoselas mucho, poco o nada.

13

Miércoles 21 de noviembre de 1962

Son tres y enseguida esgrimen las credenciales de la Brigada de Investigación Criminal.

Pilar siente un sobresalto e instintivamente retrocede, mientras que Stephen mantiene la sangre fría sin moverse ni un milímetro.

—¿María Pilar Alférez Vendrell? —pregunta uno de ellos.

La mujer traga saliva. Stephen le lanza una mirada: contesta, haz como si todo fuera normal, no pueden tener nada contra nosotros.

—¿Es usted María Pilar Alférez Vendrell? —insiste otro.

La mañana es fría y de la cocina se escapa un aroma a café humeando, a tabaco de picadura a medio fumar y a ramas raquíticas quemándose en la estufa.

La mujer hace gesto de que pasen y confirma su identidad:

—Soy yo, sí, ¿en…, en qué puedo servirles?

Los tres policías, visiblemente cansados, recién desembarcados desde Barcelona, entran en los bajos del número 8 de la plaza del Sol de Ibiza.

—Nosotros tenemos preparado ya café, ¿poder ofrecer a ustedes una taza? —sugiere Stephen.

—Muy amable —acepta el inspector Carrafa.

Los tres policías se reparten entre las dos butacas y una silla del pequeño salón y, aunque la estufa está encendida, el frío es suficiente para desanimarlos a desprenderse de los abrigos. Se limitan a quitarse los sombreros.

Uno de ellos se fija en la chimenea apagada.

—Con este frío, ¿no la encienden?

—Ya nos gustaría, pero es muy caro y como aquí solamente estamos nosotros dos, nos apañamos con la estufa, al menos hasta

que empecemos a ganar algo más de dinero —explica Pilar, que llega con una pequeña bandeja con tres tazas, cada una distinta de la otra, llenas de café aguado.

—Ya sé que está usted pasando una mala racha —interviene Carrafa.

La mujer se queda inmóvil, la musculatura tensa, con cara de no entender nada, pero antes de que consiga preguntar nada el inspector retoma la palabra:

—Sé que usted y este señor, llamado, y corríjame si me equivoco, Stephen Jameson, han estado por Europa tratando de conseguir empleos que nadie les ha dado. Allí gastaron mucho del dinero que tenían ahorrado, así que hace unas semanas, no sé exactamente cuándo, pero eso de momento poco me importa, volvieron a Barcelona. Una vez ahí, Pilar, usted vendió un abrigo de pieles al que tenía mucho cariño y con ese dinero y algo más rascado de aquí y de allá decidieron venir a Ibiza, donde alquilan este espacio por mil pesetas, quedándoles alrededor de quinientas para ir tirando. Una situación que usted misma ha definido, inmejorablemente, como desesperada.

Pilar entiende que la carta que le envió a Francesc Reinosa ha sido hallada entre las pertenencias de este y que la han seguido como pista.

—También sé que usted se hace llamar Byby —apostilla Carrafa.

La mujer carraspea y toma asiento en un viejo taburete que cruje bajo su peso. Stephen se mantiene impasible, de pie, cerca de la salida, lo que hace una vida entera habiendo salido por patas de tantos sitios.

—Escribí todo eso a un amigo que me llama, con afecto, Byby —explica ella.

—Llamémosle amigo… —interrumpe uno de los policías.

—¡Silencio! —impone el inspector Carrafa, que no aparta su mirada de la mujer—. Y dígame, Pilar, ¿el amigo al que alude acaso es el industrial Francisco Reinosa Clotet?

Ella finge algo de sorpresa y responde afirmativamente.

—Y dígame otra cosa, ¿desde cuándo no tiene noticias de su amigo?

—Desde que vinimos aquí… ¿Por qué me pregunt…?

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace… Hace unas dos semanas. Llegamos el día 5 de este mes. Pero no entien…

—¿Y desde entonces no se han movido de aquí?

—¿De esta casa, quiere decir?

—No, de Ibiza.

—Perdone, no entiendo.

—Le pregunto si desde el día 5 de noviembre han permanecido ustedes dos en la isla o si han salido de la misma.

Stephen celebra no haberse embarcado con Jimmy el viernes anterior. Aunque seguramente, si se hubiese subido a aquel barco y hubiese acudido al almacén de lámparas de la calle Aragón, el atraco habría salido de otra manera. Con un buen fajo de dinero y sin que ese idiota hubiese acabado reventando a golpes y navajazos al empresario.

—Hemos permanecido aquí. ¡Quién tuviera dinero para viajar! —confirma Pilar.

—¿Tienen testigos que puedan corroborar que ustedes han estado todos estos días en Ibiza?

La mujer, que va controlando su nerviosismo, finge una gran extrañeza:

—Sí, supongo que sí. La panadera, las dos chicas a las que Stephen ha empezado a dar clases de inglés esta misma semana, el personal del Talamanca…, entre todos supongo que pueden… Pero, perdone, señor inspector, no entiendo por qué me pregunta todas estas cosas. —Y abriendo mucho los ojos añade—: ¿Acaso cree que hemos hecho algo malo?

Del bolsillo de su gabán, Carrafa saca una pitillera de plata que abre para ofrecer tabaco a la pareja. Stephen acepta, Pilar no. El inspector se lleva un cigarrillo a la boca y lo enciende con un mechero Dupont que emite un brillo áureo que embelesa a todos.

—Lamento tener que comunicarle, Pilar, que su amigo Francisco Reinosa Clotet fue asesinado por un ladrón el pasado sábado en el almacén de venta de lámparas que regentaba en la calle Aragón.

La mujer aprovecha la tensión acumulada para teatralizar una gran conmoción y se cae del taburete. Los dos policías que acompañan a Carrafa y Stephen la socorren.

—¿Fran…, Fran…? —resuella Pilar.

—Siento tener que ser yo quien se lo comunique. Fue tremendo.

—Oh Dios, oh Dios mío…

Mientras interpreta ese vahído, se pregunta cómo es posible que, a partir de la carta firmada como *Byby*, la Policía haya podido llegar hasta ella. Repasa palabra por palabra lo que recuerda haber escrito y no encuentra nada que arrojase pistas sobre su identidad. ¿Tal vez fueron sus huellas dactilares en el papel? ¿Pueden hacer eso?

La respuesta está en Barrachina, el mecánico del taller vecino al almacén.

Demasiado listo para ser tonto de solemnidad, pero bastante menos inteligente de lo que él mismo supone, Barrachina nunca le ha caído bien, pero era a través de él como le hacía llegar cartas o mensajes a Francesc. No lo iba a llamar a casa, ni a presentarse en el almacén sin haber quedado antes. Así que los amantes establecieron comunicarse a través del mecánico. Reinosa pasaría por el taller cada día o, como mucho, cada dos.

Como al Barrachina siempre le había gustado darse importancia, se dio prisa en acudir a la jefatura de Vía Layetana en cuanto supo que al empresario lo habían dejado tieso.

—Yo era su mecánico de confianza, ¿sabe? Soy el mejor, aquí en Barcelona, ¿sabe? Al Reinosa le he ido arreglando todos los coches que ha ido teniendo en los últimos años, ¿sabe? Incluso le arreglo la moto Sanglas al hijo, una Cromática de 295 centímetros cúbicos, ¿sabe? Por no hablar de la querida, que yo les hago de telégrafo, ¿sabe?

—Alto ahí. ¿La querida? ¿Se refiere usted a una tal Byby?

—La querida, la Pilar, que es más siesa… Que me pregunto yo cómo será la mujer del tipo para que este se divierta…, bueno, se divirtiera con la siesa aquella.

—Deje de divagar y explíqueme quién es Pilar.

—¿Q-quién es la Pilar?

—Sí. Dígame todo lo que sabe, yendo al grano y sin enrollarse, que no tengo todo el día.

Así es como, el lunes por la tarde, Carrafa había localizado la única pista que tenían para tratar de descubrir al autor de la carnicería.

No obstante, salta a la vista que esta es una pobre desgraciada que nada sabe. Tal vez sea algo fresca, pero son los tiempos que son

y esta generación no ha luchado en una guerra. Han vivido muy cómodamente, en una paz en la que les ha sobrado tiempo para el ocio, la frivolidad y las desviaciones.

—¿C-cómo fue? —pregunta Pilar apoyada contra la pared y bordando su actuación.

—Mire, no creo que quiera saberlo, fue un episodio muy desagradable.

—P-pero lo han matado, ¿verdad? Por eso están ustedes aquí, porque a mi pobre Frankie lo han…, lo han…

—Sí, Pilar. Fue asesinado por un ladrón.

—¿Es ese del que habla la radio? ¿Ese es Francesc? ¿Mi… mi Frankie?

Como ni las radios que se escuchan en la isla ni los periódicos que se publican aquí han dado el nombre hasta ahora, se supone que ellos no saben más que en Barcelona se cometió un crimen atroz el sábado. Y la mujer interpreta su papel de manera acorde.

—Eso me temo, Pilar.

—Oh Dios, oh Dios, Dios, Dios…

Stephen, instalado en algún lugar entre la seriedad y una neutralidad granítica, corre a tomarla en sus brazos antes de que otro desvanecimiento devuelva a su amada al suelo.

—*Come on, come on, honey* —murmura.

Carrafa decide que aquí no tienen nada que hacer y se echa una silenciosa bronca por perder un día entero de investigación, empeñándose en seguir la pista de la tal Byby y el monigote yanqui con el que comparte amor y pobreza.

—No les molestamos más —anuncia el inspector incorporándose y calándose el Stetson de ala ancha.

Stephen, tras dejar que Pilar se acomode en la butaca, acompaña a los policías a la salida.

—Sentimos haberles tenido que dar esta noticia así —se disculpa el inspector, ya en el umbral.

—No es problema, gracias por cigarrillo, que estar bueno —replica con una sonrisa amable el americano.

—Oiga, a todo esto, usted no ha dicho nada aparte de ofrecernos café —cae en la cuenta Carrafa—, y yo he dado por hecho que usted es Stephen Jameson. ¿Lo es?

—Oh, sí, yo no muchas palabras y no habla bien español, pero

yes, yo soy Stephen Jameson. ¿Usted necesita ver documento *passport* para ser seguro?

—No, hombre, no hace falta, me fío de su palabra.

—*I insist*, yo mostrar *passport* para que ustedes tienen seguridad que yo ser yo mismo, ¿sí?

—Bueno —se encoge de hombros Carrafa—, si insiste.

Y, por primera vez desde el viernes anterior, cuando fue a despedir a Jimmy en su salida hacia Barcelona y tras decirle que él se quedaba en Ibiza, Stephen Jameson saca su pasaporte. Y lo abre. Y enseguida se da cuenta del cariz trágico de su decisión. Y se pregunta quién cojones le mandaba a él ser tan innecesariamente solícito y querer mostrar el pasaporte a toda costa. Y se caga en su vida.

Por su parte, la expresión facial de los policías se va desencajando según ven cómo, desde el documento abierto, se desliza una hoja doblada con un dibujo torpe. El borrador del plano cuya versión mejorada Stephen entregó a Jimmy y donde se puede leer, claramente, *Reinosa's shop*. Que tampoco hay que ser un dechado de poliglotismo para colegir el significado.

El inspector Carrafa se agacha, despliega el papel y lo observa detenidamente. En la cara de Stephen Jameson se condensa una expresión que, sin necesidad de palabras, clama e-r-e-s-g-i-l-i-p-o-l-l-a-s-e-r-e-s-g-i-l-i-p-o-l-l-a-s-e-r-e-s-g-i-l-i-p-o-l-l-a-s, mientras que los policías lo miran y piensan al unísono: este tío es gilipollas.

—¿Cariño? ¿Estás ahí? —se oye desde el salón la voz de Pilar.

Pero el silencio se ha levantado como una muralla. Es irrompible, como el cristal del escaparate de una joyería de los barrios altos, así que la mujer se incorpora y va hacia el minúsculo recibidor para ver qué ocurre. Y ahí los ve. A Stephen, quieto *parao*. A los tres policías, incrédulos, con el plano en la mano. Mirándose y mirando ese trozo de papel que es la pluscuamperfecta pista policial.

—*Shit*! —se le escapa a ella.

Y entonces, tras el prolongado silencio, Stephen reacciona por fin:

—*That's exactly so*.

Que significa, *grosso modo*, lo has clavado, nena.

14

Para ser sinceros, lo de Iván Regueira no se podría tildar de heroísmo.

Es cierto que tampoco es que cantara a la primera: tuvieron que desnudarlo, reírse de su picha, escupirlo, humillarlo, mentarle a la madre y atizarle unos cuantos tortazos y patadas, antes de que empezara a hablar. Pero, para abordar los hechos de forma fidedigna, el zagal no esperó a que se le desencadenara encima un bíblico huracán de hostias para empezar a irse de la mui.

También es verdad que, en un primer momento, trató de que todo recayera en su persona y aguantó un número impreciso de latigazos propinados con toallas mojadas, antes de admitir que sus cómplices eran siempre los mismos y no, como había mantenido al principio, indistintos *pringaos* de medio pelo, sin casi nombre ni cara, a los que había ido reclutando en tabernas y fondas para cada golpe. De los de aquí te pillo, aquí te mato y, si te he visto, no me acuerdo.

Por otro lado, cuando lo trincaron, fueron más de dos y de tres los policías que enseguida pensaron en Eduardo el Mexicano, su eterno compinche, como aliado en los atracos a los taxis, pero querían oírselo cantar al periquito recién enjaulado. En cambio, lo de Sixto, en caso de que también hubiese sacado su nombre, los hubiera pillado más por sorpresa porque este todavía no había tenido el tiempo ni las habilidades para situarse en el mapa mental de la bofia de la zona.

Por eso a Sixto no lo delató. ¿Para qué si puede salvarse? En vez del suyo, dio el nombre del Motas, un chaval de San Andrés que había muerto semanas antes de una poliomielitis, puta vida esta.

—¡Eso es el Distrito Noveno! ¿Qué hacía ese tan lejos de su barrio?

—Desavenencias con la gente de allí, creo.

—No me vaciles, niñato, que te reviento.

—¡Que se lo juro, señor inspector! ¡Que le digo la verdad!

—Más te vale.

Como se sabía que Julio Romero el Patata era el principal valedor de aquella pandilla de mamarrachos, este fue invitado, con el habitual *savoir faire* policial, a visitar la calle Nueva para mantener con el jefe Marfá una charla. Que también transcurrió con la habitual distensión policial.

Puesto que el Patata no tenía ni repajolera idea de las correrías del Cambados y sus amigos, la cosa tampoco fue a mucho más. Para él fue una sorpresa de las desagradables. ¿Qué cojones hacían esos mentecatos atracando a taxistas *sin* su permiso? ¿Acaso pensaban que, si hubiese habido algún tipo de provecho a largo plazo, él no lo habría pensado antes? ¿Estaban tontos o qué?

—Yo no soy el padre de esos niñatos. ¡Y no tengo por qué saber lo que hacen!

—No jodas, Patata, que esos comen de tu mano y aquí todos lo sabemos.

—¡Medio barrio come de mi mano porque soy generoso y buen vecino! ¿Que no?

—No me calientes más de lo que estoy, que te fundo a leches.

—¡Hablo en serio! ¡Yo no tengo ni idea de…!

—Esta vez no tenemos nada contra ti, Patata, pero ándate con ojo, que te tenemos muy vigilado y, a la que des un paso en falso, a la que la cagues, y ese día tarde o temprano va a llegar, ahí estaremos nosotros para echarte el guante. ¿Estamos?

—¡Pero si yo no he hecho nada!

—Sacad a este bastardo de mi vista. Ya estás advertido, Patata, el día menos pensado eres nuestro.

—Pero si yo…

—¡Eres nuestro del todo!

Además del de Sixto, el nombre que tampoco pronunció Iván fue el de Pilar, a pesar de que ella había sido el motivo por el que había elucubrado su brillante plan de pegar palos a taxistas. Podía confesar, vender a quien fuera, aceptar la evidencia. Pero el límite —y todo el mundo tiene uno— era ella. La mujer que amaba. Que lo besaba y le hacía y le dejaba hacer. La mujer con la que tenía la

sensación de estar viviendo algo parecido a una vida merecida.

A Julio Romero el Patata le cabreó inmensamente todo aquel *fregao* porque se había ido metiendo en asuntos sobre los que, con que se lleven con un mínimo de discreción y se tenga una idea clara de qué tostadas conviene untar, los pasmarotes hacen la vista gorda. Y a veces ni siquiera se enteran.

Y ahora venían aquel gilipollas del Cambados y sus amiguetes y se ponían a jugar a ser cuatreros del Far West atracando taxis como si fueran diligencias. *Yee-ja*, la madre que los parió.

Seguía preguntándose por qué les había dado por ahí, sin decirle nada, a lo loco, encima saliendo en los periódicos y en la radio, que ya sólo les hubiera faltado que los sacaran en el
No-Do.
¿Era sólo para divertirse? ¿Era para hacer más dinero del que hacían con él? ¿O es que se habían puesto a trabajar para otro?

Por Dios eterno, por la Virgen Inmaculada y por la esférica rotundidad de sus santas gónadas, lo iba a averiguar.

Por suerte para él, aquellos días acababa de salir en libertad Pedro Cantó el Titi, que venía con ganas de calle, de conga, de baile de puños y navajas, y a quien enseguida puso en busca del Mexicano y el Sixto. A estos me los traes y que sea deprisa.

Barcelona era una ciudad pequeña, sobre todo si se trata de una sabandija que necesita reptar por la sombra. Entonces los vericuetos callejeros por donde moverse no eran tantos. Estrechos, laberínticos, encerrados por edificios con pequeños balcones de los que cuelgan, tendidas, ropas a punto de retal, calcetines con agujeros y sábanas desteñidas que han cobijado sueños y amores tristes y donde la luz del día llega con brevedad y avaricia, apenas acariciando las plantas raquíticas que pasan sus días esperando únicamente morir. Con ese escenario, no iba a ser una búsqueda larga.

Así, mientras a Iván lo encerraban a la espera de juicio, que se te va a caer el pelo, chaval, el Titi andaba tratando de interceptar al Mexicano, al que también buscaba la Policía, y al Sixto.

Para saber del primero, fueron a hacerle una visita al Siete Vidas, el limpiabotas tabla que tanto apego le tenía a aquel muchacho grueso y rubio sin que nadie supiera exactamente por qué.

Primero dieron con él el Titi y los suyos, pillándolo en el cine de la avenida de la Luz mientras mariconeaba ante la indiferencia del Mariano y el José, los acomodadores. Se lo llevaron a una esquina de la avenida subterránea y le propinaron la preceptiva mano de hostias, aunque sin pasarse, pues sabían lo que se decía de aquel mamón desdentado: que había ayudado a uno de los mismísimos hermanos Juan Creix durante la guerra y no es que fuera intocable, pero tampoco nos vayamos a pasar que luego acabamos en Layetana con nuestros huevos por corbata.

Nada sabía aquel despojo, visiblemente preocupado por su queridísimo Eduardo, que qué ha hecho, que por qué andáis tras él, así que lo dejaron ir.

Al cabo de pocas horas lo trincó la policía mientras limpiaba botas en Canaletas, que ni acabar con el cliente le dejaron. Se lo llevaron a la calle Nueva. Más hostias, pero de nuevo sin pasarse, que este llama a los hermanos Juan Creix y luego los de la Social nos montan un pollo monumental.

—El Nicolás no sabe nada, jefe.

—¿Seguro?

—Ya se lo digo yo.

—Pues soltadlo ya, que atufa la comisaría a maricona.

Al Sixto, por su parte, lo encontraron los chicos del Patata moviendo eufórico la cabeza mientras seguía a The Savages, una banda del Pueblo Seco que aglutinaba a media juventud del barrio en sus ensayos, en unos bajos de la calle Salvá. Con su sonido fuerte a base de dos guitarras, guitarra baja y una batería rudimentaria pero efectiva, la cosa venía redondeada por el chorro de voz del cantante, que por fin se había agenciado un micrófono Ronette que le ahorraba desgañitarse para que se le intuyera en medio del estridor instrumental de sus compadres. Todavía eran malos, pero apuntaban maneras para dejar de serlo en muy breve tiempo.

Y ahí estaba el primo de Patricia, meneándose espasmódico, tratando de granjearse la atención de una chica turolense recién mudada al barrio y a la que le tenía echado el ojo, empezando por la contundencia de aquel imponente pandero.

—*Yeah*, nena, *yeah*!

Sixto no recordaba cómo era físicamente el Titi, al que había conocido en uno de los permisos de este, de modo que únicamente

sabía su nombre y no guardaba memoria de aquella remota y anecdótica ocasión. En cambio, Cantó tenía una memoria fotográfica y enseguida caló a su objetivo.

Lo rodearon. El otro seguía bailando, ahora con los ojos cerrados, repitiendo *yeah, yeah, yeah*, como un imbécil. De pronto abrió los ojos y se encontró cercado por el Titi y otros dos tíos con pintas de no invitar al prójimo a ponerse muy gallito.

—Vas a venir con nosotros y, como se te ocurra hacer algo raro, te rajo aquí mismo. —Uno de ellos esgrimió una navaja.

Sixto miró a su alrededor, a ver si alguien se estaba coscando si podía sacarlo del aprieto. Pero la concurrencia estaba hipnotizada por el atronar de las Jomadi de los guitarristas, que le sacaban un sonido Shadows más o menos efectivo, pero más primitivo, más duro.

—Como no obedezcas, te reviento aquí mismo, hijo de puta.

Estas palabras, pronunciadas por el Titi, surtieron un efecto inmediato y, tragando saliva, incapaz de contener las lágrimas, temblando como un perro viejo muriendo bajo la lluvia, el primo de Patricia acompañó a los tres matones, que iban riéndose de su desesperación.

—¿Po… po… por qué… me…, me?

—No hagas preguntas y síguenos, anda.

—P… pero…

—¡¡Que cierres la boca y tires *p'alante*, sarasa!!

Caminaron unos metros en silencio. Lo metieron en un coche que aguardaba en el Paralelo, donde había un cuarto tipo, no muy alto, careto de cabrón con bigotito fino, al volante.

—¿Es uno de ellos?

—Es uno de ellos.

—Pero…, pero… yo…

Un puñetazo en la boca silenció a Sixto.

—Tú a callar hasta que te ordenemos lo contrario. Y tú, conduce.

El Fiat 1400, más bien destartalado, se puso en marcha mientras el primo de Patricia, con un hilo de sangre en la boca, rompía a llorar entre las risas de sus acompañantes.

Sollozaba maldiciendo el día en que pensó que podía jugar a ser un gánster, cuando todo lo que él quería era beber cerveza, bailar al

endiablado ritmo de The Savages y morrease con aquella turolense mientras magreaba a dos manos aquel culo ajamonado.

Aquella misma noche de primeros de septiembre, Sixto Martos Lavado llegó a su casa jadeando y conteniendo las lágrimas. Su madre se sorprendió al verlo tan pronto siendo sábado, y se preocupó por el aspecto de su hijo, al que claramente le habían caído unos cuantos sopapos.

Ella no dormía mucho últimamente, inquieta por las andanzas de su chico, otrora tan familiar y cercano y, desde hacía ya meses, coincidiendo con las salidas con aquel malogrado proyecto de novio de su sobrina Patricia, tan distante y de trato difícil.

El padre todavía no había regresado de una visita bien regada de vino de Gelida en el bar de Ramón el Coyote, y la mujer escuchaba la voz de Isidro Solá en la radionovela Taxi Key, que rara vez se perdía mientras ultimaba la cena para cuando llegara la tribu al hogar.

—¡Ay, Señor! ¿Qué te ha ocurrido? ¡Ay, ay! —preguntó al ver las marcas y heridas, en realidad no muy graves, en el rostro de su único hijo.

—Nada, he tropezado.

—¡Ay Señor, Señor! Que vas con esos desgraciaos que hacen ese ruido con esas guitarras, que son todos unos gamberros y ellas, ahí, ¡Señor!, que van enseñándolo todo, unas frescas, y que…

—¡Madre, no empiece!

Y, antes de que la mujer pudiera insistir en sus pesquisas, Sixto aceleró el paso y se emboscó en su habitación. Cerró con el pestillo que se había instalado para la salvaguarda de sus momentos de privacidad y refocile, se quitó con dolor la ropa y, ya en calzoncillos, se acurrucó sobre el colchón en posición fetal, tratando de dominar el daño físico y, por encima de este, el moral.

Pocas horas antes lo habían subido a aquel Fiat 1400 y conducido a un taller semivacío, en cuyo centro aguardaba el Patata sentado en una silla junto con un chico joven, fornido, con cara de buenazo, que permanecía a su lado de pie.

El Titi y sus compinches lo habían empujado hasta aquellos dos propinándole —cuando la distancia era ya corta— una fuerte patada en el gemelo derecho que le había hecho caer al suelo, rematada con un palmazo en el cráneo.

—No te levantes —le habían ordenado.

—¿Q-qué pasa? ¿Q-qué queréis? —trató de averiguar él.

Pero un castañazo propinado por el Titi en el pómulo izquierdo interrumpió el curso de sus averiguaciones.

—¡Sólo vas a hablar cuando te lo digamos nosotros! ¿Has entendido, atontao?

Tras aquella trompada, no le habían quedado más cojones que asentir silenciosamente: haré todo lo que me digáis, soy dócil y obediente y nada deseo más que colaborar con vosotros en todo cuanto haga falta.

—Muy bien, parece que nos vamos entendiendo —dijo el Patata, que se levantó de su silla desperezándose antes de seguir—: Te presento a Paco —indicó al chaval que seguía a su vera—, que en breve cumplirá su primer año de carrera y está hecho un toro, que cualquier día le ponen delante al Cassius Clay ese y lo hace papilla.

Paco era de Sueca. Arrozales, naranjales, huertas. El río Júcar confundiéndose con las aguas de la Albufera en terrenos pantanosos llenos de mosquitos voraces, barro y naranjas. El mar bañando la costa bajo un sol de justicia, en largos veranos de trabajo a los pies de la montaña de los Santos. A Paco le gustaba su pueblo, pero no le seducía un porvenir recogiendo hortalizas en los *marenys* y resguardando su campo de los vientos arenosos tras setos de cipreses, cañas y adelfas. La alternativa era la ganadería, escasa, pobre, miseria con balidos, cuya salida más digna era trabajar en el matadero de las afueras, a matar bichos, uno tras otro, para el resto de su vida.

Pues no, gracias.

Por eso había empezado a boxear muy joven y con muchas ganas, echando toda la carne en el asador, consciente de que, para él, que apenas tenía estudios, que no sabía cantar ni actuar, que no poseía mayores atributos, aquella era su manera de eludir un futuro ya fraguado.

—Tras destacar como peso wélter en Valencia, Paco se ha venido a Barcelona, que es donde puede labrarse una carrera digna de ese nombre sobre el ring —explicó el Patata con sus ojos pequeños de animal de presa brillando a los lados de su nariz aplastada—, pero como yo siempre les digo a los muchachos, no basta con saber pegar con los guantes, no basta entrenarse con los

sacos, porque el puño lo que pide es la carne y el hueso del otro. Pide cuerpo, pide piel, pide contacto humano. Sólo así se pueden afilar los nudillos, que son el arma que debe ser letal en el combate.

Tras compartir esta reflexión de hondo calado, Julio Romero había hecho una seña con la cabeza al Titi, quien ordenó a Sixto que se levantara. Este, cagado de miedo como estaba, obedeció al instante. Al mismo tiempo, el conductor del Fiat 1400 había aparecido sosteniendo un rollo de cinta adhesiva.

—Junta las manos —le indicó al primo de Patricia.

—¿P-por…, por qué? —se atrevió a replicar este, presa ya del pánico más absoluto.

La respuesta fue un directo a la boca del estómago, gentileza del Titi, que le hizo volver a caer de rodillas.

—No hagas preguntas, levántate y haz lo que te decimos: junta las dos manos.

Una vez le hubieron atado las dos muñecas con varios giros de cinta aislante, le habían hecho levantar los brazos. Al alzar también la cabeza, reparó en el gancho que colgaba del techo. El Titi y el conductor lo izaron y Sixto quedó colgado del gancho por la cinta que sujetaba sus antebrazos, con un dolor lacerante que le quemaba en los hombros. Una vez en esa posición, le ordenaron que juntara las piernas y, nuevamente, hizo lo que se le dijo, más preocupado de no orinarse encima que de otra cosa. Eso facilitó que le ataran los tobillos con la misma cinta.

—¿E-es necesario… esto? —preguntó Paco.

El Patata lo observó con una mueca de qué coño me estás contando ahora y cómo te atreves a poner en duda lo que yo digo, y encima delante de mis muchachos. El boxeador tragó saliva. En el ring podía señorear, pero vérselas con el Titi o con el mismo Patata en aquel taller que apestaba a gasolina, lubricante y rata muerta podía costarle los molares.

—Empieza.

Paco se quitó el polo quedando a pecho descubierto, se vendó las manos con la ayuda del Titi y se puso a bailar alrededor de Sixto. «Perdóname», le susurró. Este, mediante balbuceos ininteligibles, imploraba una piedad que sabía que jamás llegaría. El de Sueca empezó trabajándole las costillas y el hígado.

—¡Venga, más agilidad, esquiva y golpea, esquiva y golpea! —lo

animaba Romero.

Siguió con estómago y plexo solar, variando velocidad, altura e intensidad.

—¡Así, así, fuerte! —le gritaba el conductor sonriendo detrás de sus gafas de sol y por debajo de su bigotito fino.

Sixto se vomitó encima y empezó a llorar, lo que hizo que Paco se detuviera.

—¡No pares! ¡Sigue! ¡Sigue castigándolo! —le exigieron.

El boxeador obedeció y continuó variando distancias y golpeos. Para cuando el baile alcanzó los riñones y estos recibieron una descarga de directos, rematada por un demoledor gancho de la buena, el primo de Patricia se había meado encima.

—Vaya maricón estás hecho, no aguantas nada —observó el Patata antes de ordenar a Paco que parara y al Titi y al chófer que lo bajaran.

Tras dejar que Sixto tomara aire y acabara de sollozar, empezó el interrogatorio.

—Yo sé que tú, el Cambados y ese otro subnormal del Mexicano habéis estado atracando a taxistas. Ni se te ocurra negarlo, o te volvemos a atar ahí arriba.

—Y-yo… s-sí…

—Bien. Como sabrás, al tonto de los pelés del Iván lo han pillado.

Lo cierto es que el primo de Patricia ni siquiera se había enterado de que a su colega lo habían trincado y cayó en la cuenta de que, si había desembuchado, a él también estaría la madame buscándolo. Se estremeció.

El Patata siguió:

—Dime ya mismo dónde damos con el Mexicano y te habrás librado de esta con unas magulladuras y poco más.

Sixto juró y perjuró que hacía días que no sabía nada del Cambados ni del Mexicano. Rogó. Siguió llorando. Encajó pescozones, patadas, insultos, salivazos; no nos vaciles, hijo de puta, que podemos hacerte desaparecer de manera que no encuentren tu cadáver ni buscándolo mil años. Pero al final le creyeron, porque en aquel estado de pánico absoluto, temblando, los ojos desencajados, la piel como la leche, el pelo erizándose como atraído por una fuente eléctrica exógena, así no miente ni la Mata Hari.

—Escúchame bien, saco de mierda —le advirtió finalmente el Patata—. A diferencia de a ti, al Mexicano le busca la Policía, pero tú vas a conseguir que lo encontremos nosotros primero, ¿me explico?

—P-pero… ¿la poli no me… busca?

—No, hijo, no. El imbécil del Cambados ha delatado al Mexicano, supongo que era inevitable que los asociaran, pero en vez de tu nombre ha dado el de otro desgraciado que cría malvas, así que a ti no te van a venir a buscar en medio de la noche para meterte la porra por el culo, aunque como sigas haciendo el mamarracho por ahí, dándotelas de gánster, ya te llegará a ti también tu San Martín.

—E… Entonces…

—¡¡Cállate y atiende!!

—S-sí…

—Como te decía, vas a dar con Eduardo el Mexicano y, cuando lo hayas hecho, me vas a llamar enseguida a un número que te voy a dar. Si no estoy yo, dejas el recado. Y te advierto, si no encuentras tú antes a ese bastardo y nos lo comunicas, si lo trincan antes los pasmarotes, vamos a volver a por ti y la próxima vez va a ser el Titi quien se ocupe de darte cariño. Paco es mi campeón sobre el ring, pero el Titi es mi campeón en la calle. ¿Me estás entendiendo o me tengo que cagar en tu puta madre?

A Sixto le había quedado todo muy claro. Le habían desatado los antebrazos y las piernas y lo habían soltado. Ni una palabra a nadie y al Mexicano nos lo traes en bandeja. Había caminado hasta su casa, aquel taller no estaba muy lejos, y ahora allí estaba, semidesnudo, acurrucado en la cama, los calzoncillos todavía húmedos de un pis oscuro y de olor acre, temblando, llorando, pensando en Iván, que no lo había delatado, pero él tendría que hacerlo con Eduardo. Ser un riflón cuando los demás no lo habían sido con él.

¿Y dónde estará el Mexicano?, se preguntó.

Nadie sabía dónde vivía, porque no tenía más casa que una buhardilla en desuso, en un edificio de la calle San Beltrán maltratado por el paso del tiempo y, sobre todo, por el de las bombas de la guerra. Uno de esos viejos bloques que inexplicablemente todavía aguantaban sin caerse y sin que el

Ayuntamiento ni algún constructor se aprestaran a echarlos al suelo para edificar, sobre el solar, una lucrativa obra nueva con la que llenarse los bolsillos.

El único que sabía dónde vivía era Nicolás el Siete Vidas, el limpiabotas sarasa que, tras la visita del Titi y la de la policía, había avisado *ipso facto* a Eduardo de que ambas facciones andaban detrás de él. Que no se dejara ver por ahí. Que ya te traeré yo comida y bebida.

Alguna vez se había rumoreado que Nicolás había sido amigo de la madre de Eduardo, una tal Genoveva, que ambos habían sido anarquistas y que las habían pasado canutas juntos durante la guerra, sobre todo al final, cuando las cosas habían venido muy mal dadas. Dolores compartidos que suelen redundar en fuertes compañerismos. Pero eran sólo voces, recuerdos alimentados por la imaginación y por hechos sesgados, testimonios de tercera y cuarta mano, huecos de desmemoria llenados con más ganas que verdad y alimentados por silencios de los que ni niegan ni otorgan.

—Si me traes comida y bebida, a la que unos u otros te sigan, darán conmigo —había razonado Eduardo.

—Entonces, ven adonde estoy yo y ahí te ocultas lo que haga falta —fue la contraoferta del Siete Vidas.

Así es como Eduardo Ramis llevaba días oculto en la pensión de la calle Marqués del Campo Sagrado.

Todo esto Sixto lo ignoraba, así que decidió que esa iba a ser su última noche en el hogar paterno. Al día siguiente se inventaría una excusa, una excursión, me voy de Barcelona por esto o por lo otro, y se establecería en los bajos de la calle Valldoncella. Y ahí aguardaría porque tal vez, en algún momento, el Mexicano aparecería por allí y él podría hacerle la cerdada de delatarlo y, de este modo, evitarse las atenciones del Titi.

Sintiendo una profunda repugnancia hacia sí mismo, el primo de Patricia consiguió quedarse dormido, soñando pesadillas horribles y sin demasiadas ganas de que llegara ese inevitable día siguiente.

El juicio había sido rápido y el veredicto implacable. Culpable de robar y de contribuir al fallecimiento de Fulgencio Roncero, honrado excombatiente, patriota devoto y sacrificado taxista en esta ingrata urbe donde las alimañas acechan, amparadas por la Paz que tantos sufrimientos le costara a nuestra Patria, para alimentarse de

la sangre del ciudadano corriente, respetuoso de la Ley y el Orden. Algo así había dicho el fiscal en una alocución larguísima, ocasionalmente acompasada por los farfullares de la Avelina, que se dejaban oír desde la bancada:

—¡El demonio, es el demonio!

El público la contemplaba con una sonrisa piadosa.

El resultado: seis años de reclusión, porque, si bien varios taxistas víctimas de sus atracos lo habían reconocido, no se le había hallado el arma de fuego que todos aseguraban que el trío esgrimía y no había estado preso antes, y además era joven y toda una serie de atenuantes que bienvenidos sean.

—Tú pórtate bien, que yo te recurro algunos de los delitos que se te imputan y, lo mismo, con un poco de suerte, en un par de años o así sales a la calle —le había tratado de calmar, con escasa convicción, el abogado de oficio.

Ni fuerzas tuvo el Cambados para decirle: venga, hombre, que no puedo estarme los próximos seis años pudriéndome en el saco. Se limitó a musitar *caralho* y, en cuanto estuvo solo, trató de llorar todas las lágrimas que le salieran para que no le quedara ni una cuando ingresara en el talego.

Como Iván Regueira no tenía los veintiuno cumplidos, lo metieron en la primera galería de la Modelo, la de los pardillos a los que no les convenían otras galerías como la cuarta, la de los reincidentes, donde la integridad de sus posaderas hubiese durado escasos minutos.

—¿Te gusta volar alto, gaviota?

Con estas palabras fue recibido por el Mulo y el Cantamañanas, sus compañeros de chabolo, que esgrimían esa clase de sonrisas de las de echar a correr lo más lejos posible.

—N-no entiendo —musitó él tratando de que no se le notara el miedo que se le iba solidificando en las entrañas.

Lo acorralaron.

—Te tienes que ganar ser nuestro consorte, ¿o te crees que aquí aceptamos a cualquiera?

Para ser aceptado por sus nuevos compañeros, Iván habría tenido que situarse entre las literas de estos y les tendría que haber estado pajeando de forma sincronizada, moviendo simultáneamente ambos brazos, arriba y abajo.

—Como una gaviota, ¿lo pillas, lechuzo?

Escasamente convencido del respeto que infundiría el hecho de subir y bajarles la piel del látigo, mientras se estuvieran riendo de él a la voz de «Vuela, gaviota, vuela libre», Iván se negó y le metió un fuerte empujón al Cantamañanas, que cayó de espaldas sobre aquel suelo duro y húmedo.

Así fue como ambos compadres acogieron a su nuevo camarada: dándole la primera tunda del resto de su vida carcelaria. Puñetazos, palmazos y, una vez en el suelo, una ráfaga de patadas en la barriga. Nada grave o, al menos, no tanto como habría sido descapullarlos, que si empezaban por ahí a ver qué sería lo siguiente.

Aquella noche, como la primera que cualquier hijo de vecino pasa en la trena, Iván, destinado al peor catre del chabolo, no pegó ojo y se tuvo que reprimir para no sollozar. Habría sido un error fatal, una factura que tendría que pagar con intereses todo el tiempo que le quedaba dentro.

Tenso, recordaba los mandamientos que el Patata solía encomendar a propósito de las estancias en la gayola:

«Nunca llorar, nunca ser un tabla, nunca rehusar una polca, nunca riflar, nunca ser un *rilao* o se te meriendan, mastican y cagan en un día».

Pero no fue hasta que se vio allí, oyendo los ronquidos de sus consortes, solo, desamparado, sin el Patata, ni el Mexicano, ni Sixto, ni Jack y Phil, sin el Titi, sin nadie más que él mismo, cuando se dio cuenta de lo difícil que era seguir aquellos fundamentales mandamientos carcelarios.

A la mañana siguiente la corneta sonó a las siete y media y el Cambados abrió los ojos con dolor. Estaba planchado, había conseguido conciliar algo de sueño unos tres cuartos de hora antes del toque de diana y amanecía con el cuerpo y la mente agarrotados.

—¡Muévete, sornas! Que a las ocho hay recuento —le ordenó el Mulo.

—Como no estés de pie y vestido vas a pringar tú y vamos a pringar nosotros, y como pringuemos nosotros, yo te parto todos los piños —añadió el Cantamañanas.

Poco proclive a sufrir daños en su dentadura o, peor, a acabar en

la temible nevera —así eran conocidas las celdas de castigo— por no estar listo con puntualidad, Iván se vistió y a las ocho en punto estaba junto con los otros dos de pie, en la celda, listo para revisión.

Cuando el boqueras pasó y observó los rastros de los golpes recibidos en el rostro del recién llegado, esbozó una sonrisa.

—¿Y a ti qué te ha pasado en la cara?

Las miradas del Cantamañanas y el Mulo abrasaban su cogote.

—He tropezado.

Seco, pálido, un mostacho afilado cruzando su cara ósea, el guripa abrió la puerta de la celda, entró, se plantó delante de Iván, y, con un movimiento muy rápido, desenfundó la porra y le golpeó en la rodilla haciéndole caer con un grito.

—¡Se dice «He tropezado, señor»! —rugió.

—H-he tropezado, señor —rectificó el recluso.

—¡Pues anda con más cuidado, imbécil!

—S-sí, señor.

—Niñatos de mierda, ¡a ver si aprendéis a respetar, me cago en vuestros muertos!

—S-sí, señor.

Tras el control, los gabeteros pasaron de celda en celda arrastrando un carro con dos bidones humeantes llenos de café con leche y paquetes de galletas revenidas. Ayudados por la intrínseca escasez de las raciones, los tres presos dieron veloz y silenciosa cuenta del avitualle, que aquí más vale liquidarlo rapidito, no sea que algún *espabilao* te lo levante o algún cabrón te lo fastidie.

Después salieron al patio. Por delante, tres horas de una jungla en la que sobrevivir o a la que sucumbir.

De buenas a primeras, el Cambados iba mentalizado con hacerle caso al abogado. No te metas en problemas, tú como un erizo, poco contacto con los otros presos, que te vean que no das problemas, que todo eso descuenta tiempo. No obstante, la realidad era que, desde el otro lado del recinto, el Cantamañanas y el Mulo estaban señalándolo y rifándoselo con otros presos, riendo y tramando algo seguramente horrible. Aquellos hijos de perra le filaban y podían oler su condición de pardillo al que curtir o matar en el intento.

A Iván Regueira le iban a hacer sufrir y únicamente había dos maneras: o ahora, a la brava, o lentamente, dejando que se le comieran el alma, el cuerpo y los días. La decisión era dolorosa,

pero sencilla. Cerró los ojos. Pensó en aquella tarde, años antes, con Jack y Phil y Eduardo yendo a rescatar los enseres de los americanos al bar La Selva. La pelea. Aquel antiguo policía repartiendo leña. Los camareros metiéndose. Todos dando y recibiendo. Y, al final de la reyerta, de camino a la comisaría, la mirada fiera de Jack Hall, la mandíbula quebrada, la sangre por todo el rostro, un guiño de ojo, la satisfacción de no haber dejado que se le subieran a la chepa.

—A tomar por el culo —decidió al fin.

Y, tras verbalizar la epifanía que acababa de sobrevenirle, se dirigió con paso firme hacia sus dos compañeros de saco, que se quedaron estupefactos al verlo avanzar hacia ellos, cuando la lógica dictaba seguir observando cómo el nuevo se hacía pequeñito, muy pequeñito, en una esquina del patio.

Llegado a la altura de estos y sus amigos, y sin mediar palabra, Iván le pegó un cabezazo a la nariz prominente del Cantamañanas, que crujió antes de empezar a soltar un manantial de sangre.

Luego, dándose la vuelta hacia el Mulo, que era más bajo y grueso, anunció algo así como «Para ti también hay» y le pegó un fuerte golpe de martillo en la cabeza que hizo que este se mordiera la lengua hasta hacerla sangrar.

Lo siguiente que supo era que había sombras bailando por encima de él, moviéndose veloces, arremetiendo con golpes, patadas, porrazos. Y si son porrazos, son guardias, porque los presos no llevan porras, y por tanto quiere decir que los demás no me han tocado, o me han tocado poco, así que no me van a tocar las pelotas. Y simplemente se dejó llevar y disfrutó —es un decir— de la golpiza que le tronaba encima.

Rato después, mientras lo arrastraban hacia la nevera, dos guripas a cada lado, los pies en el suelo llevándose por delante toda la mugre del suelo, la cara hinchándose, los ojos cerrándose en dos burbujas cardenalicias, la sangre deslizándose por heridas, nariz y boca, Iván sonrió. Lo peor había pasado.

—Pero ¿será posible? ¿No está el gilipollas este riéndose? —se percató un guardia.

—Muy farruco eres tú para la media hostia que tienes —añadió el otro.

Lo golpearon con el extremo de la porra en la boca del estomago

y lo empujaron a la celda de castigo.

—A ver si en la nevera refrescas tus ideas, chulo de mierda.

Cerraron. Una, dos, tres vueltas de llave. Y después el silencio, el dolor, la soledad absoluta, el frío, la dureza del suelo, la humedad, el olor a pis y caca, el

tlic-tlic

de un goteo incesante y la certeza de cucarachas y picones acechando en la oscuridad.

—Lo peor ha pasado —repitió el Cambados con un inaudible hilo de voz.

Tras lo cual se quedó petrificado en un largo duermevela.

15

Viernes 23 de noviembre de 1962

Una aguja en un pajar, eso estamos buscando, porque dime tú cómo damos con el tal James Walker *Jimmy* en esta isla, que podría estar en cualquier lugar, o incluso haberse dado ya el piro.

Esta es, resumida, la línea de pensamiento común de los tres policías que se han desplazado a Mallorca desde Barcelona en busca del asesino de Francesc Reinosa: saben que es muy posible que el hombre que buscan ande por aquí, pero ni idea de por dónde empezar a buscar.

Tras la lamentable metedura de gamba de Stephen Jameson, él y Pilar Alférez no han tardado en confesar. El plan era acojonar a Reinosa, que este le soltara el dinero a Walker y a otra cosa. Ellos no sabían que el americano iba a perder el oremus e iba a masacrar al empresario. Sólo querían el parné, y aquí paz y allá gloria.

—Tenía que ser algo rápido, sin que Frankie sufriera ningún daño —había insistido ella durante el interrogatorio que tuvo lugar en la comisaría de Vía Layetana.

—Claro, una visita de cortesía. ¡Qué detalle! —había rezongado Carrafa.

Con la confesión de la pareja, la Policía ha detenido, en las últimas veinticuatro horas, a un camarero del Jamboree y músico americano llamado John Jayden Hall, alias Jack, y a su amante, una escocesa de nombre Joan Douglas Barr, que estaba en Ibiza y a la que le han encontrado la navaja usada por el asesino y el calzado de este, además de localizar la maza empleada durante el crimen en la cocina de una vecina. También ha sido capturada la otra amante de Hall, Nancy, que para más inri es la mujer de su hermano. Asimismo, la Criminal se ha llevado por delante a una tal Gloria

Stewart. Aunque esta no parece estar implicada en el asesinato, es extranjera, cantante, madre separada de dos hijos y además negra, así que la vamos a tener en el calabozo por si las moscas.

Ahora sólo falta la pieza clave, el asesino.

Los tres policías, capitaneados por el inspector Carrafa, llevan desde ayer buscando por tabernas, clubes y restaurantes. Cualquier lugar donde un americano desertor que no habla ni palabra de español podría ir a parar. No tienen su fotografía, sólo un retrato muy aproximativo y una descripción: alto, ojos azules, de natural rubio, aunque teñido de castaño, una herida en la mano. Poca cosa.

Todo apunta a que no ha salido de Mallorca, así que para el equipo de policías que le sigue el rastro es una cuestión de tiempo. Aunque pinta que va a ser mucho tiempo. Una maldita aguja. En un maldito pajar. Maldita sea la gracia.

El trío lleva muy pocas horas de sueño encima. Ayer estuvieron hasta las tantas buscando a James Walker sin éxito y ahora, tras el breve descanso en una pensión llena de frío y humedad, lo que necesitan es un café bien fuerte. Se desplazan a un bar en las inmediaciones de la plaza de las Columnas, no muy lejos de donde pernoctan, y se sientan a una mesa. Y en esta hay un ejemplar del día de *La Última Hora*, el periódico local. Y uno de ellos lo ojea, a ver qué ha pasado por aquí. Y, tras detenerse en una página, deja de sorber su café con leche para escupirlo y cagarse sonoramente en la madre que los parió.

—¿Qué ocurre? —pregunta Carrafa.

—¡Serán hijos de puta! —protesta el que estaba leyendo.

—¿Qué es este escándalo? —tercia el camarero.

—Tú a lo tuyo —ordena el inspector esgrimiendo su insignia.

El camarero alza las manos, baja la cabeza y se funde con la barra.

Este señala una página del diario.

—Mirad.

Los otros dos policías se sitúan alrededor de la noticia y leen. Y empiezan a negar con la cabeza. Y a renegar. Y uno hasta da un palmazo sobre la mesa. Y de verdad que así no se puede, que no nos dejan trabajar.

El diario informa, de acuerdo con una noticia filtrada de un periódico barcelonés, que efectivos de la Policía barcelonesa están

peinando Mallorca en busca del principal sospechoso del asesinato del industrial Reinosa la tarde del 17 del presente mes. Y que este es un americano rubio, de ojos azules, alto y con una herida en la mano. Vamos, que si Walker se creía a salvo en la isla, la prensa le acaba de advertir a las claras que tiene que salir por patas cuanto antes. Adiós, factor sorpresa, fue bonito mientras duró.

Carrafa pide el teléfono al camarero y llama a la Brigada Criminal de Vía Layetana y allí lo atiende el jefe de la Brigada, Francisco Laguardia. Él también ha visto la noticia, hay que joderse.

—Están todos los puestos portuarios sobre aviso, cualquiera que tenga una mínima correspondencia con la descripción del asesino será parado e interrogado —asegura el jefe desde el otro lado del aparato.

Pero los dos saben que esto no va así, que mucho cateto y perezoso hay en el cuerpo o en la Benemérita capaz de que se le pueda escabullir el sospechoso. Y otra opción es que, en vez de tomar las de Villadiego, este se oculte todavía mejor.

—Como los rojos esos que viven emparedados desde la guerra por miedo a que los pillemos, que algunos salen tras veinte años sin ver la luz del sol.

—Lo sé, lo sé. Tendremos que ser perseverantes, tener paciencia y tratar de agarrar a ese cabrón lo antes posible.

—Y a ver si los plumillas esos se están *callaos*, o que vengan ellos aquí a buscar al yanqui ese, la madre que los trajo al mundo.

—Confío en que vamos a dar con Walker —tranquiliza el jefe de la BIC—, por mucho que se haya entrometido la prensa.

Y Laguardia tiene razón, porque resulta que, lejos de entorpecer la investigación, la noticia publicada por el rotativo mallorquín va a ser de ayuda, pues mientras los tres policías enviados desde Barcelona se acuerdan de las familias de los redactores de *La Última Hora*, Vidal también está leyendo la pieza y atando cabos.

El pelo teñido, la herida en la mano izquierda que se corresponde perfectamente con la que describe el papel, las evasivas cuando trata de preguntarle a Jimmy por qué tiene tanta prisa en largarse del país. La suspicacia, cada vez que van a alguna taberna a tomar algo o, como anoche, a ver un concierto de aquel saxofonista británico. Los silencios, como respuesta a los reiterados intentos de conversación. Es evidente, Jimmy es el asesino de aquel pobre

hombre.

El estómago se le contrae al isleño. Le da una arcada que lo dobla. No puede ni calcular el odio que siente hacia el que creía su amigo. *Aquest tros de merda m'implica en un assassinat*, piensa enfurecido.

Seguramente el americano seguirá durmiendo, así que hay que actuar deprisa.

—*Pare*! —llama Vidal.

Su progenitor está tomándose un descanso después de dar de comer a los caballos y de limpiar el establo.

—*Què vols*?

—*Miri aquesta notícia del periòdic*.

Lee. Luego observa al hijo. Ambos comprenden. Tenemos a un homicida en casa. Ya decía yo que ese chaval no me gustaba ni un pelo. Tienes razón, fui tonto en confiar en él. Si es que sabe más el diablo por viejo que por diablo. El caso es que él ha matado a ese hombre. Y está aquí. Y algo vamos a tener que hacer.

—*Jo me'n encarrego* —anuncia con firmeza Vidal.

Y, sin tan siquiera esperar una respuesta, antes de salir disparado en dirección a Palma, a la comisaría central de Policía, abraza a su padre.

Este le devuelve el abrazo con un afecto infinito.

16

El Patata acabó atando cabos cuando el Titi fue a cobrarle a Reinosa la pasta, como cada mes, hasta que extinguiera la deuda contraída. Para Julio Romero, aquel era dinerito fresco para ir apostando por Paco Ferri, el boxeador de Sueca al que apadrinaba: yo me juego las lechugas, tú les das de hostias sobre el cuadrilátero y yo hago caja a pie de ring. Y todos contentos.

Reinosa, convencido de que el Patata le había dado cuartel para que pagara su deuda y los intereses con más tiempo, se quedó a cuadros cuando vio llegar al Titi, que ante el primer «pero» le soltó una sonora bofetada que por poco no le desplaza el mostacho.

—No me cuentes milongas y paga, *atontao*.

—R-repito que t-tiene que haber un error,
q-que
el señor Rom…

Segunda bofetada.

—¿Te parece que he venido yo aquí a que me cuentes tu vida? ¿Estás tonto o qué?

Breve silencio.

—E-escucha… yo t-tengo mu-mucho ya ahorrado,
p-pero…

Tercera bofetada.

—¡Que me alargues las perras o te doy una soba que no te reconoce ni tu padre!

Total, que le dio dinero, que ya llevaba un buen fajo atesorado, y eso calmó las ansias manuales de un Titi muy motivado a seguir arreándole al empresario. Este, no obstante, consiguió colocar su mensaje:

—P-Pilar ha hablado c-con el s-señor Romero,
p-por

favor,
t-todavía
n-no
ha vencido
e-el
p-plazo
que
m-me
dio… —logró pronunciar.

—¿Qué plazo? ¿Qué hablas, *atontao*? Mira que te doy, ¿eh? —repuso el matón concentrado en contar el dinero.

—E-el plazo p-para empezar a p-pagarle…

—Pero ¿qué dices, zoquete? Y lo que llevas ya *pagao*, ¿qué?

—P-pero si yo no he p-pagado n-na…

Ahí es cuando los dos, perplejos, uno por el repentino cambio de planes en el cobro, y el otro porque se suponía que el percebe aquel ya venía pagando puntualmente desde hacía meses, empezaron uno a hacer preguntas y el otro a contestarlas, y cuidado no me vaciles que te parto la siena esa de mamarracho que gastas. Y salió, inevitablemente, el nombre de Pilar.

—¿Y quién dices que es la Pilar esa?

—U-una amiga, p-pero, por f-favor, no le digáis
n-nada,
q-que
yo no…

Cuarta bofetada.

—A ver, *atontao*, ¿tú me estás diciendo qué es lo que tengo yo que hacer? ¿Tú a mí?

—N-no, perdón, yo n-no quería…

Quinta bofetada.

—¡Pues dime quién mierdas es la Pilar esa, y más te vale no contarme una trola o te arranco la cabeza!

Presa de un miedo paralizante, temblando y de rodillas ante un Titi sudando de pura furia, con las venas del cuello como cuerdas de violín y el aroma áspero de la adrenalina rondando su figura musculosa, Francesc Reinosa explicó con absoluta precisión quién era Pilar.

Según hablaba, iba sintiéndose bastante menos culpable de lo que había pensado en un primer momento, pues, a fin de cuentas, estaba metido en todo aquel berenjenal por ella. Por ella se había endeudado, había sido ella la que le había dicho que no se preocupara, que hablaría con el señor Julio Romero. Y además le había dicho que habían trabado amistad, y que era un hombre más bueno y comprensivo de lo que podía parecer *a priori*. Todo mentira, obviamente. Más aún, ella había estado detrás de alguna extraña orquestación, pues era evidente que aquel temible esbirro del prestamista no tenía ni idea de nada y que, de alguna manera, a este le habían ido pagando, aunque no con su dinero.

Cuando Reinosa terminó de contarlo todo, la inventiva oral del Titi sólo fue capaz de expresar:

—Joder, joder…, ya ves tú.

A esta, siguieron unos largos segundos de profunda cavilación, tras los cuales preguntó a Reinosa:

¿Hay algo más que me tengas que explicar?

—N-no, yo n-no…

—Vale. ¿Y hay alguien más, aparte de ti, de mí y de la Pilar esa, que esté al tanto del asunto?

—N-no, s-sólo nos…

Pedro Cantó, alias el Titi, interrumpió la frase de su interlocutor pegándole una rotunda patada en las gónadas que dejó a Reinosa sin habla, sin aire y sin equilibrio, llorando en el suelo del despacho de su almacén. El mismo donde no tardaría en perder la vida a manos de un Jimmy Walker presa de un homicida furor anfetamínico.

—No hables de esto con nadie y no hagas nada hasta que te digamos nosotros, atontao —le advirtió.

Y sin mayor dilación, se despidió para ir a referir toda aquella conversación al Patata.

Este aguardaba sentado detrás del pupitre del pequeño despacho que tenía en el taller semivacío donde habían traído a Sixto pocos días antes y que se hallaba en la calle Wellington, detrás de la estación del Norte.

—Así que la pasta que me traía Iván no venía de Reinosa, ¿eh?

—Qué va, jefe, ese todavía no te ha pagado ni una rubia de su bolsillo.

—Interesante. Lo debía pagar con lo de los palos que les metía a los taxistas.

—Clarísimo.

—Pero por qué.

—Fijo que la Pilar esa algo tiene que ver.

—¿Cómo te ha dicho ese idiota que se llama?

—Pilar Alférez, jefe.

Al Patata, que pocas se le escapaban, le sonaba una Pilar que iba con los americanos del Jamboree, los amigos de Iván con los que había hecho negocios tiempo atrás, aunque con la detención en Francia de Phil Hall la cosa se había quedado en dique seco. Qué demonios, yo tengo a Paco Ferri y ahora la guita la hago con los combates del muchacho, que tiene una pegada cojonuda. Pero no nos desviemos. Pilar, sí, seguro que es la misma que va o que iba con los yanquis, y ese tontarra del Cambados se la debía beneficiar o estar en ello.

Julio Romero se incorporó, se masajeó la entrepierna, tragó un escupitajo con flema que tenía en la tráquea a medio atravesar, y resolvió:

—Vamos a enterarnos bien de quién es la tal Pilar Alférez, y vamos a hacerle una visita.

Complacido ante el mal rato que le iban a dar a aquella desconocida, el Titi se quedó inmóvil y sonrió con todo el brillo amarillento de sus dientes.

—Venga, Titi, coño, que no tengo todo el día.

—Voy, jefe, voy.

En ese mismo momento, Sixto encaraba un nuevo día enclaustrado en los bajos de la calle Valldoncella.

No se había querido acostumbrar al cuartucho que hacía las veces de dormitorio, así que había optado por dormir en la butaca del supuesto salón, algo menos roñosa que aquel colchón que daba arcadas. Además, allí había algo de luz para no tener que adivinar, en la oscuridad, los éxodos de cucarachas y ratas.

Los pagos por el alquiler iban atrasados, pero sabía que el casero, un tal Sintes, iba a intentar estirar aquellos inquilinos —ni que decir tiene que no sabía muy bien ni quiénes, ni cuántos eran— porque fácil no le iba a ser encontrar a otros nuevos.

La solución, por parte de aquel pueblerino con propiedades en la

gran ciudad, fue usar el cuchitril como trastero y acumular allí morralla mientras no se le abonaran los monises pertinentes.

—Si queréis que saque los trastos, me pagáis y yo ya vengo y los quito de en medio.

Ante esta negociación unilateral, que había tenido lugar tres días atrás, Sixto se había limitado a encogerse de hombros y a prometer de forma vaga que, en breve, él y sus amigos apoquinarían.

—Más os vale —había amenazado Sintes, todavía preguntándose cómo aquella gente podía querer pagar dinero por aquella covacha.

Así había pasado el primo de Patricia los últimos días, encerrado en aquellos bajos, fumando, masturbándose ocasionalmente, saliendo para echarse al coleto alguna tapa, un bocadillo, y metiéndose de nuevo allí con la esperanza de que, antes o después, el Mexicano aparecería.

En aquellas horas fantaseaba con huir, coger parte del dinero que todavía le quedaba de los palos pegados a los taxistas, subirse a un tren y marchar a Andalucía, el retorno del hijo pródigo. O tirar hacia Europa. Francia o Alemania, donde tantos otros habían ido a buscarse la vida, muchos consiguiendo trabajos bien pagados y casándose con mujeres de allí, que, todo hay que decirlo, están muy ricas, que no hay cosa más maciza que una alemanota rubia y bien plantada.

Pero el miedo lo paralizaba.

¿Y si me trincan el Patata y los suyos? ¿Y si me vigilan para controlar que yo cumplo con lo que les he prometido? ¿Y si entretanto al Cambados le ha dado por cantar en el maco y ha soltado mi nombre? ¿Y si ahora me busca la bofia a mí también?

Demasiados «y si» a los que no se quería enfrentar, de modo que allí siguió horas interminables, sudando al calor de aquel tugurio irrespirable, aguardando el milagro, porque si el Mexicano no se materializaba, Romero, el Titi, aquel boxeador llamado Paco y aquel otro del bigotito iban a jugar la Copa del Generalísimo con su cabeza.

Fue al cuarto día cuando, tumbado en la butaca en pleno acto de un refocile más centrado en combatir el tedio que en el gusto de quererse manualmente, Sixto oyó la llave girando en la cerradura. Y puesto que Sintes solía llamar antes de entrar e Iván estaba en chirona, dedujo que se trataba de Eduardo Ramis. El milagro había

acontecido.

Envainándosela en el calzoncillo y subiéndose rápidamente el pantalón, se incorporó justo a tiempo para ver cómo su amigo entraba en aquel estercolero, asqueado por la tufarada a mil mierdas y por el despliegue de chatarras y trastos acumulados por el casero.

Sixto le dio un abrazo que el Mexicano correspondió fríamente.

—¿Dónde has estado? —preguntó atropelladamente—. Estaba muy preocupado por ti. ¡A Iván lo han trincado!

—Lo sé todo. A ese cabrón le ha faltado tiempo para desembuchar mi nombre, me cago en sus muertos más frescos —repuso el otro con una mueca de fastidio.

—¿Y dónde te has escondido estos últimos días? —trató de sonsacar Sixto.

Eduardo no respondió. Se había guarecido en la pensión donde vivía el Siete Vidas, en la calle del Marqués de Campo Sagrado. Y ahora, recién entrado en los bajos de Valldoncella, miraba a su alrededor hasta que, finalmente, inquirió:

—¿Y toda esta basura?

—El casero, que dice que va a usar esto como trastero mientras no le paguemos lo que le debemos de alquiler.

—Pues lo lleva claro.

Escupió en el suelo, se llevó un cigarrillo a la boca, lo encendió y aspiró el humo con lentitud.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Eduardo? —preguntó Sixto.

—Este lugar no es seguro.

—¿Y dónde vamos a ir?

—Tú no sé y no quiero saberlo, yo me voy a ir lejos.

—¿Lejos, dónde?

El Mexicano arrojó la colilla al suelo, agarró con fuerza por la camiseta a su interlocutor y lo empujó hasta empotrarlo contra una pared.

—¿A qué cojones vienen todas estas preguntas?

El primo de Patricia rompió a llorar.

—¡Joder! ¡Estoy asustado! ¿No lo ves? —sollozaba—. ¿No ves que llevo días en este agujero sin saber qué hostias hacer?

Eduardo lo soltó y pasó sus manos sobre la prenda tratando de deshacer las arrugas.

—Tú no te tienes que preocupar. Por lo visto, el mamón de Iván ha dicho mi nombre, pero no el tuyo. Supongo que conmigo lo tenía más difícil para callarse la boca.

—Esos hijos de perra pegan fuerte, seguro que el Cambados aguantó todo lo que pudo.

—Supongo.

Eduardo se encendió otro cigarrillo, y se rascó la despeinada cabeza rubia.

—Mira, yo me tengo que largar de aquí, pero necesito parné.

—Yo no tengo mucho —repuso Sixto.

—No quiero tu dinero y tampoco me bastaría. Yo necesito mucho más y, para conseguirlo, voy a tener una cosa, que es a por lo que vengo aquí.

Se puso de rodillas y metió el brazo por debajo de la butaca, de donde sacó el Astra Cadix del calibre 22 con cañón de cuatro pulgadas que les había vendido el Siete Vidas y se lo guardó en el pantalón.

—Esto voy a tener —reiteró triunfante.

El primo de Patricia, que no tenía ni idea de que la fusca había permanecido todo el rato ahí, agarró a su vez un cigarrillo y le dio lumbre antes de preguntar:

—¿Y… qué quieres hacer con… eso?

—El Globo.

—¿El Globo?

—Sí, coño, la Farmacia el Globo, la de la plaza Real.

—Pero ¿dices…, dices de dar un palo… allí?

—¡Claro, no iba a ir a por aspirinas, no te jode!

—Es…, es muy céntrica y…

Cuanto más céntrica, más dinero tendrían en la caja y menos asaltos esperarían, porque no hay nadie más vulnerable que quien se cree a salvo. Entre eso y los festejos de la Merced —que esos días se anunciaban con el colorido dibujo de una carabela con la bandera de Barcelona—, si entraba rápido y afanaba la guita, sería un visto y no visto. Se teñiría el pelo para pasar más desapercibido y luego no tendría lejos la estación de Francia para coger las de Villadiego. Mientras el farmacéutico explicara a los pasmarotes que lo acababan de desplumar, él ya estaría instalado en un convoy que lo llevaría hacia el norte. Tomaría una ruta de contrabandistas que

el viejo marica limpiabotas le había indicado; por lo visto, él mismo la había usado para huir a Andorra unos treinta años antes. Desde Andorra iría a Francia y empezaría de cero, sin estigmas familiares que lo persiguieran. Sin recuerdos de una infancia esplendorosa rota en pleno apogeo. Retales de memorias que le parecían ya los de otro. Quizás, quién sabe, lo fueran.

—¿Y cuándo quieres dar el golpe?

—El martes próximo, a eso de las siete de la tarde. ¿Te subes?

A Sixto le parecía una locura. La plaza Real a las siete de la tarde tendría gente sí o sí, por mucho que fuera martes. Pero a Eduardo le convenía el horario y el día porque había calculado el tiempo justo para subirse al tren con dirección a La Seo de Urgel.

—Robamos una moto, yo doy el palo y tú vigilas. Salgo de la farmacia y me llevas a la estación de Francia, ahí nos separamos y te doy una buena astilla, que mal no te va a ir. Si no, puedo dar el palo yo solo y toda la renta será para mí.

El corazón de Sixto iba a mil, la boca seca, el estómago encogido, las tripas rugientes, el tembleque apoderándose de sus extremidades. Todo su cuerpo le decía que ni hablar. No obstante, respondió:

—M-me subo.

Sabía que estaba vendiendo al Mexicano, porque lo siguiente que haría —aunque todo su ser le estuviera implorando no hacerlo — sería llamar al Patata y exponerle todo el plan. Servirle en bandeja a Eduardo Ramis, explicándole dónde lo podría encontrar el martes a eso de las siete de la tarde.

—Estamos de acuerdo, entonces. No te arrugues, que saldrá bien.

—¿T-te vas a quedar aquí estos días? —preguntó Sixto.

—Mejor no. Nos vemos el martes a las seis y media en el pasaje Madoz. Lleva una moto.

Se volvieron a abrazar. El del Mexicano parecía un agarre más cálido que al entrar.

Desde la calle se oyó tronar fuertemente.

—Una tormenta, justo lo que faltaba —maldijo Eduardo negando con la cabeza y encendiéndose otro cigarrillo que le supo a cagarro.

Fuera llovía, pero el bochorno seguía en el aire, pastoso e invasivo,

concentrándose en las axilas y en el cabello y condensándose en sudores imposibles de cortar.

El ventilador oxidado chirriaba, incapaz de combatir el calor denso que la lluvia tampoco lograba exorcizar. Las sábanas, sudadas, impregnadas de olores íntimos solidificándose sobre el tejido, estaban deshechas, esparcidas alrededor de un centro desnudo donde la pareja acababa de yacer, traspasando sus fluidos al alma del colchón, al que habría que darle la vuelta para la siguiente visita de Francesc Reinosa. A él le correspondía un lado, y a Stephen Jameson el otro. Cada anverso atrapaba los olores y esencias de uno u otro, mezclados siempre con los de Pilar Alférez.

Ella se acababa de vestir y, sentada ante su ajuar, trataba de mantener tieso el moño cardado con laca, tras haberse repasado la raya de los ojos. Él estaba en el cuarto de baño duchándose, sin importarle que ella hubiese acabado con el agua caliente, porque con esta temperatura a uno ya le apetece un chorro de agua fría.

—Cariño, ¿llevas tu paraguas? —preguntó ella desde el dormitorio.

El americano no oyó la pregunta, concentrado en disfrutar de la fresca cascada sobre su piel al tiempo que canturreaba la melodía de una canción de Dinah Washington que llevaba años acompañándolo en cada ducha.

Llamaron a la puerta y Pilar se sobresaltó. ¿Quién podría ser? Un pánico pasajero se apoderó de ella, pero, tras tomarse un instante para pensar, se tranquilizó. No puede ser Francesc, razonó, porque él tiene la llave. Además, a estas horas está trabajando y no dejaría el almacén por nada que no fueran sus hijos. Y solamente si se tratara de una cuestión de vida o muerte.

Tampoco podía ser Iván, al que la Criminal se había llevado casi dos semanas antes y que, de haber estado en libertad, hubiera tenido terminantemente prohibido acercarse al apartamento de la calle Regomir.

Los golpes en la puerta se intensificaron.

—Ya va, ya va —protestó la mujer preguntándose cuánto iba a seguir durando la ducha de Stephen, que luego vienen las protestas de Francesc por la factura del agua.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Pilar Alférez? —repuso la voz al otro lado de la puerta.

—Yo misma, ¿qué desean?

—Abra, es la Policía.

Tragó saliva. ¿Qué podía querer de ella la Policía? Ocupada como había estado entre Reinosa y Stephen, no había pensado en que la detención del Cambados podía estar relacionada con ella. Ahora caía en la cuenta de que el dinero de los palos que él y sus compinches pegaban podía ser el empleado para ir pagando a Julio Romero. ¿Y si ha dicho mi nombre? ¿Y si me ha culpado a mí de esos golpes? ¿Habrá podido hacer algo así?

Ella daba por hecho que el prestamista estaba al tanto de la operación de Iván. Que aceptaba que este le pagara con el fruto de algún *bisnes* paralelo en nombre de Reinosa, que dinero es dinero y, cuando entra, la proveniencia da igual. Así que, en el esquema mental de Pilar Alférez, todo seguía más o menos igual. Julio Romero habría acudido a Francesc Reinosa para acabar de cobrarle la deuda, con una buena parte ya anticipada por el Cambados antes de que a este lo enchironaran.

—¿Quiere abrir de una vez? —bramó la voz.

La penumbra del rellano convertía la mirilla en inútil, así que la mujer ni se molestó en usarla y se apresuró a abrir para no enojar al presunto policía.

—¿En qué pue…? —trató de pronunciar, pero su intento de ofrecimiento se vio truncado por un puntapié que recibió la puerta y que la hizo caer al suelo.

Todavía tratando de entender qué estaba sucediendo, vio cómo entraban en el recibidor tres hombres, ninguno de los cuales tenía pinta de policía. Uno mayor, bajito, ancho, peligroso y de nariz aplastada, era el que evidentemente mandaba. Le sonaba de algo relacionado con Iván y los americanos, pero tampoco tenía aspecto de habitual del Jamboree. Los otros dos, más jóvenes, le cubrían las espaldas a su jefe.

—¡Vaya, vaya, vaya, qué tenemos aquí! ¡Pero si es mi buena amiga Pilar! —anunció el Patata.

—U-usted no es policía… ¿Quién es? ¿Q-qué quiere de mí? —protestó ella.

—¡No seáis lerdos y ayudad a mi amiga Pilar a levantarse! —ordenó a sus escoltas.

El Titi tendió su mano fuerte y curtida. Ella ignoró el

ofrecimiento y se levantó sola. Le dolía el coxis y se llevó la mano derecha a sus posaderas. Los tres hombres siguieron el gesto con la mirada, complacidos. Dándose cuenta, Pilar usó entonces sus dos manos para ajustarse el vestido, recientemente adquirido en la tienda que Vehils Vidal tenía en la plaza Universidad.

—No recordaba que vistieras tan bien —comentó admirado el Patata—, seguro que te desvistes incluso mejor.

La mujer hizo una mueca de disgusto ante la ordinariez del comentario y rezongó agresiva:

—¡Yo no le conozco, no sé quién es usted!

—Pero ¿cómo?, ¿no reconoces a tu viejo amigo Julio Romero? ¡Con lo mucho que dicen que me quieres!

¿Julio Romero? Cayó en la cuenta. Claro, Julio Romero. El señor Romero. El temible prestamista al que Francesc debía dinero y para el que Iván trabajaba. ¿Qué hacía aquí? ¿Por qué estaba en la entrada del apartamento de la calle Regomir con dos de sus matones? ¿No debería estar con Francesc Reinosa negociando los plazos del pago?

—No entiendo… por qué ustedes…, yo no entiendo —balbuceó.

—Ah, no entiendes, ¿eh? Bueno, Pilar, querida, deja que tu compadre del alma, Julio, te lo explique. Resulta que un amiguito tuyo, que ese lo es de verdad, me debe unos dineritos. Que ahora que te veo, no me extraña que ande *pringao* en una deuda. Que tampoco es que sea gran cosa, pero claro, me los tiene que ir pagando porque, si no, ¿qué va a pensar la gente de mí? ¿Que no cobro mis deudas?

—N-no, claro, yo…

—Cállate y déjame hablar.

Pilar enmudeció.

—Bien, como te decía, resulta que yo soy un hombre muy ocupado y que tampoco puedo andar detrás de todos los que me deben algo, de lo contrario necesitaría que el día tuviera cincuenta horas, mínimo. —Se le escapó una carcajada de las que hielan la sangre—. Así que, para los pagos de tu amigo, que supongo que habrás adivinado que no es otro que el señor Reinosa, mandaba yo a un chico de mi confianza que ha resultado ser un imbécil de tomo y lomo…

—¿I-Iván?

—Por última vez, Pilar, te voy a pedir que no me interrumpas. Pero sí, es Iván, el tonto del culo de Iván y su amigo Eduardo, que le dobla el tamaño y es exactamente igual de tonto del culo. Resulta que ambos, junto a un tercer idiota, se pusieron a atracar a taxistas. Así. A la brava. Sin preguntar, sin permiso. Creyéndose que esta ciudad es suya —rezongó—. Y resulta que Iván, que adivino que también es amigo tuyo, me iba pagando el dinero de la deuda de Reinosa, sólo que, atiende, no con el dinero de este, sino con el dinero que se sacaba desplumando a taxistas a punta de cacharr…

—*What's going on here*??

Enfundado en un albornoz descolorido, el pelo mojado, los pies dejando huella sobre el desgastado embaldosado, Stephen hizo acto de aparición para relativo alivio de Pilar.

—¡Cariño! —exclamó ella.

—*Honey*! ¿Qué pasar aquí?

—¿Es que vais a estar interrumpiéndome todo el rato? —chilló el Patata.

El Titi le calzó al americano la primera hostia y, con la ayuda del otro escolta, se lo trabajaron a cuatro manos. La mujer trató de abalanzarse sobre ellos, pero el Patata la agarró del brazo.

—¡Tú, quieta aquí!

Tras una docena escasa de segundos, Stephen estaba plegado en el suelo, sangrando por la boca y la nariz, tratando de arrastrarse hacia una esquina donde lamerse las heridas. El visitante, que todavía tenía agarrada a la mujer, retomó la palabra:

—Espero que ahora ya a nadie más se le ocurra dejarme con la palabra en la boca. En fin, a lo que íbamos: que resulta que Iván me pagaba por cuenta de Reinosa, pero con un dinero que no era de Reinosa. ¿Me sigues? Yo no sabía nada hasta que la Policía ha detenido al imbécil de Iván y entonces nos hemos tenido que ocupar nosotros de sus cobros. ¿Captas la gravedad del asunto, Pilarín?

—P-pero Iván…, ¿no había…, no había dicho nada de…?

—Ni pío había dicho, porque sabía que yo no lo hubiese dejado jugar a hacer de cuatrero del Lejano Oeste con sus coleguitas. Que antes le hubiese cortado los cojones y se los hubiese hecho tragar a sopapos. De todos modos, hemos visitado a tu Reinosa del alma y resulta que este creía que le había aplazado el pago, como si yo fuera el Banco de España. ¿Te parece que yo soy el Banco de

España, Pilarín? —preguntó abofeteando con la mano libre su mejilla.

—N-no. Y-yo n-no…

—Pues claro que no lo soy, me cago en vuestra puta estampa. Pues claro que no lo soy. —Le pellizcó la barbilla—. Total, que hablando con Reinosa ha salido tu nombre como supuesta amiga mía que me habría convencido para que su deuda pudiera pagarse en cómodos plazos.

Poco acostumbrado a soltar peroratas tan largas, el Patata carraspeó y prosiguió:

—Y a ver, que yo puedo ser muy generoso. Sobre todo, con mis amigos. Pero quiero que me respondas con toda franqueza, Pilarín: ¿tú y yo somos amigos?

Pilar, en lágrimas, temblando, bajó la cabeza y guardó un silencio más bien patético.

—¡Vamos a ver!, aquí cuando hablo me interrumpís todos y cuando os hago una pregunta calláis como putas. ¿Estáis tontos o qué? ¡¡Contesta!! ¿Somos o no somos amigos, tú y yo?

—T-todo esto fue idea de I-Iván, yo no s-sabía, yo…

—¡Me cago en san Blas! —bufó Romero—. Te he hecho una pregunta y más te vale responder. Por tercera y última vez: ¿somos amigos, tú y yo?

—N-no…, creo que n-no…

—Vale, crees que no. Allá va otra pregunta: ¿tú y yo nos conocemos siquiera?

Más silencio, esta vez seguido de un mandoble propinado con el dorso de la mano.

—¡Habla, estúpida! ¿Nos conocemos, sí o no?

—¡No! ¡No nos conocemos! ¡Lo siento! ¡Sólo quería ayudar a mi amigo!

Los sollozos entrecortaban las palabras de Pilar Alférez, que no cayó de rodillas porque la mano fuerte de Julio Romero seguía sujetando su brazo. Las lágrimas le inundaban el rostro y el visitante la consoló con unas palmadas afectuosas en la espalda.

—Venga, ya está, ya hemos aclarado la cuestión —dijo con voz queda.

—Lo siento, lo siento… —seguía balbuceando ella.

—Tranquila, mujer, que yo ya sé que por un amigo se hace lo

que sea y se cometen torpezas —replicó el Patata arropándola paternalmente.

El Titi y su compadre se intercambiaban cómplices miradas y, sabiendo por dónde iban a ir los tiros, empezaron a sonreír.

—He sido tan estúpida…, tanto…, fue todo idea de Iván… y yo le creí…, yo…

Con el abdomen y el pecho doloridos de tanto puñetazo y patada, Stephen trataba de incorporarse. Nadie le hacía caso.

—Ya será menos, mujer. ¿Sabes? Yo la amistad la valoro por encima de muchas cosas, a veces incluso por encima de mi familia. —La mano que no la sujetaba repasaba el cabello de ella—. ¿Ves como para mí es tan importante?

—S-sí…

—Claro, y es que la familia te viene impuesta, pero los amigos los eliges tú. ¿No estás de acuerdo? ¿No opinas igual que yo?

—E-es verdad… —confirmó ella—, yo creí a

I-Iván

porque es…, era mi ami…

—Y fíjate que yo me considero el más leal amigo que se pueda tener, pues estoy convencido de que, sin la amistad, sin principios, nos convertiríamos en bestias. ¿Verdad, muchachos?

—Totalmente, jefe —replicaron los otros dos casi al unísono.

La mujer seguía llorando mecida por los brazos del antiguo boxeador, que ahora le acariciaba la nuca.

—¿A ti te gustaría tenerme de amigo, Pilar? —preguntó.

—Yo… no…, no entiendo. —A ella empezó a no gustarle el cauce que estaba tomando aquella conversación—. ¿E-en qué sentido…?

—Contéstame sólo sí o no —respondió él—, ¿te gustaría que yo fuera un amigo, un aliado para ti?

—S-sí, c-claro, y-yo…

Sin dejar que acabara su frase, la mano que le acariciaba la nuca le agarró de pronto con fuerza el moño, mientras la otra se cerró sobre su cuello.

—Ya me parecía a mí —sentenció el Patata con un hilo gélido de voz.

Agarrada por el pelo y el cuello, arrastró a Pilar Alférez hasta el dormitorio y la lanzó sobre la cama. Esta trató de zafarse, pero

recibió un puñetazo en la mandíbula.

—¡Quieta ahí, furcia!

Ella gritaba mientras él le daba la vuelta, le subía la falta y le arrancaba la ropa interior. Stephen se levantó, pero recibió una nueva soba por parte del Titi y su compadre. Ella pudo oír los aullidos de dolor de su hombre y pensó en las bragas que su agresor le acababa de arrancar, que tendría que ir a los almacenes El Águila a por unas nuevas, que está muy cerca de la tienda que tiene Vehils Vidal en la plaza Universidad y entonces aprovecharé y miraré a ver qué tiene. Y su cabeza trataba de llevarla lejos, donde fuera, con tal de no estar ahí en ese momento. Julio Romero jadeando, tomándola por detrás, su aliento que olía a coñac, ajo y encías pudriéndose; el sudor que a cada embestida salpicaba sobre la espalda de ella; el chirrido del ventilador del techo; la lluvia fuera que no se entendía si seguía cayendo o si ya amainaba; aquella mano sujetándola por el pelo, la otra que agarraba la carne de sus posaderas. La tunda que le estaban dando a Stephen, cariño, quédate ahí y deja que acaben y que se vayan. La boca de ella liberando dolor y él que emitía un estertor terrorífico, y culminaba, y soltaba un alarido de animal depredador que acaba de someter a su víctima.

Permaneció unos segundos más dentro de ella, calmando su respiración, saboreando aquella victoria inmunda. Después salió y se subió los calzoncillos y el pantalón.

—Ahora sabes lo que cuesta ser amiga mía —sentenció—. Esta va por el favor que le he hecho a Reinosa, que sigue enterito y con todos los huesos en su sitio. Acuérdate del precio a la próxima que se te ocurra decir mi nombre por ahí.

Soltó una carcajada y abandonó la habitación, mientras Pilar, el vestido subido, las bragas hechas jirones a la altura de los tobillos, agarraba una almohada y la abrazaba, situándose en posición fetal sobre aquel colchón que ahora tenía los olores de tres hombres. Uno en un lado y dos en el otro.

Oyó las risas del Patata y los suyos seguidas de un portazo. Después, silencio. Hasta que Stephen Jameson la alcanzó. Trató de abrazarla, pero ella no quería, no me toques, no me toquéis, que nadie me toque, nunca más.

Nunca más, asquerosos.

—*Honey*, yo llevo a ti a hospital.

—No, Stephen, déjame. Vete.

—Yo no ir ninguna parte.

—¡Que te vayas!

—No, *love*, yo estar a tu lado y no dejar que *sons of bitches* te rompen alma.

Ella se dio la vuelta y vio aquel rostro amoratado y lleno de sangre mirándola con un amor tan profundo que fue como un bálsamo. Ambos temblaban, ambos lloraban, ambos se tenían el uno al otro. Se amaban, fuera de toda duda.

—Abrázame —dijo Pilar.

Y ambos permanecieron toda la noche en la oscuridad de aquel dormitorio, él agarrado a ella. Los dos oyendo el ruido del ventilador desvencijado y la lluvia de la calle, que iba en aumento. Las gotas caían desde el cielo con un ímpetu que iba a hacer historia, aquel martes 25 de septiembre de 1962. Ese diluvio iba a aniquilar barrios enteros e iba a arrastrar cadáveres, vehículos y casas enteras a kilómetros de distancia. El primer recuento de muertos por aquella riada superaría los seiscientos, y aquella iba a ser definida como la peor catástrofe natural padecida en España durante el siglo XX.

Así que no parecía el mejor día para salir a atracar una farmacia, si es que hay días idóneos, aunque para Eduardo Ramis el Mexicano prevalecía la necesidad de hacerse con un dinero rápido.

Eran las siete menos cuarto y Sixto no aparecía.

—Se me ha acojonado, el maricón sinsustancia —musitó y metió la mano en el bolsillo de la americana mojada, acariciando la culata del revólver Astra Cadix.

La lluvia había ido arreciando desde la mañana y ahora azotaba la ciudad disolviéndole el tinte capilar, que iba deslizándose por su cuello y manchando su camisa. En la radio se hablaba de inundaciones en Terrassa, Rubí y Sabadell que iban engullendo coches y hasta autobuses a su paso. No digamos ya personas.

—¿Estás seguro de que quieres irte hoy? Por mí te puedes quedar aquí todo el tiempo que necesites —le había ofrecido el Siete Vidas.

—Las riadas son problema de la gente que vive en el Vallés, aquí caerá algo de lluvia que me ayudará a encontrarme las calles desiertas para la huida —había replicado Eduardo con nula

clarividencia—. Además, el Sixto me espera.

El viejo limpiabotas guardaba un secreto atroz sobre Eduardo, pues él había tenido mucho que ver con la muerte de su madre, su antigua amiga. Cuando unos quince años antes la vendió a la Social, que acabó con ella en los bajos de la Vía Layetana, delatarla le había parecido justo y necesario. El Siete Vidas se sentía despechado por la amistad de la mujer con un hombre al que él había amado mucho y, después, odiado a muerte. Pero más tarde las circunstancias pusieron en su camino a un joven Eduardo, caído del trono de una infancia feliz para acabar presa de orfanatos y otras instituciones. Curas que pegan y meten mano, niños que aprenden la calle, a soportar e infligir dolor, solitarios porque no hay nadie en el mundo para ellos. Y aquel chaval, rubio como su madre y algo grueso, como había sido su padre, se encontró de pronto sin nada más que palizas, escupitajos y humillaciones. Tus padres eran unos rojos de mierda, todo lo que te pase es culpa de ellos. Sólo que no lo era. La culpa era de Nicolás Estruga, del Siete Vidas —ya por entonces confidente de la Social por ciertos vínculos que lo unían al temible comisario Antonio Juan Creix—, que mandó a la madre del Mexicano a morir por un ataque de celos y rabia.

Así que cuando se encontró pocos años después al pequeño Eduardo Ramis, el limpiabotas decidió convertirse en algo así como su protector. Una especie de primo más o menos afectuoso, o hermano mayor que siempre va a estar ahí. Y sabía que así no le iban a buscar tanto las cosquillas, pues quien lo intentara podía acabar pringando en la Vía Layetana. No en vano Nicolás seguía siendo confidente para la Social en su búsqueda, captura y abatimiento de los rojos y ácratas que quedaran conspirando a este lado de los Pirineos. ¿Quién iba a sospechar que aquel viejo sarasa anarquista, curtido en el sindicato de ebanistas leridano y, en su día, uno de los hombres de confianza del mismísimo Manuel Escorza, amén de habitual catador de falos en los frondosos vericuetos de Montjuich, era un chivato de la BPS?

—Si cambias de idea, aquí estaré —había insistido oliéndose que aquel no era el escenario perfecto para que el chaval diera un palo sonado y se diera el piro con éxito.

—Gracias —se despidió el Mexicano.

No se abrazaron. No era el estilo ni de uno ni de otro. Al Siete

Vidas se le habían secado las ganas de abrazos hacía demasiado, y el Mexicano sólo hubiera abrazado a su mamá.

El cabrón del Sixto se me ha achantado, volvió a pensar antes de taparse la boca con una bufanda y, tras comprobar que no había clientela, zambullirse en el interior de la farmacia El Globo de la plaza Real.

—¡Quietos *paraos*! ¡Vaciad la caja y me metéis todo el parné en una bolsa! ¡Rápido! —entró gritando.

Enseguida se dio cuenta de que algo no cuadraba. Por mucha bata blanca que llevaran puesta, aquellos dos tipos que atendían detrás del mostrador no tenían aspecto de farmacéuticos. Y no parecían especialmente sorprendidos ni asustados, pese a que los estaba apuntando con una cacharra, y está cargada y me importa un bledo liarme a tiros que yo ya tengo la huida pensada, que ya me busco la vida, que está visto que el Sixto no tiene palabra ni media hostia, pero yo sí, maldita sea.

—¡Coge todo el dinero y mételo en una bolsa, te digo! —se dirigió al que estaba más cerca de la caja.

Pero ninguno de los dos hombres, las manos alzadas a la altura del pecho, se movía.

—¿Estáis sordos o qué? ¿Queréis que os mate? —El Mexicano empezaba a perder los estribos.

Uno de los dos hombres habló:

—Mira detrás de ti, anda.

Eduardo se dio la vuelta muy despacio y entonces vio a otros dos hombres de aspecto similar al de los falsos farmacéuticos, cuerpo robusto, bigotito que no falte, mirada opaca y dura, apuntándole con sendos revólveres Star 32.

—Eduardo Ramis, tira el arma, que estás detenido, chaval.

Se giró para comprobar que los otros dos tipos también le apuntaban con sus pistolas —policías, ellos también, cómo no— y el que estaba más cerca de la caja le dijo:

—Te estábamos esperando, así que no hagas más el gilí y ríndete.

En cuanto conoció el plan de Eduardo, Sixto había telefoneado al Patata para informarle, con todo detalle, de este atraco. Y este, en vez de aguardar por su cuenta al Mexicano para pillarlo por banda y darle el que consideraba su merecido, fue más estratégico: llamó

al jefe Marfá, que yo soy un ciudadano de bien que colabora con la Justicia, y ya ve que, en cuanto he tenido conocimiento de la fechoría que prepara ese delincuente, me ha faltado tiempo para comunicárselo.

«Más te vale que lo que digas sea verdad, Patata, o te vamos a joder a base de bien».

El mensaje lo había trasladado a su vez el Titi a Sixto:

«Como lo del palo ese del Globo no sea verdad, te puedes ir preparando, *atontao*».

Por suerte para el primo de Patricia y para el Patata, el Mexicano había tratado de dar el golpe en la fecha prevista y ahí estaban, cuatro policías de la comisaría de Conde del Asalto rodeándolo e intimándolo a que se rindiera, que a ver qué vas a hacer en esta situación, aparte de depositar tu arma, ponerte a nuestra disposición y rezar las que te sepas.

Pan comido, pensaban.

Este se nos deshincha aquí, pensaban.

Se le deben estar encogiendo los huevos, pensaban.

Contrariamente, algo hizo clic en la cabeza de Eduardo. Como una ola gigante de dolor, de soledad, de recuerdos de una infancia feliz a la vera de su madre, arrancados de cuajo por una corriente de odio, de calle que huele a rata muerta, de sangre que mana, imparable, de la nariz tras el golpe recién encajado, de escozor del ojo hinchándose al recibir y de los nudillos ensangrentados tras pegar fuerte; de sacerdotes palpando, de policías insultando, de *pintxos* amenazando, de furcias resabiadas riendo sin dientes; de perfumes baratos barriendo los aromas de su niñez, de mamá, de aquella casa en la zona finolis. ¿Existió? ¿Era un recuerdo o una imaginación? ¿Lo viví o lo pensé? Y, entretanto, todo a su alrededor se oscureció y sólo sabía que gritaba: un grito desde el fondo de las entrañas. Y ahora corría hacia la calle y algo lo ensordecía, puede que un disparo, o dos, porque él había disparado su arma, ahora lo sabía. ¿Les he dado? ¿Qué ocurre? Corría por la plaza tratando de atravesarla. La lluvia, el fango, resbalo, me pongo en pie, avanzo tres o cuatro metros más, vuelvo a resbalar. Esta vez no puedo levantarme. Duele, es profundo, es la pierna, me han disparado, me están gritando algo.

Los policías le gritaban, sí. Eduardo Ramis había disparado a los

que cubrían la salida, a uno le había rozado un brazo, nada grave, pero el otro…, balazo en el pecho, eso ha perforado el pulmón, mal asunto.

Había logrado salir a la plaza, el Astra Calix en la mano, el hierro calentándose después de los tiros pegados. Pero tras recorrer pocos metros había sido alcanzado por una bala en el gemelo. Buen tiro, y ahora el Mexicano se arrastraba sobre el pavimento, y arrojaba su cacharra, y se rendía y los policías le ponían las esposas y le prometían que aquello lo iba a pagar muy caro. Muy muy caro.

Y entonces se preguntó, por primera vez desde su niñez, si su mamá lo estaría mirando, tal vez juzgándolo, quizás todavía queriéndolo, allá donde se hallara.

—Me has mentido, Pilar.

Ella no pasó por alto el hecho de que no la llamara Byby quizás por primera vez desde hacía ya tanto tiempo que ni lo podía recordar.

—Frankie, cielo, yo…

—Ni Frankie ni leches, Pilar, ya estoy harto de juegos. Me metí en este embolado por ti, pedí el préstamo por ti y ahora tengo a los matones del tal Romero machacándome. Por ti.

Al vendedor de lámparas le daban hasta el segundo fin de semana de noviembre para saldar la deuda con los intereses, incluidos algunos recién añadidos por el Patata a modo de recordatorio: a mí no me toméis por un palurdo, que os va a salir muy caro.

—Si no me hubieses mentido, Pilar, habríamos podido alcanzar otra solución —la acusó.

—Pero, Frankie, cielo…

La fecha escogida para la satisfacción de la deuda no era arbitraria. El primer fin de semana de noviembre Francisco Ferri *Paco*, aquel boxeador de Sueca en el que el Patata había depositado todas sus esperanzas, se las iba a ver en el Price con Vicente Ferrando, al que probablemente derrotaría tras haber tumbado recientemente a Tony Gutiérrez en la plaza de toros de Valencia. Pero al fin de semana siguiente le tocaba subirse al mismo cuadrilátero contra el portugués Belarmino Fragoso, que venía de una racha de derrotas por puntos y KO técnicos. En ese combate Romero iba a apostar todo el parné que iba a recibir de Reinosa y

puede que algo más. Por mucho encaje que tenga, al luso ese el Paco no le va a dejar terminar el combate, se decía haciendo fintas de ganchos y directos al aire delante de un espejo.

La cuestión era, pues, que o pagas la pasta para que yo la pueda apostar en el combate Ferri-Fragoso, o tendremos que asistir a otro combate, el Ferri-Reinosa, y ya puedes ir encomendándote al santoral, porque te vas a llevar la somanta de hostias de esta vida, con propina para la siguiente.

Por su parte, Pilar estaba desganada en general y por motivos que a estas alturas huelga explicar. Lo único que deseaba era estar con Stephen, con su hombre, y lo de volver con Reinosa lo vivía como una suerte de obligación que, si al final no puede ser, pues casi que mejor.

Y, efectivamente, no podía ser, porque sin saber lo que Romero le había hecho a ella, al empresario no le quedaban más arrestos que juntar la guita, apoquinar rápido, centrarse en el negocio y olvidarse de ella y de la madre que la parió.

A su vez, Stephen Jameson tenía las entendederas suficientes para comprender cómo podía pesarle a Pilar volver a los brazos del vendedor de lámparas tras lo acaecido con el Patata. Así que aceptó que aquella historia se había terminado y que de aquel grifo no iba a manar ni una gota más.

—*Nothing lasts forever* —le dijo al aire y, apoyando sus manos en los hombros de ella, le preguntó si no le interesaba ver mundo.

—¿Ver mundo? ¿A qué te refieres?

—*Yes, honey*, ir de Barcelona, viajar otros países, otras ciudades, *leave behind* esto y estar en nuevos sitios.

Tras absorber aquella propuesta, Pilar Alférez cerró los ojos y, como una bombilla que se enciende en un cuarto oscuro, experimentó un cambio de marco mental. Se vio libre, pero esta vez de verdad. Claro, se dijo, el problema es estar en este país, en este páramo tercermundista y beato. Toda la vida soñando con Nueva York, París, Roma, fantaseando con grandes ciudades donde ocurren grandes cosas, y caía ahora en la cuenta de que nunca se había proyectado a sí misma *estando* allí. Incluso *viviendo* allí. ¿Y por qué no? ¿Y por qué tiene una que permanecer anclada al sitio donde le tocó nacer, con sus costumbres pueblerinas y atrasadas, cuando aquí al lado, a pocos kilómetros, empieza un mundo moderno

donde una mujer puede ser dueña de sí misma?

—¿Entonces? ¿Qué tú dices, *honey*? —insistió el americano.

Sin mediar palabra, con los ojos humedecidos, se abrazó a él, como diciendo sí, vámonos, larguémonos de aquí. Quiero ver mundo, quiero ser una mujer de mi siglo y no de este medievo disfrazado de quiero-y-no-puedo.

Durante los siguientes días la pareja trató de reunir todo el dinero posible. Stephen vendió su moto y algunos enseres que no le iban a servir para viajar. Pilar habló con Félix Alférez, su padre, y con Joaquín Rodríguez, su exmarido. Le correspondía algo del piso que uno y otro habían pagado. Si en este país no existe el divorcio para unas cosas, razonaba, tampoco tiene por qué existir para otras. Así, entre los dos lograron juntar veinticinco mil pesetas, nada menos.

También habló con Reinosa una vez más, la última: Nos hemos amado, nos hemos querido y ahora me voy para no volver, y quizás todo ese afecto, esa intimidad que tuvimos bien merece un regalo de despedida en forma de aguinaldo, de finiquito de aquel amor que empezó con una visita a la Carretera de las Aguas, limpiándonos con un sifón y una toalla, y culminó en algunos de los más lujosos *meublés* de esta ciudad que abandonaré sin echar la vista atrás. Las palabras no fueron exactamente esas, pero para que se entienda.

Del empresario, que a su vez se sentía culpable sabiendo que dejar de pagar el alquiler del apartamento de Regomir equivalía a dejar a Pilar en la calle, sacó mil duros más. Se dieron un último beso, el de despedida, ese que hace preguntarse si es justo y necesario que aquel sea el último o si hay sitio para más.

—Gracias, Frankie, eres un ángel —le agradeció acariciándole la mejilla.

—Cuídate mucho, Byby —se despidió él con voz engolada, sintiéndose el galán de una lacrimógena película sobre un amor imposible.

—Lo haré, descuida —zanjó ella con dulzura.

Pilar Alférez y Stephen Jameson abandonaron la ciudad una fresca y húmeda mañana de septiembre sin idea de volver: adiós, Barcelona; adiós, España; adiós, Edad Media, ahí os quedáis. Él, buscando una huida hacia adelante, y ella mantener a raya el asco que le carcomía las entrañas cada vez que recordaba al Patata.

El destino era Roma, la Ciudad Eterna, la de los filmes de Mastroianni y la Loren. La de Gregory Peck y Audrey Hepburn subidos a una Vespa rodeando el Coliseo. Pilar sería la princesa Ann, y Stephen asumiría el papel de Joe Bradley. Y los dos vivirían entre cafés cortos y amargos, charlas a viva voz llenas de verdades que no van a ninguna parte, ropas estilizadas y mocasines relucientes y un amor cálido y risueño con aromas de tomate y albahaca.

El americano conocía la ciudad, ya que había vivido una temporada ahí, y trató de recuperar el trabajo que tuvo en una empresa de torres metálicas para televisión. Pero el tiempo y la marea no esperan a nadie y, pese a prometérselas muy felices, nadie de la compañía parecía echar de menos a aquel yanqui frío y distante con ínfulas de escritor. Así que, tras dos semanas en la capital italiana, la pareja se tuvo que ir.

Arrivederci, cari.

Se desplazaron al norte, muy al norte, en concreto a Offenbach, una ciudad industrial a las afueras de Fráncfort, situada en la orilla sur del río Meno, que no es que no tuviera algo de encanto —estaba rodeada de verde, con el palacio Isenburg, el castillo Rumpenheim, la torre Bieber y algunas casitas rústicas que habían logrado sobrevivir a la guerra—, pero las comparaciones con Roma dolían bastante. Empezando por el clima.

—Aquí va irnos mejor, *honey*, tú verás —profetizaba Stephen.

—Claro, mi amor, lo importante es que estemos juntos —respondía ella llena de fe.

No obstante, no fue así y, después de semanas tratando de entrar a trabajar en un almacén local de productos alimentarios, vieron que ahí tampoco les iba a ir mejor. Aquel tampoco era su lugar.

Auf Wiedersehen, mein Lieber.

Para más inri, el dinero se había terminado —que fuera de España cinco mil duros cundían muy poco—, de modo que, al cabo de cinco semanas desde su triunfal y esperanzada salida de Barcelona, Pilar Alférez y Stephen Jameson volvían a la ciudad con poco más que calderilla y con un hondo pesar anidando en sus adentros.

Jack Hall los ayudó a encontrar acomodo por unos días. Stephen y Pilar se quedarían en la pensión Pros, en la habitación de Joan

Barr, mientras esta pasaba unos días con él en la pensión Toledo. Y todo quedaría circunscrito a la plaza Real.

—¿Y ahora qué? —preguntó Pilar tras depositar las maletas en el suelo.

—Ahora nosotros ver qué hacer para ir de Barcelona otra vez —replicó él.

—Pero ¿adónde? ¿Y con qué dinero?

—Primero hacer dinero, luego decidimos lugar, ¿sí?

Con gran regomeyo, la mujer vendió el abrigo de piel heredado de su madre y, de nuevo, entre ventas de enseres y trapicheos que pudo llevar a cabo Stephen, más la calderilla que les había sobrado de su periplo europeo, reunieron mil quinientas pesetas.

—*Why don't you go to Ibiza*? —preguntó Jack Hall enfrentándose a un tanque de cerveza y unas bravas, instalados en la terraza del Ambos Mundos.

—¿Ibiza? —replicaron los dos casi al unísono.

Era una buena idea. En aquella isla la vida era infinitamente más barata que en Barcelona y les iban a cundir las mil quinientas lúas al menos un mes, si no más. Con un poco de suerte, podrían establecerse allí e incluso abrir un garito, que si se animaban, Jack se comprometía a ir a ayudarlos, que para él la Ciudad Condal también se presentaba más bien cicatera, en términos de oportunidades de lucro.

A Stephen la idea le sedujo. Un club o un bar, sí, con buen jazz. Allí hay público, le advirtió su amigo, aunque muy pocos músicos competentes, pero algo se puede hacer. Como siempre, como para todo, hacer cosas cuesta dinero y de eso no tenían mucho.

—*Money, eh*?

La negociación para que Pilar escribiese otra carta a Francesc Reinosa fue ardua.

Ella no quería saber nada. Sentía que ya le había estrujado demasiado a aquel hombre y ya no era aquella otra Pilar que se podía aprovechar tan fácilmente de aquel señor que había demostrado una constante generosidad. Aun así, el americano logró convencerla: Ese hombre es el que se ha aprovechado de ti para aliviar las penas de su matrimonio. No le debes nada. En otro país, él no lo hubiera tenido tan fácil, porque tú serías una mujer divorciada y libre de hacer con tu vida lo que quisieras. Podrías

trabajar y ganarte la vida sin estigmas, y no estarías sometida al papel de mujer separada, de apestada por una conducta que hombres como él llaman inmoral, pero de la que luego sacan provecho. No te equivoques, *honey*, aquí el único que no ha perdido ripio es él, así que no tengas remilgos en sacarle los cuartos que puedas.

Ante aquella argumentación tan bien hilada, Pilar no pudo sino dar la razón a su hombre. ¡Qué demonios —se dijo—, es verdad! Por el hecho de ser mujer, y además separada, yo siempre juego con desventaja. Así que la mañana del 3 de noviembre, pocas horas antes de embarcarse rumbo a Ibiza —donde pocos días después conocerían a Jimmy Walker—, Pilar Alférez dejó una carta en el taller del Barrachina, que la miró de arriba abajo y le prometió que se la entregaría a Reinosa.

Se trata de la misma carta que iba a quedar sin contestación, pero que el empresario iba a guardar en su mesa de trabajo, en el almacén de lámparas de la calle Aragón, preguntándose a menudo si tanto la echaba de menos.

La carta que la Brigada de Investigación Criminal iba a encontrar en la escena del crimen, catorce días después, y que le iba a poner sobre la pista de la tal Byby.

Aquella carta que se cerraba con la frase «Muchas gracias por las horas en que intentaste hacerme más feliz».

Las lluvias y el frío habían hecho mella en Iván quien, ya debilitado por los días pasados en la nevera, sucumbió a una fuerte gripe que lo tuvo postrado en la enfermería de la Modelo durante casi una semana. Fue allí donde se enteró de que a su amigo el Mexicano lo habían trincado en plena plaza Real tratando de atracar la farmacia El Globo, que a quién se le ocurre dar el palo allí, con la de farmacias de barrio apartadas, alejadas de todo, que hay en Barcelona.

Se sabía que le habían tendido una emboscada. Un chivatazo, seguramente del Sixto, no podía ser otro, pero ya acabaría pagando ese cabrón por la cerdada, ya. También supo que Eduardo había disparado contra los policías y que se había cargado a uno. Y que de esa no te salva ni el Padre eterno, porque disparar y matar a un pasmarote es casi como atentar contra el Generalísimo, o contra un ministro o contra el mismísimo Dios.

El Cambados cerró los ojos y trató de recordar la última vez que estuvieron juntos. Realmente iba a ser la última, no se volverían a ver, ya que, en el supuesto de que también chaparan a Eduardo en la Modelo, a la espera de la ejecución, no iban a compartir galería.

Se cubrió con la manta y empezó a hacer como que tosía para disimular las lágrimas con las que acabó por mojar la almohada que sostenía su cabeza febril.

La noticia de que Sixto había delatado a Eduardo corrió como la brea por los entramados callejeros de la ciudad. Incluso el primo de Patricia supo que se le acusaba de riflón y que, por su culpa, al Mexicano le esperaba el patíbulo. De nada serviría tratar de explicar la verdad, que había sido el Patata quien había avisado a la Policía para congraciarse con Marfá y sus mariachis de Conde del Asalto, de modo que estos lo dejaran razonablemente en paz.

De hecho, habían sido el propio Patata y sus muchachos quienes, con mayor ahínco, habían corrido la voz del presunto soplo por parte de Sixto. Así, habiéndose quitado de en medio a Eduardo, se aseguraban de que algún buscador de gloria hiciera lo propio con el primo de Patricia. O que este, conociendo el apego que se les tiene a los chotas en la calle, optara por darse el piro.

Esa era la idea, en efecto, pero no le dio tiempo.

A Nicolás Estruga el Siete Vidas también le llegó la voz de que Sixto se la había jugado a Eduardo e, instantáneamente, una losa de culpabilidad empezó a pesar sobre sus hombros. El limpiabotas sabía que nada de lo que pudiera hacer iba a salvarle la vida al muchacho, pero tenía claro que el culpable iba a pagar.

Fue así como una mañana, con Sixto desayunando en casa junto con sus padres, ellos preocupados por ver a su hijo tan nervioso y taciturno, sin salir de casa desde hacía días, sin soltar prenda de todo lo que, con aplastante evidencia, bullía en sus entrañas, llegaron las pésimas noticias. Ignorando los intentos de sus padres por entablar conversación, él cavilaba sobre dónde darse el piro, si tratar de ir a Francia o Alemania, o quizás volver a Jaén, al pobre y precioso sur. De pronto, alguien llamó a la puerta.

La madre fue a abrir y se encontró con tres hombres enfundados en anchas gabardinas color mantequilla, impecables borsalinos, bigotes delineados y miradas sin vida.

—¿Sixto Martos Lavado?

—S-sí, es mi hijo, ¿u-ustedes son…?

—Brigada Político Social. ¿Está Sixto Martos Lavado?

Tras enseñar sus credenciales, anunciaron que esperaban a que Sixto saliera y los acompañara, y lo intimaron a que no intentara hacer ninguna estupidez. Que se lo llevaban para hablar con él. Que no se tenían que preocupar.

La mujer anunció la visita.

—¿La Brigada Político… Social? ¿Es que te has vuelto un rojo, tú? —gritó el padre ahogado por la angustia y con ademán de soltarle un pescozón al hijo.

—N-no…, n-no… —balbuceó este, incapaz de comprender qué hacía la Social allí.

Se lo llevaron y lo condujeron directo a los bajos de la Vía Layetana.

El Siete Vidas, colaborador de la Social desde tiempo inmemorial, había ido dando buenos soplos muy útiles para capturar a rojos y anarquistas emboscados en Barcelona. Así que cuando les habló de aquel chico de la calle Manso, un tal Sixto, un gamberro que ahora parecía ser que hacía propaganda por cuenta de algunos viejos militantes clandestinos del PSUC, fue sólo cuestión de minutos antes de que los tres inspectores se plantaran en el rellano de su casa con toda su mala hostia y mostacho marcado a fuego.

Cuatro días estuvo el primo de Patricia en los bajos de la jefatura, antes de que lo soltaran porque, evidentemente, aquel pobre imbécil nada sabía del PSUC ni de propaganda subversiva.

No obstante, el Sixto que había entrado ya no era el que acabó por salir de allí.

La versión oficial es que, acompañándolo de la celda a la sala para interrogarlo, el detenido había intentado huir tropezando en las escaleras y dándose un fuerte golpe en la cabeza que lo había dejado así.

«Así» quiere decir lelo, con la mirada bovina perdida en algún resquicio de una mente dañada, la boca semiabierta con un hilo de baba, unos andares erráticos y la capacidad discursiva de un niño pequeño, de los no muy listos.

—¿Qué le habéis hecho a mi hijo, granujas? —gritaba la madre.

El padre trataba de abrazarla y que se callara, porque lo último

que necesitaba es que el resto de la familia pasara por el mismo tratamiento que le habían dispensado al hijo.

—El zagal se hizo esto él mismo, intentando huir —respondía lacónicamente un policía, bastante más pendiente de irse a comer, que ya era hora, que del dolor de aquella llorica calamitosa.

—¡Mentira! ¡Mi niño no es así! ¡Mi niño es obediente! —protestaba ella entre lágrimas, la voz rota, convertida en añicos que jamás se volverían a recomponer.

El policía, molesto, entró al trapo:

—No estará insinuando que en la Brigada Social somos unos embusteros, ¿verdad?

—No, señor agente, faltaría más —intervino rápidamente el padre—. Entienda que mi mujer está afectada y dice cosas sin sentido, pero jamás nos atreveríamos a…

—Bien, bien, ya me parecía a mí. A ver si hacemos notar quién lleva los pantalones en casa y tenemos un poco bajo control ese histerismo femenino.

—C-claro, señor insp…

—Si no necesitan nada más, tengo otros asuntos que atender.

—No faltaba más, señor insp…

—Hala, con Dios.

Cuando supo lo que había ocurrido con su primo, Patricia lloró desconsoladamente, culpándose a sí misma porque sabía que aquello estaba, de alguna manera, relacionado con Iván Regueira. Este seguía siendo una herida profunda, la primera en su corazón recién estrenado. Si no se hubiese dejado embelesar por esos aires de chico de mundo, pensaba, mi primo seguiría bien, acompañándome al baile cada sábado e intentando besarse con todas las chicas. Algo que no iba a ser capaz de hacer nunca más.

—Nos has hecho perder el tiempo con ese desgraciado —reprochó, por teléfono, Antonio Juan Creix, jefe de la Social, al Siete Vidas.

—No siempre se acierta, Creix, a veces corren rumores falsos para confundirnos —replicó este.

—A ver si lo de chupar tanta picha en el descampado ese del puerto te ofusca.

—No fue un buen soplo, pero sabes que llevo muchos años sirviéndoos en bandeja a unos cuantos rojos de categoría.

—Rojos de categoría, dice el maricón… Pues más te vale que el próximo que nos traigas no sea un don nadie.

—Descuida.

—Y, sobre todo, Nicolás, procura una cosa.

—Dime, Creix.

—Procura que el próximo que nos traigas no sea por revancha, que ya me he enterado de lo del hijo de la Genoveva, el Eduardo ese, al que van a retorcer el pescuezo en breve. Y se dice que fue Sixto Martos quien lo delató a la Criminal.

El limpiabotas guardó silencio, pero no pudo evitar esbozar una sonrisa. Os habéis enterado, sí, muy bien, pero ya le habéis dado lo suyo a ese chivato cabrón.

—Una cosa es que seas un julandrón, y otra que te creas más listo que nosotros.

—Descuida, Creix —repuso Nicolás sin perder su sonrisa de pocos dientes.

Al cabo de unas semanas, al alba de una mañana fría y húmeda de primeros de noviembre, un denso capuchón de tela caía sobre la cabeza de Eduardo Ramis. Un sacerdote, que había pasado a su lado toda la noche anterior, entre rezos, confesiones y palabras de ánimo más para consigo mismo que para el chico al que iban a ajusticiar, el abogado, el fiscal, unos cuantos policías y un par de periodistas asistieron a la labor de Antonio López Sierra, el verdugo, llegado expresamente desde Madrid. Este cerraba el collar de hierro alrededor del cuello del reo y, con una manivela, iba girando el tornillo acabado en bola para buscar la rotura de su cervical. La presión provocó un chillido agudo de Eduardo Ramis, apodado el Mexicano, que intentó articular la palabra «mamá» antes de que la bola aplastara su bulbo raquídeo provocándole una muerte casi instantánea.

Los asistentes felicitaron a López por su buen hacer y este, que tenía en su haber algunas recientes pifias por haber ajusticiado a convictos en estado de completa embriaguez o embutidos de calmantes, respiró tranquilo.

Uno menos, se dijo.

El cuerpo fue conducido a una fosa común y, por un error tipográfico, el ajusticiado constó como Eduardo Ramos.

Aquella mañana de principios de noviembre, mientras Pilar

Alférez y Stephen Jameson tomaban café en Ibiza con Jimmy Walker y su amigo Vidal, hablando de Chet Baker, que por poco no lo habían visto en Roma junto con los All Stars de Romano Mussolini, a Iván Regueira su compañero de chabolo, el Cantamañanas, le informaba de la recién consumada ejecución del Mexicano.

La noticia le entró directa como un puñetazo en la boca del estómago, pero el Cambados tenía ya el suficiente recorrido allí dentro para saber que en el maco la procesión hay que llevarla por dentro, así que no lloró y se limitó a demostrar contrariedad y rabia, pero no el sentimiento que le quemaba dentro, que era la tristeza.

Los compis le dieron unos abrazos, en plan ánimo compadre, son mierdas que pasan. Él sólo pudo corresponder y verbalizar lo mucho que le hubiera gustado ser él quien le diera la estiba de hostias al Sixto hasta dejarlo lerdo.

—Di que sí —lo azuzó el Mulo.

—Le iba a salir el seso por las orejas —terció el Cantamañanas.

—Eso como poco —sentenció con dureza el Cambados.

Aquella mañana del 17 de noviembre de 1962, cuando Jimmy Walker llegó a Barcelona con una bombona de butano vacía, una navaja, treinta centraminas y los planos del almacén de lámparas de Francesc Reinosa, decidido a pegar un palo que estaba muy por encima de sus posibilidades, todos los protagonistas de esta historia se hallaban en horas bajas.

Iván Regueira estaba en la Modelo, había perdido a su mejor amigo y le quedaban todavía un par de años para salir de una trena a la que uno, por mucho que se adapte, jamás acaba por acostumbrarse.

Phil Hall también estaba en la cárcel, en Marsella, tratando de mantener la integridad en aquella prisión hostil, donde nadie tenía motivos para ser su amigo.

Encerrada en su pequeño apartamento que olía a col y patata hervida, Avelina seguía pensando que había acogido al demonio en su hogar, y pidió al rector de San Pablo del Campo, mossèn Valls, que salpicara con agua bendita las paredes de su hogar. Y que Dios volviera a reinar sobre este.

Sin banda, sin conciertos, sin el Blue Note, Jack Hall subsistía a

base de noches en la barra del Jamboree y trapicheos, alternando utilitarias coyundas, ora con Joan Barr, ora con Nancy Hall. Coitos tristes, orgasmos olvidables que entran más en la categoría de cierto alivio que en la de polvo de estrellas. Dormía hasta tarde, empinaba el codo más de lo habitual, perdía pelo, fumaba como un carretero y sentía el dolor de ver cómo los sueños que lo habían mantenido despierto, alerta, hambriento de la llegada de un mañana, se habían desvanecido casi por completo. ¿Dónde estás, suerte? ¿Por qué tardas tanto en llegar esta vez?, se preguntaba. Desde luego, todo parecía indicar que había dejado de ser un tipo acariciado por la fortuna. No obstante, tuvo la fugaz sensación de que eso podía cambiar cuando Jimmy fue a su encuentro en el bar Colón aquel mediodía, hablándole de un golpe ideado por sus amigos, Stephen y Pilar. ¿Eres tú, suerte? ¿Vuelves por fin a mí?, preguntó.

En Ibiza, Pilar Alférez luchaba por reponerse. A veces todavía tenía pesadillas y momentos de náusea pensando en la visita del Patata y los suyos, semanas antes, en el apartamento de Regomir. Iba llorando, entonces, amparada por los brazos de Stephen. Suerte que estaba él. Suerte que estaba ese amor absoluto, cómplice, que se profesaban. Pobres como ratas, sin una perspectiva halagüeña para el futuro inmediato, al menos se tenían el uno al otro. Y quién sabe, quizás pronto pudieran remontar, si aquel muchacho, Jimmy, hacía las cosas bien y desvalijaba a ese ingrato aprovechado de Reinosa.

Stephen Jameson justo acababa de encontrar a unas alumnas para dar clases de inglés, lo que aseguraba un mínimo —muy mínimo— para ir tirando, pero lo que él quería de verdad, lo que sentía que era su llamada, era ser escritor. Se le daba bien y había visto y leído mucho mundo, el suficiente para pensar que tenía algo que aportar a las letras americanas. Contaba con todos los ingredientes, desde luego, pero le faltaba una idea buena, una contundente, de las que te atrapan y te someten a horas de gozosa y sufrida escritura. No paraba de pensar en ello mientras se dejaba invitar a cócteles en la barra del Talamanca y amaba profundamente, con más gestos que palabras, a Pilar.

Por mucho que el Siete Vidas pidiera prestado por ahí, no obtuvo el dinero suficiente para pagar una tumba con cara y ojos para el Mexicano, que fue inhumado en una fosa común. Tres años

después, se supo de un abogado mexicano que llegó a Barcelona preguntando por el paradero de un tal Eduardo Ramis Expósito, a propósito de las participaciones a su nombre de una fábrica embotelladora en Toluca de Lerdo, capital del estado de México. Tras algunas averiguaciones infructuosas, el abogado volvió a su país sin ninguna noticia de la persona que andaba buscando pues un error tipográfico se refería al ajusticiado aquella húmeda mañana de otoño de 1962 como Eduardo Ramos, sin especificar ni segundo apellido ni ningún particular más.

Sixto no sólo no se iba a recuperar de su visita a los bajos de la comisaría de Vía Layetana, sino que había empezado a perder movilidad, con que no tardaría en acabar postrado en una silla de ruedas. Su padre se refugió en los vinos de Gelida que servía Ramón el Coyote en su bar. Y su madre no iba a despertarse un solo día del resto de su vida sin llorar.

Patricia tardaría mucho en quitarse de encima la culpa de haber metido a Iván Regueira en su vida y en la de su primo. En aquel mes de noviembre trabajaba todo lo que podía y, si bien acudía con Manolito a algunos bailes, permanecía impermeable a cualquier forma de cortejo. Se había apoderado de ella un miedo cerval a volverse a equivocar que la iba a acompañar durante muy largo tiempo.

Por lo que respecta a Manuel Lavado, seguía trabajando en la fábrica de tejidos de Ferrer Bernadas, en la barriada de Gracia, musitando un rotundo «cabrón malnacido» toda vez que a su memoria le daba por volver al Cambados. Entonces apretaba los puños y fantaseaba con tenerlo delante, atado a una silla.

Tras recibirla de mano del mecánico Barrachina, Francesc Reinosa guardaba la carta de Pilar entre los papeles de su despacho, releyéndola una y otra vez, pugnando por hacer lo racionalmente correcto, que era olvidarla, pero todavía enamorado hasta las trancas de aquella mujer que le hacía sentir joven y vibrante. Sin ella, cada día que pasaba se veía menos hombre y más señor mayor. Y tal vez fuera ese el papel que, por edad, ya le iba correspondiendo. Pero ¿quién se hace a la idea? Lo urgente, en todo caso, era completar el pago de la deuda con Julio Romero y, al menos, pasar página de la decisión de pedir prestado a aquel usurero y sus lamentables consecuencias.

Secundado por el Titi, Romero se las prometía felices. Aquella noche la sala Gran Price de la calle de Floridablanca acogía el encuentro de los pesos wélter, Francisco Ferri contra el portugués Belarmino Fragoso. Ferri ganaría, como el Patata había vaticinado, pero él no iba a tener con qué apostar, porque el grueso de aquel envite no iba a salir de la caja fuerte situada en el despacho del almacén de lámparas, a menos de un metro de donde, en esos momentos, estarían levantando el cadáver del infortunado empresario.

Aquella mañana del 17 de noviembre de 1962, pues, cuando Jimmy Walker llegó a Barcelona con una bombona de butano vacía, una navaja, treinta centraminas y los planos del almacén de Francesc Reinosa, todos los protagonistas de esta historia, cada uno a su manera, atravesaban un momento difícil.

Un momento de parón en seco, de brusco volantazo en la carretera, de trompos que queman rueda sobre el asfalto, de freno de mano echado en plena aceleración hacia el porvenir.

Aquella mañana del 17 de noviembre de 1962, todos, cada uno a su manera, cada uno por sus motivos, cada uno con sus pecados y virtudes, todos, sí, habían dejado de bailar.

17

Viernes 23 de noviembre de 1962

Las ruedas del Seat 600 levantan la polvareda de la carretera, que es mecida por el viento que ha ido arreciando durante la mañana y que, ahora que se acerca el mediodía, amaina hamacando el polvo y los romerales y mostrando una calma que se volverá a romper cuando sople de nuevo contra el cielo violáceo del atardecer.

En el vehículo viajan Vidal y un inspector de la jefatura de Palma de Mallorca, de donde acaban de salir camino hacia Consell.

—¿Te queda claro el plan? —pregunta este.

—Sí, señor inspector.

Se dirigen a la estancia donde Jimmy pasa sus días. Al no tener radio ni poder echar un ojo a la prensa, que tampoco acabaría de entender por las barreras lingüísticas, el americano ignora que su descripción y posible paradero son la noticia del día en la isla.

El plan es pasar a recogerlo, presentar al inspector como un amigo manacorí de Vidal que está de paso por Palma y pirarse los tres, venga, súbete al coche que nos vamos a tomar algo a la ciudad. En el camino, un control de la Policía los hará parar y les pedirá la documentación. Como Vidal y su ficticio amigo no la llevarán consigo, y sólo tendrá encima su pasaporte el americano, que no se separa del mismo, se los llevarán a jefatura. Allí descubrirán que James Dell Walker es un desertor americano buscado por las autoridades militares de su país y le informarán de que lo tienen que llevar a Barcelona para entregarlo a la capitanía de la Sexta Flota y que esta, a su vez, lo traslade a Fráncfort, donde será juzgado por su deserción de la compañía B26 de la base de Ludwisburg.

—Lo importante es que se confíe, que no sospeche que sabemos

que es el asesino de Reinosa, porque a saber de qué sería capaz, alguien así, al verse acorralado y ante la certeza de que se enfrenta a la pena de muerte. De nada bueno, seguramente. Así que tú, Vidal, actúas con toda la naturalidad, ¿de acuerdo?

—Sí, señor inspector.

Durante los días que lleva en Mallorca, Jimmy, que cuando no ha salido con su amigo, no ha contado con mucho más para entretenerse que algunos viejos tebeos en español y algún periódico extranjero viejo, ha tenido ocasión de reflexionar muy a fondo sobre su vida.

Reza mucho. Tras tantos años haciéndolo en piloto automático, como una suerte de vicio adquirido, ahora vuelve a orar con una verdad y una devoción profundas y olvidadas. Sus plegarias han dejado de ser encadenamientos de palabras recitadas a fogueo y se han convertido en una búsqueda de diálogo, de cercanía a Dios. ¿Te acuerdas de Dios? ¿Te acuerdas de su presencia arropándote durante tus días de infancia? Ahora lo recuerda. Ahora lo siente. No me tenía que haber alejado de Él, se lamenta.

Reza mucho y también llora: por el pobre infeliz al que ha matado y por sí mismo, otro infeliz, al que está matando de otra forma, mucho más lenta y estúpida.

Y también piensa mucho en su mentor, el padre Dustines, ¿qué habrá sido de él? Ojalá pudiera verlo y dejar que el calor reconfortante de su voz llenara su alma. También ruega por él.

Gracias a las ocasionales salidas con Vidal por tabernas, fondas e incluso algún club, como hace un par de noches para ver a aquel saxofonista británico, Jimmy se ha ido confiando. Cree que no lo buscan. Que nadie lo relaciona con la muerte de Reinosa. Saldré de esta, se dice. En este país están muy atrasados y, con la ayuda de Dios, me iré de aquí y retomaré el buen camino. Sólo espera a que la herida de la mano acabe de cicatrizar, encontrar un bajel donde embarcarse y dejar atrás esta pesadilla mientras el Señor le otorga algún tipo de perdón. Algún tipo de nueva oportunidad. Esta vez lo haré bien, le jura en sus plegarias.

El claxon del 600 suena y el americano asoma su rostro, pálido y barbado, desde el ventanuco de la choza.

—*What's up, Vidal*? —pregunta sonriente.

Ante la propuesta de darse un garbeo los tres, acepta enseguida.

Necesita dejar en suspenso su estado de soledad y le apetece acompañar a Vidal y al amigo de este a Palma.

El plan procede según lo previsto y, tras unos minutos de marcha por un camino de tierra, el vehículo es interceptado. Los agentes interpretan a la perfección el paripé de la documentación y los tres ocupantes son conducidos a jefatura. Como estaba previsto, él sí lleva su pasaporte encima, así que enseguida lo identifican. Al rato, un policía le informa:

—*From Barcelona dei güil teic iu tu Franfur, the army, bicós iu ar desertor*. ¿Se me entiende?

¿De Barcelona a Fráncfort? ¿Juicio militar por deserción? ¿Quizás una temporada en el calabozo y luego la expulsión del ejército? En esos momentos, sabiendo que en España se condena a la pena capital por el asesinato de otras personas, el escenario de verse descontando una pena no muy larga en un presidio militar por haberse largado de la guarnición de Ludwisburg se le antoja a Jimmy como un mal muy menor.

—Yo comprender *good, grasias* —replica.

—Pues, en un rato, sales para allá —avisa el policía, pero eso su interlocutor ya no lo entiende muy bien.

Los policías desplazados a Palma para dar con Jimmy acceden a la sala donde se encuentra esposado. El policía mallorquín anuncia al americano que serán ellos quienes lo custodiarán hasta Barcelona para entregarlo a la Sexta Flota.

—¡Me cago en la mar salada…! —musita Carrafa.

—¿Qué ocurre? —pregunta uno de sus subordinados.

—¡Al hijoputa este recuerdo yo haberlo visto en un tugurio anteayer por la noche!

—¡No fastidies! ¿Dónde?

—¡El Índigo ese! ¡Lo vi, seguro! Estaba con su amigo, el tal Vidal, que ya decía yo que me sonaba cuando lo estaba denunciando.

En efecto, dos noches antes Vidal y Jimmy han ido a ver en directo al saxofonista londinense Ronnie Scott al Índigo, la cava propiedad del baterista Ramón Farrán, en la calle Corb Marí. Y por allí pasaron los cuatro policías, quienes, asqueados con aquella música ensordecedora y carente de sentido, no se detuvieron mucho rato en el local.

—La madre que los parió…

—Será mejor que esto quede entre nosotros.

—Sí, será lo mejor.

Jimmy los mira con sus ojos azules muy abiertos, asistiendo a la conversación sin entender ni papa. Sólo las palabras «Vidal» e «Índigo». Les sonríe. Los policías fuerzan una sonrisa de vuelta para que el americano siga sin sospechar que no lo van a entregar a los suyos, sino que lo van a detener por matar al empresario y la Justicia española le va a dar lo que se merece.

—Sí, ríe, ríe, que se te van a acabar pronto las ganas, chaval —dice uno.

—Venga, nos lo llevamos ya —decide otro.

—La madre que los parió… —remata Carrafa sin salir de su estupor.

En la jefatura de la Brigada Criminal de la Vía Layetana, a Francisco Laguardia Gelabert ya le han notificado que James Dell Walker va a ser trasladado a la Ciudad Condal. Allí le notificarán que está detenido por el asesinato de don Francisco Reinosa Clotet.

Laguardia ya ha sido felicitado telefónicamente por el alcalde Porcioles, por el gobernador civil Vega y por el jefe nacional del SEU, Martín Villa. Un trío de ases.

El jefe de la BIC se acomoda en su butaca y sonríe, encantado de conocerse, satisfecho de haber resuelto con rapidez el caso. Se congratula para sus adentros con el inspector Carrafa y su equipo. Se enciende un cigarrillo y se premia con un trago de brandi de la petaca que tiene siempre a mano en un cajón de la mesa.

—Sí, chaval, sí —le dice a una voluta del humo flotando en el aire—, se te viene encima la de Dios es Cristo.

Y, complacido, acariciándose la barbilla, sigue fumando, paladeando su brandi y el momento de gloria.

18

Viernes 2 de octubre de 1964

Se abre la última cancela y la calle Entenza se le extiende delante dándole la bienvenida con una bofetada de aire fresco que lo oxigena y le avisa de que ya no está entre las paredes del talego, las rejas cuarteando la luz y los pulmones respirando aquella atmósfera estancada.

—Que no te vuelva yo a ver por aquí —lo amenaza un boqueras.

Iván no responde y avanza por la acera deteniéndose a observar el dibujo de las baldosas que recubren un pavimento que no es el frío y duro del presidio.

En su paseo divisa un estanco donde entra a comprar un paquete de cigarrillos.

—Celtas Largos, por favor, y una caja de cerillas.

—Serán seis pesetas del paquete y una y media de las cerillas.

Paga y regresa a la calle bajo un cielo cargado que amenaza lluvia, pero, tras algo más de dos años en chirona, caminar bajo el agua casi parece una bendición. Avanza con una media sonrisa y sin reparar en que alguien detrás de él parece seguir su camino desde que ha salido de la Modelo.

La lluvia está dándoles a él y a los demás peatones una tregua. La suficiente para encenderse el primer cigarrillo de la libertad y continuar con el paso tranquilo de quien no tiene más prisa que la de disfrutar del garbeo, en dirección a algún punto impreciso del centro.

¿Dónde irá a buscar refugio? ¿Dónde pasará la primera noche? Todavía no lo sabe.

Piensa en sus amigos. Eduardo el Mexicano, muerto. Sixto, que le han dicho que la Social lo tomó por rojo y, tras su paso por la

comisaría de Layetana, se ha quedado gilipollas irreparable, pero se lo tiene merecido por haber tenido la mala idea de delatar a Eduardo. El Patata y el Titi, que no se tomaron muy bien que los tres camaradas se pusieran a pegar palos a los taxis. Tal vez, de momento mejor no acercarse a ellos demasiado, que en el transcurso de estos dos años y algo los amigos de estos a los que han enchironado no han mostrado con él ninguna afinidad.

Piensa en Avelina y se apena por la pobre vieja, porque seguro que lo ha pasado muy mal, pero todavía sería incapaz de dejar de detestarla. Piensa en su padre y su hermana, en Cambados, avergonzados, él deseando que se le vuelva a materializar un Carminha con el que surcar aquel litoral lleno de promesas. Piensa en Antón, su hermano mayor, el de Madrid que trabaja para el tío Constantino, ¿qué habrá sido de él? Sabe que Santiago, el mediano, no tuvo tanta suerte y, tras una borrachera aberrante, acabó ahogándose en el mar, pobre diablo, que nunca tuvo ni un pelo de listo.

Se atreve a pensar en Patricia, visualizándola en la puerta de la mercería de doña Concha, diligente, trabajadora, dulce. Se pregunta cómo pudo ser tan imbécil de romperle el corazón. Pero es que, claro…, Pilar. Él estaba enamorado de Pilar. Ahí está la respuesta.

Y entonces, su pensamiento se desplaza hacia ella y hacia Jack Hall. Y hacia Stephen Jameson también. Y, ya de paso, hacia aquella escocesa gordita, Joan, y hacia la mujer de Phil, Nancy. Hacia todos los que acabaron matando a aquel empresario por el que él, Sixto y el Mexicano se habían puesto a atracar taxistas.

Iván Regueira había seguido todo el proceso que algunos medios habían bautizado, pelín exagerados, como «el juicio del siglo», y que se había iniciado el pasado 4 de marzo. Era difícil no hacerlo, pues corrieron regueros de tinta y hasta se formaban colas, fuera del juzgado de instrucción número 3, para seguir el curso de la Justicia contra aquellos infelices a los que un atraco limpio se les había convertido en una chapuza sangrienta. Por esta, el fiscal, Manuel Casado Nieto, pedía la pena de muerte para Pilar, Jack y ese tal James Dell Walker que le había dado matarile a Reinosa. Además, pedía dieciocho años de talego para Nancy Hall y once para Joan Barr.

Por suerte para estos, algunos de los mejores abogados de la

ciudad los habían defendido e incluso un tal padre Dustines, jesuita americano, había viajado desde los Estados Unidos para dar apoyo a Walker; quien, en pleno interrogatorio —que en su caso duró un día entero—, había tenido las santas gónadas de definirse a sí mismo como el que estaba indefenso en el ataque mortal a Reinosa.

El día 9 de marzo el fiscal le alegró la existencia a la sala con una alocución de más de cinco horas en la que hasta la tomó con la plaza Real, así, a pelo, que —pensaba Iván— suficiente condena es para cualquiera y ríete del chorreo que se cascaron en mi juicio.

El 11 de marzo el juicio concluyó y el propio Stephen pidió que a Pilar la dejaran fuera de aquel asunto, que ella nada tenía que ver. Aquel hombre realmente la amaba.

Y si el 15 de marzo se leía en los periódicos que un jurado de Dallas condenaba a un hombre llamado Jack Ruby a la pena capital por el asesinato de Lee Harvey Oswald; sospechoso de asesinar al presidente Kennedy, al día siguiente la sala del juzgado de instrucción número 3 de Barcelona se abarrotaba hasta los topes, con periodistas venidos de Inglaterra y Norteamérica, para la lectura del fallo contra los asesinos de Reinosa, que habían sido tildados de «existencialistas». Un término que a Iván se le escapaba del todo, aunque la palabra, una de esas que entiende la gente finolis con estudios, como «anatema», no acabara de sonarle del todo mal.

Pese a la vehemencia del fiscal, el tribunal fue clemente, quién sabe si por la celebración de los veinticinco años que llevaba el militar gallego de voz aflautada y un único huevo hábil gobernando, o, más plausiblemente, por la necesidad de rebajar penas ante la presencia de una prensa extranjera cubriendo el juicio, poco dada a compartir el entusiasmo local por el muy democrático modelo impulsado por aquel ferrolano bajito y de proverbial mala hostia.

A Walker le cayeron treinta años; a Pilar, veintitrés; a Stephen y Jack, veintiuno por barba; a Nancy, doce, y a Joan, seis. Además, tenían que indemnizar a la familia de Reinosa con la razonable friolera de cincuenta mil duros. Todos, menos la escocesa, habían recurrido sus sentencias al Tribunal Supremo, pero muy bien les había ido con las condenas, y es poco probable que se las rebajasen. En un mes o así dicen que se sabrá, piensa ahora Iván

encendiéndose un segundo cigarrillo.

Según camina, se pregunta si todavía ama a Pilar. O si sería capaz de amarla si no estuviera presa, previsiblemente para muchos años y hasta que salga, ya vieja, siendo una abuela tras más de dos décadas entre rejas. Que el maco femenino no debe ser lo mismo que el masculino, desde luego, pero tampoco debe ser ningún paseíto. Pero la cuestión es: ¿seguirías siendo capaz de amarla? ¿Sientes todavía algo por ella?

Las preguntas lo estremecen e inhala el humo con fuerza, a ver si llenándose los pulmones se le vacía un poco la cabeza.

En su deambular, ha ido zigzagueando distraídamente por la cuadrícula del Ensanche y ahora, en la calle Consejo de Ciento, enfila por el pasaje de la Merced, del que recorre unos metros antes de que la silueta que lo viene siguiendo desde la salida del penal emboque por el mismo lado.

—¡Iván! —oye que lo llaman, pero él hace caso omiso y prosigue su camino pensando que debe ir dirigido a algún tocayo, pues en este pasaje donde nunca había estado antes, ¿quién iba a dirigirse a él?

—¡Iván, espera! —insiste la voz.

Se detiene. Conoce ese timbre. Se da la vuelta. Sí, es él. ¿Qué hace aquí?, se pregunta.

Pedro Cantó el Titi avanza hacia él.

—¡Iván, que has salido hoy! —exclama con una sonrisa que no hace presagiar nada bueno.

—¿T-Titi? ¿Q-qué haces tú aquí? —pregunta el Cambados.

No sabe si salir ya mismo, pies para qué os quiero, por patas, o aguardar a que su viejo amigo se le acerque, que ha pasado tiempo, y además en estos dos años y pico en el maco no he largado su nombre, ni el de nadie que no sea el Mexicano y el de aquel pobre desgraciado del Motas, ¿así que por qué tendría yo nada que temer?

El Titi llega ataviado con un cuello vuelto de color crema con algunas manchas, una rutilante cazadora de piel negra, mocasines que requerirían algo de lustre y unos pantalones bonitos de un tergal gris perla, aunque no muy bien planchados.

—Nada, que tengo un encargo para ti, de parte del Patata.

¿Un encargo? ¿Es que el Patata quiere que trabaje para él, así, sin más? ¿Quizás un premio por haber pasado por el bautismo de

estar entre rejas?

—¿U-un encargo? —pregunta en voz alta.

Del bolsillo derecho de su cazadora, Pedro Cantó saca entonces una navaja automática que abre y hunde, de inmediato, en las entrañas de Iván Regueira, una embestida, dos embestidas, tres embestidas, cuatro, cinco y luego, ya, pierde la cuenta porque van rápidas. Su brazo parece activado por un resorte, y al principio no le duele, pero poco a poco el abdomen, el estómago, van quemando y la vista se va nublando.

—Sí, un recado, para ti y para todos los demás *espabilaos*: al Patata no se la juega ni la madre que lo parió, y menos —embiste ahora con más ahínco— un *atontao* de mierda como tú.

El Cambados nota cómo la sangre sube por su tráquea y sale por su boca, espesa, metálica, sabor de morir. El Titi limpia en la chaqueta de este la hoja de la navaja, la guarda en su cazadora y, aturdido —esta es la primera vez que se emplea tan a fondo con la faca, pero sabe que no será la última—, se despide:

—Hala, Cambados, con Dios, que a ese ya mismo lo vas a conocer.

Y se va dejando a Iván tambaleándose, en medio del pasaje desierto, la sangre que mana a borbotones y se le escurre por entre los dedos que tratan de presionar sobre las heridas, y el dolor lacerante, y la náusea, y las lágrimas de dolor e impotencia que no logra detener. Y el andar errático que lo lleva a cruzar el pasaje hasta la calle Diputación, y una anciana que se le cruza, «Ay, Dios mío», y se santigua, y los conserjes que salen al paso, y uno que anuncia que va a llamar a la Policía, y otra que dice que va a llamar a una ambulancia, y un chucho que ladra, no debe ser muy grande, y un quiosquero que trata de agarrarlo, de socorrerlo, pero él se escabulle, no me toquéis, no se os ocurra tocarme, hijos de perra, dejadme, dejadme, y de pronto se da de bruces con un pirulí, con carteles de las últimas fiestas de la Merced, con un caballero, quizás sant Jordi, montado sobre su corcel, y en su pecho la bandera de Barcelona, y apoya la mano sobre la imagen, para no caer, mantente de pie, pero no lo puede evitar, se está deslizando sobre el pavimento, sus piernas no aguantan, su vida tampoco, y entonces mira el cielo encapotado, frío, gaviotas que sobrevuelan poniéndose a cubierto, y sabe que no va a tardar en ponerse a llover, sólo que él

eso ya no lo verá. Que, cuando aquellos nubarrones liberen las gotas, estas caerán sobre su carne muerta.

Y, curiosamente, el último pensamiento de Iván Regueira, la última imagen con la que se despide de este mundo, no es Pilar, ni son los Jazz Brothers sobre el escenario del Jack's con Gloria Stewart llorando lágrimas de diamante mientras entona *My funny Valentine*, ni es Eduardo el Mexicano danzando torpemente en algún baile del Pueblo Seco, ni son sus padres, o sus hermanos, ni siquiera esa nieve blanca, fresca y pura que parecía enviada por Dios para cubrir Barcelona, en aquel su primer invierno transcurrido en la Modelo.

Lo último que ve el Cambados, antes de cerrar los ojos para no volverlos a abrir, es la sonrisa generosa y amplia de Patricia. Y le parece oír el rumor amable de su risa. Y le parece estar tocando con la yema de sus dedos la piel de sus manos y respirando su aroma a Heno de Pravia.

Y, quiérase que no, eso lo ayuda a afrontar lo inevitable con algo más de serenidad.

19

Sábado 16 de agosto de 1969

El transistor, situado en un extremo de la pegajosa barra de formica, escupe la noticia sobre el pifostio que se ha montado en Irlanda del Norte, con seis muertos en los tiroteos por las calles de Belfast. Una masacre, dicen, que tiene visos de ir para largo.

Pilar sorbe con lentitud un café con leche sentada en una pequeña mesa situada cerca, lo que le permite oír la radio, aunque no la escuche. Acaba de llegar a Barcelona después de que esta mañana, al alba, se abriera la cancela de la prisión de Alcalá de Henares. Ahora se encuentra en un bar al lado de la estación de Francia, mientras la noche progresa poco a poco sobre el cielo de la ciudad.

Aguarda, silenciosa, a Félix. Su padre.

Algunos hombres acodados en la barra la miran y hacen comentarios. Los mondadientes y cigarrillos bailan en sus bocas sucias, que despiden alientos a anís, cazalla o coñac. La mujer se siente momentáneamente halagada. A pesar de las arrugas que le han ido surcando el rostro y el pelo encanecido, todavía resulta atractiva, todavía se fijan en ella. Aunque sean estos muertos de hambre que se la meterían a un tocho de obra con tal de que este tuviera algo parecido a unas tetas.

Las noticias dan lugar a la música y, de pronto, un órgano arrolla con un *crescendo* dramático arropado por unos vientos consistentes y una guitarra que ruge cortante, antes de que una voz cante acerca de su niña, de cómo va vestida, de que cuando pasa por la calle los demás dicen que tiene que cambiar de vida, pero se están equivocando, porque su mundo, el de la niña y el cantante, es el mejor.

La canción no le disgusta a Pilar, que mueve los pies al ritmo y piensa en su letra, piensa en que realmente nuestro mundo era el mejor, y que está muy bien que ahora los jóvenes protesten y reivindiquen el suyo. Su mundo. Y que lo afirmen, y que no se dejen vencer por este lugar gris que huele a militar que te pego leche, señoritingo ordeno y mando y cura *ego te absolvo*. Sed libres o, al menos, intentadlo, aunque sea pagando los precios que tuvimos que pagar nosotros. Sed libres y haced lo que debáis, eso sí, por lo que más queráis, sin perder el horizonte, sin matar a nadie, piensa con un arrebato de tristeza recordando a Reinosa.

Cuando la niña va a bailar, todos la pueden ver, continúa el cantante, a quien no le importa que la puedan criticar: lo que digan los demás solamente le hace reír, porque la quiere tanto como ella a él.

Siguiendo el tema, Pilar Alférez cierra los ojos y encadena instantes de noches vividas en el Jamboree, o en el Kit Kat, o en el New York o en otros subterráneos llenos de música y desenfado, donde las notas fluían al ritmo del humo de cigarrillos de tabaco y grifa, donde los dedos chasqueaban y los pies no paraban quietos, y donde la consigna era vivir y dejar vivir. Recuerda a su amiga Gloria, detenida durante el embrollo, aunque no tuviera absolutamente nada que ver. Sólo por aceptar una bombona vacía, pagar cien duros e indicarle a aquel desconocido el posible paradero de Jack. Gloria, cuya nula participación enseguida fue aclarada y, también enseguida, fue expatriada por no tener los papeles en regla. Y luego aquella carta que le envió a prisión, desde Alemania, diciendo que acababa de grabar su primer disco con un tal Manfred, un vibrafonista de allí que sonaba muy bien. Y Pilar nunca contestó. Nunca supo, aunque se preguntó varias veces, si aquel larga-duración contenía una grabación del *My funny Valentine* que la hubiera hecho llorar en el estudio.

En la radio la canción sigue con el cantante lamentando que, por amar a la niña, lo llamen loco. Y eso no es cierto, todas esas malas lenguas lo sabrían, si la conocieran un poco.

¿Y nosotros? ¿Estábamos locos, nosotros?, se pregunta Pilar. ¿O es la gente, los otros, los que lo están? ¿Quizás es este lugar? ¿Es el mundo entero? ¿Todos locos?

—¡Quita esa *mariconá*! —ordena al camarero un parroquiano,

carajillo en mano, boina calada, ropa de trabajo sucia, manos grandes, insignia del Movimiento brillando en el pecho de una camisa maltratada.

Este obedece y, tras una breve e infructuosa búsqueda en el dial del transistor, no encontrando nada del agrado suyo o de la concurrencia, decide apagarlo.

—Mejor así que esos melenudos de mierda.

Pilar sigue sorbiendo su brebaje con la sensación de ver corroborada, una vez más —que ya ha perdido la cuenta de cuántas van— su idea de cómo funciona este país. Pero tampoco dice nada, claro, porque es una mujer. Separada por adúltera. Sin una peseta en el bolsillo. Recién salida del presidio. Es quien más tiene que perder por estas latitudes.

Quién fuera extranjera, con familia, casa, amigos, mundo, más allá de estas fronteras.

Piensa en Joan Barr. Salió hace cuatro años de

tras solicitar un indulto parcial. Se lo dieron. Salió coja, tras un accidente que le dejó la pierna fracturada, que muchas amigas no debió hacer allí dentro. Pilar inspira y rememora algunas noches con Faustina, su compañera de celda, prostituta y timadora, durmiendo juntas, abrazadas, besándose en la mejilla, o en los labios, o en el hombro, dándose algo de calor, alguna vez acariciándose, tocándose ahí incluso, por no sucumbir, por sentir algo de afecto. Por huir de la ferocidad del trato de las guardias y de las otras reclusas. Por evadirse de esa soledad compartida que cala en los huesos, todavía más que el frío invernal colándose por el hormigón de las paredes húmedas.

¿Dónde estará Joan? Si tiene algo de cerebro —piensa—, se habrá vuelto, sin mirar atrás, a Escocia. Y de esta España cavernícola, la de ese imbécil con boina e insignia del Movimiento que no quiere que escuchemos nuestras canciones, no querrá tener ni el más vago recuerdo.

Algo parecido debe haber pasado con Nancy, la mujer de Phil, que salió hace dos años tras haber dado a luz a un bebé entre rejas, que a saber quién es el padre. ¿Habrá huido a Estados Unidos? ¿Habrá ido a Francia al encuentro de su marido?

El recuerdo de la escocesa y de la mujer de Phil da lugar a otro

que lleva semanas procrastinando: Stephen Jameson. Salió el pasado mes de junio una vez cumplida su pena en Alicante y, tras no dar señales de vida en todos estos años pasados a la sombra, le escribió una carta a Pilar. Le decía, de forma dolorosamente telegráfica, que estaba libre, que Jack Hall también había salido, que esperaba que ella estuviera bien y saliera pronto, que lamentaba con todo su corazón cuanto había sucedido y que se iba a ir. No especificaba dónde ni facilitaba señas de ningún tipo. Era la carta de uno que está a punto de desaparecer y échale tú un galgo.

Las lágrimas por esa misiva las tiene Pilar todavía pendientes, para otro momento en que sus cosas estén algo más estables, que tenga algo de orden a su alrededor. Tal vez escriba a Joaquín, que al fin y al cabo es el padre de sus niñas, esas niñas cuyos nombres sabe, claro, pero es como si se le borraran, como si se le difuminaran antes de poderlos pensar o pronunciar del todo.

¿Me querrán ver? ¿Me querrán hablar? ¿Me podrán perdonar? ¿Llegará ese día?

El paisanaje alrededor de la barra se abulta, el bullicio se hace más fuerte, los hombres ríen contando chistes procaces o inventándose peleas, romances y encontronazos con la superioridad laboral que jamás tuvieron lugar fuera de sus imaginaciones, estimuladas por la cazalla y el tabaco de picadura barata. El café con leche, consumido por la mitad, se le ha enfriado a Pilar, que hace por levantarse y largarse de este tugurio.

Entonces, mientras se incorpora, lo ve. En la puerta, le parece más alto de lo que es, bigote y pelo de un blanco níveo, ropa sobria y bien escogida. Un señor apuesto para la edad que tiene.

Él la mira y se dirige hacia ella.

Los dos se encuentran en medio del bar, mientras algunos parroquianos vigilan, entre trago y trago, a ver qué hace la pájara esta.

—Padre… —murmura Pilar.

Él se limita a abrazarla.

—Padre… —repite ella, presa de un temblor inevitable, y ya sollozando.

Félix Alférez estrecha el achuchón y pugna por no dejar escapar las lágrimas. No ahí, en un bar con gente, que a ver qué pensarán.

—Vamos, hija. Vámonos a casa.

Con su cabeza pegada al pecho del padre, por primera vez en un tiempo que ahora mismo no sabría cuantificar, Pilar Alférez logra esbozar una sonrisa.

—Sí, padre, vámonos de aquí —dice cerrando los ojos y sintiéndose, por fin, a salvo.

20

Domingo 26 de julio de 1992

Cómo ha cambiado Barcelona. Casi no la reconoce. Casi parece otra ciudad distinta a la que habitó hace ahora treinta años. Aunque la verdad es que, para juzgarla con conocimiento de causa debería estar allí, en vez de estar viéndola a través del televisor de la sala de recreo, apoltronado en esta butaca herrumbrosa.

Es un largo reportaje sobre las Olimpíadas, que este año se celebran allí. Que se hubiese reído de lo lindo si le llegan a decir, en 1960, que aquella ciudad donde coches, motos, biscúters y burros coexistían en las calzadas, con aquellas calles que olían a ajo y perejil frito y sanfaina, transitadas por prostitutas de pierna corta y amplio culo, iba a acoger unas Olimpiadas.

«*Olympic games in Barcelona? C'mon, don't make me laugh*!», habría exclamado.

Se le escapa una sonrisa y Doris, la enfermera negra, gorda, sobona y de voz fuerte, le pregunta en qué estás pensando, *baby*. Pero Jack Hall sólo niega con la cabeza y levanta la mano, como diciendo nada, nada, cosas mías.

No es que aquí, en el centro de rehabilitación de Delray Beach, Florida, se esté mal. Son amables y se preocupan de que los internos se recuperen de lo suyo —sea lo que sea lo suyo— con varios métodos como el de los Doce Pasos, el más común y que muchos tratan de superar cuanto antes para abrirse y pirarse a Miami y volverse a meter en líos.

No, no lo tratan mal, y menos que nadie Doris, pero para él el personal de esta institución es como una Policía *light*. No en vano, uno de los fundadores lo era. Un pasmarote con su uniforme, su pistolita, sus esposas, su plaquita. Todo el *pack*. Y él ni habla con la

Policía ni con sus sucedáneos. Por mucha sonrisa, palmada o palabrita amable que usen con él. Como mucho habla con el doctor Lobert, con la esperanza de que algún día le recete alguna pastilla que suavice un poco la realidad. De momento, como mucho, le da horribles caramelos de menta que, pese a saber a rayos, Jack no puede dejar de engullir.

El doctor Lobert empezó en Delray Beach como paciente hace unos diez años, y ahora ejerce de curandero, algo que le granjea el respeto del personal y de los pacientes más optimistas, que ven en ese hombre jovial la prueba fehaciente de que pueden salir de sus atolladeros y levantar el vuelo. Pasar el resto de sus existencias haciendo algo de provecho, en vez de hincharse a farlopa, jaco, éxtasis, morapio, Qaalude, Dilaudid, Ritalin, Desoxyn y, en general, cualquier mierda que se les vaya poniendo a tiro hasta que acaben en el hoyo.

Mientras observa estas imágenes de una Barcelona que no reconoce y que lleva tres décadas sin pisar y sin tan siquiera hablar con nadie de ella y de lo que allí pasó, Jack suspira por la idea de fumarse un cigarrillo. Sólo eso. Un Marlboro o un Red100. Inhalar su humo lentamente.

No se atreve a pensar en todo lo demás. Jaco, heroína, éxtasis, morapio, etcétera. Lo ha probado todo. Y más cosas cuyos nombres ahora no recuerda. Más basura que le ha dejado el cuerpo baldado, con tos crónica, el hígado y los riñones que siguen ahí de forma testimonial, el aparato digestivo que si se le ocurriera comerse según qué, pongamos un plato de aquellas albóndigas con sepia que a veces pedía cuando vivía en Barcelona, estaría cagando agua parda durante dos semanas. Y el tembleque. También está este maldito tembleque que no se le quita. El doctor Stein le quiere hacer unas analíticas para determinar el origen de esa convulsión continua, pero él no está seguro de querer saberlo.

Total, ¿para qué si ya tengo un pie en la tumba?

Piel cetrina, ya calvo del todo, iris que amarillean, sabe que, si volviera a cualquier cosa que no fuera ese cigarrillo que está deseando fumarse, acabaría por reventar del todo. Bueno, eso y alguna chuchería que pueda recetarle el doctor Lobert, Míster Caramelos de Menta. Pero no quiere nada más porque, si bien vivir así tampoco es que sea la monda, lo de reventar le da miedo.

El mismo miedo que se le instaló dentro cuando lo de Phil.

Había salido del penal del Puerto de Santa María en junio de 1969, el mismo día en que Stephen Jameson abandonaba la cárcel de Alicante. Se llamaron para felicitarse, desearse suerte y tal. No se dijeron qué planes tenían, no intercambiaron sus señas para futuros encuentros. Fue la última vez que hablaron.

Había oído que, tras fracasar en su papel de padrino de boxeadores, más o menos cuando Francisco Ferri se alzaba con el trofeo de campeón español de los superwélter, el Patata había vuelto a su Collblanc natal a chulear putas, trapichear con la mandanga y género robado que se le pusiera a tiro y sembrar el terror en aquel barrio al frente de su banda, que se reunía en el bar Collado. Incluso parece ser que la había llegado a liar muy parda, en plan Duelo en el OK Corral, con un tiroteo salvaje contra la banda del bar Bou. Mandaba mucho, tosía mucho y acojonaba más, y Jack sabía que, proponiéndoselo, con un poco de buenas palabras y dos sopapos repartidos aquí y allá, habría podido volver a la Ciudad Condal para integrarse en aquella banda y masticar carrilleras y trasegar copas de Torres 10 en el comedor interior del Collado.

El caso es que no tenía ningún interés en regresar. ¿Barcelona? ¿Volver allí? Mucho la he vivido y sufrido ya.

Jerez de la Frontera enseguida le gustó, así que había decidido quedarse una temporada. Tras siete años de cárcel estaba limpio y aquel sol y el rumor de aquel mar le daban paz. No había jazz, pero en el talego se había aficionado al flamenco, al que no había prestado demasiada atención cuando estaba en Barcelona y ahora lo descubría como lo que era: el blues autóctono, la banda sonora de los que viven puteados. *Mejor quisiera estar muerto que preso pa'toa la vía, en este penal del Puerto, Puerto de, Puerto de Santa María.* Todavía se acuerda de la letra de aquella canción que retumbaba entre los gruesos muros de la penitenciaría salpicándolos de color.

En aquella época encontró un trabajo de camarero, aprendió a cortar jamón aceptablemente, que cómo se reían los lugareños viendo a aquel yanqui empleándose con el pata negra; se aficionó al Tío Pepe, se echó una novia —Manoli, piel de aceituna, negrísimo pelo, ojos de almendra y sonrisa fulgurante— y unos kilitos que le

sentaban francamente bien. Su piel también cogió algo de color. Mercadeaba con un costo muy rico que traían los moros, pero nada serio, nada ambicioso, lo justo para tener él para fumar y sacarse un sobresueldo que lo ayudara a pagarse la casa que alquilaba en la zona del polígono Monte Alto, en pleno desarrollo, y de paso ir atesorando unos ahorrillos. Jerez crecía y, a su manera, muy diferente a la de Barcelona, vibraba.

En 1972 se enteró de que Jimmy Walker había salido de la cárcel, era el último de los implicados en el asesinato de Reinosa en abandonar el maco. Entre rejas, se había ordenado sacerdote. Había sentido la llamada, decían. A Jack no dejaba de parecerle un gilipollas, pero al menos esa gilipollez la tendrían que aguantar, en adelante, Dios y sus feligreses. Desde luego, él no. Él ya no.

Y, por supuesto, nunca más supo de él. Ni las ganas.

Dos años después también supo de la muerte de Gloria Stewart, que había conseguido volver a España, concretamente a Ibiza. Según parece, le iban bien las cosas hasta que un mal día le sobrevino un infarto que le paró el corazón y puso punto y final a su vida. Qué talento se nos va, pensó Jack con un profundo pesar y recordando aquellas cimbreantes noches en la calle Parlamento y, más adelante, aquellas muchas otras en la plaza Real.

Por la misma época, cuando estaba ya a punto de cumplir su primer lustro en Jerez, e incluso se estaba planteando que por qué no tener un hijo con Manoli, que por vez primera veo a una mujer como la posible madre de mis hijos, recibió la llamada.

—*What's up, Jackie boy*?

Tras aquellas palabras el tiempo se detuvo, como congelado.

—*Oh my… Phil?… Is that you, Phil*? —replicó Jack por fin.

Phil Hall había salido de Beaumettes en 1968 y lo primero que había hecho fue volver a Estados Unidos. Desde entonces había estado errando —en ambas acepciones del término— por varios estados: Delaware, Pensilvania, Kentucky, Virginia Occidental, Indiana y, finalmente, Ohio.

Los hermanos se escribían cartas un par de veces al año aproximadamente. Algunas de las que enviaba Jack ni siquiera llegaban al destinatario, pues para cuando aterrizaban en suelo americano, Phil ya se había movido de estado dejando atrás algún pufo, alguna deuda, algún herido o incluso, a veces, algún fiambre.

Sólo se escribían, no habían vuelto a hablar desde aquella visita a la cárcel marsellesa, más de una década antes, así que aquella llamada dejó a Jack aturdido, porque sabía que si Phil telefoneaba no era para preguntarle cómo va eso, cuánto tiempo sin verte y plantificar una tertulia distendida.

—*You need to come, man, I'm in serious trouble*.

—*How serious*?

—*Deep shit, bro. Deep shit*.

Fue así como, incapaz de dejar en el arroyo a su hermano, John Jayden Hall pasó los siguientes días haciendo unas gestiones, reunió casi todo lo que tenía ahorrado y se subió, una mañana de 1974, a un desvencijado autocar que lo llevó a Madrid. Manoli estaba preocupada, nunca había visto así a su hombre, con esa cara, pero él la tranquilizó: sería un viaje breve, para sacar de un aprieto a su *brother*, y no tardaría en volver, te doy mi palabra, cariño. Se dieron un abrazo largo bajo aquel sol almizclado de principio de primavera.

Una vez en Madrid se desplazó al aeropuerto de Barajas, desde donde tomó el Boeing 747 Cervantes con destino a Nueva York. Aterrizado en el aeropuerto Kennedy alcanzó la Grand Central Station, desde donde tomó un tren con dirección a Cleveland, en cuya estación se apeó al cabo de algo más de doce extenuantes horas de trayecto.

Para cuando llegó, su hermano llevaba cuarenta y ocho horas en la morgue. Dos orificios de bala, uno en el esternón y otro en el vientre, los ojos que han perdido la vida y el alma que los habitaron y sobre cuyo iris ha cuajado el vacío de la muerte.

—*What happened*? —preguntó Jack al policía que le había guiado a reconocer el cadáver de su hermano.

—*Isn't that obvious*? —replicó este con sorna.

¿No salta a la vista que este imbécil lleva toda la vida buscando esos dos balazos y que, al final, erre que erre, se los ha acabado llevando? Sí, era obvio, y en aquel momento Jack se preguntó cómo se había siquiera podido imaginar que el hecho de viajar a Estados Unidos para intentar ayudar a su hermano iba a salvar a este del destino que durante tanto tiempo venía labrándose.

No me queda nada más que hacer aquí, decidió resuelto a volver a la estación de Cleveland, subirse a un tren a Nueva York y allí

coger el primer avión a Madrid y, por fin, meterse en el autocar hasta Jerez. Y allí seguir a lo suyo: Manoli, cortar jamón para regodeo del personal, beber sus dos vasos vespertinos de fino, exultar con el flamenco y el cante, trapichear con el costo, lo de los hijos, ¿por qué no?, y que el resto del mundo se olvide definitivamente de mí.

Pero la cosa no pudo ser, porque resulta que Phil se la había jugado nada menos que a Danny Greene, un armario empotrado irlandés que, en sus días de estibador, habiendo leído *Nido de ratas*, se había visto a sí mismo como el temible Charlie Malloy, amo del sindicato de estibadores y peso pesado del hampa. Y esa visión se la había tomado muy en serio y, junto con su socio John Nardi, había acabado dirigiendo el sindicato de estibadores de Cleveland y ahora le plantaba cara a la mismísima Cosa Nostra. La eterna guerra entre italoamericanos e irlandeses.

Los hombres de Greene interceptaron a Jack antes de que este pudiera largarse con viento fresco, y decidieron que las deudas que había dejado su hermano pasaban a él, y que, si no tienes dinero para pagar, no te preocupes, que hay muchos trabajitos que vas a hacer para nosotros. Ahí llegó, para Jack, el miedo.

Conocía las reglas: o pagas, o trabajas o mueres. Si vas a la Policía, mueres. Si hablas con la prensa, mueres. Si te pasas al enemigo, o estableces algún tipo de contacto con él, mueres. Si se te ocurre tangarnos guita o jugárnosla de alguna manera, mueres. Si ofendes a quien no tienes que ofender, mueres. En suma, algún día has de morir, pero al menos intenta no acelerar el proceso.

Así se encontró durante los siguientes tres años en una guerra sin cuartel, con coches bomba —que redundaron en que Cleveland fuera conocida durante una época como Bomb City USA—, tiroteos y amenazas constantes contra Greene y sus hombres por parte del *boss* James Licavoli. En ese tiempo, Jack encaró cada día temiendo que fuera el último de su vida y, aunque de puertas para fuera pareciera imperturbable, nunca consiguió domesticar el miedo que le comía las entrañas.

Finalmente Licavoli consiguió matar al irlandés y a su secuaz, John Nardi, en sendos atentados, lo que provocó la huida de los hombres de estos si no querían ser exterminados.

¿Se había acabado el miedo para Jack? Eso parecía. Era el

momento de huir. Volver a Jerez. A Manoli nunca la había llamado, había sabido que la había perdido el mismo día en que los hombres de Greene le dejaron claro que lo que había sembrado Phil se lo tenía que comer él. Pero ahora tenía la oportunidad de regresar, quizás intentarlo con ella, explicarle lo que había ocurrido, mi hermano me dejó una herencia que no podía rechazar, tú no sabes cómo las gastaba el tal Greene. Y volver a cortar jamón y cerrar los ojos y apretarlos fuerte cada vez que una voz del cante jondo le penetrara en el alma.

Todavía hoy Jack no sabría explicar muy bien por qué no volvió a Jerez. Tal vez una sensación de tren perdido, alejándose mientras corría por un andén que no hubiera llegado a ninguna parte. Quién sabe. La cuestión es que decidió ir a Nueva York, donde había movimiento, nuevas drogas en la calle, dinero fácil y, de paso, una constelación de clubes de jazz en el Village. Jazz de verdad, de primera línea, de una autenticidad, pureza y descaro que no se le plantaban delante desde aquellos lejanos días en Central Avenue. Sí, se dijo a sí mismo, Nueva York era el lugar donde un tipo como él tenía que estar, porque —pensó con más ganas que seso— que se hayan cargado a Greene y a Nardi es una señal de que la suerte vuelve a estar de mi lado.

En la Gran Manzana probó algunas de aquellas nuevas drogas y se reencontró con las viejas. Vio a músicos que le habían gustado pero ahora no le decían nada. ¿Qué demonios hacía Donald Byrd tocando… eso? Jack Hall no lo entendía.

En aquella época volvió a ver a Wally Besser, el trompetista con el que había compartido tantas veladas con los Jazz Brothers en Barcelona, y que ahora, retirado entre Manhattan y Long Island, seguía tocando ocasionalmente sin perder su maestría. Se saludaron, no hablaron de los viejos tiempos y se limitaron a tomarse una copa de whisky escocés dejando espacio al silencio. Aquella había sido una bonita velada en medio de una caída imparable.

Ahora se pregunta cómo ocurrió. Cómo pudo pensar que la suerte volvía por fin a soplar a su favor, como un viento favorable. Menuda gilipollez. Menuda caída la suya, a base de drogas, huidas hacia adelante, cambios de ciudad, de estado. Como Phil, como mi hermano, hasta el día en que se la intente meter doblada al tipo

equivocado.

Ese día no ha llegado, al menos todavía. Ha habido amenazas. Y palizas. Y armas apuntándole en el rostro. Y, en un par de ocasiones, hasta pareció que la cosa iba en serio, con sus gotas de sudor frío y su admisión de que hasta aquí hemos llegado, se acabó lo que se daba, en cuestión de segundos voy a ser cadáver.

Sustos paralizantes, rememora ahora sin poder reprimir una leve sonrisa que acusa la pérdida de varios dientes en el camino que lo ha traído hasta aquí, hasta el centro de rehabilitación de Delray Beach, Florida, que hay un par de mastuerzos de Tampa que si supieran que ando por aquí, ya me podría ir pirando por patas. Que a esos les dejé a deber un buen fajo de *bucks*.

Jack Hall tose. Un cigarrillo, por favor. No pido más. Eso, y que el cabrón del doctor Lobert me recete algo que me abstraiga un poco. Que me deje alegre, lelo, que me quite la tristeza, la amargura, estas ganas de cagarme en todo, empezando por mí mismo.

¿Qué será de Manoli? ¿Se habrá casado? ¿Tendrá hijos? ¿Seguirá viva? Seguro que sí a todo. ¿Se acordará de mí? Espero por ella que no. ¿Ves? Esto es justo el tipo de temas en los que no quiero pensar. Nunca más.

Doris llega sonriente y se acuclilla ante la butaca donde Jack lleva toda la tarde echado ante las imágenes de esa Barcelona nueva e ignota.

—Tienes una llamada, cariño —anuncia.

El hombre se la queda mirando como si acabara de ver una zarigüeya hablando con acento de Texas.

—¿No me oyes, nene? ¡Te esperan al teléfono! —La enfermera intensifica su sonrisa, toda dientes sobre el tono oscuro mate de su piel.

—¿S-seguro que es para… mí? —pregunta él incapaz de entender quién demonios podría estar llamándolo.

Quizás, razona, son esos bastardos de Tampa, que han dado conmigo. Pero esos no son de los que llaman. Esos son de los que llegan, se te plantan en los morros y se ocupan, bates de béisbol mediante, de que no puedas volver a caminar en la puta vida.

—*Baby*, ¿no te digo que es para ti? —insiste Doris.

—Pero…, pero ¿quién es?

—No sé, un español, un tal Jordi.

Jack no se lo puede creer. ¿Jordi? Eso es George en catalán. No oía ese nombre ni ningún otro vocablo de ese idioma desde sus días en Barcelona. ¿Jordi qué?

—¿Qué quiere? —pregunta.

—Dice que lleva tiempo intentando dar contigo. Que quiere hacerte unas preguntas.

El hombre medita unos segundos y, finalmente encogiéndose de hombros, decide que cualquier cosa es mejor que estar postrado en este sillón viendo la ceremonia de inauguración de las Olimpiadas.

—*Ok, then.*

Al otro lado del aparato, un acento catalán, inconfundible, habla un inglés muy correcto y le hace preguntas para un libro en curso sobre la historia del jazz en Barcelona. Salen a flote los nombres que deben salir: Gloria Stewart, Phil, Pere Ferré, Wally Besser, el Jack's, el Jamboree, el Blue Note, la plaza Real. Casi todos están.

Eso sí, el tal Jordi no pregunta sobre Jimmy Walker, o sobre Francesc Reinosa, o sobre Stephen y Pilar. Mejor así.

Hablan un rato. Al desenterrar sus recuerdos, Jack se siente como uno de esos empleados municipales que, por orden del juez, exhuman cadáveres del cementerio. No le gusta, aunque tampoco se siente especialmente mal o incómodo. Es como el relato remoto de otra vida, de otro hombre, en otro lugar. Algo lejano que, por calificarlo de alguna forma, al menos lo entretiene.

Al rato, se despide de su interlocutor sin tener muy claro si le gustaría volver a hablar con él o con cualquier otro sobre estos temas, o si prefiere no volver a hacerlo nunca más. Y, tras pensar unos minutos, decide que menuda tontería darle vueltas y que lo importante es conseguir un cigarrillo. Y a ver si, en vez de esos caramelitos de menta, ese matasanos capullo le receta alguna pastillita. Algo suave y bueno que le pueda sumir en un estado de confortable inopia.

Regresa a la sala de recreo y han cambiado de canal. Ya no están las imágenes de los Juegos Olímpicos de Barcelona. Ahora hay una rubia lerda en paños menores y con un antifaz, bailando como la *stripper* torpe de un club de carretera de tercera y cantando una canción de mierda sobre su desmesurado deseo carnal.

—¡Quitad esa basura! —grita Hall.

—Cierra el pico y jódete —rebuzna el poseedor del mando a distancia.

—Hijo de…

En un difícil equilibrio sobre sus piernas delgadas y maltratadas, Jack permanece unos instantes de pie, manteniendo el tipo. Pero, finalmente, decide que ya no tiene ni el *punch* ni las malditas ganas de meterse en el *fregao*. Así que, resignado, se deja caer sobre la butaca y se queda mirando asqueado el televisor, deseando que esa bazofia termine rápido.

Que esta canción infame llegue a su fin.

Que ese tal Jordi no me vuelva a llamar para hablar de viejos tiempos.

Que aquellos recuerdos se me borren, para no volver.

Que el cabrón del doctor Lobert me recete algo ya.

Que la vacaburra de Doris me consiga tabaco.

Que este día no tarde en acabarse, y así será ya uno menos.

Y, por Dios, que esa tonta del culo de la tele deje de bailar de una vez.

AGRADECIMIENTOS

Esto es un relato. Una ficción basada en una realidad documentada, pero también imaginada y apuntalada con un criterio narrativo. Contar una historia, más que exponer una serie de hechos. De ahí que algunos nombres —los de quienes estuvieron directamente involucrados en lo que se dio a llamar «el crimen de los existencialistas»— hayan sido ligeramente cambiados, para dejar claro que, si bien están muy basados en Francisco Rovirosa, James Wagner, Jack y Phil Hand, Stephen Johnston y María del Pilar Alfaro, los protagonistas de este cuento tienen conversaciones, pensamientos y formas de ser imaginadas y puestas al servicio de la historia.

Otros nombres, como los de Gloria Stewart o Wally Besser, no han sido modificados porque carecen de relación directa con el crimen y como homenaje a la impagable aportación sonora que hicieron a esta ciudad cuando sus calles arrabaleras olían a fritanga, cazalla y perfume barato y esto era el tercer mundo.

Dicho lo cual, no puedo dejar de agradecer y dedicar este cuento a las siguientes personas:

A Pere Ferré, ante todo, porque sin ti le faltarían demasiadas notas y compases al relato. Gratitud y admiración eterna para el último *bopper* de Barcelona.

A Jordi Pujol Baulenas, por documentar tan bien los escenarios de aquel incipiente bop barcelonés. Tenemos pendiente un refresco en el Zángano.

A Carles Armengol, por prestarme a un personaje tan potente como ese Patata, que, de alguna manera, me ayudó a cuadrar el círculo. ¿Repetimos en el O Meu Lar?

A Xavier Theros, por enseñarnos esas otras Barcelonas que, por mucho que sorprenda, fueron posibles. Siempre nos quedarán los

bocatas del Neme.

A Xiana Siccardi, a la que se adeuda una milanesa regada de larga y tendida conversación. ¡Ponga usted fecha!

A Myriam Swanson, por poner la bala donde pone el ojo. Amor incondicional por la Pistolera.

A Lluís Cardenal, gran amigo, este libro es tan tuyo como mío.

A Antonio Padilla, *o nosso homen no Porto*, por esta, nuestra telepatía.

A Paco Villar, por enseñarnos a tantos qué es bucear, pero de verdad, en la historia de esta ciudad.

A Juli Lorente, por documentar tanto *punch, uppercut* y *crochet*.

A Santiago Tarín, por aquella esclarecedora conversación en el Sandor. ¡Que se repita!

A Yolanda y David Mariblanca, por contarme la historia del señor Ramón, el Coyote, su abuelo.

A Rafel Jordana y Maria García, por ser un trozo consustancial del alma de Sant Antoni.

A Charo González, lectora *number one*, y a ver si dejas eso de la gestoría y me haces de agente o mánager o algo.

A Mario Lacruz, por dejarse chorizar una frase que me gustó demasiado de *El inocente*.

A mis padres, Alberta y Adolfo, y a mi hermana, Giulia, por tanto, por todo.

A los miembros del jurado del 16.º Premio L'H Confidencial, por elegir este manuscrito en la siempre difícil, ingrata e injusta tarea de decidir entre historias.

Y, cómo no, a Rosa Núñez Gándara, por seguir concediéndome este baile.

ALBERTO VALLE. Nacido en Barcelona en 1977 y criado con los mejores piensos, es autor de *Soy la venganza de un hombre muerto* (Premio de Narrativa Ciudad de Vila-real 2018), donde traza un arco narrativo de cuarenta años uniendo la Barcelona de 1952 con la de 1991, combinando novela histórica con novela negra, y del relato *No llores por mí cuando me haya ido* (Premio Castell de Canyelles 2021). Suyos son, también, los cinco volúmenes de la serie Palop, una colección de literatura *pulp* en su vertiente negra y criminal firmada bajo el seudónimo de Pascual Ulpiano. Cuando no está en bares dando la brasa al prójimo, saqueando tiendas de discos y librerías o mirando trapitos, ejerce como periodista en cabeceras como *Ruta 66* o *The New Barcelona Post*. También está involucrado en la organización de eventos ligados a la música negra y, como no calla ni debajo del agua, se apunta con gusto a dar charlas, a participar en mesas redondas o a gritarle a la tele.